

JAVIER MELERO

CAMBALACHE

Ariel

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Cita
Aquella mañana de finales de febrero de 2020...
1. Volver
2. Mano a mano
3. Garufa
4. Desde la cana
5. Tomo y obligo
6. Adiós, muchachos
7. Mala entraña
8. Margot
9. Tortazos
10. Yira, yira
11. Tirate un lance
12. La señora del chalet
13. Viejo smoking
14. Esta noche me emborracho
15. Cambalache
Créditos

Sinopsis

Con un marcado carácter de autoficción, *Cambalache* es el itinerario vital de un abogado durante cuarenta años de la historia de España. Se inicia en la Barcelona de los años setenta —en una primavera marcada por las ilusiones políticas, la música, el cine y las experiencias sexuales— y sigue con los tiempos del desencanto y la droga, la experiencia del protagonista trabajando en las prisiones de los años ochenta y finalmente su descubrimiento del derecho penal, la práctica de la abogacía y el logro de prestigio y reconocimiento. Los hitos del relato confluyen con las letras nostálgicas de los tangos que acompañan determinadas situaciones y reflexiones, mientras se amplifican las relaciones con el poder y las élites catalanas desde las olimpiadas del 92 hasta la fecha, con la figura de Jordi Pujol como protagonista destacado.

Cambalache es la crónica agridulce de alguien que, desde Barcelona, atraviesa cuatro décadas de la historia del país con el espíritu de un abogado acostumbrado a lidiar con la sutil línea que separa la verdad y la no verdad.

Cambalache

Un abogado en la España de Pujol

Javier Melero

Ariel

El mundo fue y será una porquería, ya lo sé.
En el quinientos seis y en el dos mil también…

ENRIQUE SANTOS DISCÉPOLO,
Cambalache

Políticos con adicción a la verdad,
banqueros que cuando escuchan
la palabra hambre
derraman lágrimas,
militares que reniegan de sus medallas,
mujeres despampanantes, altas,
que se enamoran perdidamente de ti
por lo que eres,
por tus cualidades humanas.

Dicen que esos seres existen,
que no son una leyenda urbana.

Y yo quiero creerles.

Por qué íbamos a estar solos en la galaxia.

KARMELO C. IRIBARREN,
«No estamos solos»

Aquella mañana de finales de febrero de 2020, cuando salí de ver a Pujol, me sentí definitivamente envejecido. De alguna manera, tan viejo como él. Su mundo se eclipsaba y sus referencias eran anticuadas, como una fotografía en sepia. Todos aquellos nombres de políticos de décadas pasadas, aquellas negociaciones, los secretos de gabinete, las intrigas en un lugar algo parecido a la cumbre formaban parte de un mundo que se le escapaba entre los dedos. Estaba hundido en el descrédito y la melancolía e intentaba poner algún orden a sus ideas y recuerdos, con lucidez, pero abatido. Por eso escribía con una competencia empañada de localismo historias que no interesaban a nadie. O que me interesaban a mí, lo cual no era una mejora relevante. El ocaso del rey Juan Carlos, consumado por aquellos días en el habitual torbellino de codicia y lujuria, era como la puntilla a una época. A su época y a la mía: la del breve recreo de la Transición democrática, la de las ilusiones que no llevaban a ningún sitio en especial porque los hombres siempre son los mismos, y su miseria, el complemento indesligable de cualquier mérito o cualidad. Pensé que Pujol siempre había estado rondando por mi vida y mis tiempos, aunque sólo su caída había permitido que fuera accesible para mí y, a la vez, que estableciéramos una cierta relación cuando su mundo empezaba a desmoronarse y pocos le buscaban, cuando sólo se le pedía que expiara sus culpas. Si no hubiera atentado contra su propio legado, nada nos habría hecho coincidir. Tampoco si yo, a través de los caminos extraños o comunes que traza la vida, no hubiera estado cerca cuando llegó la catástrofe.

Parte de lo que conozco sobre mí lo averigüé hablando con aquel hombre. También alguna cosa sobre la soledad y un sentimiento parecido a la amistad. Como he comprobado en muchas ocasiones, quienes han ostentado algún poder sólo tienen algo que me interese cuando los golpea la desgracia, cuando su legado está dañado y se sienten exonerados del propósito extremadamente arrogante de influir

en la historia de sus semejantes, seducidos al fin por la superioridad moral del pesimismo.

Antes de tratarle, siempre había visto a Pujol como alguien ajeno y remoto, el representante arquetípico de un mundo que no era el mío. En el banco en el que trabajé en mi primera juventud, lejano e imponente, rodeado de personajes encorbatados a los que detestaba en la distancia. Después, en mi paso por la Administración, donde me hice merecedor de un apretón de manos en una presentación protocolaria y trivial. Más tarde, cuando le presté servicios como abogado, primero en el apogeo de su fama, luego acompañándole en las primeras fases del desprestigio y, al fin, en la humillación; como un mero paseante de la historia que gusta de conversar con alguien que la ha protagonizado. Entonces le miraba con curiosidad y asombro, preguntándome cómo pudo desarrollar toda su vida pública cuando un secreto ominoso podía desvelarse en cualquier momento y arruinar su obra; cómo pudo compatibilizar la moral pública y la secreta.

Los hombres somos profundamente estúpidos y partimos en nuestras apreciaciones de la premisa de que el comportamiento humano es racional y predecible, sin tener en cuenta el miedo, la codicia, la envidia, el odio y otras pasiones que resultan ineludibles si se quiere comprender algo. Pensaba en él y me venía el recuerdo de aquel tipo que durante décadas se hizo pasar por víctima de los campos de concentración nazis. Otro hombre que se levantaba cada día de la cama, se afeitaba, se vestía y salía a la calle sabiendo que cualquier investigación podía poner al descubierto su mentira fundacional. Pujol había puesto el acento en los aspectos morales del nacionalismo, más que en la ideología, y en él la arrogancia del poder había sido superada por la arrogancia de la moralidad. Por eso el reproche que se le dirigió fue tan severo. El rey era otra cosa, un símbolo del paso pacífico de la dictadura a la democracia, aunque no el paradigma de las virtudes de un pueblo. Eran sabidos sus devaneos sexuales, pero sólo cuando éstos se relacionaron con alguna forma de corrupción económica particularmente escandalosa acabó con la paciencia de unos súbditos por lo general escasamente críticos. Dos puntales de la Transición habían muerto de propia mano y parte de su oprobio se trasladaba a una época que la gente como yo, con todos sus reparos, había tenido por una de las más exitosas de la turbulenta historia de España. Pronto dejaría de haber calles con los nombres de

Pujol y de Juan Carlos, y las paladas de tierra sobre su memoria caerían también, de alguna manera, sobre quienes fuimos sus contemporáneos.

Bajé por la calle Calabria, en la izquierda del Ensanche, una zona familiar y de pequeños negocios de barrio, pensando en todo eso y con la imagen del despacho que acababa de abandonar clavada en la memoria. Pujol había cambiado dos veces de oficina desde aquel día de 2014 en que Mas —un hombre que sabía que la política consiste en buena medida en tragar sapos, pero que tal vez nunca había imaginado la cantidad y las dimensiones de los que le estaban destinados a él— anunció que se le retiraban todos los privilegios como expresidente de la Generalitat. Desde los quinientos metros que ocupaba en la mejor zona del paseo de Gracia hasta los noventa de ahora, en los que había recalado gracias al favor de un amigo, pasando antes por la antigua vivienda del portero del edificio donde tenía su casa, en Mitre: un bajo angosto que dejaba claro lo que los constructores de la finca, allá por los años cincuenta, estimaban adecuado para un empleado del servicio.

Pujol arrastró algunos muebles en su tránsito de un local a otro y éstos parecían cada vez más grandes, conforme las dimensiones de los locales iban disminuyendo, a la vez que daban cuenta del largo viaje de arriba abajo recorrido por su dueño. Las butacas y los sofás de la recepción de Calabria estaban totalmente desfondados y si alguien cometía la torpeza de sentarse en ellos, el culo le quedaba a escasos centímetros del suelo y las rodillas a la altura de la nariz. Le fui siguiendo por esos aposentos menguantes y tras la mesa, siempre la misma, se hallaba aquel anciano de mirada amarillenta que decía sin conmiseración que la muerte tardaba demasiado en atraparle. Apreciaba esas charlas sobre Cataluña —siempre Cataluña, fuera cual fuera el tema que daba inicio a la conversación— en las que, como todos los viejos, Pujol hablaba para sí y de sí mismo. Hablaba y le daba un sentido especial al que había sido mi paisaje político desde los años de juventud. Movía papeles y explicaba episodios de la historia —de la suya y de la de otros— consciente de que ya no tendría que renovar el mobiliario. Una vez lanzado, apenas me dejaba mediar palabra. No esperaba gran cosa de mis intervenciones y dejaba entrever una percepción muy imprecisa de la que podía ser mi visión de las cosas. No era desinterés. Era que, ante su relato orgánico y total

—una respuesta para todo que no admitía enmiendas, ni siquiera parciales—, las vidas en la periferia de sus ideales resultaban perturbadoras. Alguien dijo que Occidente había generado ideologías y Oriente religiones, y el europeísta Pujol parecía entonces un sacerdote asiático del culto a la patria predicando ante algo peor que un hereje: un ateo, uno de esos tipos cuyo único rasgo diferencial con los devotos es el de que creen que el cielo y el infierno están en el mismo sitio y en el mismo momento, aquí y ahora.

Seguí andando por la calle París, pasando frente a la que había sido la casa de mi padre durante su infancia, junto a la Escuela Industrial y frente a la piscina Sant Jordi y me dirigí a la calle Provenza con un cierto regusto a derrota y portando la engorrosa carga del pasado.

1

Volver

En 2006, la primera vez que fui a su despacho en paseo de Gracia, a Pujol ya sólo le quedaban funciones honoríficas, pero aún gozaba de una más que notable influencia. Se hallaba en el número 39, en la conocida como «manzana de la discordia» por alguna olvidada rencilla entre los arquitectos que entonces competían con sus artefactos modernistas.

Aquella misma mañana había recibido la llamada de uno de los responsables de CDC, Germà Gordó, diciéndome que concertara una reunión para tratar con Pujol el tema de unas injurias publicadas en un medio de comunicación de la ciudad (un medio de segunda fila, pues los de primera, por aquellos días, no publicaban ese tipo de cosas). Un asunto, a fin de cuentas, de poca monta, si no fuera por la personalidad del injuriado. Mi secretaria gestionó la cita y Pujol me dio hora enseguida. Más adelante tuve ocasión de ver que siempre procedía así. Procuraba resolver los asuntos de inmediato y no demoraba, si podía evitarlo, los encuentros. También que, si por alguna razón no deseaba ver a alguien, su repertorio de excusas era inagotable. Y cuando el encuentro no era de su agrado, pronto dejaba claro a la visita que sólo esperaba que le diera una satisfacción, la de marcharse. El encargo me puso de un humor excelente pues daba a entender que Convergència contaba conmigo para que me ocupara de algo, por menor que fuera, concerniente a su líder máximo y referente incuestionable. Mas tenía todo el poder en el partido, pero Pujol era el partido, lo cual es algo diferente y (el tiempo me dio la razón) bastante más importante. Suponía apuntarse un buen tanto llevar su asunto, porque Pujol contagiaba una parte de su prestigio a quienes actuaban en su nombre. También lo era para el despacho en el que

entonces trabajaba, uno de esos grandes bufetes que apuntalan en buena parte su reputación en el hecho de contar con clientes notables. Tal vez no su cuenta de resultados, pero para eso ya estaban los bancos y las compañías multinacionales.

Llegué ante el portal cuando aún faltaban unos minutos para la hora convenida y maté el tiempo con un cigarrillo, mirando aprensivo a las legiones de rusos y chinos que acarreaban bolsas de las tiendas de lujo de los alrededores. Al poco, entré y crucé un zaguán carente de cualquier atractivo especial. Un espacio de iluminación mortecina y con un suelo de mármol blanco que le daba la apariencia de un mausoleo. Llamé a la puerta y me abrió un conserje con visos de sacristán embutido en un uniforme azul marino cortado para un hombre más delgado. Debía de rondar la cincuentena, y todo en él destilaba compostura y recato. Le dije mi nombre y me trató con reverencia. Por supuesto que no por mí, sino por el hecho de que Pujol fuera a recibirme. Dos *mossos* en funciones de escolta que se hallaban sentados frente a la puerta me observaron de arriba abajo con expresión desconfiada, mientras era acompañado a una sala en la que se me indicó que tomara asiento en un sofá claro y esperara. Junto al sofá, una mesa de cristal baja, de respetables dimensiones, exhibía en cuidado orden varios números de la revista del Centre d'Estudis Jordi Pujol, *VIA (Valors, Idees, Actituds)*, en cuyos índices aparecían numerosos artículos del propio Pujol y de la partida habitual de pensadores afines a la causa. Era ese tipo de producto cultural que tanto abunda al calor del dinero más o menos público, o del mecenazgo más o menos interesado: caro, con buena presencia y escasamente leído. Apenas tuve tiempo de echar un vistazo a una de ellas cuando la puerta se entreabrió de mano del propio Pujol, que, a la vista estaba, no era hombre de hacer esperar a las visitas.

Vestía extremadamente bien, y parecía una de aquellas personas que saben que una arquitectura física complicada no puede permitirse un atuendo descuidado. Sobre su camisa gris pálido lucía una corbata de un gris más oscuro y satinado. El traje era de un corte atemporal, pero en absoluto anticuado. El sastre se había esforzado hasta el límite de su oficio para insuflar alguna armonía en las telas que habían de cubrir una espalda demasiado cargada y unos brazos demasiado largos. La caída del pantalón camuflaba la sequedad de sus piernas y evitaba que su cuerpo ofreciera un aspecto trasnochado. Me miró y

esbozó una media sonrisa un tanto irónica, con una de las comisuras de los labios torcida hacia abajo, y me tendió una mano floja y cautelosa que estrechó la mía con huesuda languidez. Supongo que es algo habitual en la gente que se ve en el caso de dar la mano decenas de veces al día, que mantienen la cortesía del gesto pero dosifican el esfuerzo. Me saludó y me condujo a una amplia sala de reuniones dominada por una gran mesa.

Ofreció café y agua y, antes de entrar en materia, me sometió a un cordial interrogatorio sobre mi nombre y el origen de mi apellido. Enseguida vi que era un formato de conversación en el que él formulaba muchas preguntas y, por regla general, se ocupaba también de las respuestas. Cuando le dije que mi familia procedía de Teruel, de la cuenca del Matarraña, me hizo notar su conocimiento enciclopédico de la comarca y las veces que había visitado Mazaleón, Calaceite, Beceite, Alcorisa y otros pueblos de la zona cuyos nombres sólo muy remotamente tenían algún significado para mí. En apenas unos minutos de conversación, Pujol ya había exhibido la mayoría de los trucos y muecas que habían forjado su imagen, pero no transmitía ninguna impostura. Parecía disfrutar del tema y de su capacidad para sorprenderme. Constataba el efecto que me causaba cuando narraba sus miles de viajes a los lugares más remotos, pero no había nada forzado. Si acaso, lo único extraño era que creyera necesario desplegar esas dotes de seducción ante quien, en definitiva, no era más que un proveedor que venía a prestar un servicio. Pero parecía que cada relación humana tuviera que ser una conquista para él, y que eso valiera tanto para el abogado como para el camarero del restaurante o el taxista. También es verdad que a esa clase de personas, una vez conseguido su objetivo, los seducidos pasan a aburrirlos soberanamente.

Una secretaria con aire de vestal, de esas que parecen capaces de detectar un pecado antes de que hayas pensado en cometerlo, nos trajo el café y sólo entonces pasamos a abordar el objeto de la reunión. Al poco, cuando le estaba explicando que para poder presentar una querella tendría que pedir un poder notarial para el abogado y el procurador, Pujol pareció desconcertado. Me dijo que ya había hecho eso, pero a petición de otra persona.

—Eso que me dice usted, vino aquí el notario y firmé unos poderes…

—Pero ¿por los mismos hechos y sobre la misma publicación? —respondí algo azorado.

—Sí, sí, creo que sí. Por favor, espere un momento.

Abandonó la sala y, desde el pasillo, llamó a la secretaria. Al cabo de unos minutos volvió y se hundió en su asiento al otro lado de la mesa.

—Va a tener que disculparme, pero aquí ha habido algún malentendido —dijo fijando en mí sus ojos de color ambiguo—. Alguien ha debido de confundirse... ¿A usted quién le ha dicho que venga aquí?, ¿alguien del partido?

—Sí, sí, Gordó y Corominas —respondí, empezando a sumirme en un necio desánimo.

—Verá, esto ya le ha sido encargado a otros abogados que estuvieron aquí hace pocos días. Yo no lo recordaba, pero me parece que le han hecho venir para nada.

—No hay ningún problema, así he podido charlar un rato con usted —dije, intentando no evidenciar ni el menor atisbo de decepción.

—Ya tendremos otras ocasiones para charlar —finalizó Pujol, poniéndose en pie.

Me acompañó a la salida y reiteró sus disculpas, dejando claro que lamentaba las molestias, pero que tampoco era como si yo hubiera tenido que cruzar el Atlántico a nado. También apuntó, de forma discreta pero explícita, que el error podía recaer sobre muchas personas, pero en ningún caso sobre la suya.

Di cuenta a Gordó y a Corominas del chasco y ambos me despacharon con los comentarios displicentes propios de quienes están habituados a experimentar más de un revés a lo largo del día, y compartí mi decepción en el despacho, acertando a alegrarle el día a alguno de mis socios, a veces un tanto resentido por los logros ajenos. Cosas de éstas les pasan frecuentemente a los abogados y a los contratistas de obras, lo que no impide que aún haya gente que persista en esos oficios. Tocaba no darle más vueltas e ir olvidando esa breve reunión con Pujol. Eso sí, tomé buena nota de explicarle a mi hermana que Pujol no sólo conocía Mazaleón y había visitado el pueblo. Además, había tenido un chófer que era de allí.

Para entonces, llevábamos tres años del denominado «tripartito» (fruto de una coalición entre el Partit dels Socialistes, Esquerra Republicana y los excomunistas de Iniciativa per Catalunya), que había conseguido arrebatar el poder a los sempiternos convergentes, algo así como los dueños de la finca catalana desde principios de los años ochenta. Pasqual Maragall era el presidente de la Generalitat y Mas gestionaba la travesía del desierto con notable diligencia y su característico entusiasmo. El grupo que le había ayudado a lograr la máxima influencia en el partido seguía a su lado y quienes no le habían ayudado mantenían, sin embargo, toda la proximidad que podían con él, pues eran momentos de vacas flacas y sólo él podía asegurarles la permanencia en el juego. Por aquellos días la sede del partido en la calle Córcega, habitualmente tranquila, se llenaba hasta la azotea. Los políticos que a partir de 2003 se habían visto obligados a abandonar los despachos de la Administración ofrecían alguna similitud con los cesantes de las novelas de Galdós, tratando de sobrevivir y aguardando el retorno de su influencia perdida. Cargos de confianza, exdiputados, ex altos responsables de empresas públicas se recolocaban en el partido y se dedicaban a lo que mejor se les daba: conspirar, velar las armas y preservar el capital político. Luego estaban los que habían caído por el camino, convertidos en gentes sin ilusiones ni futuro, a los que no les quedaba más que la voluntad de salir adelante como fuera, tal vez aspirando a figurar en alguna lista para las elecciones municipales de su pueblo.

De sus infortunios me daba cuenta, de tanto en tanto, uno de los abogados internos de la casa, Salvador, con quien había hecho amistad hacía algunos años y que conocía a todo el mundo, ya que acumulaba más antigüedad que las paredes de la propia sede. Era un hombre de estatura mediana, algún kilo de más, ojos achinados y aspecto optimista, de unos cincuenta y muchos años y que vestía con la burocrática elegancia formal propia de la mayoría de los convergentes. Lo que había comenzado como unas profundas entradas a ambos lados de la frente se convirtió al final en una calva de cierta entidad, aunque mantenía pese a ello un pelo cano y frondoso a ambos lados de la cabeza, rematado por unas patillas de respetable longitud. Tenía manos delicadas y pies pequeños calzados en esos mocasines negros que, para asombro de todo el mundo, tanto gustan a los españoles.

Nos dejábamos caer alguna vez por un restaurante del barrio de Gracia que servía comida vasca, el Ipar-Txoko, en la calle Mozart. Una calle que antes se había llamado de la Aurora hasta que a principios del siglo XX algún concejal melómano juzgó intolerable que el compositor austríaco no gozara de reconocimiento alguno en el callejero de la ciudad. Vista la calle en cuestión, o el resto del consistorio no compartía sus aficiones, o se trataba de alguien con escasa influencia. Como siempre, aquel día nos recibió el propietario, Mikel, que se hallaba acodado a la barra, contemplando unos pinchos de guindilla y anchoa con la expresión de un padre orgulloso. Mikel era escandalosamente vasco, y le pasaba lo mismo que a esos chefs franceses afincados en Nueva York: cada vez parecía más del mismo Bilbao y tenía más acento. Pedimos lo que nos sugirió, pues Mikel recitaba los platos de la carta de forma tan veloz que resultaba poco menos que imposible hacerse una idea propia sin contar con su auxilio.

Le comenté a mi colega la frustrada aventura con Pujol y, entre boquerón y boquerón, me expuso su tesis de manera convincente:

—Pujol tiene más de cien tipos que se ponen patas arriba intentando adivinar sus deseos, aunque a él aún no le haya pasado por la cabeza la posibilidad de tener ningún deseo. Alguien le habrá llevado la noticia injuriosa y se habrá marcado un tanto diciéndole que había que presentar una querella. A la que Pujol haya cabeceado, el tipo le habrá traído del brazo a algún abogado de su cuerda y, mientras, algún otro también habrá querido lucirse y avanzar con el mismo encargo. Al llegar la noticia al partido, o Gordó o Corominas habrán juzgado que esto les tocaba gestionarlo a ellos, y ahí apareces tú.

—A hacer el papelón.

—El papelón lo habéis hecho los dos, Pujol y tú. ¡A saber qué abogados le habrán puesto al final al pobre! De esos que uno desea para la parte contraria, seguro.

—¿Qué tal por Córcega?

—Muy entretenido. Todos luciendo el tipo ante Mas, para ver quién manda más y es más guapo. Felip Puig, Corominas, David Madí, Quico Homs... En fin, ya los conoces... Pero el poder en Córcega es Gordó, no te quepa la menor duda. Mas nunca evidencia a quién le tiene más confianza, pero está claro que a Gordó se la tiene. Y mucha.

¡Ah, y Oriol Pujol! A éste ya no lo mencionaba, y eso sí que es un error —añadió mientras fingía seccionar su cuello pasando el dedo índice, como un cuchillo, de un lado a otro del gaznate.

—Gordó parece un tipo bastante duro.

—Lo es. Alguien tiene que mandar, pronunciar algún que otro no, poner mala cara cuando toca, y muy pocos están dispuestos a eso. ¿Sabes cómo llaman a Gordó por el partido cuando están bien seguros de que no puede oírlos? «El siniestro.» Pero hace falta alguien como él. El partido es un partido de gobierno, y en la oposición está completamente descolocado. Y además hay que apretarse el cinturón: toda la gente que ha saltado de las administraciones ahora vive principalmente del partido. Estos chicos saben hacer muy poca cosa en el sector privado.

—Y lo del tres por ciento, ¿cómo va?

—No va. La querella contra Maragall al final la retiraron. Dicen que no quieren atacar a la presidencia de la Generalitat, pero de eso a mí no me cuentan gran cosa. Bueno, sí, me dicen que Maragall, para evitar el desgaste del hundimiento del Carmel, se sacó lo del tres por ciento de la manga y cambió el sentido del debate. Mas se puso como una hiena y rompió los puentes. Lo que no pueden entender en la casa es que Esquerra haya preferido pactar con los socialistas antes que con ellos. En fin, un número.

—Sí. Ahora va a resultar que los de Esquerra son de izquierdas. ¡Lo que hay que ver!

Era cierto que en un pleno del Parlament de 2005, dedicado a despellejarse por el hundimiento del barrio del Carmel, Maragall le había espetado públicamente a Mas que sabía que ellos (los convergentes) tenían un problema de dimensiones oceánicas, y que ese problema se llamaba «tres por ciento». La respuesta de Mas no por glaciar fue menos contundente, hasta el punto que el propio Maragall tuvo que bajar velas, por miedo a comprometer lo que era el producto estrella de su legislatura: la aprobación del nuevo estatuto de autonomía, un auténtico churro que apenas interesó a la mitad del electorado y que Esquerra ni siquiera votó a favor. Cosas de la patria. Fue un debate lamentable, más propio de uno de esos programas de entretenimiento en los que la gente se dice de todo que de un parlamento y en el que los principales contendientes acabaron como los tipos que un día van al dentista para una higiene y salen con la

cabeza vendada. De allí poco consuelo debieron de sacar los sufridos vecinos de un barrio en el que, como consecuencia del hundimiento de uno de los túneles cavados durante la ampliación de la línea 5 del metro, se había formado un socavón de más de treinta metros de diámetro y otros tantos de profundidad que motivó el hundimiento de un buen número de edificios y que más de mil personas se vieran en la calle. Es lo que tienen los accidentes, que suelen ocurrir en zonas de pocos posibles.

Salvador era como el *¡Hola!* de los cuadros políticos, y los largos años dedicado al análisis entre bastidores le hacían idóneo para los diagnósticos a corto y medio plazo: quién subía, quién bajaba y quién era mejor que ni se acercase por la calle Córcega o, como mucho, se quedara en el *sex-shop* o en el bingo que flanqueaban el edificio. Como tantos otros en el partido por aquellos días, Salvador no parecía un íntimo de Gordó, pero estaba claro que le respetaba, si no es que le temía un poco.

Empecé a tratar a Gordó con una cierta asiduidad cuando desembarcó como gerente en 2003, tras su paso por una entidad municipalista y algún otro cargo en la Administración. Era un tipo en la cuarentena, aunque con el cabello casi completamente blanco, pese a lo cual podría haber declarado menos edad de la que tenía y le hubieran creído. De estatura algo más que mediana, en realidad medía más o menos lo mismo que Mas, y cuando estaban juntos parecían dos hombres altos. Sólo cuando me acercaba a ellos lo bastante era capaz de notar, desde mi metro ochenta, que les pasaba por lo menos una cabeza. También, como Mas, se conservaba en buena forma física, aunque no parecía muy dado al deporte. Si acaso, al esquí en la Cerdaña, que era más una seña de identidad y estatus que otra cosa. Y solía vestir trajes muy oscuros y corbatas sobrias, sin la menor concesión a la modernidad, lo que tenía a gala, pues presumía de católico, conservador y soberanista y sólo se permitía alguna frivolidad en materia de relojes, ya que lucía uno en la muñeca del tamaño del Big Ben.

Era abogado y, al despachar con él los asuntos judiciales, se notaba que sabía de lo que hablaba y que no era el hombre apropiado para intentar venderle complicidades o influencias con los jueces, fueran éstas reales o inventadas. También era resolutivo. Convocaba a reuniones breves en las que principalmente hablaba él y daba sus

opiniones y sugerencias en un tono tal que hacía reparar, a poco que te fijaras, en que se trataban de algo a medio camino entre la petición y la orden. De todas formas, no carecía de un sentido del humor sarcástico en el que alguien no avezado podía tardar en reparar. El indicio más claro de que bromeaba se hallaba en cómo desviaba la mirada hacia algún lugar indeterminado por encima de tu hombro, y en las súbitas bajadas de su tono de voz, como si el chiste hubiera de ser estrictamente confidencial. Se dirigía a todo el mundo por el apellido y nunca pude evitar que esa costumbre me retrotrajera a los tiempos del colegio. Por eso, cuando esperaba que me recibiera, me sentía como si estuviera ante la puerta del director, pendiente de una bronca.

Gordó participaba del culto a Pujol, como más o menos todos en su partido, pero lo hacía con una apariencia de objetividad que daba un sentido especial a su devoción. Eso no era obstáculo para que su lealtad política estuviera entonces exclusivamente centrada en Mas, de quien se tenía como la más próxima de sus manos derechas (otra cosa era lo que el propio Mas pudiera pensar al respecto, difícil de desentrañar para cualquier oráculo). A fin de cuentas, pertenecía a una generación que llegó a la política encandilada por el ejemplo de Pujol. Lo que ocurre es que, cuando hablaba de sus convicciones, y a pesar de tratarse de un sujeto predominantemente razonable, me hacía sentir a una distancia sideral de su discurso. Nos llevábamos pocos años, pero pertenecía a un mundo cultural y político completamente ajeno al mío y ni siquiera podía imaginarme las inquietudes que llevaron a un joven de la Pobla de Segur, que había vivido más o menos los mismos acontecimientos históricos que yo, a abrazar con aquella convicción una ideología que, en su aspecto esencial, el nacionalismo, me dejaba indiferente. La verdad es que eso podría haberme pasado con cualquiera de los convergentes, pero la seriedad de Gordó me daba más que pensar que la frívola desenvoltura de algunos de sus colegas. Gordó y yo nos respetábamos, aunque veníamos de lugares muy diferentes, lo que no evitaba que, de tanto en tanto, él me mirara con esa conmiseración que los creyentes reservan a quienes no participan de la revelación.

Abandoné Gracia y fui bajando hacia mi casa. Casi toda mi vida había vivido en el Ensanche, pues no me gusta cambiar de barrio. Ni siquiera me gusta cambiar de domicilio. Lo he hecho pocas veces y

aún debiera haberlo hecho menos: las emociones y las aventuras suelen ir por dentro y las mudanzas no auguran entretenimiento alguno, sólo un vértigo húmedo e incómodo. Muchas veces he fantaseado con vivir en el extranjero. Por ejemplo, en Francia, pues yo que soy tan mal español seguro que sería un buen francés, con la *baguette* bajo el brazo y planeando liquidar a algún vecino, como un personaje de Simenon. Pero han sido tan sólo eso, fantasías. Por esta razón, tras dar algunos tumbos, siempre acabo volviendo a la cuadrícula de las pocas calles que marcaron mi infancia y que son lo único, junto con el paisaje de algún pueblo, que me genera una cierta sensación de patria.

Una vez me mudé a las zonas altas, a Sarriá, movido por un espejismo de parques y huyendo de los turistas del centro, pero se trató de un error que tuve que corregir a los pocos meses, para regresar a toda prisa a la calle Provenza. Aquellos barrios nuevos y ventilados por los que señores con loden guateado pasean perros inequívocamente británicos y corretean legiones de adolescentes hacia los multicines me son ajenos. Me gustaba ver desde el balcón el parque de Piscinas y Deportes, donde antes hubo una sala de baile a la que iban mis padres en su juventud, cuando aún actuaba allí Antonio Machín, pero, por lo demás, me sentía como un merodeador desubicado. Hice bien en volver a mi viejo barrio, plagado de gente de paso y de viejos vecinos que no esperan más privilegio que el de poder morir allí, sin una última estación en una de esas residencias para ancianos en las que todo el mundo tutea a los viejos con condescendencia, la comida carece de sal y no hay manera de tomar una copa.

Por figurar en la guía
Me mudé de Olavarría
A una calle del trocén,
Dejé el viejo conventillo,
Cambié balcón por altillo.
Todo por darme chiqué,
Ya ves, hermano, por qué
Otra vez yo volvería
A mi viejo conventillo
De la calle Olavarría.

El barrio había sido ideal, durante mi infancia, para las tardes en los cines de sesión doble, para siempre asociados en mi recuerdo a los húmedos finales de las vacaciones, después de las fiestas de Gracia de mediados de agosto. Estaba el Iris, en la calle Valencia, que en tiempos había sido el Salón Iris, donde se ofrecían espectáculos de variedades y veladas de boxeo; el Oriente, en la calle Aragón, que tenía una especialísima peculiaridad: el techo se abría mediante un mecanismo que se utilizaba las noches de verano y las películas podían verse prácticamente al aire libre, y, sobre todo, el Central, en el principio de la calle Aribau, justo al lado de los jardines de la vieja universidad, un cine destartalado, sin letreros luminosos, con el suelo ya un tanto irregular, asientos de madera que eran una fuente inagotable de crujidos y un telón carmesí que ocultaba la pantalla, que parecía estar allí desde la presidencia de Alejandro Lerroux. Era una de las salas más antiguas de Barcelona y, con el nombre de Royal, uno de los lugares de entretenimiento populares en la ciudad. En 1939, con la victoria de los franquistas, se dictó un decreto que prohibía la rotulación con nombres extranjeros; entonces cambió su nombre de Royal a Central.

Caminaba y recordaba los años de mi primer encuentro con Pujol, a finales de los setenta, y en sus circunstancias, indisociables a mi primera juventud. Era 1974 y yo había cumplido dieciséis años. Entonces, para la gente de mi edad y posición, lo más normal era abandonar la cómoda vida de estudiante en exclusiva y pasar a compaginarla con algún trabajo, continuando los estudios en algo que existía en aquellos tiempos, el bachillerato nocturno (de siete a diez), que, por razones que nunca he acabado de entender del todo, desapareció unos años después, ya en plena democracia. Como era algo tan normal y asumido, no me ocasionó ningún trauma y, por recomendación de mi primo Joan, que ya trabajaba allí, presenté una solicitud de empleo en un banco que, para mi sorpresa y tras un sencillo psicotécnico y una prueba de catalán que no me supuso el menor problema, fue admitida. Se trataba de una filial de Banca Catalana y, sólo por el nombre, ya me sonaba a algo diferente y más avanzado y moderno que la vetusta banca tradicional. Era el prestigio (ya se vio que efímero) de «lo catalán», como sinónimo de progresismo y modernidad. Y por allí andaba, en la cumbre, Pujol ejerciendo de banquero «de país», apostando por las empresas

exclusivamente catalanas (sin importar el estado de sus balances) y haciendo de la heterodoxia financiera y el incremento constante de las pérdidas una novedosa cruzada nacional.

La categoría con la que ingresé, en unas dependencias que se hallaban en el edificio Kursaal de Rambla Cataluña, fue la de botones, una especie de mensajero-recadero-fotocopiador con expectativas a corto plazo de ascender a la codiciada plaza de auxiliar administrativo. Lo cierto es que el uniforme gris y la corbata que iban asociados al cargo no me hicieron la menor gracia y ocasionaron que me creyera observado por todo el mundo y un tanto cohibido. Llegué a la conclusión de que no podía hacer nada mejor, para sobreponerme, que personalizar con algunos detalles aquel triste hábito, por lo que me proveí de un chaleco de segunda mano que encontré en un mercadillo de Portaferrissa. Era una pieza magnífica, ceñido y con un estampado de cachemir gris un tanto satinado que me hacía sentir el propio Lord Brummel. Al verlo, uno de mis nuevos colegas del banco, un auténtico dandi con pantalones acampanados y melena rubia, me prestó, para completar el efecto, un reloj de bolsillo con su correspondiente cadena que, cruzada de lado a lado, daba al chaleco un aspecto de lo más ostentoso. Curiosamente, con estas galas más extremas, toda mi timidez desapareció: casi me gustaba exhibirme por el banco, paseando entre las mesas y repartiendo los sobres de correo interior.

Eran momentos de gran efervescencia política y nuestro banco debía de tener el departamento de recursos humanos más lamentable del mundo porque allí se fue a juntar una cantidad sorprendente de militantes de todas las tendencias de la izquierda, con un notable predominio de los militantes de Comisiones Obreras y unas Comisiones Autónomas asamblearias aún más radicales. Poco después se añadiría a la fiesta una resucitada CNT, que tuvo un breve período de éxito que recordó sus antiguos tiempos gloriosos. No había decisión de la dirección que no fuera sometida a escrutinio por estos grupos; los altos ejecutivos estaban más que nerviosos y las concentraciones a la entrada del banco y las manifestaciones por motivos laborales o por cualquier acontecimiento relacionado con la situación política eran constantes. Conservo la foto de una de esas manifestaciones: estamos delante de una pancarta de «Libertad detenidos. Readmisión» Charly y yo, y muchos otros rostros de gentes con las que recuerdo una breve e

intensa intimidad, en un mundo de amistades fugaces. Nuestro aspecto es sorprendentemente moderno, llevamos el puño en alto y parece que estemos coreando algún eslogan, esbeltos, peludos y, ciertamente, apuestos. Compañeros de antaño, nuestros rostros se ven demasiado inexpertos, fantasmalmente claros. Cuando contemplo en el espejo mis facciones turbias y fatigadas y las comparo con las de los jóvenes que fuimos, me conmueven la profundidad y la crueldad de la brecha que nos separa. Aún, a veces, no puedo evitar pensar que no hubo nada mejor que aquellos años de excitación, mucho antes de convertirme en un abogado entrado en años que no va a ningún sitio concreto en este mundo. De esos que saben que todo entra en decadencia, que todo debe terminar.

Como era pariente de Joan, y él era uno de los más carismáticos agitadores de aquel grupo variopinto, me resultó muy fácil trabar relación con ellos. Mi primo era un tipo apuesto, de ojos marrones brillantes un tanto juntos, lo que le daba un aspecto malicioso. Un domingo, justo después de mi ingreso en el banco, me dijo que le acompañara a ver a unos amigos. Se trataba del típico piso de estudiantes, lleno de jóvenes un par de años mayores que yo y todos barbudos y melenudos hasta el exceso, con excepción del propio Joan, que profesaba una especie de marxismo árido y riguroso que le hacía creer que el pelo corto y convencional era lo que más le aproximaba a la clase trabajadora, mientras que los aditamentos capilares eran tan sólo una frivolidad burguesa que nada tenía que ver con la lucha de clases.

No sé si todos aquellos jóvenes eran comunistas, como algunos se proclamaban, o simplemente jóvenes, y si veían en aquella ideología algo más allá de los entusiasmos, amores o vulgaridades personales que llamamos libertad. A esa edad, y con la única formación histórica y política del bachillerato español, el comunismo me atraía y me repelía a un tiempo. Nada parecía más seductor para el idealista, ni más inquietante para el individualista. Flirteé con él durante un tiempo, pero siempre me llamó más lo libertario. En realidad, acabé siendo muy severo con el comunismo, que no aportó nada bueno, más que sus sueños. Se había atrevido a erigirse en modelo absoluto para todos los hombres y ésa era la vara de medir con la que había que juzgarlo, la de sus propios ideales, frente a los cuales el fracaso era especialmente traumático. Alguien dijo que no existe manera de

imponer el altruismo a los hombres, y tenía toda la razón. Por si fuera poco, mi memoria histórica de la guerra, mi tío Felipe, un antiguo anarquista con muchos tiros pegados, parecía detestarlos tan sólo algo menos que a los franquistas y hacía buena aquella frase terrible de Marx de que «la tradición de todas las generaciones muertas pesa como una pesadilla sobre la mente de los vivos».

—En la guerra nos traicionaron. Sólo seguían las consignas de Stalin, y en Barcelona, en mayo del treinta y siete, se dedicaron a liarse a tiros contra los del POUM y a torturar a sus líderes en las checas, y contra la CNT. Tenían alma de tiranos, de comisarios. De lo peor.

—Pero lucharon por la república, ¿no? —preguntaba yo, un tanto retador.

—¿Sí? ¡Y una mierda! Mientras Stalin firmaba un pacto con Hitler para repartirse Europa.

En aquella misma reunión conocí a uno de mis nuevos colegas del banco, Llull, que ya había empezado los estudios de Psicología en la universidad. Llull se convirtió en uno de mis mejores amigos y durante unos años llegamos a ser inseparables. Era un tipo con el rostro alargado circundado por un halo castaño de cabello y barba, con unos oscuros ojos despistados tras las gafas que lo inspeccionaban todo con curiosa perplejidad. Esos ojos y los movimientos huesudos y nerviosos de su largo cuerpo dejaban entrever su excitación por todo —por las conversaciones cargadas de certidumbres, que oscilaban a cada poco entre la euforia y la desolación, la música y las mujeres, sin ir más lejos— y le daban el aire de un niño precoz fugado de una mala escuela. Solíamos atravesar la ciudad de punta a punta caminando, abstraídos en disquisiciones cargadas de ideas y posibilidades que aún no se habían frustrado; glosábamos los atractivos de nuestras colegas junto a la máquina de café del banco o nos colgábamos una hora al teléfono despiezando con la precisión de un forense las vicisitudes de Iván Karamázov. En cuanto las clases nos lo permitían —frecuentemente, pues era época de constantes huelgas y asambleas—, nos encerrábamos en la vieja filmoteca, viendo dos o tres películas seguidas, preferentemente clásicos norteamericanos, melodramas de Douglas Sirk que, inevitablemente, le humedecían los ojos, o *Johnny Guitar*, de Nicholas Ray, cuantas veces la pusieran y algunos de cuyos diálogos llegamos a memorizar.

Estaba más que claro que tanto él como yo andábamos un tanto necesitados de compañía femenina, pero eso llegó pronto y en el propio entorno de aquel banco tras cuya gestión (por llamarla de alguna manera) se hallaban el remoto Pujol y sus adláteres, donde, para Sant Jordi, tan sólo se exponían libros en catalán y los directivos tenían maneras de monitor de *boy scouts*. El banco y su matriz tuvieron con el tiempo un triste final del que ya me ocuparé más adelante y en el que, se diga lo que se diga, ni Llull ni yo tuvimos culpa alguna. La agitación política era constante y las asambleas de trabajadores se sucedían. Llull solía tomar la palabra en estos actos, abordando temas embriagantes y con frecuencia irresponsables, y yo callaba, sobre todo por no saber qué decir, y contemplaba a los asistentes. Me centraba de manera muy especial en Eva, una hermosa rubia que cubría con unas gafas de ligera montura dorada, de esas que apenas sostienen los cristales, unos ojos castaños claros inteligentes y algo irascibles. Tenía perfecta conciencia de su belleza y parecía desdeñar de un modo vago mucho de lo que la rodeaba, como si lo comparara instintivamente con algo mejor.

La recuerdo con una falda escocesa unos centímetros por encima de sus admirables rodillas y un jersey shetland negro del que asomaba el cuello de una camisa blanca impoluta. Tenía unas manos cuidadas, de uñas cortas y brillantes, y era tres años mayor que yo, lo que a esas edades puede llegar a parecer una enormidad. Pero un par de miradas y una leve sonrisa de su boca de labios rectos y un tanto crueles, refractarios a los cosméticos, me hizo pensar que podía planear una aproximación. Leonard Cohen iba a actuar en Barcelona aquel mes, lo que justificaba un intento que tal vez no fuera recibido con rechazo. La abordé en cuanto pude hallarme lejos de las miradas de molestos testigos potenciales de un sonoro fracaso y le propuse que me acompañara al concierto.

—Hola, Eva. El viernes que viene actúa Leonard Cohen en el Palau de la Música, ¿te gustaría venir? —le dije con el aplomo de Tony Perkins en *Psicosis*.

—¿No vas con nadie más? —repuso con una pregunta más que razonable para la que, neciamente, ni siquiera había preparado la respuesta.

—No se lo he dicho a nadie hasta ahora. Quería saber antes que nada qué te parecía a ti.

—Iré. Pero antes déjame alguno de sus discos. No tengo presente haber escuchado nada suyo.

Llegó el viernes en cuestión y la encontré en las inmediaciones del Palau, sonriente y vestida con una sobriedad que la hacía aún más deseable. La cola daba cumplidamente la vuelta al edificio y nos colocamos en ella con resignación soviética, pero, al cabo de un par de horas, empezó a llegar gente desde la cabecera diciendo que las localidades ya estaban agotadas. Me sentí frustrado, pero no nos fuimos, esperando no sé qué milagro que al final se produjo: Cohen se había enterado de que muchos nos habíamos quedado en la calle y ofreció un concierto extra para el día siguiente, el sábado a mediodía. Compramos las entradas y fuimos a tomar algo por el Barrio Gótico, al Thales de la calle Ciudad, tras el ayuntamiento, donde un camarero brusco y malcarado compensaba su escasa empatía con cerveza fría y discos de Charlie Parker. El jazz sonaba adulto y sofisticado y casaba perfectamente con la rubia cabellera de Eva y su aire de existencialista francesa.

El sábado, aún embebidos de esa euforia melancólica que sigue a los grandes conciertos, ganamos la calle a mediodía, a una hora extraña para cualquier plan. Tenía previsto sugerirle que fuéramos a comer algo por allí, o que paseáramos, si no tenía hambre, u ofrecerme a hacer volatines para entretenerla si era preciso, pero no hizo falta. Me cogió la mano y me dijo con una sonrisa lo que debe decir una joven próxima a los veinte años a un muchacho virgen y torpe, botones de profesión:

—Vamos a mi casa. Ya comeremos algo allí.

Me agarré a aquella mano y componiendo, sin tenerlas todas conmigo, una actitud complacida y resuelta, la seguí Vía Layetana arriba, hacia su casa, y, aún sin saberlo, hacia el final de una castidad tan viscosa como un derrame nocturno. Algo debió de notar de mi aprensión, pues, al llegar a la puerta del estudio, me miró con una cierta curiosidad, me acercó la boca y me metió la lengua hasta la garganta. El apartamento era tan pequeño como me había dicho, aunque hoy, con las soluciones habitacionales a que debe recurrir la gente, tal vez parecería de dimensiones suficientes para una familia con seis hijos. Eso, para el caso de que lo pudieran pagar.

Eva gestionó con eficacia mi azoramiento y al poco estábamos en la cama, que, aunque pequeña, no precisaba de un solo centímetro

más. Tomó mi pene entre sus manos y lo introdujo suave pero resuelta en su acogedor coño rubio y rosado, húmedo y con aspecto algo pueril (me digo ahora, viajando a ese país extranjero que es el pasado). La primera descarga me llenó de euforia; reparé en su pecho y sus mejillas sonrosados por la excitación, en el arrullo narcotizante de sus jadeos y dejé que ella condujera mi cabeza entre sus piernas y lamí hasta el orgasmo sus jugos mezclados con los míos. Me era imposible apartar la boca de allí, mientras sentía que la erección volvía y me apresuraba a buscar su boca y a seguir el curso errabundo de su mirada por encima de mis hombros. Empezamos así una relación en la que nada nos exigíamos mutuamente. No llegamos a ser ni novios ni pareja, tan sólo amantes, siempre en aquel estudio, una especie de santuario para nuestros húmedos rituales. Llevaba allí todos los discos que llegaban a mis manos, y los escuchábamos devotos mientras follábamos con igual devoción. Eva compraba libros sobre sexualidad tántrica, sobre el punto G, sobre posiciones orientales para la cópula, *Sexus* de Henry Miller y los exabruptos de Charles Bukowski, y los leíamos entre polvo y polvo, ya pegajosos y obnubilados, renuentes a tomar la ducha que pondría fin a la tarde. Juntos aprendimos a fumar, para poder probar el hachís, en unos porros que nunca supimos liar: era Llull quien los preparaba para mí, y yo los llevaba en una vieja cajetilla metálica de cigarrillos turcos. Los prendíamos a oscuras, con el piloto rojo del tocadiscos como única luz, mientras escuchábamos *The Dark Side of the Moon* y nos manipulábamos suavemente los sexos y los muslos, los labios y las manos.

Así nos sorprendió la agonía del franquismo y el inicio de la democracia. La muerte de Franco no me ocasionó la menor emoción, ni otro cambio en mis rutinas que el de no ir a clase aquella tarde. Sólo soy capaz de asociarla con una foto de Pau Riba sentado en el andén de la parada de metro de Liceo en Barcelona, con un periódico en las manos con el titular «Franco ha muerto» y su aspecto de hippy despistado.

Nadie había derrocado a Franco, más allá de los bikinis de las suecas y las películas de Alfredo Landa, y nadie debía sentirse demasiado orgulloso de que tan sólo su decrepitud hubiera posibilitado el cambio. De modo parecido a lo que había ocurrido en la Alemania de 1945, los españoles se fueron a dormir franquistas y se despertaron demócratas de toda la vida, y más nos valía a todos no

hurgar demasiado en la certeza de que, si al sujeto en cuestión no le hubiera dado por morirse, nos hubiéramos pasado un montón de años más siguiendo las correrías del marqués de Villaverde en el *¡Hola!* Cuando veo aquellas imágenes de grano gordo del entierro, de la plaza de Oriente, de Arias Navarro por televisión, en aquel fúnebre blanco y negro, me cuesta asumir que realmente llegara a vivir en una época tan remota. Y que todo aquello pudiera ser contemporáneo de los Rolling y de Frank Zappa. El 20-N, Eva dedicó un par de minutos a alegrarse del deceso y propuso que diéramos una vuelta. Las calles estaban prácticamente vacías, había furgones grises de la policía y algo eléctrico y nervioso en el aire. Al día siguiente, la normalidad era casi absoluta. Ni que decir tiene que los franquistas seguían mandando, aunque algo acomplejados, y así lo harían por lo menos hasta finales de 1976, pero a eso ya estábamos acostumbrados.

En el banco, cada dos por tres se ocupaba el patio de operaciones y se celebraban asambleas sin cuento no específicamente reivindicativas —más allá de abogar por la libertad de los detenidos en las últimas manifestaciones—, sino de valoración de la nueva situación política. Algunos de los oradores veían la revolución a la vuelta de la esquina, los comunistas llamaban a la prudencia y la moderación y la muy catalanista dirección del banco hacía votos por la llegada de la democracia en voz muy baja y con toda la discreción posible. Los trabajadores mostraban una gama variada de expresiones: desde la preocupación temerosa de los mayores con familias que mantener y obligaciones que afrontar, hasta la excitación de los más jóvenes, con todos los matices intermedios e, incluso, alguna cara de aburrimiento.

Y la universidad, en la Facultad de Historia en la que me matriculé, era como el banco, un conciliábulo permanente en unos aularios irrespirables a causa del humo del tabaco en el que se exponían los proyectos más peregrinos y se aplaudían consignas. La Revolución de los Claveles en Portugal mitigó en parte la depresión que había generado el golpe de Estado de Pinochet en Chile y los movimientos guerrilleros de El Salvador y Nicaragua parecían prometer algo parecido a un mundo mejor. Las asambleas estaban bien, aunque todos los asistentes exhibiéramos el mismo desasosiego envarado y teatral. En una de ellas, coincidente con las jornadas libertarias que se celebraron en el Parque Güell, un tipo barbudo y

malcarado, extremadamente enjuto y moreno y con una expresión alucinada y fanática, intervino para motejar a los presentes de fascistas vendidos al imperialismo por no apoyar resueltamente la independencia de las Canarias, paso ineludible, como nos desarrolló con todo tipo de epítetos insultantes, para instaurar la revolución mundial o la anarquía, pues tampoco quedó muy claro si el chaval era libertario o trotskista. Lo tenía a mi lado y le escuché un buen rato con extrema cortesía en méritos de la adusta belleza canaria que le acompañaba, pero cuando los insultos arreciaron no pude menos que dirigirle un sentido «¡gilipollas!». La joven, de ojos verdigrises y pómulos un tanto tártaros, me miró como si fuera a arrancarme las tripas, y el tipo se limitó a observar burlón. Luego me chocó recordar que en la sonrisa del individuo se podía detectar una pizca de algo parecido a la simpatía: creo que él también temía a su rígida y hermosa compañera, una especie de amazona guanche.

—¡Godo de mierda! —me escupió ella implacable, y me pareció que una lengua bífida asomaba entre sus labios sensuales.

—¡Lenin ya te hubiera mandado fusilar por desviacionismo nacionalista y pequeñoburgués! —le respondí, preguntándome si habría alguna posibilidad de quedar con ella más tarde.

—¡Dejadlo ya! El godo no quería ofender: es un niñato de mierda que no sabe lo que dice —terció el líder canario con acento dulce y mirada de marido celoso.

Las clases, los días que se celebraban, ofrecían indigestos temarios hinchados de estructuralismo y retórica marxista. Daba igual la de antropología cultural que la de introducción a la historia: glosas de la revista francesa *Annales*, de historia económica y social, sesudas reflexiones sobre Georg Lukács y su obra *Historia y conciencia de clase*, y el omnipresente breviario de Marta Harnecker, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, algo francamente soporífero. Yo, que llegué a los estudios de Historia con el recuerdo de *Sinuhé, el egipcio* y los documentales sobre las guerras mundiales de la BBC, pronto vi que iba a aburrirme como un galeote. A pesar de todo, estudié de la única manera en que he sabido hacerlo, con una meticulosidad poco brillante y algo obsesiva, confeccionando fichas y resúmenes y leyendo todos los libros recomendados, lo que me permitió obtener buenas notas en aquellas asignaturas en las que el aprobado no se regalaba por motivos políticos. Como en otros asuntos,

en éste fue mi amigo Leo quien llevó un poco de luz a mi confusión. Leo había comenzado Derecho y me recomendó que dejara de perder el tiempo y me apuntara en su facultad.

—Vas a acabar explicando vete tú a saber qué en algún instituto. Y eso en el mejor de los casos. Te debías imaginar limpiando sarcófagos en la tumba de Tutankamón, o fumando en pipa por los verdes prados de Oxford, pero eso es lo que te espera.

—Pero Derecho... —respondía dubitativo—. Debe de ser aún más aburrido que lo mío.

—No te creas —dijo, exhalando una nube cínica de humo de su cigarrillo—. El romano está muy bien si te gusta la historia, y el político si te gusta la política aplicada, no esas pajas de las asambleas. Y el civil tiene rigor y método, y se ve de inmediato que tiene que ser práctico. No te digo que sea lo más práctico del mundo, pero tú y yo somos de letras y no te vas a poner ahora a hacer una ingeniería. Tú menos que nadie, que te mareas con una división un poco larga.

Reconocí que en esto último no le faltaba razón y me planteé con alguna seriedad darle vueltas a la idea.

—Y de chicas... ¿cómo está Derecho? —pregunté en tono rijoso.

—Es el paraíso: los de Económicas vienen a nuestro bar para verlas. Con eso te lo digo todo. Aunque haya algún mentecato que diga que se liga más en Farmacia.

Fue Leo quien, además de en Derecho, me inició en el tango, una música en la que no había reparado y que habría de acompañarme toda la vida —que enlazaba con el mundo de Cortázar, con *Rayuela*, con Horacio Oliveira y la Maga, y las noches de jazz en el lado de acá, en París, y las de allá, en Uruguay y Buenos Aires—, y también con él empecé a frecuentar los primeros restaurantes de calidad en una época en la que la pretensión de comer bien, al menos en nuestro entorno, era tenida como algo arcaico, burgués o, directamente, reaccionario. Aún en momentos de escasa solvencia económica era posible en la Barcelona de aquellos años educar el gusto en el Quatre Barres de la calle Quintana, cerca de la plaza Real. O, en días muy señalados, en el Agut de la calle Aviñón, cuyas prostitutas (las de la calle) inspiraron el cuadro de Picasso. Era uno de los rasgos más sutiles y profundos del fin del franquismo: con la democracia, cada vez se comía mejor.

Algo parecido ocurría con el sexo. Franco lo había convertido en una mercancía tan valiosa que había reconocido las dimensiones de su

poder y le había tributado el homenaje de la persecución. Ahora el sexo estaba por todas partes, a veces excesivo, pero entre las tetas de Susana Estrada o una colección de generales y obispos obesos paseando bajo palio se daba una cesura como la que supuso la caída de Constantinopla en manos de los turcos.

Aunque para ver según qué películas aún teníamos que emprender alguna de aquellas excursiones al sur de Francia, en una especie de romería que implicaba dos días seguidos de proyecciones de todo aquello que estaba prohibido en España, donde, hasta 1976, no se pudo estrenar *El gran dictador* de Charles Chaplin, tal vez por no desairar la visita de Himmler al monasterio de Montserrat en los años cuarenta. A Céret, pues, nos dirigíamos animosos el grupo de amigos del banco más algún nuevo condiscípulo de Llull o mío, todos respetuosos del canon de los vaqueros y las melenas, pertrechados de sacos de dormir, en tren y dispuestos a deglutir películas mientras el cuerpo aguantara. Los sagaces franceses tenían perfecto conocimiento de nuestras necesidades y programaban sesiones maratonianas en las que tenía cabida lo prohibido en España, las grandes películas que habían sido estrenadas pero mutiladas por la censura y unas buenas dosis de sexo viniera o no a cuento. Eso sí, tuvimos que aguantar auténticos fiascos como la soporífera *El imperio de los sentidos*, donde el dueño de un hotel y una prostituta se entregan a un obsesivo delirio sexual que acaba con que la amiga le corta la polla al tipo, casi por suerte para él, pues no parecía que fuera a dejarlo descansar ni un rato. Era difícil pronunciarse contra esas supuestas maravillas adornadas por el prestigio de la prohibición, pero una vez empezábamos nos era imposible parar e incurríamos en una hilaridad que más de una vez estuvo a punto de hacer que nos expulsaran de la sala. Llull no tenía piedad:

—Este tipo consigue que te aburras del sexo. Hasta el parchís parece más excitante después de ver a éstos en acción —decía doctoral.

—Debe de ser que en Japón se toman lo de follar muy en serio.

Pasábamos la noche del sábado en algún hotel que se ceñía dolorosamente a nuestras peores expectativas y seguíamos al día siguiente con otra dosis masiva de celuloide, hasta la hora de tomar el tren de vuelta a Barcelona, con los ojos rojos y los párpados pesados y algo así como la satisfacción por el deber cultural y contestatario

cumplido. Otra ventaja innegable de estas excursiones era que a ellas se apuntaban algunas chicas de nuestro círculo y se favorecía el inicio de amistades que presagiaban una cierta intimidad. En una ocasión, Llull convenció de que vinieran al exceso cinéfilo a dos compañeras del banco, las dos estudiantes de Economía, serias y recatadas, y que aspiraban a incorporarse en cuanto acabaran la carrera a su departamento de estudios. Eran morenas, altas y completamente diferentes, aunque se llamaran igual (las dos Marías), y no tenían nada que ver con nuestro círculo asambleario y radical pues se movían en la órbita de Comisiones Obreras y del PSUC, lo que se les notaba hasta en las gafas metálicas de montura redonda y un austero recato, ligeramente virginal. Sin embargo, con cierta frecuencia, irradiaban el excitante centelleo erótico de la virtud. Llull desplegó todos sus encantos con una de ellas, la de cabello rizado y nariz respingona, delgada, con manos de dedos largos y nerviosos y una mirada algo miope, tímida, aunque voluptuosa. Yo me apliqué con la otra, que llevaba el cabello muy corto, casi militar, lo que me recordaba a la Nefernefernefer de *Sinuhé, el egipcio* y me la hacía singularmente excitante. Tenía unos estilizados rasgos algo asiáticos, grandes ojos de color avellana y un culo digno del pincel de Modigliani.

Después del viaje a Céret empezamos a quedar y muy pronto acabamos en el piso que compartía con su amiga en la calle Trafalgar, cerca de Urquinaona. Con María todo fue al revés que con Eva. Para empezar, no tenía la menor experiencia sexual, por lo que me tocaba a mí tomar la iniciativa, lo que acometí con buena voluntad y dudas intermitentes de estar a la altura que ella merecía. María estaba absolutamente decidida a perder una virginidad que le resultaba molesta y un tanto vergonzosa, y yo resulté el elegido para el lance, lo que me produjo un extraño efecto inhibidor de la libido: no me parecía en absoluto correcto ser yo quien privara a nadie de sus membranas, pero así estaban las cosas. La tarde que creí que aquello iba inexorablemente a pasar acudí a su casa provisto de un disco de Dylan y me senté a su lado en los cojines del suelo de la sala, sobre una alfombra vagamente étnica. A María le gustaba hablar de política. Empecé una tierna exploración de su cuerpo mientras algo oía de las sutilezas geoestratégicas en el Ogadén, y el conflicto del Cuerno de África se las arreglaba para abrirse paso a través de sus muslos. Me entretuve sobre su pubis y ella se levantó y me llevó al dormitorio. En

aquel momento, sus grandes ojos, sus labios carnosos y el tacto de cepillo de su pelo irradiaban una excitación desprovista de subterfugios. Como lo fueron los primeros y más delicados lances del encuentro: un breve momento de dolor mientras sonaba *Forever Young* y, después, los movimientos rítmicos de sus caderas, esos que nadie enseña y siempre se acaba sabiendo cómo hacer. Intenté mitigar ese dolor bajando mi boca hasta los labios de su coño y lamí y lamí hasta que el placer se abrió paso a oleadas, cubriendo de rubor su busto enhiesto. Después ella me asió el pene con torpeza y emprendió una felación dubitativa pero eficaz. Se rio con ganas, un tanto pringosa, ante el resultado y nos besamos hasta bien entrada la noche. Me fui de allí creyéndome seriamente enamorado, lo que no era cierto.

María fue la primera persona que conocí, y traté, que se refería al nacionalismo catalán con conocimiento de causa y algo de sistema. No había visto nacionalistas en la facultad, en aquellos cursos turbulentos, aunque tal vez lo que sucedía es que eran tímidos como cervatillos. Pero ella me habló de la opinión del PSUC o, como se decía en aquellos tiempos, de «el partido», pues, según ellos mismos, no había ningún otro con cara y ojos.

En la segunda mitad de los setenta, todos los jóvenes —incluidos seminaristas y peluqueros— estaban muy politizados y solían militar en alguna de las organizaciones a la izquierda del PSUC que parecían el único rostro activo de la lucha política. Maoístas, trotskistas, anarquistas y todas las variedades entomológicas del radicalismo marxista eran algo perfectamente palpable, lo mismo que sus antónimos de extrema derecha, muy dados a los correajes y a soltar alguna hostia. Y entre los que nos considerábamos de izquierdas, el catalanismo era tan sólo un ítem más, que se asumía en paquetes enteros de disidencia. El razonamiento era bastante simple: si a Franco no le gustaba, nosotros lo apoyaríamos, como hubiéramos apoyado a las tarántulas, con la obstinada voluntad de enmendar la totalidad de la dictadura. Si Franco decía que hacía buen día, nosotros no podíamos aceptarlo de ninguna manera, aunque luciera el sol. Pero ocurría —y en nuestro banco autóctono lo teníamos muy claro— que en aquellos tiempos aún no se había olvidado la potente componente catalana del régimen, y cómo sus prohombres más destacados, algunos

de los residentes habituales en los barrios altos, habían ido más allá de la discreta tolerancia, militando en la connivencia o la complicidad, como se quiera llamar.

Como María dejaba bastante claro, de la mano del PSUC iba a venir la legitimación democrática de un nacionalismo que a los demás nos podía oler a sacristía, reuniones de matrimonios católicos para tomar chocolate con melindros y excursiones al Tagamanent. En cualquier caso, eran unos tiempos aún lejanos de aquellos en los que los catalanes, comprendiendo que no podían ser una potencia mundial, decidirían convertirse en un engorro mundial. María se ponía muy marxista y ortodoxa y hablaba de condiciones históricas objetivas que propiciaban una convergencia de todas las fuerzas opuestas a la dictadura y cosas así. Me lo tomaba con sano escepticismo porque la verdad es que a la que empezaban a brillarle los ojos presa del fervor militante, a mí me daba por pensar en cosas clasificadas para adultos.

—¿Opuestos a la dictadura como Samaranch, como Suqué-Mateu, como Vilarasau? —pregunté, buscando mosquearla.

—También hay gente que ha estado en las cárceles franquistas, como Pujol.

—¿Ese que ahora es nuestro patrón junto con el ínclito Martí Mercadal y da préstamos a fondo perdido a esos otros? —le dije zumbón—. Por cierto, este jersey tan ceñido te queda muy bien.

—Por fin dices algo sensato.

Pujol era entonces una sombra poderosa que surcaba fugazmente los despachos de dirección de nuestro banco. A mi modesto nivel tan sólo llegaban rumores sobre él. El jefe de conserjería, un tal Riera, alardeaba de conocerlo de misa y contaba que cuidaba tanto los detalles que hasta se preocupaba por los libros que se exponían en la cafetería el día de Sant Jordi. Un día, con mi uniforme y mi chaleco, le llevé un sobre que tomó de mi mano con extrema delicadeza. Pujol estaba de pie junto a un ventanal y parecía a la vez un extraño solitario y renuente y el amo de todo el edificio. Me miró fijamente a los ojos y se dirigió a mí, cortés, pero distraído:

—¿Hace mucho tiempo que trabaja aquí?

—Dos años.

—¿Es usted de Barcelona? ¿Y sus padres?

—Tanto mis padres como yo somos de Barcelona. Mis abuelos

eran de Teruel.

—¿De la parte en que se habla catalán? —preguntó con vivo interés.

—Sí, señor. Justo de allí.

—Entonces es usted de familia catalana de pies a cabeza —asintió satisfecho.

—Nunca había pensado otra cosa.

Me retiré tras esas cuatro palabras mientras él bajaba la vista a sus zapatos y se pasaba la mano por el cogote, nuevamente abstraído, el sobre cerrado olvidado en su mano, sin iniciar siquiera un gesto para abrirlo. Nunca volvimos a cruzarnos en el banco, pero pensaba frecuentemente en él. Era lo más próximo al poder a lo que me había acercado en mi vida. Precisamente en aquel año 1976 se había reeditado su libro *La inmigración, problema y esperanza de Cataluña*, que contenía algunas frases sobre el hombre andaluz por las que llegó a ir a Sevilla para disculparse, y vistas las cuales no pude más que alegrarme de que, para sus autorizados parámetros, yo fuera un catalán con todas las de la ley.

2

Mano a mano

En marzo del setenta y cinco, meses antes de la muerte de Franco, con Llull y un nuevo amigo, Blai, fuimos al primer concierto de Lou Reed en España —en el Palacio de los Deportes, entre amenazas de bomba y de desalojo— fascinados por el mito del poeta del lado peligroso, el yonqui apadrinado por Warhol que traía oscuros destellos del *underground* neoyorquino. Reed apareció en el escenario haciendo honor a su leyenda, vestido de negro y con gafas de sol, como si fuera un ser profundamente insano, y como si esa misma insania incrementara el prestigio de su arte. Empezó con una brillante versión de *Sally Can't Dance* y fue pasando revista a sus éxitos, pero no pudo cantar *Heroin*, prohibida por la policía para la ocasión. Como nada hay más atractivo que lo prohibido, empezamos a corear el título de la canción, provocando alguna mueca desdeñosa de Reed, al que ni se le ocurrió intentar tocarla.

Algo mítico tenía esa droga —muy probablemente su promesa de aniquilación indolora— que hacía que limitarse a nombrarla generara una excitación entre romántica y canalla. No sólo no había conciencia del peligro, sino que estaba rodeada de un prestigio estético y decadente que atrajo a los incautos como una tira de papel adhesivo a las moscas. Sabíamos bien poca cosa de ella, más allá de su prohibición, lo cual, en un país en el que estaba prohibido hasta ver un par de tetas, no quería decir gran cosa. Fuera como fuera, muchos jóvenes que habían compartido unos tiempos de gran intensidad se quedaron por el camino en la Barcelona de la Transición, una fiesta continua —decían quienes no tenían que trabajar— en la que confluyeron la ilusión, la creatividad y la energía vital con la muerte.

Blai se acomodó a nuestro grupo y, con Llull, llegamos a formar

un trío frecuente, incluyendo en nuestras andanzas la excursión, en el verano del mismo año, al festival de Canet. Aquel ambiente desinhibido y contracultural no parecía tener nada que ver con la España de Franco y los presentes podríamos haber pasado por los afortunados asistentes a los conciertos de los festivales de Woodstock o de la isla de Wight, pero pronto se deshizo el equívoco cuando supimos que el Gobierno Civil había prohibido la actuación de Jaume Sisa por los innegables peligros para el régimen contenidos en el álbum *Qualsevol nit pot sortir el sol*, y muy especialmente en la canción homónima:

Hola, Jaimito! Donya Urraca!
En Carpanta i Barba-azul,
Frankenstein i l'home llop,
el compte Dràcula i Tarzan,
la mona Xita i Peter Pan.

Posiblemente tenía razón el gobernador civil de Barcelona de turno, ni más ni menos que Rodolfo Martín Villa, prohibiendo la canción. Al régimen no lo tumbaron los comunistas, ni los socialistas a los que nadie había visto el pelo desde 1939, ni los catalanistas (unos franquistas y otros no); lo hundieron aquellos jóvenes peludos, las adolescentes de cabellos largos desoladoramente bellas, los músicos de rock, los autores como Pau Riba, la Companyia Elèctrica Dharma y toda la gente que demostraba cada día que no estaba dispuesta, de ninguna manera, a seguir viviendo la vida rancia y casposa que aquellos falangistas engominados y curas con sobrepeso habían alcanzado a diseñar. Y tal vez el más peligroso de todos fuera Jaume Sisa.

En Canet vimos alguna bandera catalana, y alguna del PSUC, pero el ambiente no era de reivindicación política en sentido estricto; era de protesta existencial y de celebración de la música y de la libertad, más allá de unos partidos que apenas estaban y ni falta que hacían. Otra cosa eran los cantautores catalanes como Llach y valencianos como Raimon, cuyos electrizantes conciertos en el Palacio de Deportes de Montjuïc o en el Salón Iris sí se convertían en auténticos foros de disidencia política en los que se manifestaba también un sentido deseo de democracia. Es difícil describir la

excitación que se vivía en aquellos recitales, su liturgia de puños en alto y banderas de la izquierda, y la devoción con que se coreaban las letras de las canciones y aquel «*Llibertat, amnistia, estatut d'autonomia*» que lanzó en febrero de 1976 la clandestina Assemblea de Catalunya y con el que estábamos todos instintivamente de acuerdo. Para experimentarlo hay que escuchar la grabación del concierto de Raimon en la Universidad Autónoma de Madrid de ese mismo año, cuando, en buena medida gracias a tipos como él, lo catalán gozaba de un innegable prestigio entre todos los jóvenes demócratas de España. Y cuando el nacionalismo independentista intentó presentarle como uno de los suyos, no lo consiguió. Sin duda el tipo perdió por ello un montón de honores y prebendas, pero prefirió seguir comprometido con aquel sentimiento de fraternidad entre españoles libres por el que tanto había trabajado. O al menos a mí me gusta interpretarlo así.

Seguí los consejos de Leo y empecé Derecho en el edificio de la Diagonal, junto a Pedralbes, en el turno de tarde. La facultad estaba masificada en aquellos años. Tanto que, para poder seguir las clases sentados, tuvimos que constituir un grupo en el que cada día de la semana uno de nosotros llegaba una hora antes pertrechado de carpetas y libros para ocupar unos cuantos puestos para los otros en el aula. Los profesores se dirigían a nosotros con un micrófono en la mano, moviéndose entre pasillos atestados y gente de pie apoyada en las paredes. Si no hubiera sido por el humo del tabaco (alumnos y profesores fumaban en clase como si les fuera la vida en ello), la imagen recordaría la de aquellas iglesias norteamericanas en las que los fieles bailaban y cantaban góspel y el predicador levantaba el puño contra el demonio entre gritos y sudor. Como Burt Lancaster en *El fuego y la palabra*.

Aunque carecía de cualquier cosa parecida a una vocación, enseguida me encontré a gusto allí. Los contenidos, incluso el derecho romano o el eclesiástico, parecían prosaicamente útiles, tanto que me preguntaba cómo no estudiaba leyes todo el mundo. Aunque luego, mirando la clase abarrotada, comprendí que, en realidad, todo el mundo lo hacía. La revelación llegó con las clases de derecho penal que daba un joven asociado de la cátedra de Joan Córdoba. Era un hombre pequeño y delgado, con unas entradas que anunciaban una irremediable calvicie y un aire tímido que contradecía la sarcástica

severidad de su voz. Fue él quien, explicando el juicio de Núremberg, la condena de los criminales nazis, los problemas de la irretroactividad de las leyes penales y de la imposición a los vencidos de la justicia de los vencedores me descubrió el vínculo entre lo que me atraía de la historia y la concreción ejecutiva del derecho. El retribucionismo despiadado de Kant, las teorías utilitarias de la pena, la concepción hegeliana del castigo; era un sincretismo fascinante entre la filosofía más abstracta y el mundo de los hechos. La historia, si se escribe bien y sin prejuicios, puede ser una guía valiosa para el futuro, pero, a fin de cuentas, lo único que acaba por demostrar es que pasó lo que pasó cuando tenía que pasar. El derecho incidía sobre la realidad y sobre la historia, ordenaba el mundo y cambiaba el curso de las cosas. Además, estaba en condiciones de ayudar a personas concretas que probablemente se encontraban en los peores momentos de sus vidas —sin contar los que puedan competer a los oncólogos— y ofrecía algo parecido al perfume de la acción: en los tribunales, las cárceles y las comisarías, lejos de los despachos mullidos en los que se redactan los contratos y los testamentos. Sin una idea definida de lo que fuera a hacer en el futuro, tuve claro que mis intereses se iban a dirigir, en cuanto pudiera, al derecho penal.

Un penalista podía tener algo de juez, de detective o de policía, y parecía atractivamente próximo al cine negro, a los trajes de tweed de James Stewart y al empaque de delincuentes del estilo de Edward G. Robinson. Estaba claro que con Historia no iba a acabar trajinando con la momia de Tutankamón, pero con Derecho sí me veía pisando el entarimado de algún tribunal.

Mis padres vieron bien este nuevo enfoque de mi futuro académico. Mi padre, de manera inocente, fantaseaba con un mundo de oportunidades nuevas y un tanto burguesas: obrero socialista hasta el fin, era sorprendente el entusiasmo con que me veía felizmente desclasado. Y sus cálculos, elementales, pero a su manera sagaces. No es que los pobres sean más listos, es que están más atentos.

—Si sacas el título de abogado, trabajando en el banco podrás ascender, tener un buen despacho, hasta tu propia secretaria. Un empleo seguro y en una buena posición —decía, entornando los ojos y apoyando el mentón en unas manos cuyos nudillos hablaban de una vida de trabajo duro.

—Más que en el banco, en un sindicato como laboralista, o como

criminalista tipo Perry Mason... —le respondía burlón.

—Lo mejor es el banco —terciaba mi madre, siempre desconfiada de las vicisitudes del mercado libre—. Y eso del sindicato, ¿en los sindicatos pagan a los abogados?

A mi madre, harta de lavar monos de mecánico manchados de grasa, un trabajo de traje y corbata en un lugar que en aquellos tiempos parecía tan sólido como un ministerio, le parecía el no va más del progreso. Entonces parecía la quintaesencia de la mediana edad: prosaica y materialista, pero, a la vez, aún vagamente esperanzada con el futuro.

—También puedes preparar oposiciones. Eso sí que es para toda la vida. Y de calidad. Podrías hacerte juez, o notario —seguía mi padre, cada vez más animado.

—Si queréis que os diga la verdad, el banco es una auténtica gaita. Y este banco en concreto no sé si va a tener mucho futuro —añadí, con esa facilidad para aguar las fiestas de los padres que suelen tener sus hijos.

—Gracias al banco puedes estudiar, ir a todos esos conciertos a los que vas, comprarte ropa, que vas hecho un marqués, y hacer tus salidas con todas esas amigas —acababa mi madre en un tono de reproche algo envidioso.

Era una mujer íntimamente insatisfecha y en realidad hubiera querido ir ella a la facultad, al banco o a aquellos bares en los que giraba una vida inconexa, vicariamente deseosa hasta de aquellas amigas a las que se refería sin mencionar nunca sus nombres. Obviamente, para mi madre, ir hecho un marqués era sinónimo de gastar tejanos americanos y tener una trenca de buen ver, pero era cierto que por entonces se consideraba a los bancos y las cajas de ahorro como el equivalente en seguridad y estabilidad, en el sector privado, de un empleo público. Tan cierto como que, a través de nuestros compañeros de los departamentos de estudios, llegaban a los sindicatos y a las asambleas noticias inquietantes sobre la auténtica situación económica de nuestro banco en cuestión. María había sido la primera que me había hablado de ello, de lo que sabía por propio conocimiento y de lo que le habían explicado sus compañeros del partido, empezando por un tal Romeu, uno de los economistas más reputados del sindicato de banca de Comisiones Obreras.

—Es una auténtica catástrofe de gestión. Se comenta en todos los

otros bancos y roza el escándalo. Lo que ocurre es que, como hay intereses políticos en juego, no trasciende nada —decía ella, y cuanto más seria, más sexi.

—La banca es una estructura capitalista basada en la explotación de la clase trabajadora —decía yo, a falta de algo más ingenioso, o de tener la menor idea sobre el tema—. Además, ¿no decías que estaba el antifranquista Pujol y que había que aliar a los enemigos del régimen?

—No tienes ni idea —respondía con toda la razón—. Aquí de lo que se trata precisamente es de que están haciendo política, no gestión bancaria, y a este paso vamos a acabar todos en la calle. Dan préstamos a empresas ruinosas por el mero hecho de ser industrias catalanas de dueños catalanistas. No se piden garantías serias; los créditos se refinancian sistemáticamente. Es eso lo que perjudica a la clase trabajadora, que al final, de una manera u otra, lo acaba pagando todo.

—Bueno, ¿y por qué no lo denunciáis? —decía yo, indiferente al tema y preguntándome si llevaba condones en la cartera.

—En Comisiones lo hemos denunciado un montón de veces, pero ni siquiera llega a los periódicos.

Yo simulaba entonces un ardor reivindicativo y una indignación que traicionaban mis manos largas y mi boca cada vez más próxima, y ahora me repito que lo único malo de los amoríos fugaces es que duraron demasiado poco. María tenía más razón que una santa, y eso se vio no muchos años después, y con unas consecuencias francamente paradójicas, en lo ocurrido en el banco, en Cataluña en su conjunto y en el propio Pujol, al que la quiebra habría de perseguir hasta el final.

El banco, en cualquier caso, no era el lugar idílico que mis padres imaginaban. Y los tipos encorbatados tampoco eran el paradigma de la respetabilidad. Algunos de ellos eran plenamente conscientes del clima de libertad sexual que prosperaba entre los empleados más jóvenes y aspiraban a lucir sus galones y hacerse con parte del botín. Como Carles, uno de los directores de nuestro edificio, un hombre con el aire de un topo cuyo vientre desbordaba por encima de su cinturón y el rostro ambivalente de un niño de cuarenta años. Gastaba un peinado tipo Iranzo, una especie de media melena que le daba un remoto parecido con Engelbert Humperdinck, un *crooner* británico melifluo hasta el coma diabético que triunfaba por entonces. Sus rasgos eran llamativamente vulgares, y el bigote y un lunar en la

mejilla le hacían tan atractivo como una bañera. Yo estaba en su despacho recogiendo el correo interior y Sandra, una de las secretarias, arrodillada frente a unos archivadores situados junto a la mesa, cuando Carles empezó a hablar en voz baja, pero con un tono urgente, ignorando mi presencia y como si no se dirigiera a nadie en particular, la mirada fija en el culo de ella:

—Tú y yo tendríamos que pasarnos por los archivos de la planta baja, que son más íntimos, y nos podríamos frotar un poco. Te haría un buen trabajo con la lengua, y tú una buena mamada, ¿no te parece?

—Sí, y por mil pesetas me echas un polvo, y te puedes correr en mis tetas —repuso, fría como un cubito.

—Ya sé que no tienes tantas manías con otros que pululan por aquí, así que no te hagas la estrecha.

—Antes que hacérmelo contigo me coso el coño con la grapadora. Y no sigas así, Carles, porque voy a montar un escándalo de esos que salen en los papeles. Hoy anda por aquí el propio Pujol, con Mercadal y otros del mismo palo, y a estos beatos no les va a hacer ninguna gracia tanta guarrada.

Él sonrió y calló, como si ese diálogo agrio le hubiera resultado muy consolador, movió papeles en su mesa y encendió un cigarrillo con un Dupont de oro que, en su mano, perdía cualquier glamur, aparentando una estoica indiferencia. Ni me dirigió una mirada, y salí del despacho sintiéndome avergonzado. Sandra había estado magnífica: indiferente a cualquier posible represalia, de su rabia emanaba un centelleo oscuro. Conrad decía que ser mujer es terriblemente difícil porque consiste sobre todo en tratar con hombres, y yo veía deshonrado a todo mi género en la conducta de tipos como aquél. Las cosas le fueron bien a Carles. Siguió ascendiendo, y años después le vi por la calle mejor trajeado, con la misma melena cursi convertida en una gran telaraña de hebras grises y acompañado del tipo de mujer que deseas para tus enemigos.

Aunque no todos los directivos eran como Carles. Los había serios y razonables, y de los que trataban de ejercitarse en la virtud de simpatizar con los más jóvenes y más politizados, pero todos estaban bastante perplejos y asustados por el signo de los tiempos. Por aquellas asambleas agresivas en las que se cuestionaba cuanto hacían, y por el contexto general del país. Tampoco les ayudaba mucho la

percepción, mucho más informada que la nuestra, de que aquella empresa se encaminaba al desastre. Supongo que nosotros contribuimos de muchas maneras a fomentar sus miedos y su inseguridad, pero nos cobijaba un cierto nihilismo protector que diluía cualquier temor al futuro, pues todos creíamos estar en aquel trabajo de paso, a la espera de mejores y más brillantes destinos.

María se buscó un novio más serio que yo —lo que no le fue difícil— y desapareció pronto de nuestras salidas grupales de los sábados que empezaban inexorablemente en la parada de metro de Jaume I, seguían en El Ascensor de la calle Bellafila y culminaban en Zeleste. Con una Voll-Damm perpetua en la mano escuchábamos a la legión de extraordinarios músicos prácticamente residentes que allí se consolidaron y que protagonizaron la edad de oro de la música progresiva catalana. Llegamos a ser habituales y, en alguna ocasión, cambiábamos algunas palabras con Sisa, un humorista sentimental, con el Gato Pérez —porteño, rumbero catalán— y Pepe Rubianes y Carles Flavià, que solían mantener unos diálogos delirantes que nos hacían reír hasta las lágrimas. Flavià todavía era sacerdote, un tipo deslumbrante que tenía las más extrañas teorías para todo y que, de repente, podía exclamar «¡Hostia, la misa!», y marcharse pitando hasta la lejanísima parroquia en la que oficiaba. Luego, si la cosa había ido bien, rematábamos la noche con alguna de nuestras amigas, y si eso no ocurría —fenómeno bastante frecuente, por otra parte—, buscábamos los últimos churros de la madrugada en el Raval, junto a la discoteca Les Enfants, y nos íbamos a casa con la satisfacción del deber cumplido y la vaga idea de que algo tan bueno no podía durar.

Y no duró. Por esos días, todos los varones más o menos de nuestra edad estábamos obsesionados con la amenaza del servicio militar obligatorio, que se acercaba inexorablemente. Barajábamos espeluznados todas las opciones, desde la de hacernos objetores de conciencia (poco recomendable entonces: les costaba aguantarlo hasta a los testigos de Jehová), desertar y huir al extranjero (muy vistoso en teoría, pero nada realista) o pedir prórrogas para ver si alguno de los nuevos gobernantes posfranquistas tenía a bien apartarnos aquel cáliz. Por más vueltas que le diéramos, no nos quedó otra que asumir aquel tétrico ejercicio de las armas en un país en el que todavía se hablaba de los militares con ominoso temor y donde los nombres de un buen número de generales aparecían en la prensa diaria, como si tuvieran

algo que decir de los nuevos rumbos políticos. Otra duda era la de si era más conveniente hacer el servicio normal, como soldado raso, o utilizar una institución llamada «Milicias Universitarias» que permitía, a lo largo de tres años, compaginar la mili con los estudios y hacerlo con un grado de suboficial, el de alférez si te lucías o el de sargento en el caso de mediocridades castrenses como intuía que sería el mío. Así que nos fuimos al ejército Leo, Llull, Blai y yo, con escasísimo espíritu marcial, más bien con el ánimo de los que han sido llamados para participar en una invasión a Júpiter sin previo aviso.

Me adapté al ejército como suelo adaptarme a todo, de manera conformista (como Jean-Louis Trintignant en la película de Bertolucci), aparentando eficacia y resolución e, incluso, pretendiendo, si llega el caso, destacar en lo que hago. Las maldiciones iban por dentro, pero nadie hubiera dicho que yo no era un sargento español de lo más aparente. Sargento, porque quedó claro que el grado de alférez estaba reservado para aquellos que tuvieran alguna competencia técnica o científica, y fueran capaces de hacer cosas como calcular parábolas de tiro, y yo seguía mareándome ante una división no muy larga. Hice instrucción, marché por el monte, marqué el paso, hice prácticas con el fusil y la pistola y un sinfín de psicotécnicos —de aquellos con manchas gemelas sobre los que fabulas las más absurdas tonterías—, y conocí a gente de todo el país. La mayoría eran como yo, universitarios que trabajaban y soportaban la mili como una maldición caída del cielo ante la que sólo cabía poner una cara si no buena, al menos indiferente, pero nunca desesperada. Decía Sam Peckinpah que la desesperación es el único pecado imperdonable, y que siempre nos está acechando, y allí la mayoría trabajábamos para evitar caer en ella. Pero también estaban los entusiastas, los que se quejaban si tardaban en darles el fusil y que a los pocos días ya se habían hecho una foto de estudio con el uniforme que enviaban a madres y a novias. Los que hablaban una jerga patriótica que me retrotraía a las clases de formación nacional del colegio. Para mí, conocer a alguien que decía que su novia era virgen, que la reservaba (es de suponer que con su anuencia) para la noche de bodas y que ni se había planteado tocarle las tetas, era como conocer a un ornitorrinco, e igual de entretenido. Un comandante de

la academia, un hombre descomunal y de aspecto soñador, me sorprendió un día lanzando una mirada aviesa a un grupo de esos merluzos.

—Ni caso —me dijo—. Cada año vienen menos así, y al final desaparecerán. No son mala gente, pero son vestigios de un mundo que ha muerto. Como yo —apostilló mientras sus ojos se deslizaban sobre mí sin demostrar demasiada curiosidad.

Era un tipo de físico exultante, con infinidad de músculos marcándose bajo la camisa del uniforme, pero algo inhibido, como si su presencia excesiva causara demasiados trastornos y deseara encogerse o mimetizarse con el entorno.

—El ejército ya no sabe dónde está —dijo—. Algunos quieren seguir como si Franco no hubiera muerto. ¿No has visto las fotos de Franco por aquí? Vamos, no es que piensen que no ha muerto, es que piensan que está a punto de venir y pasar revista, en plena forma. Creen que van a poder intervenir en política y salvar el legado de la victoria en la guerra, pero están acabados. Harán más o menos ruido, pero no pueden cambiar la situación política de toda Europa, porque ya no estamos en los años treinta. Otros queremos un ejército profesional sometido a la Constitución y la ley y, contra lo que pueda parecer, no te extrañe que acabemos siendo mayoría. Además, a la que vean por dónde vienen los ascensos y las promociones, la mayoría de los defensores del Alcázar que tienes por aquí se volverán demócratas de toda la vida, como están haciendo los políticos. Como esos de UCD, que eran todos del Movimiento, «camisas viejas» y tal, y ahora parece que se cargaron ellos a Franco, como Bruto a César.

En el último período de servicio, me desplazaba del cuartel de Sevilla a Barcelona en tren, que es donde hay un auténtico sentido de la distancia, de ir y venir de un sitio a otro. En el tren hay tiempo para pensar y tal vez ésa era la razón por la que se hundían en el descuido y la ineficiencia, lejos aún los tiempos de la alta velocidad, en los que fuimos, bien que brevemente, ricos y modernos. Casi todos los pasajeros eran jóvenes, pobres o marginales, o una combinación de las tres cosas, y abundaban los soldados que, tal vez sin saberlo, repetían la ruta del *transmiseriano* de los años cincuenta y sesenta, de las oleadas de emigración del sur hacia Cataluña. Mi servicio a la patria había concluido y tengo alguna fotografía con uniforme y sable que así lo acredita. Me llevé para casa un horror atávico a la mala comida,

a la carne con nervios y tendones y a las patatas mal peladas, y el recuerdo de aquellos militares un tanto tristes y atónitos, con problemas para mirarse en el espejo de la historia. Me tocaba reconducir mi situación académica, pues durante esos dos años y medio mi rendimiento había flaqueado, así que hice una lista mental de las asignaturas que me quedaban para acabar Derecho y resolví aplicarme a ello sin demora. Tenía que recuperar el contacto con mi antiguo círculo y reincorporarme al banco, cuya complicada situación ya no era un secreto de cenáculo sino una evidencia, y volver a los bares de la ciudad, enriquecidos desde el día de Año Nuevo del setenta y nueve con la llegada del Gimlet de la calle Rec.

Lo primero que me sorprendió a mi regreso era cómo había bajado la tensión política y la actividad militante de todos mis amigos. Gentes que se pasaban el día reunidos en asambleas en el trabajo y en la facultad parecían ahora completamente desmovilizadas. Se seguían proclamando de izquierdas, pero estaban más atentas a otras facetas de la vida, básicamente a las de la vida privada. Además, algunos empezaban a hablar del Pujol político, más allá de su condición de banquero, lo que constituía una auténtica novedad en aquellos cenáculos. Algo me había llegado, francamente chusco, tras el regreso de Tarradellas. Básicamente, noticias sobre el odio africano que el viejo patriarca sentía por él y que se veía correspondido por un odio ni menor ni menos africano por parte de Pujol hacia Tarradellas. Pujol se había hecho no hacía mucho con la presidencia de la Generalitat, lo que nos sumió a todos en una profunda extrañeza, pese a haber visto lo que había pasado a nivel estatal con la UCD. Aún creíamos que la victoria estaba destinada inexorablemente a las izquierdas, pero la verdad es que el triunfo de Convergència no nos importó gran cosa. Lo vimos como algo transitorio, como a Suárez (aunque éste sí que fue transitorio de verdad), y tan sólo una pequeña demora en el curso de los hechos, rectamente entendidos en términos propios del materialismo dialéctico. Empezaba a verse, eso sí, la extraña connivencia de los comunistas del PSUC con aquel burgués católico al que trataban con especial consideración. Antoni Gutiérrez Díaz, Gregorio López Raimundo, algún socialista histórico y el propio Vázquez Montalbán eran críticos por razones de clase, pero, al fin, extremadamente condescendientes. Vi el *Informe general* de Pere Portabella y todas las claves estaban allí, aunque yo no fuera entonces

capaz de deducirlas. Los comunistas parecían querer a Pujol y Pujol a ellos, y estaba claro que lo único que acercaba visiones del mundo tan dispares era la cuestión nacional. Les pregunté a las Marías —que seguían en el partido— y ambas, con argumentos más que similares, vinieron a confirmar mi impresión:

—En estos momentos, con la derecha fuertemente instalada en Madrid y la posible involución que podrían causar los elementos más reaccionarios del ejército, existe una coincidencia táctica en preservar y desarrollar la autonomía de Cataluña y su cultura. Además, la conducta de Pujol durante el intento de golpe del 23-F le sitúa claramente del lado de las fuerzas democráticas.

Y se quedaron tan anchas. Durante el intento de golpe de Estado, que, vista la desgana de los militares de mi cuartel, no podía prosperar de ninguna de las maneras, lo único que había percibido en relación con Pujol era que el rey le había dicho que estuviera tranquilo, a lo que el hombre se aplicó, con celo encomiable, hasta que perdió el poder veintidós años después. No acababa de entender cómo una alianza con la derecha nacionalista iba a servir a los comunistas para desalojar a la UCD del poder estatal y neutralizar al ejército, y creo que ellas tampoco, pero lo decían con una disciplinada convicción que, en el caso de mi María, me traía recuerdos muy agradables y de elevado voltaje. A fin de cuentas, con ella había dejado un pedazo de mi corazón. Aunque es verdad que con mi corazón pasa un poco como con las reliquias de la Santa Cruz: hay tantas desperdigadas por el mundo que se podrían reconstruir decenas de cruces.

En algo tenían razón: Pujol había llegado para quedarse y, ciertamente, contribuyó a modificar la realidad que yo creía conocer. ¡Hasta mi padre hablaba de Pujol! ¡Y bien! Lo asociaba con la bandera de Cataluña, con el retorno de la Generalitat, con el prestigio oficial del catalán y con aquella nueva atmósfera del posfranquismo, sin películas prohibidas ni rostros como el de Arias Navarro por la televisión. Estaba claro que, para él, Pujol era uno de los elementos representativos de esa nueva época más feliz. Nunca le votó, pero no le era en absoluto hostil. Y yo no fui capaz de valorar la profundidad de ese cambio, lo que sólo indica que yo tengo una capacidad de análisis más propia de Enid Blyton que de Fukuyama. De todos modos, la euforia del fin de la dictadura duró lo que un sueño. Los terrorismos alemán, italiano y vasco emponzoñaron el final de los setenta, y la

película de Jaime Chávarri *El desencanto*, una crónica privada del franquismo a través de las vivencias de una familia un tanto dipsómana y autocomplaciente, empezó a marcar al menos la estética y el tono de los años siguientes. Los Panero se desnudaban con toda crudeza ante la cámara ocultando, entre citas culteranas e innumerables copas, el secreto de su tragedia: que el viejo poeta franquista Leopoldo Panero tenía más talento literario en una uña de sus dedos que los tres vástagos letraheridos juntos.

Un sábado por la noche me acerqué al piso que Joan compartía con otros amigos en la calle Comercio, cerca del Borne. En el tocadiscos sonaba *London Calling*, y la reunión estaba compuesta por el elenco habitual de compañeros de facultad y del trabajo y alguna de aquellas chicas que estaban en fase de abandono del capazo de cáñamo y del pachuli. Se hablaba con tono un tanto melancólico de cómo echar a la UCD de Madrid, y de las esperanzas depositadas ahora en el PSOE, que se había convertido en el nuevo referente para aquellos exmilitantes de la ultraizquierda. El PSOE no tenía nada que ver con los partidos de nuestra juvenil agitación y casi parecía algo venido de Júpiter o de Toulouse, o el resultado de una operación política de inspiración alemana un tanto artificial, pero era lo que había y, a diferencia de cuanto conocíamos, podía ganar. Nunca habíamos visto a nadie del PSOE (ni del PSC) en las asambleas y manifestaciones de los últimos años, y ahora parecía que algunos profesores de las facultades de Derecho y Económicas habían salido de la nevera para reivindicar el legado de aquel partido histórico de la Segunda República. Alguien avanzó entonces una de las ideas a que más vueltas se dio en aquel encuentro políticamente surrealista.

—Los socialistas en Madrid protagonizarán el cambio de ciclo histórico. Pero eso debe compensarse con un gobierno en Cataluña que trabaje por la autodeterminación. Para eso ya va bien Pujol. No es más que un burgués que pronto se verá arrollado por las fuerzas del progreso. Y, para la izquierda, mejor Pujol que las sucursales catalanas del PSOE —decía Jaume, un tipo grande y simpático, con un bigote del mismo estilo que los de Stalin o Quico Pi de la Serra.

—¡Visca Catalunya! —soltó Llull algo achispado.

También acababa de volver del ejército y, sin barbas y melenas, ya no parecía el George Harrison del *All Things Must Pass*, sino un yerno ideal.

El argumento pro Pujol fue descalificado por los que aún mantenían alguna idea romántica sobre el internacionalismo proletario y la hermandad de todos los pueblos de España, pero lo verdaderamente original era esa súbita generosidad de los progres hacia aquel nacionalista conservador, cuyo programa social se desconocía, si es que imaginaba alguno, y que sólo parecía tener algo que decir cuando se refería a las sagradas esencias de la patria o a los agravios procedentes de *l'Estat*. Más adelante alguien me pasó un artículo de Josep Pla en *Destino*, en el que se hacía una burla un tanto sarcástica de la exótica y sobrevenida identificación de Pujol con la socialdemocracia sueca. «No sabía que hubiera tantos suecos en Cataluña», vino a decir Pla. Eso le costó que le echaran de la revista, y algunos creyeron ver ahí la mano de Pujol. Otros, en cambio, atribuyeron el cese a los comunistas, incapaces de perdonar a Pla las veleidades franquistas que, sin embargo, toleraban sin el menor problema en gentes como Comín —un tipo que, como tantos otros, había lucido la camisa azul y los correajes antes de descubrir la revelación marxista— o como Joan Fuster, el que dijo que España era una invención de Marcelino Menéndez Pelayo, coherentemente con su conversión del falangismo al catalanismo radical.

Una de las chicas fue aún más lejos y empezó a decir que Pujol le parecía entrañable, lo que dio lugar a una cierta rechifla. Fuera como fuera, ella siguió dedicándole tiernas palabras, muy dignas de una hija o una sobrina, pero impropias de alguien que hasta hacía cuatro días había sido una de las militantes más vocingleras de la LCR. Por primera vez por lo que a mí respecta, antes de dirigirnos todos hacia los mundiales de fútbol de Naranjito y a la melancolía que iba a marcar la década, la cuestión nacional catalana se había aparecido donde antes nunca la vi, en los debates de los cenáculos de izquierdas. Y ahí se quedó, aunque al principio ofrecía menos atractivo que los programas de cinefórum de los jesuitas. Me costaba formarme una opinión: escuchaba a unos y a otros con interés, pero el tema me resultaba extrañamente irrelevante. Estaba, como siempre, volcado hacia mí mismo, mis sensaciones y mis deseos y la pálida sombra de ambiciones que empezaban a insinuarse, y sólo me interesaba la política en la medida en que me hacía próximo a todos aquellos amigos. Para mí bastaba con una tenue y sentida identificación con las izquierdas como la de mi padre, aunque allí cupieran muchas cosas y

no pocas contradicciones. Prefiero a las personas que a sus ideas y no creo en nada con la suficiente intensidad —más allá de lo fundamental: la democracia, los derechos humanos, la defensa de los débiles— como para lanzarme al enfrentamiento, apenas siquiera al debate; o al menos así lo veo mientras acumulo esos recuerdos que son lo único que me permite trazar el contorno de esos momentos. Aunque haya algo un punto ridículo en esto de construir la cartografía de la existencia echando mano de viejas anécdotas.

La gente de aquel grupo inestable y un tanto deslavazado empezaba a hacerse mayor: todo el mundo iba acabando las carreras, la revolución ni estaba ni se la esperaba y había que pensar en encontrar empleos de verdad, lejos de los trabajos de subsistencia. En los departamentos de estudios de los bancos, en los despachos de abogados o en la Administración pública, con preferencia para la autonómica, siempre precisada de fichajes catalanohablantes dispuestos a reparar, al fin, en las necesidades de la patria. Otros, además, iban formando parejas con pretensiones de estabilidad, pues no todo iba a ser diversión, y la promiscuidad parecía apuntar a la baja. Y muchos de los que se habían entregado con gusto a una respetable cantidad de ciudadanos y ciudadanas, terminaron por caer de brazos abiertos en la nueva burocracia convergente —ése sería también mi caso por un tiempo— sin importarles demasiado que lo que aquella gente decía pareciera más descolorido que el payaso que metían en la lavadora con un determinado jabón en un viejo anuncio.

Salimos del piso y nos fuimos para el Màgic, frente al parque de la Ciudadela, y una de las chicas, Bea, cruzó conmigo una mirada valorativa y se dio por enterada de cuanto necesitaba saber. Se levantó y tiró de su falda cubriendo recatadamente apenas la mitad de sus largos muslos y me tendió la mano. De la revolución y la contracultura sólo quedaría algún debate en la noche al salir de Les Enfants, donde sonaba el mejor rock y las chicas empezaban a oler a eau de Lancôme.

3

Garufa

El banco, a mi vuelta, estaba como lo había dejado, prácticamente en la ruina. Aquellas denuncias en los sindicatos y las asambleas a las que nadie hacía el menor caso se habían convertido en un clamor y la desconfianza de la plantilla crecía día a día. Una de las evidencias del desbarajuste la tuve el mismo día de mi reincorporación, cuando me entrevisté con uno de los responsables del departamento de personal. Era un tipo en los cuarenta, fondón, con largas patillas y unas gafas graduadas tipo Ray-Ban, modelo aviador, que aún le daban más pinta de chupatintas. Pese a que había llegado exactamente a la hora señalada, pues la puntualidad ha sido una de las obsesiones de mi vida, en cuanto me senté frente a él miró su reloj y levantó la cabeza, como si mi presencia le estuviera privando de hacer algo mejor.

—Bien, ya has acabado la mili y supongo que estás pensando en reincorporarte —dijo, como si en realidad ésa fuera una posibilidad muy azarosa y remota.

—Por supuesto. Como establece el convenio.

—También está la posibilidad de cobrar una pequeña liquidación y apuntarte al paro. Estás acabando la carrera, ¿no? Pues eso podría ser una buena solución.

—De momento prefiero el empleo. A mi madre le encanta —respondí retador y algo mosca.

—Pues tendrá que ser en la matriz, en Banca Catalana, en el edificio de Balmes y en el departamento de codificación.

—¿No había nada peor para los heroicos militares? Esto parece el recibimiento de *Los mejores años de nuestra vida*.

Pero no había nada peor. El Banco Industrial se estaba prácticamente desmantelando y me incorporé a donde el buen hombre

había dispuesto, uno de los negociados que tenía a gala realizar el trabajo más mecánico, aburrido y alienante de toda la historia de la banca. Consistía en recoger cada mañana a las ocho un montón descomunal de papeles que documentaban apuntes contables que después debían ser introducidos en el rústico sistema informático de aquellos tiempos. Había que estampar un tampón con diez casillas en cada papel y, a continuación, primero con una lista y luego de memoria, escribir en cada uno de ellos las claves para su mecanización. Así, las siete horas de cada día. Para mi sorpresa, el trabajo me encantó. Era del todo embrutecedor, pero, una vez aprendidas las claves, permitía que la mente vagara por donde tuviera a bien, con una ventaja añadida: el jefe te daba la cantidad suficiente de documentos para ocupar toda la mañana, aunque, una vez bien adiestrado, podías ir recortando minutos y minutos a aquel tiempo y llegar a disponer de hasta casi una hora libre que nadie pretendía que ocuparas con nada. Cada vez me costaba menos actuar más deprisa, con menos concentración en lo que hacía y una estúpida sensación de ligereza y libertad. Si hubiera llevado un cronómetro, habría visto que estaba corriendo contra el tiempo. Para lo que sí sirvió mi nuevo destino fue para darme cuenta de que tenía muy poco futuro en aquella empresa: yo no les gustaba, y ellos tampoco me gustaban a mí. Éramos los dos de lo más ecuánimes.

Obtuve mi carnet de conducir a la primera y mi padre, satisfecho, consideró el evento, junto con la finalización de la mili, digno de una celebración y reservó mesa en el Set Portes, que para él era el colmo del refinamiento gastronómico. Allí fuimos con mi hermana Ana, mi abuela María y Felipe a tomar los aperitivos de la casa, un arroz y un postre de inescrutable barroquismo denominado por razones aún oscuras «pijama», sintiéndonos más sibaritas que Sardanápalo. Durante la comida saqué el tema de la situación política y les trasladé lo que había oído a mis amigos sobre Pujol y los socialistas. El resultado fue curioso: a mi madre le hacía mucha gracia Pujol, porque era bajito, tenía muchos hijos y era buen catalán. A mi padre le parecía, por razones que no llegó a expresar, la continuidad lógica de Tarradellas —que estaba muy mayor— y un hombre muy preocupado por Cataluña, lo que juzgaba una virtud. María miraba a mis padres con expresión desconcertada y Felipe remató la faena: «Ése es un burgués», dijo con todo el desprecio del que fue capaz, pues para él

era un insulto de la categoría de «fascista» o de «cabrón», y siguió con su café, fiel a sí mismo y ajeno a cualquier compromiso. De alguna manera, aún era aquel joven que se fue en la Columna Durruti, con un Mauser 98 para el que sólo tenía buenas palabras, y una Star.

Me apliqué al plan de estudios que me había propuesto en mi retorno en el *transmiseriano* y, después de las clases, me encerraba en la biblioteca de la facultad perseverando en mi método pesado y lento, pero eficaz. Se le veía el final a la carrera y en aquellos últimos cursos las clases ya no estaban masificadas como en primero y segundo. Los estudiantes componían rostros cada vez más serios y atareados e, incluso, algunos de los que tenían familiares en las profesiones jurídicas empezaban a hablar de su inmediato desembarco en la práctica. Aún no tenía la menor idea de lo que haría con mi título, ni siquiera si llegaría a hacer algo con él, pues estaba cómodamente instalado en aquella provisionalidad juvenil, y el futuro parecía un país lejano y poco atractivo, lleno de compromisos y renuncias. Después del descubrimiento del penal, no encontré ninguna otra asignatura que fuera tan de mi gusto. No descartaba ninguna posibilidad, pero tampoco trabajaba por que se concretaran. Podía verme como funcionario o como laboralista, como abogado de oficio o como experto en el nuevo divorcio, casi recién llegado a España, pero descarté las oposiciones. No estaba por encerrarme cuatro años más en casa preparando el temario, y lo veía poco compatible con las posibilidades de alguien que tiene que trabajar a jornada completa. Por otro lado, tampoco estaba dispuesto a renunciar a unos ingresos estables. Es más, tras mi éxito con el carnet, lo que quería era un coche. Así que una de las primeras cosas que hice al acabar la carrera, coincidiendo con los mundiales de fútbol, fue comprar un precioso 127 rojo, no sin antes firmar una infinidad de letras.

Al poco, pude ver que mi siniestro interlocutor del departamento de recursos humanos tenía toda la razón y que, una vez acabada la carrera, lo que más me convenía era dejar aquel banco en ruinas, cobrar los cuatro duros que me ofrecían de indemnización y disfrutar un poco del desempleo. Había trabajado ininterrumpidamente desde los dieciséis años, y creía que me tocaban al menos un par de meses sin madrugar ni codificar documentos obtusos carentes de interés para nadie en su sano juicio. Me recibió con las mismas Ray-Ban y en el mismo despacho que crucé para estrechar su mano blanda y húmeda.

Sus ojos eran manchas difusas tras las gafas, apenas unas puntas de alfiler, y su boca pequeña se fruncía en un mohín de insatisfacción. Como cualquier jefe de personal, era uno de los tipos más antipáticos que uno pueda imaginar. Además, tenía mal aliento. Era de esperar.

—Es la mejor solución para ti. Podrías quedarte, pero estamos pendientes de la compra por otro banco y vete tú a saber cómo irán las cosas entonces para el personal. No creas que yo mismo lo tengo claro…

—Yo creía que los bancos siempre iban bien, y más éste, que vela por la patria catalana, sobre todo después de la construcción del nuevo edificio de la Diagonal —le dije un tanto hosco.

—El edificio es el último eslabón de una cadena de disparates, pero ha quedado muy bonito con tanta planta y seguro que se puede vender bien. En fin… Fírmame todo esto para el paro y voy a prepararte el cheque. Tú puedes irte sin problemas, y tendrás suerte. Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

Cuando le di otra vez la mano ya no pude sentir la misma sensación de amenaza que emana del jefecillo con algún poder ante alguien que considera inferior, sino que le había reemplazado un oficinista envejecido que miraba al futuro con temor y que tenía uno de esos trabajos que suelen disgustar y llevar a la abulia o a la dureza.

Tomé el dinero y corrí a pagar las letras que tenía pendientes del coche y durante las semanas siguientes dormí hasta aburrirme con la mejor de las conciencias. No fui el único que salió por piernas del banco. En realidad, fuimos marchando casi todos. Pujol el primero. Llull se presentó a unas oposiciones para psicólogo en un organismo oficial que ganó sin ningún problema; dejó de compartir piso, se buscó un estudio para él solo y siguió llevando una vida muy similar a la mía. Quedábamos con frecuencia y disfrutamos de nuestra recuperada compañía. Había interiorizado rápidamente su nuevo estatus profesional y el banco ya sólo era para él un recuerdo remoto, y aunque sus ingresos como funcionario no fueran una maravilla, valoraba la seguridad y el prestigio de su nueva ocupación. Por otro lado, era un tipo austero, capaz de vivir espléndidamente con su sueldo, fuera éste el que fuera. Jamás le escuché quejarse por motivos económicos y, para lo que eran sus gustos y aficiones, le sobraba con lo que tenía. Algo similar me pasaba a mí, que hasta entonces y en adelante, cobrara lo que cobrara, siempre me sentí bien pagado;

pasaban los años, pero mis pasatiempos seguían siendo los de siempre: la música y los libros, alguna ropa y lo suficiente para salir a tomar unas copas.

Con un café con leche y una ensaimada
rematás esa noche de bacanal
y al volver a tu casa, de madrugada,
decís: «Yo soy un tipo fenomenal».

No ahorraba para casarme, ni para comprarme un piso, y aún era demasiado joven para percibir el hondo pozo negro que espera al final de la vida, aunque hasta los jóvenes se vean cegados a veces por destellos momentáneos de lo inevitable. Me gustaría saber qué dirán de nuestra forma de vida dentro de veinte siglos, de nuestro correr sin sentido, nuestro miedo y el ansia permanente de acumular cosas materiales, aunque supongo que será lo mismo que nosotros decimos de Nerón y de Calígula.

Una noche, Llull y yo cenábamos en el Ponsa de la calle Enrique Granados, del que nos gustaba su ambiente de fonda clásica, sus manteles blancos, la tortilla de chanquete y la especial sorna de su propietario y *maître* al anotar los pedidos. La ocasión merecía una cena y lo que hiciera falta y, aunque Llull no era demasiado exigente en materia de bebidas, pedimos el mejor vino de la carta y brindamos por los nuevos tiempos. El Partido Socialista había ganado las elecciones generales por una amplísima mayoría absoluta y habíamos empezado a ver por el Congreso diputados con chaquetas de pana y barba, y los trajes de tres piezas de los amigos de la UCD habían pasado a los bancos de la oposición, como sus pintas de abogados del Estado de buena familia o de exsecretarios del Movimiento.

—Es un cambio histórico que corrige los cuarenta años de dictadura y que parecía imposible, sobre todo después de lo de Tejero —dijo Llull exultante.

—Sí, hace siete años ni lo podíamos haber imaginado, y menos con el PSOE... ¿De dónde sale el PSOE? —inquirí retóricamente.

—El PSOE no es más que una superestructura creada por los socialistas alemanes y franceses y la banca; una especie de franquicia posibilista, y una maquinaria para acceder al poder —repuso, profesoral y algo pedante.

—¿Y todos los otros partidos?, ¿el PT, la LCR, Bandera Roja, el PSUC…?

—Los más listos se pasarán de inmediato al PSOE. Son cuadros bien formados y les serán de utilidad, y se comprarán trajes y corbatas, dejarán a las compañeras de los viejos tiempos y cobrarán de algún ministerio. Muchos otros se apuntarán a Convergència, se envolverán en la bandera y cantarán las esencias de la patria. Y lo que quede del PSUC allí estará, cada vez más minoritario, pero manteniendo el tipo.

—¿Y nosotros? —dije cabeceando.

—Nosotros no somos nadie. Afortunadamente. ¿O es que tienes alguna veleidad política?

—Nunca he entendido la política —respondí— y cambio de punto de apoyo moral como de camisa. Pero estoy contento por lo de España, y por lo de Raúl Alfonsín en la Argentina: ha incluido a Ernesto Sabato en una comisión gubernamental para investigar los crímenes de la dictadura. Nunca podré olvidar *El túnel*, o el *Informe sobre ciegos*.

—¡Pero si tú ibas contra Argentina en la guerra de las Malvinas! Eres un veleta. Y te hiciste progre para ligar. Si hay alguien en este mundo que le tiene que estar agradecido a las izquierdas, ése eres tú.

—A ti tampoco te ha ido tan mal. ¿Qué fue de tu María?

—¿No lo sabes? Se casó con un profesor de Económicas y ahora está en la Generalitat. Y es más catalanista que Pere *el del Punyalet*. ¡Gran chica! ¿Te acuerdas del viaje que hicimos con ellas a Italia?

—¿Quién olvidaría un viaje así?

—¿Aquella habitación en Bolonia con dos camas de matrimonio?

—De lo más sexi, sobre todo por lo que crujían.

—¡Salud! —dijo alzando de nuevo la copa.

—Por cierto, ¿Pujol va a tener algún problema con lo del banco?

—Tú sabrás, que eres abogado. ¿Ser una calamidad como banquero es delito?

—No, pero, en España, que te vaya mal un banco es señal de ser un poco besugo.

El dueño, que no perdía palabra de lo que decíamos, se acercó con gran solemnidad y nos ofreció una copa de champán para rematar los brindis. Era un hombre tan circunspecto que nos sorprendió su gesto. Estaba claro que pasaban cosas de gran trascendencia en el país

y el nuevo Gobierno era parte fundamental de ellas. No puedo negar que estábamos sorprendentemente ilusionados con Felipe González (hacía cuatro días le habríamos tachado de revisionista, de social fascista o de renegado, como Kautsky, pues así andábamos de referentes políticos) y con un cambio cuyos aspectos más seductores para mí eran los estéticos, de cambio de lenguaje y de formas. Aunque algo mayores, la gente que acababa de acceder al poder parecía de los nuestros. En España se publicaba todo lo que hasta entonces había estado prohibido, la censura había pasado al olvido y las portadas de las revistas en los quioscos podían llegar a ofender la sensibilidad del Marqués de Sade, pero eso ya había empezado en los tiempos de la UCD.

Lo nuevo era la proximidad, la desaparición de ministros de uniforme y fajín y de políticos con ademanes de meapilas del Opus, y la sensación de que los socialistas sí harían aquello que creíamos necesario. Como en tantas cosas, también en esto me equivoqué: no eliminaron el servicio militar, no reformaron la judicatura, ni la fiscalía, ni los cuerpos policiales, y pronto —demasiado pronto, creía yo— iniciaron una despiadada reconversión industrial que tal vez fuera necesaria, pero en la que se minusvaloraron los costes humanos. Por si fuera poco, empezaron los funestos tiempos de yuppismo y los mensajes de que España era el mejor país del mundo para enriquecerse. Por supuesto, para enriquecerse especulando, sin crear nada de provecho que sacara al país de un atraso que casi se podía remontar al último Gobierno de los Austrias. Para mí, algo más sencillo y austero que aquellos ademanes de nuevo rico hubiera sido más apropiado. Pero, quizá, si los socialistas no hubieran demostrado con contundencia que gobernaban y tomaban decisiones apalancados en todo el poder del Estado, también me habría sentido fúnebremente defraudado. Estaba claro que no había manera de contentarme y que sólo sabía jugar a la contra. Era lo mismo que me había pasado con la guerra de las Malvinas. No podía entender que todos mis amigos, olvidando a los argentinos que les habían soplado las novias a la mayoría de ellos, apoyaran sin fisuras a la siniestra dictadura militar de Videla y compañía contra la Inglaterra de la Thatcher. Como Savater por aquellos días, yo sólo podía pensar en los inofensivos malvinitas, contemplando lo que ocurría al otro lado del mar y pensando para sus adentros: «¡Y yo inglés!». Algo como lo que debían

de pensar los gibraltareños a poco que nos echaran un vistazo.

Les dije a mis padres que me había quedado sin trabajo y tuvieron un disgusto monumental. Sobre todo mi madre, que me veía jubilándome en aquellos menesteres. Yo le pintaba el futuro de los que se habían quedado allí con los colores más sombríos, pero eso no le servía de consuelo, pues creía que un banco era algo tan importante que, por fuerza, sus problemas no podían llegar a ser fatales, o por lo menos no a serlo en breve. Lo veía como en el cuento uzbeco del maestro que prometió al pachá enseñar a hablar a un burro en veinte años. ¡Calculó que o él o el burro o el pachá estarían muertos para entonces! Pero como estaba educada en la creencia de que el hombre que no trabaja tiene que acabar inexorablemente o bajo un puente o en la cárcel, me hizo prometer que no apuraría el paro y me pondría a buscar empleo de inmediato. Aunque con una cierta reticencia, así lo hice, y mi madre pronto tuvo ocasión de comprobar que era el trabajo, no el ocio, lo que me iba a llevar a la cárcel.

Contra el oráculo que emití en el Ponsa ya un tanto achispado por los brindis, la ruina del banco sí que iba a generarle algún problema a Pujol, pues, al poco, le pusieron una querella. Muy mal lo debieron de hacer los fiscales, o muy bien debió de jugar sus cartas Pujol, porque el resultado fue que pudo presentar la acusación como una turbia reacción del socialismo, envidioso de sus éxitos e incapaz de vencerle limpiamente en las urnas. Cuando se archivó el caso, una multitud más o menos espontánea y más o menos galvanizada se manifestó en la plaza San Jaime y Pujol pronunció aquella frase que quedó para la historia, en la que venía a decir que, de ahora en adelante, de ética y de moral podría hablar él, pero en ningún caso sus adversarios. Poca gente reparó en aquellos días en que nunca hay que subestimar la eficacia del sentimentalismo y, sobre todo, en que nunca hay que fiarse de él.

La evolución de la querella de los fiscales fue francamente extraña y contribuyó a dar aún mayor lustre y prestigio al abogado de Pujol, el penalista Joan Piqué Vidal. Piqué lo era entonces todo en el derecho penal de Barcelona, un hombre de orígenes humildes,

desenvuelto y astuto, y de inteligencia privilegiada. Tuve ocasión de seguir alguna de sus clases de derecho procesal penal en la universidad y pocas veces he llegado a ver a un público de alumnos tan entregado. Salpicaba sus explicaciones con infinidad de anécdotas extraídas de los casos de su despacho y generaba más vocaciones que Gregory Peck en *Matar a un ruiseñor*. Piqué era un tipo de estatura mediana, rostro triangular de facciones afiladas y mentón dubitativo, con unos fríos ojos azules hundidos en sus cuencas oscuras que le hubieran dado un aspecto algo inquietante si no fuera por la permanente sonrisa que exhibía y las maneras amables y cordiales con que explicaba las misteriosas artes del derecho, como si se tratara de una religión secreta de la que sólo él conociera las formas e invocaciones apropiadas.

Vestía con esa pulcritud algo afectada común a los empresarios de pompas fúnebres y a los abogados, y sus arranques de cordialidad lo transformaban en alguien del estilo de Walter Matthau en *En bandeja de plata*. Asistí como público a alguno de sus interrogatorios judiciales, y siempre creí que no tenía rival. Interrogaba muy laboriosamente con la mirada escrutadora fijada en las pupilas del acusado o del testigo, con la atención centrada en revelar mínimas contradicciones, discrepancias apenas perceptibles, silencios, vacilaciones en la entonación... Después utilizaba todo eso en unos informes brillantes que, con independencia del resultado, hacían cabecear a los jueces con arrobo. A fin de cuentas, todos los penalistas de Barcelona acabaron prosperando como consecuencia de la desgracia de Piqué, pues, en lo que respecta a los grandes asuntos, ejerció una posición de casi monopolio hasta su caída.

Mucho después fue condenado a nueve años de prisión por determinados manejos (que acabó reconociendo) cometidos en connivencia con otro de los hombres que marcó la Barcelona judicial de su tiempo, Luis Pascual Estevill, quien desde su juzgado ordenaba el ingreso en prisión de algunos empresarios para que después éstos contrataran a Piqué y obtuvieran la libertad a cambio de suculentas mordidas. La efectiva defensa que ejerció con Pujol en el caso Banca Catalana contribuyó a proyectarle como el penalista de referencia de la ciudad y a que se ocupara del caso Casinos, del de Grand Tibidabo y, en definitiva, de los más jugosos entre los que se ventilaron en la ciudad. En viejos periódicos puede verse su foto, en apoteosis, en el

balcón del Palacio de la Generalitat, junto a Pujol y su esposa, tras conseguir el archivo de la querella, en una actitud más que extraña y difícilmente explicable (más allá de la vanidad) en un hombre de su experiencia y su cautela. Me dolía su desgracia, pues parecía que el mensaje que proyectaba era el de que quienes progresan desde abajo hasta lo más alto no son mejores —sino tal vez peores— que los señoritos adinerados de toda la vida. Un mensaje demasiado parecido al que se desprendía del macabro final de Julien Sorel, el fúnebre arribista de *El Rojo y el Negro*, como para que me gustara. Siempre fue amable conmigo, y prefiero recordarle como un excelente profesor y abogado. Juzgarle, ya le juzgaron los jueces; eso a mí no me compete.

Pujol, tras el fiasco de la fiscalía, se reafirmó ante la tolerancia indiferente de los viejos izquierdistas. Y no sólo eso; empezó a construir su reputación como lo más parecido que corría por España —junto con el rey y Felipe González— a un estadista de talla internacional. Emprendió por entonces una intensa campaña explicando Cataluña (más bien, explicando lo que él creía que era Cataluña) por toda la geografía española. Le invitaron al Club Siglo XXI en Madrid, donde se prodigaría a lo largo de los años, para hablar de los desequilibrios territoriales y pronunció discursos en Burgos, Valladolid, Villalar de los Comuneros, León, Astorga y Salamanca, todos ellos con el objetivo declarado de «aumentar el recíproco conocimiento», como si llegara de las islas Feroe.

Sus parlamentos eran aplaudidos con escasas reservas por aquellos nuevos políticos democráticos, aún capaces de creer, con admiración un tanto paleta, que Cataluña era el paradigma de la modernidad y de los supuestos valores europeos. No era de extrañar; los títulos eran más que elocuentes y capaces de atraer de inmediato las simpatías de los auditorios, como «España la hemos hecho entre todos», en el que estableció un simpático paralelismo entre Fernán González, «el padre de Castilla», y Guifré *el Pilós*, ilustrando de paso al público sobre la topografía y circunstancias del monasterio de Ripoll y sus alrededores, carreteras incluidas. Fueron pocos los lugares del país a los que Pujol no hiciera llegar ese mensaje fraternal al que, obviamente, poco había que objetar. A esto había que añadir su dominio de varias lenguas y el hecho de poder leer los principales diarios occidentales, cosa que no parecía al alcance ni de la mayoría de la clase política española de aquellos tiempos ni de la de ahora.

Llull siempre decía que quien lee con provecho el *New York Times* y *Der Spiegel* cada semana, lleva una ventaja de por lo menos un mes respecto del resto de sus conciudadanos, y Pujol parecía gozar sobradamente de ella. Estableció, además, excelentes relaciones con algunos de los principales líderes europeos, como Helmut Kohl, Jacques Delors y Sandro Pertini, y consiguió que cuando se presentaba por el mundo como el presidente de la Generalitat, la gente no creyera que lo hacía en nombre de una compañía de seguros (la Generali). Por eso, cuando muchos años después ocupó el máximo cargo institucional de Cataluña un fúnebre agente de seguros, no pude menos que pensar en las vueltas que da la vida para acabar yendo a ningún sitio.

Con la caída de la Unión Soviética, su estrella internacional fue a más. Frecuentó al presidente de Checoslovaquia, Václav Havel, y participó en numerosos actos relacionados con los procesos de independencia de las repúblicas exsoviéticas. Pujol simpatizaba especialmente con los nuevos Estados Bálticos, a los que consideraba mártires nacionalistas, olvidando un tanto interesadamente algunos episodios siniestros de su pasado durante la ocupación nazi. Pero, a fin de cuentas, ¿quién no simpatizaba con Estonia, Letonia y Lituania por aquellos días? Y cuando, en los años noventa, sucesivos gobiernos socialistas y populares precisaron de los votos de Convergència para asegurar sus mayorías, esa proyección fue aún más allá. Pujol incluso se entrevistó un par de veces con el Papa, por entonces Juan Pablo II, lo cual, para un tipo que tenía siete hijos, debió ser muy de su gusto y del de su mujer. Aunque alguna prensa malévola publicó que como el Papa era partidario de una España unida, el matrimonio Pujol acabó por no quedar del todo satisfecho. Sin embargo, el nacionalismo catalán, que, como el vasco, tan bien se había movido siempre al abrigo de las sotanas, no podía más que expresar su satisfacción por los encuentros del líder con Su Santidad. También fue recibido por el presidente Bush, aquel tipo que decía que tenía opiniones propias —firmes opiniones—, pero que no siempre estaba de acuerdo con ellas. En realidad, esa aura de estadista internacional no abandonó a Pujol hasta el momento de su jubilación. Tampoco unas buenas relaciones con la Casa Real que parecían tener algo de connivencia y de las que también disfrutaba un hombre muy próximo a él hasta el momento de su defenestración: Miquel Roca Junyent.

Miquel Roca irradiaba competencia y eficacia. Sus discursos eran

piezas oratorias de excelente factura hasta el punto de que algún periodista de Madrid llegó a decir que tenía un verbo «florentino», momento a partir del cual nunca pude dejar de verlo como un trasunto de Maquiavelo, con un largo ropón de terciopelo carmesí de anchas mangas. Durante mucho tiempo pareció destinado a ser el relevo de Pujol, y no parecía falto de dotes para ello, pero algo (o alguien) se cruzó en su camino y acabó con su carrera política. El tipo ni se inmutó: abrió un despacho de abogados junto con su cuñado y lo convirtió en una de las primeras firmas de España. Siguió cultivando sus magníficas relaciones y, con los años, acabaría defendiendo a la hija del rey Juan Carlos en un sonado proceso, de esos que ponen de manifiesto que la gente más dudosa no vive necesariamente en los peores barrios. Roca llevó la elegancia y el éxito en la retirada mucho más allá que cualquiera de sus colegas, la mayoría de los cuales, al pasar al ostracismo, parecían besugos con alguna pena oculta. Actuó en la política tocando todas las teclas y, a pesar de ello, continuó siendo un hombre respetado: muchos años después aún publica sus artículos en *La Vanguardia*, lo que sigue siendo un buen indicio de su prestigio social.

Pero a principios de los ochenta, el despegue de Pujol y las ilusiones depositadas en la victoria del PSOE coexistían con el fenómeno del desencanto, una sensación generalizada algo volátil —en la que había un tanto de frustración de expectativas ideológicas y bastante más de sensación de fracaso personal— que llevó a mucha gente, sobre todo a los jóvenes, a desentenderse de la política. Y del mismo modo que en la segunda mitad de los setenta militaba casi todo el mundo, para entonces ya sólo lo hacían quienes veían en la política una oportunidad profesional, el medio para acceder a un empleo, y la opción de participar en el juego del poder. Aunque hay que reconocer que, para eso, antes había que ser «camisa vieja» o hijo de alguno, mientras que ahora bastaba con desearlo, tener la ocasión, perseverar en el empeño y cubrir las apuestas.

Cumplí con mi madre, porque la quería, porque tenía razón, y porque estaba harto de oírla y me puse a buscar un trabajo acorde con mi vocación, mis aspiraciones y mi cualificación. Es decir, cualquier cosa. Me resultó, contra todo pronóstico, extremadamente sencillo: se acababan de traspasar a la Generalitat las competencias en materia penitenciaria, lo que suponía que pasaba a hacerse cargo de todas las

prisiones y sus internos, y a asimilar a la plantilla de funcionarios del Ministerio del Interior empleados en esos menesteres. Muchos de ellos prefirieron optar por destinos en el resto del país, y en Cataluña se inició un proceso de contrataciones interinas y de convocatoria de oposiciones para cubrir las plazas. El haber solicitado la transferencia de las prisiones da idea de la concepción de país que tenía Pujol; eran competencias que no reclamaba para sí ninguna otra comunidad autónoma, incómodas, antipáticas, de nulo lucimiento y profundamente incomprendidas. Sin embargo, y aquí no se le puede negar la coherencia, Pujol lo quería todo, pues estaba construyendo el embrión de un Estado, y para eso hay que estar a las duras y a las maduras.

Como tenía inclinación hacia el derecho penal durante la carrera y no me veía con ánimo de empezar a ejercer como abogado, decidí que trabajar con los presos se acercaba bastante a la materia y, además, me daba acceso a un empleo público y a una estabilidad económica a la que estaba acostumbrado —en mis modestos márgenes — de toda la vida. Compré las leyes penitenciarias y las leí, repasé mi manual de penal y me presenté a unas pruebas ni fáciles ni difíciles que me convirtieron en algo tan insospechado por mis antecedentes como funcionario de prisiones. La gente con la que me entrevisté me explicó mis cometidos con detalle manifiestamente mejorable y me envió un tiempo de prácticas a la prisión Modelo de la calle Entenza, el paradigma de prisión panóptica del pensamiento ilustrado, que se encontraba en una de sus peores fases de saturación y decadencia.

La Modelo se inauguró en 1904, con capacidad para ochocientos hombres —inspirada en las teorías de Jeremy Bentham, que creía que la recuperación del preso debía efectuarse en plena soledad, aunque pronto se vio que el aislamiento tan sólo traía locura y embrutecimiento— y tras diferentes fases históricas, la mayoría lamentables, vivía un período de convulsión y hacinamiento, como dejaba claro que, en el momento de mi incorporación, acogiera a unos dos mil quinientos internos. Ya había pasado lo peor de los años de las movilizaciones de la COPEL y de motines famosos como los de Carabanchel y el penal de Cartagena, y la ley penitenciaria del setenta y nueve —la más consensuada de la democracia— había empezado a mejorar el tratamiento a las personas y adecuado el régimen interno a los objetivos de reinserción de la Constitución. Pero una cárcel no deja

de ser una cárcel, y si está abarrotada aún es peor. Era la época en la que los presos comunes que no se habían visto beneficiados por la ley de amnistía —que puso en la calle a un buen número de gente admirable, pero también a una pandilla de indeseables con las manos manchadas de sangre— se negaron a entender la situación con la amplitud de miras que hubiera sido de esperar, se organizaron y decidieron prenderles fuego a los colchones de las celdas.

Todo empeoró con la eclosión de la heroína: aproximadamente el ochenta por ciento de los presos estaban recluidos por delitos relacionados con la droga, y uno de cada tres era toxicómano. El caballo entraba de todas las maneras imaginables: en todos los orificios del cuerpo, en preservativos dentro del recto, en cubitos de hielo... Y su presencia en la cárcel quería decir jeringuillas compartidas, sida, violencia y, por supuesto, problemas para los funcionarios. En la Modelo, en el ochenta y dos, un grupo de presos se cosió los labios con hilo de pescar después de que la prisión se quedara sin agua corriente en plena ola de calor, y a nadie pareciera importarle excesivamente la suerte de aquellos ciudadanos, pese a que por esas fechas empezara a alojarse allí una de las primeras remesas de empresarios de moral económica discutible.

Cuando les dije a qué me iba a dedicar en adelante, mis padres compusieron una expresión poco menos que atónita y mi madre dijo no sé qué de lo bien que hubiera estado en una caja de ahorros. Pero ambos eran sensibles a la promesa de seguridad que ofrece el funcionariado, entendieron que algo tenía que ver con lo que había estudiado —no sin añadir que les habría gustado mucho más que me hubiera hecho notario— y dieron por buena la nueva andadura, haciéndome notar, eso sí, que pensaban que era un trabajo que podía ser peligroso y con menos reconocimiento social que ser hincha del Espanyol.

—Cuando te pregunten, ¿qué vas a decir?, ¿que eres carcelero? —soltó mi madre.

—Diré que soy técnico de los servicios de reinserción del Departamento de Justica —dije, forzando un tono pomposo y con el más cerrado de los acentos catalanes.

—Eso ya suena mejor. Y tú, ¿estarás con los presos o los verás con un cristal en medio, como en las películas?

—Estaré con ellos, hablaré con ellos y los ayudaré a que les vaya

mejor. Al menos en teoría, ése es el trabajo.

Tampoco mis amigos fueron muy receptivos a esta nueva ocupación. Lo de las cárceles les sonaba como si me hubiera enrolado en la policía antidisturbios o en el ejército, y mostraban ante los presos un sentimiento ambivalente francamente curioso. Por un lado, los consideraban víctimas de la sociedad, marginados reprimidos por pobres o por diferentes, y damnificados por la nefasta y criminal prohibición de las drogas, lo que no hacía más que fomentar mafias criminales y construir nuevas formas de delincuencia. Estábamos infectados por el imaginario del cine negro clásico en torno a las prisiones, espacios de brutalidad y abuso en los que era imposible no ponerse de parte del interno. Y como éramos carne de filmoteca, teníamos muy presentes las grandes películas del género negro de los años cuarenta y cincuenta. Como *Soy un fugitivo*, sobre las duras condiciones de campos de presos encadenados y sometidos a trabajos forzados, en la que Paul Muni sufría injustamente —pues era, obviamente, inocente— una penitencia de ecos esclavistas. O *Los viajes de Sullivan*, de Preston Sturges, con aquella escena en la que los presos obtienen el único alivio de su miseria yendo a ver, cargados de cadenas, una película de Mickey Mouse en una iglesia de negros perdida entre los pantanos. O la más reciente *Fuga de Alcatraz*, de Don Siegel, en la que todos, hasta el más celoso cumplidor de la ley, estábamos suspirando por que Clint Eastwood se escapara y dejara con un palmo de narices al imbécil del alcaide. Pero, por otro lado, también estaba la creencia en las violaciones en las cárceles, aquellas escenas recurrentes en las que el pobre muchacho es acorralado en las duchas, con una pastilla de jabón en las manos, por bujarrones con pinta de bestias ante la indiferencia o la complacencia de celadores no menos bestias.

Las autolesiones como medio de protesta que se habían extendido durante las acciones de la COPEL, las amenazas con sangre infectada de sida y las galerías de pesadilla eran escenarios propios de un círculo del infierno, donde la amenaza física y sexual era constante. Me sentía extrañamente indiferente a todas las advertencias, movido tan sólo por una curiosidad que tenía algo de pueril. De hecho, hasta el ochenta y tres, la cárcel había sido algo así como un agujero negro para disidentes y desgraciados, y para aquellos sujetos que certifican con su existencia el fracaso de la bondad en presencia del mal. A

partir de entonces, y eso coincidía con mi incorporación, las cosas cambiarían poco a poco. Se iban a autorizar los primeros vis a vis íntimos, que iban a permitir a los internos mantener relaciones sexuales con sus compañeras —aunque eso trajo otros y muy graves problemas relacionados con la propagación del sida—, la entrada en la cárcel de psicólogos, terapeutas y criminólogos, y los programas de tratamiento de las toxicomanías. Dejando aparte consideraciones literarias o cinematográficas, el trabajo era excitante, pagaban más o menos lo mismo que en el banco y me ubicaba en el lado del bien, en el de los que creen en la rehabilitación. Esa fe insustancial en las virtudes del tratamiento penitenciario resultó ser uno de los más duraderos vestigios de mi juventud, y de los últimos que perdí, lo que explica que en el fondo de las acequias vivan seres mucho más inteligentes que yo. A fin de cuentas, la vida viene a ser como la inscripción para una lápida que proponía Kiely: «Desarrollo, autoengaño y pérdida».

No sabía a qué iba a enfrentarme cuando me dirigí hacia la calle Entenza el primer día de trabajo. Llegué al control de entrada y pregunté por uno de los responsables del centro, la persona que debía acogerme y darme las primeras instrucciones prácticas. Un funcionario mayor y calvo me acompañó ante un hombre en la cuarentena, alto y moreno, de aspecto severo, que me tendió una mano y la retiró con suma rapidez, como si temiera que fuera a robarle el reloj. Me indicó que me sentara, me ofreció un cigarrillo y me observó en silencio durante unos segundos.

—Ya veo que empiezan los fichajes de la Generalitat. Me parece perfecto; nuevos tiempos, nuevos usos. Pero ya verás que aquí, el perfil del funcionario de toda la vida es bastante diferente al tuyo y al de la gente que está entrando ahora. Esto va por costumbres y zonas. Por ejemplo, te encontrarás a mucha gente de León, porque allí hay mucha tradición opositora en los cuerpos de seguridad y penitenciarios. Verás gente dura, ya mayor, que viene de los peores tiempos: que estuvo aquí cuando las últimas ejecuciones, con Puig Antich y todo aquello... Ahora veremos cuántos de éstos querrán quedarse en Cataluña. Muchos ya han pedido el traslado para volver cerca de sus lugares de origen. Pero yo no. Yo aquí me quedo, y si hace falta, soy más partidario de la Generalitat que el propio Pujol.

—He leído que estos días hay problemas y conatos de motín —le

dije circunspecto.

—Si has leído «estos días», mejor cambias de periódico. Estamos en permanente conato de motín, y de intentos de secuestro de funcionarios para cambiarlos por heroína, y otros entretenimientos de ese tipo. A diferencia de los delincuentes clásicos, los yonquis son muy dados a buscarse la ruina agrediendo a los funcionarios. Hasta tenemos gente ilustre, como el Vaquilla. De éste sí que habrás oído hablar, ¿no? Ya te lo presentaré; verás qué fenómeno televisivo. Aunque a mí me da más pena que otra cosa. Son aquellos chavales, gitanos algunos, que vendían esteras y alpargatas por los mercadillos y los pueblos, gente de lo más normal, dentro de lo marginal, hasta que se engancharon a la heroína y vieron que, además, podían vivir magníficamente de ella.

—Unos pobres desgraciados —apunté piadoso y progresista.

—Desgraciados hasta cierto punto. Los verás que atracaron su primer banco con diecisiete años, cuando ni siquiera tenían carnet de conducir para poder salir huyendo en coche, y que se gastaron el dinero en putas, discotecas y timbas. Que luego tiran de Porsche, trajes caros y Rolex y pueden llegar a repartirse diez millones de pesetas al día. Hasta que los cogen y nos los dejan aquí, con el cerebro medio consumido por el caballo, enloquecidos y violentos.

—¿Todos drogadictos? —pregunté, francamente interesado por lo que contaba.

—Todos no. Hay auténticos profesionales. Algunos muy interesantes. Gente seria que vive el delito como un oficio y que procura no hacer daño a nadie, y también auténticos hijos de puta, malvados.

—¿Malvados? Más bien enfermos o víctimas de las circunstancias, ¿no? —apunté en un tono bastante cursi.

—No me vas a hacer ni caso —replicó Díaz, que así se llamaba el tipo—, pero si vas a trabajar aquí, vale más que te metas esto en la cabeza y no lo olvides: hay víctimas, adictos, infelices, incluso gente excelente cumpliendo condena; pero el mal existe y es como si alguno de los que están aquí no tuvieran otro sentido en la vida que el de certificar la existencia de ese mal. Ahora, la gente, los psicólogos, los criminólogos, ya no creen en el mal, sólo en enfermedades y carencias que pueden explicarlo todo en términos clínicos, como si el mal fuera algo religioso, o una leyenda medieval. Pero el mal existe, yo lo he

visto, y, a poco que te fijes, tú también lo verás.

Me despidió con una sonrisa triste y un ademán de sus manos largas y morenas, en las que destacaba un elemental aro de oro, y en compañía de mi cicerone, Diego, fui a tomar contacto con las zonas de internos y sus habitantes. Pasamos dos rastrillos con barrotes y mientras avanzábamos y las puertas se cerraban con llave a nuestras espaldas fui sintiendo cada vez con mayor intensidad la sensación de pérdida de libertad. El interior del edificio, en las zonas que conducían al acceso a las galerías, estaba superficialmente limpio, y pintado de esos colores tan frecuentes en prisiones, manicomios y cuarteles: blanco, beis, verde Guardia Civil y gris, y llegaba al olfato un olor que era una mezcla de lejía, comida insulsa y orina que hacía que mi cuartel en Sevilla pareciera el Ritz. Los primeros presos que vi baldeaban el enlosado y saludaban a mi acompañante con deferencia, mientras me inspeccionaban de arriba abajo sin el menor disimulo.

—Buenos días, don Diego —dijo un tipo bajo y moreno, extremadamente delgado.

Diego masculló un saludo despistado y los dejamos atrás.

—¿«Don Diego»? Qué tipo más ceremonioso, ¿no? —pregunté, un tanto sorprendido por tanta compostura.

—El «don» es obligatorio. Es una cuestión de respeto. Y de protección: del apellido no tienen ni que enterarse. En realidad, lo mejor es que no sepan nada de ti.

—Pero ¿el respeto no dificulta la proximidad para el tratamiento? —insistí, francamente pelmazo.

—Todo lo contrario. El respeto se paga con respeto, y el tono que utilizan debe interpretarse como señales de por dónde pueden salirte: hasta sus silencios son importantes. Con ellos todo tiene un significado y, si sabes leerlos, puedes presentir hasta los estallidos de violencia. Por lo menos en alguna ocasión.

Parecía un tipo triste y resignado. Llevaba más de treinta años trabajando en prisiones y de ahí había obtenido una percepción sobre la naturaleza humana cínica y desencantada. Me contó que su familia vivía en el campo, en el Bierzo leonés, y que cada día que le faltaba para la jubilación era como el de una condena grave que no acaba de extinguirse. Eso era lo que la mayoría de los internos tenían en común con él: un deseo obsesivo por marcharse. Esperaba llegar a ese día con la cordura en su sitio, volver a sus queridos montes y, en la medida de

lo posible, olvidar gran parte de lo que había aprendido en ese tiempo. Fue quien me inició en lo más elemental de mi cometido, y llegamos a simpatizar mutuamente. Con no poca sorna me motejaba como «el director», pues decía que yo era tan políticamente correcto que tenía por delante una gran carrera con los nuevos gobernantes. Y yo le llamaba, con escasa creatividad, «el agonías» y le decía que no se amargara, y que, por lo que iba viendo, la cosa tampoco era para tanto. Entonces fingía indignarse y hacía cuanto podía para ponerme sobre aviso:

—Mira, sabihondo, esto es una selva, pero con hombres en vez de animales. Y hay más de uno al que llamarle animal es insultar a los pobres bichos. Aquí dentro, ahora mismo, en estas celdas por las que estamos pasando, hay más cuchillos, destornilladores, hachas y porras que presos, y cuando hacemos registros y requisas en los *chabolos* llenamos cuatro o cinco cubos de basura de los grandes, de los industriales, con todo tipo de armas. Y a la semana siguiente encontramos otra vez la misma cantidad, o más.

—¿Y con las drogas qué hacéis?

—Lo que podemos, que es bien poca cosa. Piensa que no hay ningún programa de tratamiento para los drogadictos, y se drogan más de un tercio de los internos. Ni siquiera hay una zona aislada para llevarlos cuando tienen el mono. —Diego resoplaba como si llevara una pesada carga que le impidiera respirar—. Y la droga entra por todas partes. La tiran desde fuera a los patios, aunque estén cubiertos con red; cada vez que cambiamos la red y ponemos una más fina, los paquetes se vuelven más pequeños y siguen entrando. Tiran bolsas de un gramo con cubitos de hielo dentro, y cuando los cubitos se funden, las bolsas caen al patio. Los pocos funcionarios que estamos aquí poco podemos hacer para frenar a cientos de tíos que no piensan en otra cosa que en drogarse.

—¿Nadie coge la droga de otro?

—A casi nadie se le ocurre. Hay tipos que han matado o han muerto en discusiones de ese tipo, y el que murió, murió, pero el que mató paga con más condena y se vuelve cada vez más peligroso, hasta que se muere de una puta vez o el sida o la vejez lo neutralizan.

—Y, a todo esto, ¿qué hace la justicia?

Desde luego, mis preguntas hubieran ganado cualquier concurso de mojigatería.

—Mira, chaval, yo no tengo tantos estudios como tú, pero una cosa la sé seguro: en la próxima vida obtendremos justicia; en ésta sólo tenemos la ley.

Pronto pude ver que no le faltaba razón a Díaz por cuanto me dijo de las diversas tipologías de presos. Había tipos tatuados toscamente con leyendas desaforadas («todas putas», «muera la policía», «olé mis cojones») y cubiertos de cicatrices, muchas en el abdomen o consecuencia de cortes autolesivos en las muñecas, fruto de alguna protesta. Los había discretos y solitarios, buscando rincones del patio lejos del bullicio donde leer o fumar con expresión ausente, y algunos con pinta de apacibles oficinistas que recorrían en pequeños grupos kilómetros de cemento, girando de forma casi sincronizada al acercarse a las paredes. Gente evidentemente cegada por la droga, con ojos enrojecidos y pupilas dilatadas, nerviosos y huidizos; homosexuales amanerados que exageraban contoneos y caídas de ojos e imitaban las técnicas comerciales de las putas, y la auténtica aristocracia de la cárcel, la delincuencia profesional en cuya cúspide se situaban los asaltantes de bancos a mano armada.

Uno de ellos era Camacho, un atracador del Vallès que, por lo que decía su expediente, podía considerarse una estrella en la especialidad. Estaba ubicado en la sexta galería, la más apreciada por su menor densidad (en la cuarta, también conocida por «el pozo», había celdas en las que convivían hasta once reclusos), y cumplía una condena de diez años de la que ya le quedaba poco. Era un tipo en la cuarentena, alto y musculado que transmitía una sensación de peligro contenido, y de que aquellos músculos no eran para exhibirlos en el patio los días de sol. Moreno y bien parecido, lucía unas patillas del tipo de las que popularizó Sancho Gracia en la serie *Curro Jiménez*, y una sonrisa también parecida a la del actor. Como estaba considerado un preso de confianza, era el que tenía a su cargo realizar algunas tareas para los funcionarios, como arreglar la habitación donde podían descansar los del turno de noche, o hacer de *sombra* de alguno de los presos más jóvenes, para evitar violaciones y abusos. Resultaba ser un excelente guía para navegar por las procelosas aguas del hampa barcelonesa y establecimos enseguida una relación próxima, de esas de ofrecernos mutuamente tabaco y pararnos un rato a charlar de tanto en tanto.

Camacho conocía a todo el mundo y clasificaba a sus forzosos

vecinos con epítetos frecuentemente despectivos pero que no dejaban de tener su gracia. Nunca, en su infinidad de atracos, había tenido que matar a nadie (no así algunos de sus cómplices menos templados), y aunque consideraba la violencia y la intimidación instrumentos indispensables en su oficio, censuraba que fuera gratuita o excesiva. La tenía por un insulto que degradaba al conjunto de la profesión. Una mañana primaveral me señaló con todo descaro a un tipo bajito, rubio y sonriente, con pinta de víctima potencial para cualquier delincuente de barrios peligrosos. Camacho era un hombre respetado y temido, y le importaba bien poco que el otro viera que hablaba de él.

—Mire a ese que viene por la galería, ese pequeñito que parece buena persona.

—Ya lo veo, y él te ve a ti.

—Aquí no se acercará ni que le paguen. De la primera hostia, envío a esa mierda por encima de la tapia.

—¿Y eso?

—Es un tipo que no vale ni el aire que respira. Un oficinista de mierda que se cabreó con la mujer cuando lo plantó (seguro que con toda la razón del mundo) y no se le ocurrió otra cosa que coger a su hija, una niña de once años, y cortarle el cuello de lado a lado. Al poco de estar aquí me lo contó todo orgulloso, en plan «a mí no me la pega esa puta, que se joda», y le hice saltar uno de los colmillos de la boca. Como tiene una ruina de muchos años, ahora le ha dado por usar la *sirla*, pero nadie, a no ser algún pobre chavalín primerizo, le tiene ningún miedo. Si saca la navaja, se le da una buena somanta y se le quita. No hay nada más bajo en la cárcel que un asesino de niños, un violador o un *sirlero*.

El parricida bajito me miró desde la distancia y esbozó una mueca compungida. Tenía los ojos apagados y sin vida y cara de gilipollas. De gilipollas ruin y peligroso, a la vista estaba.

Uno de los amigos de Camacho, Kike, se añadió a la conversación y apostilló:

—No me caería peor aunque me enterara de que se ha tirado a mi madre. Ya veremos si sale de aquí por su propio pie. El único que le aguanta la chapa es el cabrón que se follaba a su hija, que lo que hace es preguntarle por qué mató a la niña, cuando podría haberle echado un buen polvo. Es aquel que le espera al fondo, en la esquina del patio —y me señaló a su vez a un tipo de unos cuarenta años de

mandíbula caballuna, moreno y peinado con la raya a un lado, de aspecto fanfarrón y desabrido; una silueta recortada contra la sombra y que no auguraba nada bueno.

—¿Lo denunció la hija? —pregunté.

—La pobre no se hubiera atrevido ni muerta. Y a su madre le importaba un huevo; lo que quería era retener a ese cabrón en casa. Le denunció una vecina y le cayeron veinte años. ¿Te puedes creer que la zorra de la mujer aún viene a verle? ¿Y que el tío se la folla en el vis a vis?

Kike era más joven y más alto que Camacho y se parecía al Lorenzo Lamas de *Falcon Crest*, aunque en versión Barceloneta. Tenía una sonrisa que parecía capaz de arrastrar a la perdición a las mujeres más virtuosas, y de tranquilizar a las madres más desconfiadas. Una sonrisa que tal vez le ayudara a conseguir dinero, o a hacer amistades de postín, y que podía traerle todo tipo de problemas. Era un entusiasta de los coches potentes y veloces, y a veces hablaba de ellos con un afecto tal que no podía evitar pensar en que habría hecho buenas migas con mi padre, dedicando los dos una buena parte de su tiempo a los cilindros en V y a los caballos de los mejores motores. Había hecho de su afición su trabajo —como los aristócratas ingleses— y dirigido una potente red de robo de vehículos de alta gama que después recolocaba en Alemania, Marruecos y otros extraños destinos con pingües beneficios. No le caían grandes condenas, pero entraba y salía con una cierta frecuencia y ya empezaba a sentirse quemado por esa vida. Por eso, o al menos así lo decía, había decidido reformarse en la medida en que eso estaba al alcance de un tipo que llevaba veinte años robando.

—Sólo unos meses más y luego me retiro para siempre de esto y monto una discoteca en Badalona. Una con buena música de los Boney M y Los Chichos, y mujeres de esas con figuras capaces de parar un reloj, ¡y a vivir, que son cuatro días! Siempre se me han dado bien las discotecas, y cuando entro en el Trauma o en el Psicosis, a las chicas se les empiezan a mojar las bragas. Y cuando salgo a la pista...

—Anda, calla ya, Travolta —le dijo Camacho, riendo.

—Se lo digo a este señor —señalándome— para que se ilustre. En cuanto salga de aquí, si le parece bien, le voy a presentar a unas amigas que no las ha visto ni en un pase de modelos.

—¡Que lo dejes! Que cada vez hablas más como el Taladrador.

—Y ése ¿quién es? —pregunté fascinado por la mundana desenvoltura de mis interlocutores.

—Es un macarra del Chino —dijo Camacho— y le llaman así por las dimensiones del aparato, que le llega casi a la rodilla. Con eso compensa las pocas luces que Dios le ha dado, y se las arregla bastante bien.

Camacho contemplaba a Kike con cierto escepticismo y algún cariño. Decían algunos de mis colegas que, de vez en cuando, ambos se procuraban una cierta expansión sexual, pero nunca tuve evidencias al respecto. Todo lo más, una vez que Kike denostaba a los pobres chaperos que vendían sus favores, a la vez que establecía una sutil teoría para distinguir entre lo que era actividad sexual y lo que no; teoría que, tiempo después, y a pesar del modesto origen de Kike, vi que era la misma que profesaba un presidente de Estados Unidos:

—Esos tíos dan pena y se venden por cualquier cosa. Aquí hay mucho insolvente y en la cárcel, sin dinero, aún se pasa peor; te los puedes tirar por un paquete de Marlboro y luego pillar alguna de esas enfermedades que hacen que se te caiga la polla a trozos. Se habla mucho de violaciones en las cárceles, y alguna hay, pero lo que más abunda es la prostitución.

—¿Pasa mucho?

—Maricones hay en todas partes, tanto aquí como fuera. A mí me da asco. Otra cosa es que un tío te haga una mamada; eso no tiene nada que ver y es consecuencia de las circunstancias.

No dejé de apreciar los matices de su peculiar moral sexual, pero preferí no abundar en el tema y desvié la conversación elogiando su vistosa chaqueta de ante.

—Era de un camello amigo mío que murió por engancharse —dijo—. Un tipo que parecía más listo que la mayoría de los que corren por aquí, pero que le dio por empezar a picarse. Fue realmente curioso, pues llevaba más de diez años traficando y nunca había ni pensado en probar el caballo, pero en cuanto lo hizo, pareció como si se hubieran estado esperando el uno al otro toda la vida. Murió en sus brazos hecho una mierda, pero le aseguro que no se planteó dejarlo ni una sola vez. Y me dijo que me quedara la chaqueta.

4

Desde la cana

Camacho y Kike también tenían controlados a los violadores. La dirección de la cárcel sabía que eran internos en situación de riesgo que podían padecer todo tipo de agresiones de los otros presos y procuraba que no se divulgara el tipo de delito que habían cometido para evitarles problemas. Pero todo se acababa sabiendo. Algún funcionario, que tenía tanta simpatía por estos tipos como cualquier interno, no hacía ascos a divulgar sus secretos y, por otro lado, había violadores tan estúpidos que creían que alardear de sus hazañas sexuales a punta de cuchillo les iba a granjear las simpatías de sus colegas. Seguramente ignoraban que éstos, al verlos, pensaban siempre en sus novias, sus esposas o sus hijas y trazaban los más negros planes para su futuro inminente. Otros intentaban camuflarse y decir que estaban allí por algún otro delito, pero la mayoría no sabían mentir. Como decía Diego, la mentira es un don que Dios concede a los estafadores, no a los delincuentes sexuales. También purgaban sus penas algunos de los (entonces pocos) delincuentes de cuello blanco que, a pesar de sus notables y caros medios de defensa, acababan entre rejas.

Uno de ellos era Francesc, un tipo estirado que hablaba un castellano exquisito con un marcado acento catalán (idioma que jamás le oí utilizar) y que tenía un aire pausado y distinguido, las manos estilizadas y las uñas bien cuidadas. Era un hombre delgado, liviano, y su cabeza parecía estar bien avanzada en el camino de convertirse en una calavera. Un día le hice venir a las oficinas, para completar algunos datos que nos faltaban en su expediente, y en cuanto entró, me llegó el olor de su colonia. Se notaba que era cara. La sala donde nos reunimos estaba limpia y contaba con muebles baratos, un

televisor viejo, un sofá y unas butacas que no hacían juego, y el tipo parecía completamente fuera de lugar en ese entorno, aunque a los dos minutos ya estaba como en su casa, como si fuera a llamar a la secretaria y pedir unos cafés. Yo le pregunté qué me hacía falta y él enseguida intentó generar empatía. Estaba en la cárcel por una estafa en una entidad financiera catalana que ocasionó multitud de perjuicios a los inversores, y las evidencias fueron tan abrumadoras que ni los mejores penalistas de la ciudad pudieron hacer gran cosa por él. Ahora esperaba que funcionara una petición de indulto basada fundamentalmente en ser quien era. Y lo cierto es que acabó funcionando.

—Se nota que es usted un hombre instruido —empezó—, lo que no entiendo es qué hace aquí, en lugar de ponerse a ejercer como abogado. Hacen falta abogados buenos y no como los que tuve yo, que me cobraron un dineral para acabar teniendo peor defensa que Charles Manson.

Sonreía con competencia y sostenía un cigarrillo entre sus dedos, que pasaba de vez en cuando por el cabello gris plateado, peinado hacia atrás y húmedo. Vestía un pantalón gris y una camisa blanca y, dentro de las circunstancias, mantenía un decoro absolutamente presentable.

—De momento, estoy bien aquí. Abogados hay muchos y gente que esté dispuesta a trabajar con los presos, no tanta. Ya veremos qué trae el futuro —le respondí intentando dejar claro que ahí acababa cualquier conversación sobre mí.

—Hay gente que tiene que estar en prisión porque son auténticas alimañas. Un peligro para la sociedad. Incluso un peligro para sí mismos. No sé si habrá podido usted darse cuenta de que esto es, en realidad, una especie de manicomio sin medios, o una clínica de desintoxicación que no desintoxica. La gente como yo no hacemos nada aquí. Lo único que nos puede acabar pasando es que alguno de estos dementes nos extorsione o nos clave algún pincho. ¿Cómo me va usted a reinsertar a mí, que soy economista, empresario, buen padre de familia, y estoy perfectamente civilizado? —dijo en tono declamatorio y un tanto arrogante.

—Mire, aquí no podemos discutir lo que dice la sentencia; eso es inamovible. Por tanto, usted es culpable por lo que a mí respecta, y a todos los efectos. De lo que se trata es de que cumpla la pena que le

ha sido impuesta y, además, interiorice una serie de valores sociales que impidan que vuelva a cometer los mismos hechos.

—¿Y cómo me va usted a inculcar esos supuestos valores? ¿Haciéndome pasar las mañanas en el patio con el Vaquilla?

Se expresaba bien y podía parecer que tenía un punto de razón, pero yo estaba convencido de que no era así. Intuitivamente pensaba que tal vez era mucho más culpable que aquella pandilla de desgraciados que no había conocido más que el delito desde su nacimiento y que habían crecido en condiciones lamentables en buen número de casos, pero me faltaba soltura y conocimiento para entablar con él una conversación de ese tipo. Lo dejé correr, no sin pensar que el propio Vaquilla, cuando no estaba en alguno de sus episodios de abstinencia, o en uno de sus cada vez más frecuentes ataques megalomaníacos, podría haberle enseñado algunas cosas sobre la miseria del barrio de la Mina. O sobre nacer en una barraca y que te pongan al cuidado de un tío drogadicto, y sobre ser el único superviviente de cuatro hermanos, muertos tres de ellos violentamente y en plena juventud.

Francesc dejó pronto la cárcel y se despidió ceremoniosamente:

—Si alguna vez puedo hacer algo por usted, aquí tiene mi teléfono —dijo mientras me tendía un papel con unos números y su nombre elegantemente escritos.

Me lo dio con tal soltura que parecía que me estuviera obsequiando con un billete de cinco mil y me dejó pensando en la curiosa situación en la que el preso puede, efectivamente, hacer algo por ti, porque tiene más dinero y mejores contactos. Y de la cárcel se sale. En cambio, de la mediocridad cuesta un poco más. En la calle Entenza le esperaban algunos equipos de televisión, y el tipo apareció en todos los noticiarios diciendo que el personal de la Modelo era amabilísimo y que, además, se comía excelentemente: sano y con poca sal. Sólo hubiera faltado que formáramos todos haciéndole el pasillo y que nos fuera repartiendo la propina. La verdad es que tenía estilo, al menos esa clase de estilo. Eso sí, sus hazañas de años posteriores dejaron más que claro que debía haber colonias de percebes con más habilidades reinsertadoras que nosotros.

A Francesc no le gustaría, pero Juan José Moreno Cuenca, conocido en el arte por «el Vaquilla», era nuestra estrella, el paradigma del quinqui. Había nacido entre las entradas y salidas de

prisión de su madre, era drogadicto y multirreincidente, pero contaba con una innegable telegenia y dotes de liderazgo que hicieron de él todo un símbolo para la generación de jóvenes marginales que crecieron en la delincuencia e hicieron de ella un modo de vida. Películas y canciones le encumbraron en aquellos años y lo convirtieron en un mito para ese mundo. El director José Antonio de la Loma se inspiró en él para el argumento de la película *Perros callejeros*, en la que no pudo interpretarse a sí mismo por estar en prisión. Los grupos de rumba catalana (en su modalidad chunga) acabaron de entronizarlo: Los Chichos le describían como un Robin Hood de Sant Adrià de Besòs, y Los Chunguitos le dedicaron la canción *Perros callejeros*, que da nombre a la película.

Era un tipo simpático, aunque bastante desequilibrado que, en condiciones normales, no solía ocasionar problemas. Lo que ocurría era que pocas veces estaba en condiciones normales. No tenía un pelo de tonto y aprendió a leer en prisión, primero a base de tebeos y luego se atrevió con algún libro. Se aficionó en serio, y el interés por la lectura ya no le abandonó, lo que hizo que le empezara a sentir próximo y a mirarle con simpatía. Era moreno y de espeso cabello negro, con unos ojos oscuros grandes y risueños y una blanca dentadura que exhibía satisfecho al sonreír. Parecía un chico de barrio un tanto libidinoso al que la vida ha endurecido, pero dejándole sin rumbo y carente de cualquier perspectiva. Un viernes de abril a mediodía, armado con un cuchillo, secuestró a un funcionario de los cuatro que vigilaban un módulo de más de un centenar de internos. Inmediatamente, siete presos más se apuntaron al motín, secuestraron a los otros tres funcionarios, se hicieron fuertes en la galería y exigieron hablar con el juez de vigilancia penitenciaria, que se les suministraran heroína y jeringuillas (estaban todos con el mono) y poder hacer un comunicado por la radio. Unas horas después entró en la cárcel un equipo de la SER ante el que leyeron el mensaje en cuestión, la dirección hizo que se les entregaran tres gramos de heroína y dos jeringuillas, y después soltaron a los rehenes. En realidad, la decisión de entregar la heroína partió del propio director general de prisiones, García Clavel, un tipo del que todo el mundo sabía, por alguna razón que se me escapa, que era un católico ferviente, y que pertenecía al círculo próximo a Pujol por aquellos años.

Mientras se producía el motín, todos los funcionarios del centro iniciamos un plante de protesta por las condiciones de seguridad, se exigió la presencia de un retén permanente de policía en la quinta galería y presencia policial en los cacheos. A diferencia de las reivindicaciones del Vaquilla, las de los funcionarios fueron, al menos en principio, ampliamente ignoradas. Se nos dijo, eso sí, que para relajar la situación en la Modelo, el Vaquilla y otros presos conflictivos serían trasladados a la prisión de Lleida, lo que no dejó de hacerme una cierta gracia: a Lleida era adonde yo debía dirigirme una vez acabara mi período de prácticas. Estaba claro que no iba a perder de vista a nuestra estrella con tanta facilidad. Recordaba entonces las disquisiciones iniciales de Díaz en mi primer día de trabajo, y me preguntaba si los protagonistas de aquel motín eran manifestaciones de aquel mal al que se refería en términos tan solemnes. Coincidía con él en que no existe una explicación clínica para todo, y en que el mal se remonta a los orígenes de nuestra especie. Un curso de maldad discurre bajo toda la vida humana, igual que las cloacas bajo la ciudad. Pero aquellos infelices (que podían llegar a ser muy peligrosos si se daba el caso) no eran el mal, incluso podían servir en muchos momentos junto a las fuerzas del bien; eran unos desgraciados que demostraban que nuestra forma de vivir requiere elevadas dosis de imbecilidad moral y mucha policía.

Un viernes por la noche, estaba con Blai en el Gimlet, con una copa en las manos mientras sonaba *I’m a Fool to Want You*, cuando reparé, en la otra punta de la barra, en una chica morena que llevaba un vestido de color marfil de una sencillez demasiado sutil como para ser barato y que sorbía su copa con una expresión vagamente soñadora. Se había maquillado con tal esmero que apenas se le notaba, y cuando cruzó la mirada con la mía noté en sus ojos un brillo amistoso cargado de humor. El barman me sirvió una nueva copa sin que la hubiera pedido y me dedicó una sonrisa de complicidad; Blai se llevó las manos a la cabeza y se dispuso a ser resignado testigo de otro de mis devaneos. Me acerqué a ella e inicié una conversación de intención evidente que fue bien recibida, y le agradó la idea de cambiar de decorado, para lo que propuse acercarnos a la *jam session* de La Cova del Drac de la calle Tuset. Ella era elegante, el jazz es elegante, el jazz gusta a las mujeres

elegantes, y los tipos que proponen ir a escuchar jazz mientras toman una copa en el Gimlet a buen seguro reúnen los requisitos indispensables, un viernes por la noche, de ser inofensivos para su acompañante y sexis. Ése era mi infalible silogismo, y contemplé con placer su renovada eficacia. Es difícil aprender trucos nuevos, de lo que se trata es de hacer que los trucos viejos y fiables funcionen. Blai se quedó en la barra y Lidia, pues así se llamaba, y yo nos dirigimos hacia el aparcamiento frente al Borne, donde esperaba mi leal 127 con el humor de los días de fiesta.

Tenía la misma edad que yo, veintisiete, y su vestido se adaptaba como un guante a un cuerpo de un metro setenta, espigado y turgente. Sus ojos oscuros algo próximos y chispeantes parecían prometer algo inminente y bajo el vestido se apreciaban unos contornos algo más grandes que los de la mayor parte de las modelos, lo que significa que, comparada con la gente normal, seguía siendo una chica delgada. Al salir, me dejó claro que no era un ligue de una noche. Tras el jazz, la acompañé resignado hasta la puerta de su casa. Se despidió con un beso apenas perceptible aceptando quedar la tarde siguiente, y, como suele ocurrirme, me marché a dormir perfectamente ajeno a cualquier desazón ocasionada por historias pasadas.

El sábado la esperé en la terraza del bar que había bajo mi casa, el Mauri, en la esquina con Aribau, y llegó a la hora en punto vestida con una blusa blanca y unos tejanos muy ceñidos que, sin duda, serían más que difíciles de quitar, aunque era evidente que el esfuerzo valdría la pena. Charlamos un rato y me explicó que acababa de pasar sus oposiciones a juez, y que estaba pendiente de realizar las prácticas en Madrid. Cuando las acabara le asignarían destino, aunque en principio, por mero cálculo de probabilidades, descartaba cualquier plaza en Barcelona. Eso situaba a Lidia en una posición muy superior a la mía, con mis cárceles y mi indefinición a cuestas, pero ella no parecía verlo así. Le agradaban las anécdotas presidiarias y estaba segura de que pronto acabaría por decidirme a ejercer, ya fuera como abogado, ya preparando alguna oposición, y me trataba como un igual. Se lo agradecí, pues, tras las agotadoras oposiciones, los jueces suelen tener una conciencia muy marcada de su propio estatus y, sobre todo si son muy jóvenes, tienden a camuflar sus inseguridades con una cierta arrogancia.

Con idea de ir al cine, entramos en el Alexandra a ver *Ran*, de

Kurosawa, que resultó ser un latazo indescriptible. Al cabo de cuatro horas, miré mi reloj y sólo había pasado una. Me concentré de reojo en las oscilaciones de su pecho al respirar, le susurré que estaba más que harto de japoneses y de katanas y que empezaba a entender perfectamente lo de Hiroshima. Se mostró de acuerdo, pues era una chica lista y sensible. Abandonamos la sala y fuimos a su casa, y los *jeans* fueron más fáciles de quitar de lo que en principio parecía. Tenía unos pechos duros y compactos, un aliento fresco y una lengua perversa y acabé jadeando entre sus blancas sábanas de hilo.

Nos seguimos viendo con frecuencia, pero Lidia tenía claro que se iría pronto y que nuestra relación no iba más allá del aquí y ahora, lo que me parecía bien, siempre que el aquí y ahora apurara hasta el último instante aquellas convulsiones aferrado a su cuerpo elástico, asiendo sus firmes nalgas mientras nos compenetrábamos al ritmo de *Rain Dogs*, y besaba después la fragancia floral de su boca.

Era una época magnífica, si no eras toxicómano o desempleado, para ser joven en Barcelona, aunque se había perdido la frescura de la descompresión de finales de los setenta, cuando podías ir al London de Nou de la Rambla (antes Conde del Asalto) y encontrar unos magníficos porros justo al lado de la comisaría de policía. Cuando ella marchó, me dejó una fotografía en la que se nos ve juntos en la terraza del Merbeyé, cerca del Tibidabo y con la ciudad a nuestros pies, los dos levemente sonrientes y con miradas que pretendían parecer interesantes. Lidia fue durante meses una compañía ideal: no era una adicta a la literatura, pero sí al derecho, y me hizo lamentar por primera vez mi desapego por lo jurídico y no haber planificado mejor una carrera profesional como la que ella estaba a punto de empezar. Tuvo éxito en la judicatura y, por lo que supe después, permaneció soltera, manteniendo vivas las ilusiones y expectativas de la legión de los solitarios en busca de amor. Cuando la vi, muchos años después, conservaba algo más que los vestigios de su belleza suave y algo maliciosa, y lucía un cuidado maquillaje que demostraba que seguía en acción.

La cárcel parecía un vertedero de residuos tóxicos donde la sociedad desterraba a los supuestamente peores de entre sus miembros, sin esperanza ni finalidad. Aprendí algunas cosas, sin embargo. La más

importante, la de que el porcentaje de hijos de puta es exactamente el mismo dentro que fuera de la prisión. La relación con Lidia me había dejado claro que pecaba de una desoladora falta de ambición, y que la palabra *vocación* nada tenía que ver conmigo. Como siempre ocurría, me adaptaba bien a mis cometidos, incluso los desempeñaba con cierta destreza, pero algo extraño, como una cámara de aire helado, me distanciaba de lo que hacía: me veía a mí mismo con escepticismo y con una cierta sorna, como si yo fuera en realidad un fraude que todavía nadie había descubierto.

Precisamente con ese ánimo —cuando alguien decidió que mi aprendizaje en la Modelo había concluido— me incorporé a la nueva joya de la corona penitenciaria catalana, Lleida II, acabada de construir como lugar de cumplimiento de condena y para evitar la saturación de otros centros, especialmente de la propia Modelo. Se decía que estaba construida con los más sofisticados sistemas de seguridad del momento, con bloques autónomos que se apartaban definitivamente del modelo panóptico, y un control de los presos a través de dieciocho cámaras de seguridad que estaban conectadas a un circuito cerrado de fabricación americana y «la mejor tecnología existente en el mercado».

Los sistemas serían americanos, pero de California o Florida, porque aquel enero, uno de los más fríos del siglo XX, en Lleida las temperaturas cayeron a menos quince y la calefacción no funcionaba. La imagen de los pasillos de la prisión era desoladora. Los presos y los funcionarios deambulaban forrados de abrigos y anoraks —los que los tenían— y envueltos en mantas y toallas los otros. Pese al frío, el ambiente era incendiario, y parecía que un motín estaba al caer. Los funcionarios no iban a permitirlo: sus ánimos aún estaban peor que los de los presos y, puestos a amotinarse, se amotinarían ellos. Envuelto en una pelliza blanca que le daba el aspecto de un yeti de Sierra Morena, encontré de nuevo a Camacho. Parecía que cumpliéramos condena juntos. Ahora había prosperado, y de preso de confianza había sido ascendido a preso de confianza a cargo del economato, que era algo así como pasar de marqués a duque, con todas las prebendas inherentes al cargo. Me dio la bienvenida con un fuerte apretón de manos y obsequiándome con un pitillo que alumbró con un zippo francamente vistoso.

—La gente está que trina, y eso que el frío apacigua. Ahora

mismo, en el patio, estábamos a menos diez, y eso que es mediodía. Y ustedes lo mismo: ¡vaya pandilla de desgraciados que estamos hechos, funcionarios y presos! —dijo con voz un tanto cavernosa, pero con humor.

—Hay gente de mantenimiento trasteando con las calderas y las tuberías, y dicen que pronto podrán poner remedio a este desastre. ¿Está muy excitado el personal?

—Esto va por barrios —repuso en tono profesoral—. Los yonquis ni se enteran: se envuelven en la manta y se ve cómo les cae la gota de la punta de la nariz. Los normales se quejan con toda la razón. Y los anormales le echan la culpa a Felipe González, a Pujol, al rey y a su puta madre. Aunque, ¡vaya usted a saber!, a lo mejor son los únicos que tienen razón.

Cambié de tema mientras me calentaba las manos con un café ardiente que él mismo me preparó solícito:

—Te veo muy bien instalado en el sector del comercio minorista.

—Esto es una maravilla. Para mí ha sido descubrir una vocación. Tanto, que, cuando salga el año que viene, estoy pensando en montar un colmado en Terrassa, y olvidarme de la *fusca* y de esta vida aperreada. Pero un colmado bueno de verdad, nada de barato y del montón. Algo como uno que hay en Barcelona, en la calle Valencia con Lauria, el Murria, un sitio modernista que está abierto hace un montón de años. Pues eso: quesos franceses, buenos vinos, conservas selectas… Y ahora empiezan a ser malos tiempos para lo mío, con las cámaras en los bancos y con el poco dinero que tienen disponible, y la competencia desleal de los drogotas… Y para los golpes grandes hacen falta técnicos, ingenieros, arquitectos y electricistas. Eso de entrar gritando «¡manos arriba!» ya no funciona ni en las películas de Clint Eastwood.

Vi que estaba un poco deprimido por las tristes perspectivas que, como a tantos artesanos, le iba deparando el progreso, pero tuve que reconocer que le veía un gran futuro en los ultramarinos. En el economato, los manjares más requeridos por los presos para aportar variación a su dieta como las latas de atún y de sardinas, los bonys y los bucaneros y las patatas fritas se apreciaban exquisitamente ordenados. Lo mismo que los cartones rojos y blancos de Marlboro y los blancos y azules de Ducados; el tabaco, indispensable en cualquier agrupación humana forzosa.

Fumar era un acto pecaminoso (lo de malo para la salud vendría después) y, a principios del siglo XX, las ligas puritanas habían intentado su prohibición junto con la del alcohol. Con la Primera Guerra Mundial, tuvieron que reconocer que no podían sacar a aquellos muchachos de sus granjas y enviarlos a morir en los campos de Flandes sin proveerles del menor consuelo. Por eso cambiaron de opinión (intentando, de paso, evitar que cayeran en manos de las pérfidas chicas europeas) y fueron esas mismas ligas las que acabaron haciendo colectas de tabaco para los soldados, hasta que el ejército incluyó los cigarrillos en las raciones asignadas. Juan Benet publicó por aquellos días un artículo en *El País* que resumía con poética indignación el tema. En un accidente de una mina en Teruel se habían producido varias víctimas mortales y los servicios de salvamento atendían a los supervivientes. Uno de ellos, un capataz corpulento y muy sereno, salió del pozo, abrazó a sus compañeros y se dirigió hacia una ambulancia. Pero antes de entrar, se sentó en el chasis y pidió un cigarrillo que fumó con avidez, con la mirada perdida, tal vez pensando en la muerte que tan cerca le había rondado. Cuando terminó, lo apagó pisándolo con la bota y se decidió a aceptar la asistencia. Como para acercarse a ese hombre y decirle que no fume. O para decírselo a un preso.

Camacho anotaba todas sus transacciones en sendas libretas que daban cuenta de las vicisitudes de un negocio que, en sentido literal, tenía una clientela cautiva. Le pregunté cómo podría sufragar la instalación de un colmado de postín como el que imaginaba y me dio la callada por respuesta tras un sentido «Dios proveerá» que hacía temer por la seguridad de alguna institución financiera. Me ofreció entonces un bocadillo de atún Massó del que hubiera dado buena cuenta, aunque lo rechacé por decoro institucional, y le dejé entregado a sus ensueños mercantiles. No podía negarse que, en su caso, la reinserción estaba funcionando.

Otro de los internos, Daniel, era el rigor de las desdichas. Debía estar atento a cómo evolucionaba, pues me habían pedido que informara sobre su conducta y perspectivas para autorizarle los primeros permisos y, quizá, el pase al tercer grado penitenciario. El tercer grado es el que permite que los presos puedan extinguir una parte de la condena en condiciones de semilibertad, durmiendo en la cárcel cinco noches por semana y disponiendo de manera

relativamente autónoma del resto de su tiempo. Cumplía una condena por homicidio con atenuantes de doce años y era un chico tímido y amable. Alguien que había recorrido involuntariamente las calles de la maldad, sin ser él mismo un malvado. Estaba a punto de cumplir los veinticinco, extremadamente delgado, de apenas un metro setenta y con un cabello largo y rizado que le daba un aspecto un tanto femenino. Tenía unos grandes ojos azules asustados, y su rostro triangular terminaba en un mentón huidizo que acentuaba su expresión apocada. Su padre era un maltratador, un auténtico sádico que le hacía la vida imposible desde la infancia, y eran incontables las veces que había ingresado en urgencias con todos los traumatismos imaginables, desde un brazo roto a los tres años hasta la mano y varias costillas fracturadas a los dieciocho. Poco después de ese último episodio, el padre, que dispensaba el mismo trato a su mujer, la madre de Daniel, propinó a ésta una brutal paliza, la dejó en el suelo inconsciente y se fue a dormir la mona. Daniel tomó entonces la determinación que habría de marcarle, y lo hizo sin reflexionar sobre ninguna estratagema que mitigara los efectos penales de su decisión.

Se acostó y pasó la noche en vela, y, al amanecer, tomó un cuchillo de la cocina y seccionó el cuello de su padre de lado a lado con toda su alma, hasta casi arrancarle la cabeza. Inmediatamente, llamó a la policía y se entregó. En el juicio, su abogado intentó todas las estrategias defensivas posibles, desde la legítima defensa de terceros (la madre, en este caso) hasta el trastorno mental transitorio y el miedo insuperable. Fue una buena defensa, pero el resultado no le hizo honor. Los jueces consideraron que la legítima defensa no cabía porque la agresión ya había cesado cuando se interrumpió la paliza, y el trastorno, más allá de un poso de temor atávico a su padre, no tenía ninguna traducción patológica que el médico forense pudiera detectar. En consecuencia, el tribunal, aplicando todas las atenuaciones que técnicamente eran posibles, rebajó la petición del fiscal, de veinticinco años por asesinato agravado, a los doce que finalmente le adjudicaron. Era, posiblemente, lo que tocaba por ley, pero era, también, una profunda injusticia. La vida de su padre valía menos que nada y todos los que conocíamos el caso hubiéramos estado encantados de sujetarle los brazos mientras Daniel le rajaba la yugular, pero así son las cosas. Era un preso modelo con capacidad para hacerse prácticamente invisible, y así había eludido cualquier problema en los años que

llevaba encarcelado. Los violadores no le habían visto, ni los matones la habían tomado con él. Tal vez porque cualquiera que conociera la historia lamentaba su destino y aplaudía su única insubordinación. Era un personaje atrapado en la negrura infranqueable de ese acto que iba a definir lo que le quedaba de vida.

Su madre, una mujer bajita de grandes ojos oscuros enmarcados en unas profundas ojeras, le visitaba cada semana. Dos seres indefensos para los que la vida había sido hasta entonces una fatalidad, la justicia, una memez solemne e incomprensible y el amor conyugal, un billete de ida al infierno. Daniel intentaba aprovechar el tiempo estudiando y leyendo, y en eso se le iba la parte de los días que no pasaba en los talleres trabajando para redimir condena y para hacerse con unos paupérrimos ingresos. No dejaba de leer ni en las horas de televisión, cuando el centro autorizaba que vieran la película de los sábados o uno de los programas con más éxito entre los internos, la serie japonesa de dibujos animados *Heidi*.

Siempre iniciaba las conversaciones con él hablando sobre libros, la mejor vía para que se abriera y confiara y me permitiera atisbar su estado de ánimo. Le gustaba la narrativa y, por lo que pude ver, sobre todo las historias de gente moralmente cuestionable, de tono nihilista. Por aquellos días había acabado la novela de moda, *El perfume*, de Patrick Süskind, y andaba fascinado por el personaje, ese Frankenstein de los aromas condenado a la desesperación.

—Es un libro buenísimo —dijo Daniel con expresión arrobada.

—Tal vez te iría mejor algo un poco más alegre —le recomendé con mi peor paternalismo de vía estrecha.

—Yo no creo que sea un libro triste. El monstruo, a fin de cuentas, tiene sus razones y paga por sus culpas de una manera horrible —respondió con firmeza—. Y no piense que yo defiendo el crimen ni que apruebo a los criminales. Y que no me compadezco de las pobres chicas a las que Grenouille mata… —añadió en tono desconfiado, tal vez pensando que sus aficiones literarias podían provocar un informe desfavorable sobre su resocialización.

—El libro es bueno, estoy de acuerdo, y creo que lo has entendido perfectamente, aunque la literatura alemana es un poco plúmbea. Prefiero los detectives privados americanos.

—Pues recomiéndeme uno, que de ese palo aún no he leído nada.

—Luego te traigo uno que tengo en el despacho, pero no es sobre

un detective americano. En este caso es español, gallego-catalán de Barcelona y se llama Pepe Carvalho. Creo que te va a gustar, y si la historia no te convence, por lo menos te puedes aprender las recetas de cocina y así le das una sorpresa a tu madre cuando salgas de permiso.

—¿Cree que voy a poder salir de permiso? —preguntó con mirada escrutadora.

—Ya sabes que es posible, lo tienes más que calculado.

Fiel a lo prometido, le llevé a Daniel mi novela favorita de entre las que Vázquez Montalbán había dedicado a Carvalho, *Los mares del Sur*, una historia detectivesca en la que se narra el viaje iniciático, siguiendo los pasos de Gauguin, del especulador de buena familia Stuart Pedrell desde los barrios altos de Barcelona hasta uno de aquellos inhóspitos suburbios para emigrantes construido por él mismo. De su desaparición se encargaba (a petición del abogado Viladomiu, un convergente *com cal*) este investigador cínico y desencantado, exmilitante comunista y exagente de la CIA. Carvalho tenía su despacho en las Ramblas, junto a la cafetería Cosmos, el monumento a Pitarra y un buen número de señoras dudosas, con todo el cochambroso encanto del de Philip Marlowe en Los Ángeles. Y desde su casa de alquiler en Vallvidrera contemplaba filosófico el perfil de la ciudad y practicaba sus dos pasatiempos carismáticos: la cocina y la quema de libros de su biblioteca. Carvalho aparecía rodeado de una corte de secundarios memorables, como el fiel Biscuter, su Watson sietemesino y enclenque, capaz de preparar un más que digno *bacallà a la llauna* o unos insuperables callos con *cap i pota* en la cocinilla del despacho; el policía fascista con pasado de torturador; Charo, la puta de buen corazón —relación perdurable e intermitente de un hombre negado a la monogamia—, y el limpiabotas Bromuro. Caracteres de esa Barcelona marginal de la que el autor, nacido él mismo en el Raval, era uno de los mejores cronistas y por la que demuestra todo su afecto. No así con las clases altas de la Diagonal hacia arriba, ricachos tardofranquistas y protoconvergentes que habían edificado su bienestar —y sus mansiones en la Cerdanya y el Empordà— sobre aquellas colmenas arrojadas sobre calles sin urbanizar, auténticos lodazales cuando llovía y poco propensas a evocar los paisajes de la Polinesia francesa.

Mucha gente se hizo rica con aquellos basureros arquitectónicos,

cuyos habitantes tenían que ser gente muy buena. Si no, haría mucho tiempo que lo habrían quemado todo, hasta reducirlo a cenizas. Stuart Pedrell se pierde en la selva —el barrio de los pobres— y no consigue salir vivo de allí, mientras Carvalho pasea por toda la geografía humana de Barcelona. Me gustaba la quema de libros malos, ritual que, años más tarde, adopté de todo corazón. Así tiré a la basura *Los conceptos elementales del Materialismo histórico*, los textos de la internacional situacionista, la *Historia de la sexualidad* de Foucault, los de Louis Althusser —un tipo que asesinó a su mujer y al que Camacho, sin duda, habría propinado una buena hostia—, sobre todo *Para leer El Capital*, y algunas otras de las birrias que leí aplicadamente mientras sirvieron para abrirme el camino entre las piernas de la bella María, una de las más hermosas militantes del PSUC. Un día uno de enero, junto al contenedor, una buena señora me vio ejercer de émulo del cura y el barbero y me recriminó mi proceder.

—No hay que tirar libros. No hay libro que no tenga algo bueno —dijo con cara de sufragista o de miembro del Ejército de Salvación.

—Señora, éstos son libros malísimos que hay que poner fuera del alcance de las mentes inocentes. Si lee usted el libro *Lecturas buenas y malas a la luz del dogma y de la moral* del padre Garmendia de Otaola, verá usted que todos estos están allí —repliqué en tono de apóstol mormón.

—Bueno… aun así… —dijo no muy convencida, pero bajando velas.

Carvalho era, además, vecino del otro detective de las Ramblas, la terrible Anarcoma, la travesti atrapada en el puro *macguffin* delirante ideado por Nazario: la máquina del profesor Onliyú, la búsqueda del Santo Grial y la guerra contra los caballeros de la Orden de San Reprimonio, una pandilla de tarados fascistas y meapilas mucho más maricones que la propia Anarcoma y sus amigos. Anarcoma era un híbrido inquietante, mitad Bogart mitad Lauren Bacall, que deambulaba por la Barcelona más *underground* en una orgía desenfrenada de pollones (estilo *Tom de Finlandia*), brazos musculosos y maquillaje extremo. La sola idea de que ahora pudieran aparecer productos culturales así resulta inverosímil: todo cada vez más pacato y políticamente correcto y, eso sí, mucho porno guarro por internet.

Daniel disfrutó con Carvalho, pero no hice la prueba con

Anarcoma —demasiado dura para su perfil— y, como era previsible, se identificó con Biscuter (así de pringado se sentía), se enamoró de Charo, y descubrió con asombro que Pemán no sólo había compuesto una sonrojante letra franquista para el himno nacional, sino que era también el autor de una memorable *Oda a la paella* que ganaba muchísimo si se recitaba en plena euforia etílica:

¡Oh polícromo plato colorista
que antes que con el gusto se come con la vista!
Concentración de glorias donde nada se deja.
Compromiso de Caspe entre el pollo y la almeja.

Como suele ocurrir en España, las cosas se arreglaron por el mero transcurso del tiempo y, mientras los operarios se empecinaban con la calefacción, las temperaturas ascendieron, haciendo la vida en el centro algo más tolerable. Para el verano, ya funcionaba a la perfección. Sin embargo, la prisión representaba una innegable mejora para quienes habían experimentado las lamentables condiciones de la Modelo. Las celdas admitían un máximo de dos ocupantes y, aunque no parecían una suite del Palace, estaban dotadas de algo levemente parecido a la dignidad y el confort. Por desgracia, a alguien se le ocurrió que la música debía ser una pieza clave del sistema de tratamiento reinsertador y del proceso de rehabilitación del delincuente. Sin duda, a algún discípulo aventajado del doctor Mengele. Por eso se habían instalado por toda la cárcel, en los patios, en los pasillos, en las celdas, en las oficinas, unos pequeños altavoces blancos que escupían durante todo el día la horrísona sintonía de un hilo musical —diseñado por algún entusiasta de Waldo de los Ríos o de Augusto Algueró— propio de un ascensor al infierno. Allí se escucharon los éxitos del pop más empalagoso de los últimos treinta años en unas versiones orquestadas capaces de volver diabético a cualquier oyente, hasta que los internos —y nunca se lo agradeceré lo suficiente— empezaron a romperlos a mayor velocidad que la que podían imprimir los de mantenimiento para su reparación. En cuestión de meses la música fue historia. Como para que luego alguien diga que los presos son lo peor de la sociedad.

Teníamos a nuestro cargo, allá en las *terres de ponent*, al habitual

grupo de delincuentes sexuales, todos ellos extremadamente pelotas y suspirando por acceder a la condición de presos de confianza con éxito lamentable. Uno de ellos era una auténtica estrella, un tipo de veintidós años que había sembrado el terror entre las mujeres del barrio del Ensanche durante casi treinta meses. Venía del centro de jóvenes de la Trinidad y había pasado por la Modelo de módulo de aislamiento a módulo de aislamiento, aterrorizado él, esta vez, por el destino que probablemente correría en caso de caer en manos de los otros presos. Siempre atacaba del mismo modo: buscaba una víctima solitaria, la seguía hasta el portal de su casa y, una vez dentro, la atacaba a punta de navaja, le bajaba las bragas y la penetraba eyaculando en su interior mientras presionaba con el arma su cuello o su abdomen. Sus necesidades parecían ser inagotables. A una la violó, la dejó que recompusiera sus ropas entre gemidos, y después la volvió a violar. Y aún tuvo el cuajo de subir a su casa para devolverle las llaves que se le habían caído durante la agresión. Caminaba solo por el patio, siempre con un atisbo de incertidumbre, como si el suelo fuera a devorarlo a cada paso, mirando sus pies con aprensión.

Parecía completamente refractario a cualquier tratamiento, si es que existe un tratamiento para esa clase de sujetos. Y, aunque ningún tribunal lo apreció, éste sí que tenía toda la pinta de estar enfermo, aunque de un modo ominoso y despreciable. Sus ojos daban la impresión de mirar hacia dentro, hacia alguna profundidad ardiente e inescrutable, y hablar con él de contención de los impulsos, fármacos inhibidores, génesis psicológica del conflicto en la infancia y todas esas cosas del gusto de los psicólogos y los criminólogos era perder el tiempo. Los americanos, siempre tan modernos, habían llegado a utilizar con estos delincuentes trastos como el pletismógrafo de pene para, dentro de la evaluación de las posibilidades de reincidencia, medir el nivel de excitación sexual del sujeto mientras le iban pasando películas porno cada vez más agresivas. El pletismógrafo calibraba la circunferencia del pene mediante un cilindro hermético con un manguito hinchable que detectaba la respuesta a la estimulación eléctrica. Al final, los médicos llegaron a la conclusión de que la fiabilidad del método no llegaba al treinta por ciento (lo que probablemente ni siquiera fuera cierto) y lo dejaron correr. Era evidente que los tipos se excitaban con las imágenes, pero probablemente los expertos también. Y que en *La naranja mecánica* se

había narrado una acertada sátira sobre estos procedimientos.

Se tenía por un ser miserable y una víctima, pero el recuerdo de haber ocasionado tanto dolor y tanta humillación no le causaba ningún efecto. Aquellas mujeres carecían para él de cualquier rasgo animado, de cualquier significado, y era manifiestamente incapaz de ponerse en su lugar. Como la mayoría de los delincuentes sexuales, era irrecuperable, una de esas palabras que parecen simples pero que a veces deberían estar grabadas en mármol. Los alemanes habían probado con ellos la castración química, que funcionaba mientras tomaban la medicación, pero no más allá. Sólo el curso del tiempo reducía su peligrosidad y disminuía las posibilidades de reiteración porque, ciertamente, no hay inhibidor sexual más potente que el paso de los años. Era frustrante hablar con él y acabé por darlo por imposible. Sin embargo, viendo su aspecto acongojado, y si te era posible olvidar por un momento a sus víctimas, podías acabar sintiendo algo parecido a la compasión, un sentimiento de todo punto imposible en el caso de algún otro de sus colegas. Como uno que compartía celda con él y que añadía a la vejación sexual todo tipo de violencia, llegando a dejar a alguna de sus víctimas al borde de la muerte. Tenía el sida, y la posibilidad de haber podido transmitir la enfermedad le producía una especial satisfacción. «Mi sangre y mi leche son armas», decía de vez en cuando, lamiéndose los labios. Era un individuo brutal que certificaba con su mera existencia la potencia del mal y que, cuando murió unos meses después, contribuyó a hacer del mundo un lugar algo más agradable. Pero los monstruos eran la excepción. La mayoría de los internos eran seres desubicados que ya habían caído bajo el influjo de la cárcel y experimentaban la sensación de paz del prisionero, de separación del mundo exterior, de desapego. Comiendo tiempo en un mundo sin tiempo, sin sentido del deber, sin exigencias, sin tener que hacer nada a excepción de las estúpidas y automáticas rutinas que desde hacía más de un siglo se decía que curaban a las almas perdidas. Un microcosmos desvinculado de una realidad olvidada en el que la gente flotaba más allá de los demás, de las verdades al otro lado de los muros. Un cura que cumplía condena por pederasta me lo sintetizó con nobles palabras mientras yo lo contemplaba con impío escepticismo:

—Este no puede ser un lugar dejado de la mano de Dios. Siento que puedo hacer más bien aquí que en la parroquia…

Para que la cárcel no cayera en la rutina y el aburrimiento, padres de todos los vicios, el Vaquilla y cinco de sus amigos protagonizaron una de sus recurrentes y sonadas fugas, tal vez en revancha por el tratamiento musical o para desacreditar la tecnología americana de seguridad de la que tanto alardeaba el centro. A punta de *pincho* desposeyeron a seis funcionarios de sus uniformes y los encerraron en sus celdas y emprendieron una alocada carrera hacia Barcelona que acabó, como siempre, con su detención por la policía, concretamente en el cruce de las calles Villarroel y París. El Vaquilla fue herido de bala en la espalda y conducido al Clínic, y ya no volví a verle. Acabé por echarle de menos. Era un tipo sonriente y de buen humor, y era posible mantener con él diálogos que rozaban lo surrealista:

—¡Payo! Saca tabaco y te presento a mi prima.

—Si quieres un cigarro, me lo pides, pero no te quedes conmigo.

—La que se va a quedar contigo es mi prima, y mi tía que hace cestos.

—¿Cestos?

—A cientos, payo.

Uno de mis nuevos compañeros, Albert, solucionó mis problemas logísticos en Lleida. Era obligado, en aquellos días anteriores al AVE y otras opulencias, que buscara un alojamiento para las como mínimo cuatro noches por semana que tendría que pernoctar allí, y Albert se mostró dispuesto a subarrendarme una de las habitaciones de las que disponía en un bonito piso antiguo (hay que decir que algo destartalado) situado en el centro de la parte vieja, cerca de las calles Mayor y de Caballeros. Enseguida me enamoré de la ciudad. Era de dimensiones humanas y monumentalmente perfecta: románico, gótico, barroco, modernismo y evocadores nidos de cigüeñas en lo alto del puente que permitía sortear el río Segre. La belleza de la Seu Vella en lo alto de la montaña empequeñecía al melancólico Castell de la Suda, y desde los viejos cafés de la plaza de la Paería, ambos edificios se volvían prácticamente invisibles durante los días de espesa niebla invernal. Además, la ciudad no parecía gustar a nadie, ni a sus propios habitantes que, con una modestia un tanto resentida, cantaban a la más mínima las alabanzas de Barcelona o Girona. Ni siquiera la

frecuentaban los turistas, razón de más para que siga grabada, después de tantos años, en mi corazón. La niebla podía llegar a volverse opresiva, pero muchos vecinos de la ciudad estaban atrapados sentimentalmente por ella, lo que entendí de inmediato. Albert lo decía con enfático entusiasmo: «Aquí hay niebla, caracoles y gárgolas en la catedral, y nos gusta. Y cuando despeja, un cielo azul que quita el sentido». Era cierto que la ausencia de sol, en ocasiones, podía llegar a resultar agobiante. Entonces, Albert proponía la práctica de uno de los deportes preferidos por los leridanos en invierno: las excursiones en su busca. Le seguí más de una vez, algún día festivo en que demoraba mi regreso a Barcelona, acompañándole en la caza de la luz a Les Garrigues, a los montes entre La Granadella, Ulldemolins y Bellaguarda, forrados de jerséis como capas de cebolla, con el vaho del aliento humeando al compás de la respiración. Lleida nada tenía que ver con la España de los folletos de viajes absurdos, ni con las rutas organizadas y los artículos de los suplementos dominicales de los periódicos más mentirosos, ni con el paisaje completamente arruinado de la costa, repleto de chalets cursis y monstruosidades en todas las fases de construcción. Había en ella una hermosura suave y desvaída que podía ver cualquiera que se tomara la molestia.

Albert era uno de los más convencidos miembros de la nueva hornada de criminólogos progresistas, valga la redundancia. Apenas le dabas pie, te envolvía incansable en su discurso favorito: Concepción Arenal, Victoria Kent, el coronel Montesinos y la reforma de los presidios españoles, el sistema celular o los cuáqueros de Filadelfia, el sistema mixto de Auburn y los escritos de Cadalso. Toda la bibliografía técnica que han generado el delincuente y su tratamiento desde los tiempos de Lombroso (un ortodoxo positivista que creyó siempre en las posibilidades ilimitadas de la ciencia para explicar los más complejos mecanismos humanos) y que parte de la idea de que el crimen es siempre la manifestación de una enfermedad. Una auténtica memez en la mayoría de los casos y, tal como me dijo Díaz en mi primer día en la Modelo, una estrategia melindrosa para evitar responder al vértigo de las verdaderas preguntas: la existencia del mal y los dilemas de la libertad. Más de la mitad de los presos eran, a buen seguro, de alguna manera víctimas de algo. Y las deficiencias de otros podían tal vez ser reconducidas. Pero un buen número de ellos eran pozos de oscuridad, inalcanzables por cualquier análisis y, si no, ahí

estaban los nazis para dar fe desde Auschwitz. No obstante, Albert era un creyente en la rehabilitación y un fiel militante en las huestes de la criminología crítica y las teorías del *labelling approach*, según las cuales ciertos grupos sociales que tienen poder para ello definen como delito y como delincuente a determinadas conductas y determinadas personas; y cuando este proceso de etiquetamiento se realiza con éxito, se construye un delincuente. Lo explicaba con un fervor próximo a la iluminación, pero no me resultaba nada convincente:

—Así que el padre de Daniel, pegándole palizas a él y a la mujer, ¿es una pura construcción política de la clase dominante? —le preguntaba con sorna.

—Hummm… Tal vez él no, pero Daniel sí que lo es, sin duda —dijo tratando de recuperar la sonrisa, pero abandonando al primer intento.

Me extrañaba mucho la fidelidad a una teoría que tan sólo analizando el caso de dos sujetos ya se veía obligada a hacer una excepción, pero no seguí pinchándole. Era tan buen tipo y creía tan firmemente en lo que decía que me parecía un modelo de virtud, y no me sentía capaz de llevarle más la contraria sin verme como un cabrón desabrido. Albert era un tipo enorme, de más de un metro noventa de estatura y más de cien kilos de peso repartidos de forma armoniosa y proporcional. Era un hermoso gigante sin barriga y el cabello de color melocotón cortado a cepillo, y tanto la barba que cubría su mandíbula cuadrada como el hoyuelo de su mentón le daban el aspecto del paradigma de la masculinidad. Tenía una voz agradable, juvenil pero firme. La del compañero en la barra del bar ante una cerveza bien fría, que te hace sentir a gusto pero que a la vez es enérgico y competitivo. Se declaraba homosexual, de lo que me advirtió por si tenía algún tipo de problema para compartir piso con él. Le dije que me daba lo mismo que fuera gay o zoroástrico, así que organicé una pequeña parte de mi vida en aquel espacio que me ofrecía y por el que sentí de inmediato un razonable aprecio.

Allí me quedé por unos meses cómodamente instalado. La limpieza me llevaba poco tiempo, pues apenas hacía en el piso poco más que dormir, y mi entrenamiento militar me permitía hacer camas y barrer con singular habilidad. Conocí a alguno de sus ocasionales ligues, que normalmente no le llegaban ni al hombro, y seguimos haciendo alguna que otra excursión por las hermosas comarcas de

Lleida. Pero al cabo de un tiempo se echó una pareja estable, un payés con un aspecto aún más duro y viril que el suyo, y aunque me trataban con el afecto burlón que se reserva a los amigos que han errado por completo su orientación sexual, resolví que perturbaba su intimidad y di por acabado aquel episodio de convivencia. Me fui a desgana de aquel barrio viejo, y lo hice silbando como es debido.

Viejo, barrio
perdoná si al evocarte
se me pianta un lagrimón
que al rodar en tu empedrao
es un beso prolongao
que te da mi corazón.

Años después supe de Albert. Seguía en Lleida, y con el mismo compañero, pero no quería ni oír hablar de la criminología crítica y no había podido evitar incrementar el perímetro de su cintura. Me abrazó burlón, me llevó a tomar una cerveza y me palmeó la espalda.

—Hubieras sido un gay desastroso, pero seguro que también eres un hetero desastroso.

—Soy un hetero de lo más apreciado. Todo lo más, me ocurre lo de la canción de Javier Krahe: «Y si hubo reproches, fueron, en resumen, por su rendimiento, no por su volumen…».

—Siempre pensando en lo mismo: ¡putón!

Aún trabajaba en servicios penitenciarios, entonces ya con un cargo directivo, y me dio cuenta de la muerte de nuestro amigo el Vaquilla en la prisión de Brians, solo, amargado y enfermo, y de los problemas que ocasionaba que las cárceles se estuvieran convirtiendo prácticamente en geriátricos, con cada vez con más viejos recluidos, muchos de los cuales eran, además, insolventes, con lo que la libertad tan sólo les suponía un problema aún mayor que la prisión. Cada vez —como yo ya bien sabía de primera mano— había ingresados más funcionarios, políticos, empresarios y delincuentes de cuello blanco en general, lo que había traído como consecuencia la ampliación de los módulos de protección especial o «de respeto» para estos colegas del arrogante Francesc que conocí en la Modelo. También me explicó unas cuantas anécdotas divertidas, de esas que los que hemos bregado en las cárceles sabemos valorar:

—A uno que entró hace un par de años, y que tenía una nave industrial medio abandonada con unas cámaras frigoríficas, se le ocurrió que lo mejor que podía hacer era secuestrar cadáveres. No dan faena y no hay que montar una logística para tenerlos escondidos y darles de comer y vigilarlos. Eso sólo lo pueden hacer las bandas organizadas. O sea, que el tío hacía el seguimiento de los fallecidos de buena familia, se hacía con el fiambre con gran facilidad (no están demasiado vigilados) y luego pedía un rescate moderado que los deudos normalmente pagaban sin problemas. Les devolvía al abuelo o al padre perfectamente refrigerado y a otra cosa.

—¿Y cómo lo pillaron? —pregunté francamente interesado.

—Fue a topar con la familia de un difunto más que forrado que le dijo que ya se podía meter el muerto donde le cupiera, que no es que ellos fueran a pagar cien mil pesetas, es que no pagaban ni cien. Y, además, llamaron a la policía.

—¡Qué gente más miserable!

—¡Y qué poco valorada está la creatividad! —respondió guasón.

—Sólo tienes que mirar la tele. Ya lo dice Bruce Springsteen, cincuenta y siete canales y nada que ver.

5

Tomo y obligo

Cuando dejé el piso de Albert, un ajuste de mis horarios en la cárcel hizo innecesario que siguiera durmiendo en Lleida. Podía desplazarme cuando empezaba mi turno y, en caso de necesidad, quedarme a dormir en unas habitaciones que teníamos disponibles en el propio centro. Eso me ayudó a recuperar el pulso de Barcelona y a retomar, en la medida de lo posible, los viejos hábitos. Había perdido casi por completo el contacto con la mayoría de los viejos amigos, todos ellos desperdigados, con otros trabajos, emparejados, algunos con hijos y otros viviendo fuera de la ciudad. Ése era el caso de Joan, mi mentor en el mundo de la progresía de los setenta. Había terminado sus estudios de Antropología y decidido que la materia no le interesaba lo más mínimo ni tenía ningún futuro profesional. Decepcionado de la política, al poco tiempo concluyó que estaba harto de todo y que se iba a vivir a Madrid, a incorporarse a un inconcreto negocio hostelero; de hecho, a trabajar en no se sabía muy bien qué en el bar de copas de una gente que había conocido y a iniciar un tormentoso paseo por el lado salvaje.

Me llamó una noche a mi casa de Provenza, desde seiscientos kilómetros de distancia y varios años después de nuestro último encuentro. Su voz sonaba cercana a través de todos aquellos años y kilómetros, igual que cuando estábamos escuchando a Paco Ibáñez en las habitaciones cargadas de humo de los buenos tiempos.

—Pero ¿qué haces en Madrid? —le pregunté extrañado, pues le tenía por uno de los puntales de la barcelonidad y, además, era un entusiasta del equipo de fútbol local.

—En Madrid está todo. La Movida, Almodóvar... Barcelona está moribunda desde que mandan los pujoles. Parece una extensión de

Vic, pero con el aire más sucio. En Madrid hay unos locales para escuchar música en directo que te volverán loco. Un ambiente aún mejor que el del Zeleste de hace unos años. ¡Si hasta Jaume Sisa se ha venido aquí! Ahora se hace llamar Ricardo Solfa y canta boleros. A la que puedas, acércate. En casa tienes sitio.

—¿Te quedas a vivir definitivamente?

—Chaval, no hay nada definitivo. Pero he alquilado un estudio en Malasaña, he conocido a Alaska, a Antonio Vega y a Eduardo Haro Ibars, y de aquí no me muevo. Por el momento.

Joan parecía preso de una extraña euforia, y abusaba de un tono superficial y acelerado que nunca le había conocido en sus tiempos de rígido marxista, siempre a punto para censurar a los peludos por desviacionismo burgués. Por supuesto, ya no militaba en ningún sitio, y el futuro del país parecía importarle bien poco. Era tan fanático en el pasotismo como lo había sido en el leninismo, y había hecho suya aquella expresión de Tierno Galván («colocaos») que se convirtió, con razón o sin ella, en un eslogan, dispuesto a seguirla como pauta existencial.

Le dije que iría sin falta, pero me dejó un tanto preocupado. Pasar bruscamente de la rigidez a la disipación no suele ser buena táctica de supervivencia, y lo que importa, a fin de cuentas, es sobrevivir mientras sea posible, porque cuando mueres, te desvaneces y nadie recuerda a nadie como realmente fue. El sida y la heroína hicieron estragos en el Madrid de la Movida y muchos jóvenes, no pocos de ellos músicos y escritores conocidos, se quedaron en la cuneta. Era una réplica aumentada del fenómeno barcelonés que tan bien había conocido (algunos de cuyos epígonos aún penaban por las cárceles y los hospitales) y no me atrajo en lo más mínimo. Parecía que nuevas generaciones de españoles se entregaban a las drogas como si fueran el remedio que les ayudaba a sobrellevar la humillación de que sus padres hubieran vivido tanto tiempo bajo una dictadura. Aunque Jimi Hendrix y Janis Joplin no habían tenido que aguantar a Franco y habían sucumbido a los mismos tóxicos. En definitiva, todo es, como siempre, mucho menos claro de lo que pueda parecer.

Pensé que aquello no podía traer nada bueno y, por una vez, resultó que llevaba razón. Barcelona me encantaba, aunque había días que la hubiera cambiado por Detroit, porque, a fin de cuentas, durante

el final del franquismo la gente de aquí había vivido en un país libre que nos habíamos inventado, a pesar de la policía y a pesar del dictador moribundo. Pero Madrid era una incógnita y Joan me ofrecía la oportunidad de despejarla.

Cogí unos días de permiso y conduje mi ya un poco tronado 127 cruzando el país de este a oeste a través de los Monegros, Zaragoza y unas sierras de color bizcocho y muy escasas masas de árboles que conformaban un paisaje de humilde majestuosidad hasta acercarme al centro de Madrid, a rastras en una lenta serpiente de vehículos humeantes que taponaban sus accesos por la avenida de América hasta el límite de cualquier paciencia humana. Me puse a buscar la plaza del Dos de Mayo tal como se hacía en aquellos tiempos: mirando un plano y preguntando al primero que pasara, y encontré sin el menor problema la calle del Divino Pastor, donde busqué una cabina desde la que avisar a Joan de mi llegada. Bajó a recibirme y me acompañó a su estudio, un espacio de unos cincuenta metros con el suelo cubierto de alfombras vagamente étnicas y pósteres en las paredes de algunos de los grupos emblemáticos de la Movida: Aviador Dro, Alaska y los Pegamoides y Nacha Pop. Me señaló un sofá en el que podría dormir y, aunque eran las cinco de la tarde, me dijo que se iba a acostar un poco y me sugirió que hiciera lo mismo. Por lo visto, tenía muchas cosas que mostrarme y la noche iba a ser larga. Estaba muy cambiado desde la última vez que le vi: mucho más delgado y ojeroso, con el pelo sorprendentemente largo recogido en una cola trenzada que caía sobre su espalda y el gesto impaciente del insomne muerto de sueño. Algo quedaba, sin embargo, del joven disciplinado y cartesiano de hacía unos años: el apartamento estaba escrupulosamente limpio y ordenado, por las ventanas abiertas entraba el aire fresco de la calle y no se percibía en la estancia el menor síntoma de disipación. Se retiró al único dormitorio de la casa y curioseé entre sus escasas posesiones. Un buen aparato de música, el único objeto de un cierto lujo que todos solíamos tener, unos cuantos libros en cajas de madera, pequeños objetos de artesanía sobre cualquier superficie horizontal y una aparatosa pipa de agua que parecía de uso frecuente.

Al cabo de unas horas, cuando la oscuridad había caído ya sobre la ciudad, salimos a la calle a comernos la noche o, por lo menos, a intentarlo. Iríamos a La Vía Láctea en Velarde a una actuación de

Loquillo, y de ahí recorreríamos, según se terciara, El Penta de la calle de la Palma, El Salero y algún otro de aquellos locales de moda que se decía frecuentaba todo el Madrid alternativo y artístico. De la ruta había desaparecido el año anterior el famosísimo Rock Ola, cerrado tras un sórdido episodio con asesinato entre miembros de diferentes tribus urbanas incluido. De todas formas, el local ya había entrado en decadencia, como, en general, y por lo que pude ver, la Movida en cuestión. El fenómeno tenía menos de una década, pero ya se advertía caduco y algo cansado, como si hubiera perdido una inocencia original de las que se hablaba mucho pero que fui incapaz de detectar en conversaciones gobernadas en gran parte por el alcohol y por cualquier tipo de sustancia de las que aseguran alteraciones de la percepción.

En La Vía Láctea, un gran lugar para el patriotismo malasañero, encontramos a algunos amigos de Joan, de estéticas vistosas y extremadas, chupas claveteadas de cuero negro y cabellos teñidos con todos los colores del arcoíris, de modo que yo parecía un tipo de lo más convencional, aún tributario de los Levis tejanos y de los jerséis negros de cuello redondo. Loquillo ofreció una actuación rotunda y efectista, aunque parecía que él también se preguntara si todo aquello no estaba tocando fondo. O, al menos, esa impresión me dejó su canción *¿Dónde estabas tú en el 77?*, sobre todo porque yo sabía perfectamente dónde había estado y, además, lo recordaba sin la menor amargura.

Viejos libros se aglomeran
en cajones de ocasión
esperando a que alguien los remueva
y les devuelva la ilusión
de mancharse de cerveza
speed, bronca sin control
mientras una aguja
les atraviesa el corazón.

Con Loquillo estaba Sabino Méndez, a quien llegué a conocer muchos años después, y que entonces era uno de los mejores representantes del yonqui creativo y estético. Un chico de barrio que vivió como nosotros la Barcelona libertaria e iconoclasta de los setenta

y cuyo imaginario de experiencias parecía dirigirse directamente al corazón: música, los amigos del barrio, mujeres, bares y el *Cadillac solitario* al final de la noche.

Cuando llegamos al Penta, Joan ya había alcanzado un estadio de locuacidad etílica agobiante, pero se acercaba a la barra a cada poco y volvía con una nueva bebida. Como no hay nada que me quite más las ganas de beber que el espectáculo de la ebriedad ajena, mantuve el tipo espaciando los sorbos a mi cerveza, mientras escuchaba historias deslavazadas sobre los efectos del peyote o la conveniencia de hacerse un *chino* de *brown sugar*. Había dos chicas en el grupo, y una de ellas, Marta, parecía tener algún tipo de complicidad con Joan. Era alta, con un maquillaje gótico que acentuaba su palidez y varias mechas azules en su pelo negro muy corto. Posaba de tanto en tanto una mano sobre las de él y, ocasionalmente, le prestaba alguna reconcentrada atención. La otra, Pilar, era delgada, asténica, de grandes ojos oscuros, y llevaba un vestido negro de punto muy ceñido que subrayaba una silueta famélica pero erotizante. Su cabello teñido de un furioso amarillo destacaba con ventaja entre tanta negrura y le daba un aspecto inquietante, como el de una Nina Hagen malhumorada. Parecía aburrida, pero cuando emergía de su letargo se aplicaba en una conversación culta, plagada de referencias literarias sofisticadas y salpicada por algún exabrupto de los que hubieran hecho sonrojar al difunto Sid Vicious. Me dejó claro enseguida que no rechazaría algún avance por mi parte y, como Joan y Marta no tenían ganas de abandonar el bar, me dijo que la siguiera.

Me llevó a un piso grande y clásico, absolutamente burgués, situado en la calle Ibiza, cerca del Retiro. Puso música, *The Queen Is Dead*, de The Smiths, y se sentó a mi lado. Me contó que su padre era un renombrado abogado, pero que ella había estudiado literatura, contrariando su deseo de que se dedicara al derecho y se incorporara al bufete familiar. Escribía algún artículo sobre discos y libros en los fanzines al uso por entonces, aunque, en realidad, llevaba unos años haciendo poco más que frecuentar los locales de moda, intentando no pensar en nada más allá de cada noche. Era amable e interesante, pero parecía deprimida cuando sacó una papelina con polvo blanco que extendió sobre la mesa, formando dos rayas de unos diez centímetros e invitándome a compartirlo.

—¿Es caballo? —pregunté.

—Sí, y muy bueno —respondió con una sonrisa ambigua.

—Nunca lo he probado —dije, aparentando una desenvoltura de la que carecía por completo.

—Cuando te metas la raya, te puede dar por vomitar, pero no te molestará para nada.

No sentía el menor deseo de probar la heroína y me parecía que con ella cualquier posibilidad erótica se desvanecería cuando, a fin de cuentas, lo que yo quería era follar, no colocarme. Pero me invadió una súbita timidez, como si rechazar la droga fuera rechazarla a ella, y, sin más, aspiré fuertemente por las fosas nasales esperando no sé qué efecto con alguna aprensión. Me invadió de inmediato una intensa sensación de bienestar y euforia y una gran calma. Mi boca se secó y me llevé a los labios el vaso de whisky, aunque no encontré al licor ningún sabor. Pilar inhaló y su rostro se iluminó, como si le hubieran pasado un paño que borrara cualquier bruma, cualquier tristeza. Suspiró con satisfacción, me tomó la mano y me llevó a la cama. Se desnudó de inmediato mostrando con total indiferencia un cuerpo lánguido y bien formado. Carecía casi por completo de pecho y los huesos de sus estrechas caderas destacaban en su perfil en la penumbra de la habitación. Su coño estaba rasurado por completo, lo que entonces me resultó una excitante novedad, aunque su delgadez le diera un aire algo andrógino, y sus largas y finas manos se abrieran y cerraran de manera espasmódica, como ajenas a su mente o a su voluntad. Se tendió a mi lado, me besó sin mirarme y empezó a manipularme el pene con una cierta impaciencia.

—Yo, con el caballo, no me voy a correr. Pero me gusta estar así, sintiéndote al lado. Tú haz lo que quieras. Me puedes follar, pero antes mójame un poco.

Empecé a lamerle el coño con método y rigor mientras su respiración se relajaba cada vez más y emitía algún leve quejido de satisfacción. Pronto, la situación me dejó más frío que un carámbano y sabiendo que si seguía adelante me vería llevado a un camino que no estaba demasiado seguro de querer transitar. Me tendí a su lado, su cabeza sobre mi pecho, y divagué mientras el bienestar y la euforia daban paso a un adormecimiento sin sueño. Al cabo de un par de horas me levanté. Ella dormía de lado y había en la almohada una bocanada de vómito. La limpié con papel higiénico, así como las comisuras de sus labios, comprobé que respiraba con regularidad, me

vestí con la luz fría del amanecer y abandoné la casa en silencio embargado por un extraño sentimiento de culpabilidad y una intensa desazón. Ella parecía haber puesto su destino en las manos de un dios indiferente u hostil cuyo dedo lanzaba la moneda y, con la heroína, se había sumergido en el aislamiento que niega a los adictos las oportunidades que noches como aquélla pueden ofrecer a los tristes y a los olvidados.

Estaba apesadumbrado, y cada persona con la que me cruzaba acentuaba mi sensación de soledad. Nunca volví a verla y su imagen se hace presente sólo cuando alguien me habla de la Movida, de la inocencia y de la creatividad. Yo sólo conocí a gente sensible, ingeniosa y llena de futuro poseída por una extraña furia autodestructiva, mientras sonaba la mejor música que se había hecho en España y los políticos decían cosas cada vez más ininteligibles sobre el ingreso de España en la OTAN.

Pocos años después, el cáncer se llevó a Joan, a su sonrisa maliciosa y a su vieja tendencia a acaparar la atención de las chicas más guapas. Aunque, en realidad, yo lo había ido perdiendo poco a poco mucho antes, a partir de aquel viaje a Madrid. Ahora es tan sólo una sombra remota que me convoca para un reencuentro cada vez más próximo, más allá de las devastadoras planicies del tiempo.

Aquel año ocurrió algo tan trivial como que, con la finalidad de debilitar al Gobierno socialista, Pujol dio libertad de voto a los suyos en el referéndum sobre el ingreso de España en la OTAN, lo que dio lugar a situaciones tan pintorescas (y tan típicamente hispánicas) como la de que Pujol, que era un atlantista convencido, acabara defendiendo el no, aunque con la boca pequeña, y antiatlantistas de manual, como muchos ministros socialistas, promocionaran el sí. El tema me importaba un pimiento y estuve tentado de seguir mis viejas tendencias ácratas y abstenerme, pero aún creía necesario seguir apostando por el PSOE, a pesar del patético y casposo yuppismo que imperaba aquellos días, a la entronización de los capitostes financieros más extraños y dudosos y al apogeo de las sevillanas en versión tablao para señoritos de Madrid y Barcelona, con rizos en el cogote y buenas dosis de brillantina.

Pujol y los convergentes estaban en su apogeo, aunque la gente

los votara a ellos en las elecciones autonómicas y a los socialistas en las municipales de Barcelona y su cinturón y en las estatales. Sin embargo, ya entonces, entre mis amigos más próximos empecé a escuchar alguna voz disidente con lo que, decían, era una situación política calificable de «régimen». Uno de los más vehementes era Blai, que resultó ser un precursor *avant la lettre* de lo que después llegaría a ser Ciudadanos, un pintoresco suceso político con el que los dos tendríamos algo que ver en el futuro, bien que desde posiciones absolutamente marginales. Acabábamos de salir del Nick Havanna, uno de aquellos locales de diseño donde se decía que era fácil mejorar el círculo de relaciones con el sexo opuesto, cuando, con voz un tanto gangosa y acento del Pallars, me dijo con toda la solemnidad del mundo:

—Hay que crear un nuevo partido.

—¿El de los que no ligan ni en el Nick Havanna? —repuse con sorna.

—No. El Partido Bilingüista —declaró sin inmutarse, más serio que Gladstone.

—Me temo que requiero alguna explicación más extensa.

—Estos tipos, Pujol y compañía, lo están invadiendo todo: los colegios, la universidad, las peñas del Barça, cualquier cosa que te puedas imaginar. Y siempre con la misma canción: más catalán, más Cataluña, la ratafía, el *caganer* y la Virgen de Montserrat, aquella que le gustaba tanto a Himmler. Te los encuentras hasta en la sopa, y están desplazando desde la Administración, con dinero público, al castellano de la vida oficial. Y es el idioma materno de más de la mitad de la población. Es intolerable.

—¿De verdad crees que es para tanto? —contesté ecuánime y algo pomposo—. A fin de cuentas, el catalán estuvo perseguido y está en situación de desventaja. Todos los periódicos y las películas están en castellano. Eso sí, está la TV3 y puedes ver *Dallas* en catalán, «*Sue Ellen, ets una bandarra*» y cosas así, pero, francamente, no creo que eso dé para un partido.

—Hay que exigir que toda la documentación sea bilingüe, y paridad catalán-castellano en todas las escuelas. Cada vez hay más gente indignada con el tema porque éstos, si les dejan, pronto nos harán vestir con el traje regional para salir de casa.

—Es una idea —repuse—. Ahora que lo dices, ya no podré volver

a imaginarme a Pujol sin barretina, como mosén Cinto.

Y, mirando a la puerta del local, un continuo trasegar de noctámbulos entrando y saliendo, intenté ir a lo que me interesaba:

—Volvamos adentro, que esto se anima.

—Volvamos, aunque ya veo que no te afilias al partido —añadió con aire reprobatorio.

—Cuando seáis cuatro o cinco mil, me lo vuelves a proponer. De momento, yo como Vázquez Montalbán.

—¿Comiendo mucho y muy bien?

—No. Gozando de la doble identidad de Cataluña y de su mundialmente reconocido ambiente nocturno.

Nos fuimos hacia el interior de aquel espectacular local, que recordaba la estética de *Blade Runner*, y donde la diversión, por lo menos la visual, estaba garantizada. Contaba con una máquina dispensadora de libros que no vi que nadie usara jamás, un terrario con una serpiente que despertaba mucho mayor interés, un friso de estrellas rojas y, sobre todo, un péndulo de Ingo Maurer, suspendido en una cúpula de luz azulada, que era la más destacada seña de identidad del bar, junto con unos lavabos de línea fría más elegantes que los domicilios de mucha gente. Nos acercamos a una de las dos barras, ambas revestidas de piel de vaca en su frontal, y pedimos unas cervezas a una camarera bella, elegante y distante tras su sonrisa profesional. Blai seguía siendo un hombre moreno y atractivo, como un actor de cine de los años cuarenta, de modo que a su alrededor era como si los colores desaparecieran y todo volviera a ser en blanco y negro, pero en aquella ocasión su magia falló y ella nos miró como si fuéramos un par de ficus.

A pesar de mis reticencias ante su inquietud por el futuro mestizo y bicultural de, al menos, Barcelona, lo cierto es que había más gente que empezaba a expresar el mismo tipo de preocupación. Había habido un manifiesto (el «Manifiesto de los 2.300») en el que ya se denunciaba la discriminación del castellano y la creciente insolidaridad de la Cataluña oficial con España, pero me parecía un fenómeno minoritario y de escaso impacto. Además, las declaraciones del propio Pujol parecían ir en un sentido contrario, con invocaciones constantes a la concordia y la promoción de la Feria de Abril de Barberà del Vallès incluida. La reacción contra uno de los firmantes del manifiesto (Federico Jiménez Losantos) vino de un grupúsculo

armado radical, Terra Lliure, del que tenía escasas referencias, más allá de que eran una pandilla de fanáticos con los niveles de eficiencia de Pepe Gotera y Otilio. Losantos fue secuestrado por dos de esas lumbreras del terrorismo que le dejaron de recuerdo, a título de advertencia, un disparo en la pierna. De inmediato, la Generalitat emitió un comunicado censurando el hecho e instando a la ciudadanía a su rechazo, con lo cual parecía claro que se había tratado de un episodio que tenía más que ver con la delincuencia en una de sus formas —la de unos estúpidos de nacimiento que habían desarrollado considerablemente sus dotes naturales— que con las políticas ejecutadas por el Gobierno de Pujol. Alguien dijo una vez que existe un mundo subterráneo de canallas y fanáticos que generan patologías disfrazadas de ideas para consumo de ignorantes, y que a veces ese submundo emerge y se convierte en un poder que cambia el curso de la historia; sin embargo, no parecía que ésa fuera la situación de Cataluña por aquel entonces. Los convergentes que fui conociendo a partir de los ochenta también hacían una sentida profesión de pacifismo, algo gandhiana y un tanto afectada, la propia de esas gentes tan pesadas que siempre están alardeando de la propia virtud.

Pero incluso muchos años después, cuando todo parecía haberse fracturado irremediablemente, nunca llegué a creer que aquellos antiguos sucesos violentos hubieran tenido nada que ver con los deseos o los proyectos de Pujol. Es verdad que hay mucha gente que piensa lo contrario, por lo cual hago mía la máxima de Hitchens y me digo que lo que puede afirmarse sin pruebas también puede rechazarse sin pruebas. En ningún momento a lo largo de los años escuché de boca de Pujol una sola palabra que justificara el uso de la violencia. Ni en general, ni en el caso de Losantos. En una ocasión en la que hablábamos de la guerra civil irlandesa de 1922-1923, Pujol me dejó muy clara su opinión al respecto:

—Mire: cuando el Tratado anglo-irlandés que dio origen a la guerra… Fue una guerra civil, de irlandeses contra irlandeses. Se consiguió la independencia, que también se hubiera conseguido, porque los ingleses estaban más que hartos del problema irlandés, aunque tenían el Ulster y otros asuntos con la gente de allí… Pero al precio de una guerra civil. Ése no puede ser nunca el modelo catalán.

Parecía sincero y no creí que fuera una de esas declaraciones que se modulan en función de quién sea el que escuche. Le respondí como

siempre, con algo de sorna:

—Pujol, en Cataluña ya tuvimos nuestra guerra civil, entre los catalanes franquistas y los catalanes republicanos...

—De eso yo tengo mucho que decir, pero hoy no toca.

Eso fue mucho después. Por entonces, yo aún estaba atrapado en la prisión de Lleida cuando inicié aquel año ochenta y siete en el que todo me decía que debía buscar un atisbo de coherencia en aquella charada que empezaba a parecer mi vida. Allá fuera, en el mundo, estaban Reagan, Margaret Thatcher y Juan Pablo II, personajes por los que me era imposible sentir la menor simpatía, mientras Felipe González contemplaba encantado cómo un tal Hernández Mancha se hacía con el mando en el partido conservador, y en Cataluña, Pujol seguía a lo suyo. Chernóbil había sido una catástrofe, pero el *Memorando de la Academia de las Artes y las Ciencias de Serbia* del que se hablaba por aquellos días anunciaba males aún más abyectos. Sin embargo, Lidia y yo pasamos unos días cerca de Gandesa recorriendo Els Ports y vimos un monumento conmemorativo de la Guerra Civil. En aquel paisaje sobrecogedor no parecía haber sucedido nada desde entonces, y tal vez sea siempre así, y nada suceda realmente.

Por aquellos días y por alguna confusa razón, cargado de buenos propósitos, tomé la decisión de apuntarme a los cursos de doctorado en derecho penal de la Universidad de Barcelona. Se trataba de unas sesiones que ocupaban dos tardes a la semana, más la redacción de ciertos trabajos, y pensé que esa dedicación era perfectamente compatible con la cárcel. Lidia, la única persona a la que expliqué mi propósito, me animó.

—¿No te iría mejor empezar a buscar trabajo como abogado directamente, sin volver a la universidad? —preguntó, práctica y eficaz, interrumpiendo mi discurso plagado de proyectos y vaguedades.

—No puedo empezar nada sin sentirme medianamente seguro. No recuerdo del derecho más que lo que estudié en la carrera y cuatro cosas penitenciarias que sólo sirven para hacer lo que hago ahora. Poco equipaje para empezar en el mundo profesional.

—Tú serías un buen profesional. Además, tienes pinta de abogado. Incluso diría que tienes pinta de abogado bueno —y sonrió

con su boca hermosamente grande.

—Depende del tipo de profesional en el que pienses. Ahora ya soy un buen profesional de las prisiones, alguien que hace algo lo suficientemente bien como para ganarse la vida con ello. Pero yo pensaba más bien en un tipo de profesional que llega a identificarse con lo que hace, de modo que ganarse la vida sea algo que ocurre de paso. Que hace algo tan bien como pueda hacerse. Y para eso ya empiezo a tener prisa.

De modo que empecé a asistir a aquellas clases que se impartían en la planta baja de la Facultad de Derecho de la Diagonal. Las paredes estaban forradas de estanterías con libros y archivadores y, al fondo, una escalera de pocos peldaños conducía a una tarima elevada, con acceso a los despachos de los profesores. Al primero que conocí fue a Santiago, el catedrático, un hombre atractivo, moreno, delgado y con una media melena cuidada, rasgos aquilinos, una pose entre despistada y aristocrática y un halo de indescriptible soledad. Tenía ese aspecto ausente que adopta la gente acostumbrada a disertar ante públicos a los que no conoce, pero sobre los que tiene un ascendiente de algún tipo, jerárquico o intelectual, y sabe imponer la coherencia de su discurso. Al principio, su forma de hablar parecía difusa, extemporánea como una sesión de espiritismo. Pero al final todas las piezas de su exposición encajaban en una clara y elegante construcción. Al final, dedicó unos minutos a presentar las otras asignaturas y a los profesores que las iban a impartir.

Éstos eran gente amable, pero me hacían sentir extrañamente remoto, sensación que veía incrementada al constatar mis diferencias con el perfil de los otros alumnos matriculados. La mayoría eran abogados que llevaban ya algún año de ejercicio, secretarios judiciales e, incluso, un par de magistradas que querían hacer méritos en la jurisdicción penal. Todos tenían mejores motivos para estar allí que yo, que, a fin de cuentas, sólo buscaba un cambio de rumbo. Cuando Santiago fue preguntando uno por uno las razones que nos habían llevado a inscribirnos, temí el momento de que llegara mi turno e intenté pensar a toda velocidad en algo que fuera cierto, no sonara raro y, sobre todo, evitara las expresiones de asombro y los inevitables chascarrillos sobre el mundo carcelario:

—Trabajo en instituciones penitenciarias, en ejecución penal.

Santiago compuso una expresión de interés y verbalizó una

opinión que aún no he olvidado:

—Es un trabajo muy importante. El tribunal convierte a las personas en casos, en supuestos que analizar técnicamente. La pena vuelve a convertirlos en personas y, entonces, hay que individualizar sus consecuencias.

Le quedé muy agradecido, pero la atención que me prestó hizo que tuviera que pasarme la media hora de la pausa entre clases respondiendo a preguntas más o menos morbosas sobre mis cometidos. Ya estaba acostumbrado, e intenté administrar de manera discreta esa inesperada notoriedad, lo que resultó extremadamente sencillo. En realidad, a la gente lo que le gusta es hablar de sí misma y las anécdotas ajenas cansan pronto la atención. Los abogados y los jueces querían comentar sus casos e, incluso, se acercaban a Santiago informalmente y le sableaban con farragosas consultas. Santiago respondía brevemente, incómodo en esa tesitura, de modo que, a cada palabra, mayor parecía ser el silencio en su interior. Era un hombre muy reservado al que sólo le faltaba colgarse del cuello un cartel de «no molestar».

Uno de los profesores más veteranos era Alejandro, un fiscal de hablar cervantino y un auténtico caudal de información sobre casos célebres que solía explicar con todo lujo de detalles truculentos. Uno de ellos era el del más reputado de los asesinos en serie españoles, Manuel Delgado Villegas, conocido como «el Arropiero». Alejandro conocía su historia de primera mano, pues había estado a cargo del asunto, y la trajo a colación en una de las sesiones que dedicó al estudio de la culpabilidad y a la polémica sobre si determinadas anomalías mentales podían dar lugar a una rebaja de la pena o, incluso, a una exención total de responsabilidad. Era el histórico debate sobre los psicópatas que tanto les gusta a los estudiantes y cuya solución dista mucho de estar próxima, incluso hoy en día. El psicópata, una de las estrellas indiscutibles del cine negro desde el James Cagney de *Al rojo vivo*. Se trata de un individuo que nunca pierde el sentido de la realidad, ya que no padece delirios o alucinaciones como los esquizofrénicos, y por eso suele acabar en la cárcel cuando se le somete a juicio por sus crímenes.

Dicen los psiquiatras que siempre se muestra tranquilo, que parece que apenas le afecta lo que sucede a su alrededor y que ofrece una temible impresión de frialdad emocional, de impasibilidad.

También que tiene un cierto encanto superficial que le facilita la aproximación a sus víctimas, carece por completo de remordimientos, es incapaz de empatizar y, en el plano sexual, sólo busca su propia satisfacción, sin tener en cuenta al otro en sus juegos eróticos, lo que le convierte en un tipo muy similar a las exparejas de alguna de mis amigas. Además, y siempre según las definiciones canónicas, suele ser fanático en términos religiosos, políticos o deportivos, propenso a las reacciones agresivas, extremista en sus planteamientos ideológicos y profundamente intolerante. Desde luego, no iba a ser yo quien le estropeara la explicación a Alejandro; sin embargo, mientras nos comentaba estos rasgos, se me ocurrían los nombres de mucha gente conocida e incluso respetada que encajaba perfectamente en la descripción.

Y la estrella de los psicópatas españoles era el Arropiero, un hombre que, como nos decía el profesor con toda la razón, si hubiera sido americano ya habría inspirado más de una película de género, mientras que en la España que suele menospreciar a sus ciudadanos más destacados había caído prácticamente en el olvido. A poner remedio a eso iban dirigidas, en buena parte, sus explicaciones.

Manuel Delgado había confesado cuarenta y ocho asesinatos, aunque la policía tan sólo había podido certificar sin dudas ocho de ellos, en unas sesiones maratonianas en las que, sin motivo aparente ni pruebas concluyentes que lo incriminaran, decidió poner fin a su espeluznante carrera y narrar sus hazañas. Se trataba de un exlegionario prácticamente analfabeto y, en su juventud, no mal parecido de una manera un tanto canalla y marginal, que padecía un curioso problema sexual, el anaspermatismo (la incapacidad de alcanzar la eyaculación), lo que le permitía mantener relaciones sexuales de forma continua sin llegar al orgasmo. Eso le volvió muy popular en los ambientes de chaperos y proxenetas que frecuentaba, actividades a las que también se dedicó con cierta competencia, y le ayudó a acceder fácilmente a algunas de sus víctimas. Era un tipo que disfrutaba matando y que añadía a sus múltiples encantos el de la necrofilia, pues gustaba de ocultar los cadáveres de sus presas para mantener, cuando se terciaba, relaciones sexuales con ellos. Curiosamente, el caso del Arropiero nunca llegó a juicio y, contra lo que suele suceder, fue internado en un psiquiátrico penitenciario, del que sólo salió con los pies por delante.

La historia tenía gancho, pero al final me acabó pareciendo aburrida. No hay nada interesante, desde el punto de vista técnico, en esa clase de crímenes; se trata de que la policía atrape al fulano en cuestión y de que el psiquiatra determine si debe pudrirse en una prisión o en un hospital. El papel del jurista no pasa de ser el de un notario, que da cuenta de lo que los investigadores y los médicos digan, y poca cosa más. Yo había conocido en la cárcel a gente que encajaba mucho mejor que el Arropiero en ese perfil de desalmado cruel y sin escrúpulos, como el violador sidoso de Lleida. Y, más adelante, aún conocería a muchos más, pero no provistos de puñal o cachiporra, sino de las armas de las finanzas y la política, pues el asesinato no es la única especialidad de unos sujetos tan dignos de compasión como un forúnculo en el culo.

Lo que quedaba claro, cuanto más estudiaba sobre la culpabilidad y el crimen, era que en los tribunales entraba la materia prima de la justicia, cadáveres que son biografías truncadas por experiencias extrañas, y criminales que pueden ser poco más que aleaciones de miedo y odio, ira e incluso amor, vicio y desesperación, maldad o pura indigencia mental. Después los jueces refinan los hechos hasta transformarlos en algo inteligible, digerible por la sociedad y, finalmente, reconducible a términos comprensibles a través del castigo. Siempre era mejor y más tranquilizador que perder demasiado el tiempo contemplando la escalofriante realidad que se agazapa en el corazón de algunos hombres. En una de sus clases, Alejandro se presentó con un singular acompañante, un juez muy conocido, magistrado de la Audiencia, llamado Adolfo. Se trataba de un tipo más que peculiar, corpulento, cojo y gallego y dotado de un sarcástico sentido del humor que podía llevarlo a recitar, en medio de una disertación jurídica, una receta de bacalao que le pareciera digna de difusión. Había venido a hablarnos de un caso, también de asesinato, y de cómo entre él y el fiscal consiguieron vencer la cerrazón del presunto culpable (el marido de la víctima) y, mediante refinadas técnicas psicológicas que no llegó a describir, llevarlo a la confesión. La historia me generó más dudas que certezas sobre el funcionamiento de los interrogatorios judiciales, pero la receta de bacalao era excelente. Además, era difícil no simpatizar con alguien que empezaba los parlamentos como él:

—En un acto en el Ateneo de Santiago de Compostela, el

conferenciante era demasiado prolijo y el público ya empezaba a removerse inquieto en las sillas. Al advertirlo, el hombre creyó necesario disculparse y no se le ocurrió más que decir: «Disculpen que me alargue, pero es que no hay reloj». A lo que una voz anónima respondió al instante: «Pues menos mal que hay calendario». Tengan ustedes la seguridad de que a mí no tendrán que decirme eso.

Entre los profesores más jóvenes estaba Francesc, un tipo delgado y atractivo, más o menos de mi edad, con unos grandes ojos castaños abatidos que brillaban con una inteligencia nerviosa, un tanto excitada, tras los cristales de unas gafas de montura de concha. Simpatizamos de vista y, al poco, coincidimos una noche en el Mirasol, uno de los bares de Gracia en el que algunos viernes por la noche nos dejábamos caer Llull y yo. Francesc estaba solo en la barra, ajeno a la música y al trajín de gente, concentrado en los secretos que pudiera revelarle un vaso de whisky del que no apartaba la mirada, cuando me acerqué a saludarle. Se animó al instante, nos acodamos a su lado y me sorprendió verle lanzado de inmediato a una conversación más que frívola sobre algunas de las mujeres que andaban por allí a lo mismo que nosotros —acabar de una vez por todas con la futilidad de la semana— y con las que, por tanto, teníamos mucho en común. Su cara, mientras hablaba y bebía, mostraba una osadía natural, pero tras ella se detectaba un poso de inseguridad, como algo medio oculto tras un cristal empañado. Estaba trabajando febrilmente en su tesis doctoral, una investigación filosófica y dogmática sobre el fundamento de las causas de justificación, ese compendio de excusas legales que, si concurren, pueden dar lugar a la absolución por hechos que, como el homicidio, serían en principio delictivos. Cosas como la legítima defensa y el estado de necesidad, a las que Francesc quería exprimir como a limones para obtener algún significado nuevo y avanzado que sólo él alcanzaba a vislumbrar. En un momento de la noche, con la voz ya un tanto gangosa, me facilitó una información que con los años resultaría ser trascendental:

—Estate atento a las clases de Jesús. Es el mejor de todos nosotros, y va a ser el catedrático más joven de España. No hagas caso de los que dicen que es demasiado religioso o demasiado conservador, aunque lo sea. Es el discípulo preferido de Santiago y un intelectual de primer orden. No creo que se apunte a salir con nosotros, entre otras

razones, porque es abstemio, pero habla con él cuanto puedas. No perderás el tiempo.

Jesús era, efectivamente, un tipo brillante. De mediana estatura, muy delgado y moreno, con un espeso cabello negro muy corto y una mirada oscura y reconcentrada; parecía el paradigma del científico a punto de descubrir algo trascendental. Conecté enseguida con él, y la extrañeza de que eso hubiera ocurrido todavía me dura. No estaba acostumbrado al trato con gente así, con una élite universitaria a la que sólo aspiraba a ver a distancia; ni a las relaciones próximas con quienes no pertenecían a la izquierda entre la que me había movido toda mi vida. Aún menos con católicos practicantes, a los que perdí la pista en los remotos tiempos del colegio, si es que entonces se trataba de auténticos devotos y no de gente acomodaticia. Aparte de la tradición familiar, de Dios me habían apartado ciertos curas que hablaban de Él como si fuera un pariente próximo, no tan mal tipo cuando se le conoce y, a fin de cuentas, con las mejores intenciones para el futuro. Pero Jesús era todo eso y muchas más cosas: católico, liberal, conservador, divertido y con una mente deslumbrante. Fue él quien me orientó en la lectura de textos penales y quien me animó a participar activamente en los debates que organizaba en sus clases, a lo que durante mucho tiempo fui renuente, creyendo —ahora sé que con toda la razón— que no tenía nada interesante que decir. Pero él no lo veía así, y establecimos una de esas amistades que sobreviven al paso de las décadas, a la caída de los gobiernos, a las crisis de la historia y a esas constantes decepciones que nos obligan a una reconciliación con nosotros mismos al despertar cada mañana. Su amistad fue uno de mis éxitos, pero, como todos los míos, quedó amortiguado por la sensación de que no tenía ni idea de cómo repetirlo.

Una noche descubrí el Whisky Club, un bar de aspecto tan discreto que aún ahora me pregunto cómo se me ocurrió entrar. Desde la calle no podía verse nada, pues el acceso era una puerta de madera de doble hoja permanentemente cerrada y, al abrirla, lo que había era otra puerta de cristal biselado que sólo permitía una visión empañada del interior. Una vez franqueada, se accedía a una zona con butacas y unas cuantas mesas que le hubiera encantado a Churchill o a Phileas

Fogg, de la que partían dos escalones que conducían a una barra alargada, con taburetes frente a ella. Las paredes estaban forradas de la madera de multitud de cajas de whisky barnizadas, y era de ese tipo de sitios en los que todavía se podía ver un botellón semioculto tras la cera de la infinidad de velas que habían quemado sobre su cristal como detalle decorativo. Tras la barra, un barman de esmoquin, serio y algo melancólico, se ocupaba de las bebidas y la música con la circunspección de un notario. La clientela rondaba la cincuentena, si no la sobrepasaba, y estaba compuesta por señores encorbatados y mujeres bien vestidas que bebían con toda la seriedad del mundo mientras fumaban y escuchaban a Julio Iglesias y a Moncho, «el gitano del bolero».

Pese a que fuera un lugar más apropiado para mi padre que para mí, volví al local con una cierta frecuencia y empecé a conocer mejor a alguno de los parroquianos entre los que, por alguna razón nunca desvelada, predominaban los abogados. Con uno de ellos, Marc, llegué a establecer una cierta relación de confianza. Él me contaba cosas de la profesión y yo, truculencias penitenciarias, hasta que un buen día, inopinadamente, me dijo que un buen amigo suyo, penalista por más señas, le había comentado que necesitaba a algún abogado joven que le ayudara, y me propuso conocerle y explorar esa opción. Marc era un tipo curioso, en la cuarentena y de mediana estatura, con una avanzada calva, unas gruesas gafas de pasta negra y un bigote obsoleto que le daba el aspecto de uno de aquellos funcionarios que protagonizaban los chistes de Forges. Sin embargo, gozaba de una memoria prodigiosa que no sé cómo le funcionaría en el despacho pero que le iba estupendamente para recitar sin pestañear sonetos de Góngora y de Lope, poniendo todo el énfasis del mundo en aquellos complejos artilugios poéticos con el movimiento de una mano, mientras con la otra sostenía la copa como si temiera que alguien se la arrebatara.

—Te llevarías bien con Paco. Le conozco hace muchos años y es un tipo experimentado y con clientela. Pero lo más importante es que es una buena persona. No te engañará ni te explotará. Aunque tiene sus cosas…

—¿Y le puede interesar fichar a alguien sin ninguna experiencia? —le respondí un tanto sorprendido.

—Yo creo que lo prefiere así. Alguien que se adapte mejor a su

forma de trabajar desde el principio. Y que no tenga unas pretensiones económicas excesivas así de saque —añadió con un tono algo malévolo.

—Pero… yo algo tendría que cobrar. No puedo dejar mi sueldo y quedarme sin ingresos. Tengo que acabar de pagar el coche y las copas. Varios barmans de la ciudad dependen de mí y soy un hombre responsable —apunté con una cierta preocupación.

—Si os entendéis, Paco te pagaría, seguro. Aunque lo mejor es que hables con él. Sin ningún compromiso. ¿Te monto una reunión?

—Sí, móntala. Y toma otro whisky.

—No, otro es demasiado, y mil no son suficientes… —concluyó mientras se limpiaba las gafas con el reverso de la corbata y se iba mientras sonaba *La campanera*.

Marc cumplió y a los pocos días acudí al despacho de Paco, un piso antiguo en el lado derecho del Ensanche, a pocas calles de mi casa. Sentía curiosidad y un extraño vértigo, pero en realidad no esperaba gran cosa de un encuentro profesional fraguado en la barra de un bar. De todas formas, como siempre he creído que es conveniente echarle una mano al destino, me vestí como suponía que debía hacerlo alguien que se planteaba ingresar en las filas de los togados y me puse una corbata, prenda que siempre he detestado, pero que me quedaba estupendamente. El despacho era moderno y funcional, con esos cuadros abstractos en las paredes remotamente parecidos a los Tàpies o Viladecans que habían sustituido, al menos en Barcelona, a las escenas de caza en la campiña inglesa tan del gusto de la abogacía tradicional. Tampoco faltaba alguna reproducción de los grabados de Daumier sobre las «gentes de la justicia», caricaturas de abogados cínicos y gesticulantes, glotones y holgazanes, que sonríen pícaramente a sus infelices clientes. «¡El asunto avanza, el asunto avanza!», dice uno de ellos mientras da cuenta de un bistec. «Me dice eso desde hace cuatro años: si sigue avanzando mucho tiempo más, me quedaré sin zapatos para seguirlo», responde el atribulado pleiteante.

Todas las estanterías visibles estaban ocupadas por esos tomos de jurisprudencia que siempre me han dado la impresión de no haber sido consultados jamás por nadie, y los ceniceros de la sala de espera daban testimonio de una época en la que el tabaco aún no era juzgado una intolerable descortesía. Paco me recibió al momento en una

pequeña sala de reuniones silenciosa y algo oscura, me miró de arriba abajo un par de veces y me invitó a sentarme frente a él. Se trataba de un tipo pelirrojo de ojos claros con una barba corta a la que llevaba las manos constantemente, y una sonrisa breve, apenas esbozada, que le hacía parecer aún más serio. Tenía un aspecto absolutamente nórdico y se expresaba con frases cortas, sincopadas y frecuentemente incompletas, como si acabaran en puntos suspensivos, pero era cordial e irradiaba una tranquilidad contagiosa, una confortable sensación de normalidad. Me hizo unas cuantas preguntas, valorando que estuviera preparando el doctorado en la universidad, y escuchó mi árido historial laboral sin demasiado interés, con algún comentario jocoso sobre la cárcel y sus huéspedes, pero ajeno a la curiosidad morbosa a la que tanto me había acostumbrado.

Desde el primer momento vi que daba por supuesta mi intención de incorporarme cuanto antes al despacho y me describió el tipo de casos y clientes de que se ocupaba. Básicamente, llevaba la defensa de los periodistas de un importante grupo editorial que editaba la famosísima revista *Interviú* y el *Lib*, tan útil para la práctica del solitario. También los variados asuntos que le podían derivar abogados de otras especialidades a cambio de una comisión, por reciprocidad o por la mera confianza. Le escuché con atención, a punto para poner sobre la mesa los temas que más me preocupaban: qué tendría que hacer y cuáles serían mis ingresos. En cuanto lo dije, exhibió una cierta sorpresa, como si hubiera soltado una palabrota sin venir a cuento y se mantuvo unos segundos en silencio, mientras yo empezaba a pensar que estaba a punto de perder por puntos una pelea imaginaria.

—En este trabajo, como imagino que en muchos otros, lo importante es empezar y ver si se sirve para él o no. Tú no tienes ninguna experiencia, aunque no dudo que estás bien formado. O sea, que doy por supuesto que teóricamente no vas a tener ningún problema. La cuestión está en cómo se adapta uno a la práctica.

—Pero ¿contaré con algún ingreso? —pregunté con una cierta impaciencia.

—No te puedo asegurar nada. En un despacho se levanta cada mes la persiana sin saber si va a entrar algún cliente y pagando los gastos. Así que se empieza con pérdidas y se va remontando día a día. Si hay asuntos, cobrarás; lo mismo que yo. Te daré un porcentaje, que

pactaremos caso por caso, en todos los temas en que intervengas. No te puedo ofrecer nada más. Ni nada menos.

—¿Puedo pensarlo?

—Claro que sí. Pero no tardes: tengo una cierta prisa y estoy haciendo otras entrevistas. Pero si te interesa, el puesto es para ti.

Todavía no sé muy bien por qué, pero no tardé más que veinticuatro horas en decidirme. Dejé la cárcel como suelo dejarlo todo, sin mirar ni un momento atrás y olvidando, como por arte de magia, las rutinas y sensaciones que hasta entonces me habían mantenido, e ingresé en aquel despacho modesto pero solvente dispuesto a uno de esos escasos cambios trascendentales que a veces se producen en la vida de la gente. Eché un último vistazo a los presos pensando en Mariano Cubí y la frenología, aquella pseudociencia antigua que creía que los delincuentes eran saltos atrás a un estado más primitivo del desarrollo humano, y que su atavismo fisiológico quedaba evidenciado por cráneos irregulares, desfiguraciones faciales y otras deformaciones; un montón de tonterías, como las ciencias raciales tan en boga en los años treinta. Me despedí de los colegas e inicié el más largo período de mi vida profesional sin darle a nada de todo aquello demasiada importancia.

6

Adiós, muchachos

Pronto pude ver que Paco cumplía y que vivir de la abogacía no era un imposible. Yo le preparaba los escritos procesales pecando del exceso propio de los novatos y él los mutilaba sin piedad antes de presentarlos en los juzgados, pero parecía satisfecho con su contenido. Empezó a permitirme actuar en algún asunto, y así, poco a poco, fui practicando interrogatorios y celebrando juicios. Paco no era un tipo elocuente, pero sabía de lo que hablaba y sus consejos eran de utilidad. Tenía el perfil del defensor puro, del que cree que hay que hacer cualquier cosa para beneficiar al cliente, sin importar que éste sea culpable o inocente. Poniendo todos los recursos y estratagemas a su disposición, incluso algunos tan discutibles como forzar nulidades para alargar los procedimientos y evitar la sentencia. No veía en ello ningún obstáculo moral y lo argumentaba de forma convincente:

—Eso de que el cliente sea culpable o inocente no es asunto nuestro. Nosotros tenemos que defender su versión de los hechos tal como él quiera plantearla. Aconsejarle, por supuesto, pero nada de juzgarle; para eso están los jueces. Sería un caso de intrusismo profesional.

—Pero, si sabemos que ha hecho algo horrible, ¿tenemos que seguir con la defensa? ¿Y si llegamos a saber que va a cometer otro delito? —pregunté, temiendo cualquier respuesta.

—El trabajo consiste en estudiar las pruebas que presenta la acusación y proponer las de la defensa con nuestras mejores aptitudes. Así es como tiene que funcionar el sistema. Todo el mundo tiene derecho a una defensa, sea inocente o culpable. Y el abogado sólo tiene el deber de obtener un buen resultado para su cliente. No tiene nada que ver con el bien o el mal. Es una técnica, un oficio; hay que

hacer bien lo que él haría si supiera. Y el secreto profesional es sagrado. Si lo rompes, cometes un delito seguro para intentar evitar uno que es tan sólo probable. Mal negocio.

—Otra cosa son las cuestiones morales —objeté.

—De las cuestiones morales se ocupan en la Facultad de Teología y Seminario Diocesano. Creo que la nuestra era la de Derecho, allá por la Diagonal...

Afortunadamente, en mis años con él no nos vimos en el caso de tener siquiera que plantearnos la posibilidad de quebrantar ese deber de secreto con el cliente que Paco definía en términos casi místicos. Tenía de los abogados indiscretos la misma opinión que tienen en la cárcel de los chivatos, gente con muchas cosas en común con los estafadores y los mentirosos profesionales:

—El único lugar en el que alguien puede hablar con entera libertad es el despacho de su abogado. Es más íntimo que su casa, que hablar con su familia o con un cura, si fuera el caso. Y no es algo de lo que se pueda disponer caprichosamente; es una cuestión de orden público, el fundamento de una sociedad civilizada. La gente tiene vida pública, vida privada, vida íntima y vida secreta. Y en esta última es en la que entramos nosotros.

Era un buen bagaje para acudir a los edificios de los tribunales. Esos lugares donde cualquiera puede manipular la verdad y producir una modificación dañina en el curso de las cosas. Lo hacen cada día los policías, los fiscales, los abogados y los testigos. Tampoco es raro que las víctimas mientan. La única regla es que, si pones a un mentiroso en el estrado y te descubren, caes con él. Un juicio es una representación en la que los actores intentan acercarse, aunque sólo sea aproximativamente, a algo parecido a la verdad. Lo que se suele llamar, con una cierta resignación, la «verdad procesal» y que tiene que ver con esa ley que es como el plomo derretido: puede moldearse y, a poco que te descuides, doblarse.

Los jueces lo saben, y lo aceptan. Entran cada día en los edificios de los tribunales —unos solemnes, otros funcionales, todos con ese toque entre aséptico y desordenado de las dependencias oficiales— a intentar hallar entre un montón de mentiras una solución más o menos cierta. Rebuscan entre la hojarasca que las envuelve, entre la basura, y algunas veces encuentran la clave fundamental del caso. Se sientan en los estrados y lo asumen. Y eso lo hacen los buenos. Los

otros se limitan a darle forma de sentencia a los informes de la policía.

Una de esas juezas, Marina, era otra de las alumnas de las clases de doctorado, y me había invitado a pasar a verla en la Audiencia. Así lo hice, y una mañana recorrí el pasillo con vistas a un patio pobremente ajardinado, una especie de claustro mal cuidado, y la encontré en su despacho, trabajando en una gran mesa desconjuntada de madera oscura. Su toga negra con puñetas blancas estaba colgada de un perchero en el rincón, e iba vestida con un traje chaqueta de cuadros blancos y negros elegante y conservador, con la falda por debajo de la rodilla. Tenía unos cuarenta años, y su aspecto era atractivo y cuidado. Era delgada y su pelo castaño lo llevaba recogido en una cola firme que parecía tensar sus facciones pálidas, cubiertas de pecas. En su conjunto, el despacho era un tanto sórdido, pero la belleza tiene la virtud de camuflarlo todo. Me saludó con una cordialidad más acusada que la que empleaba al verme en clase, me dio conversación y me enseñó a entender algo de cómo trabaja la mente de los que dictan sentencia.

—A veces, tus colegas no preparan correctamente a sus clientes para los juicios. Ayer estaba en el tribunal y el acusado se acercó a mí y me tendió la mano para que se la estrechara. Obviamente, se la dejé colgando en el aire y el pobre hombre se quedó muy cortado. Su abogado debería haberle dicho que esa conducta era inapropiada —dijo seria y con los ojos muy abiertos.

—No veo qué podría tener de malo que le dieras la mano sin más y pasaras a otra cosa. El gesto es casi un automatismo, no significa gran cosa —objeté.

—Cuando estoy en sala, yo soy un poder del Estado. Soy como la ventanilla de la policía donde vas a renovar el DNI. Nadie le da la mano al que renueva el DNI. Yo juzgo y tomo en cuenta las situaciones personales de los acusados. Pero no es correcto ningún trato personal. Para el trato personal ya estáis vosotros —y al decir «personal» y «vosotros», subrayó esas palabras con un cierto énfasis, mientras me dedicaba una media sonrisa que, en aquel entorno, resultaba de lo más exótico.

—Y cuando el acusado declara, ¿le dais importancia a lo que dice o pensáis que mejor habría sido que hubiera seguido callado?

—Eso depende de cada acusado, pero, por regla general, el mejor consejo que un abogado le ha dado nunca a un cliente es que

mantenga la boca cerrada, y que deje que hablen las pruebas. En los sistemas judiciales más avanzados el acusado no declara. Y si llega a hacerlo y se le condena, eso quiere decir que mentía, o sea que, además, le cae una condena por perjurio. En todos los juicios en los que he participado a lo largo de los años, nunca he visto nada más difícil de arreglar que el daño que los acusados se infligen con sus propias palabras.

Marina era agradable, pero cuando hablaba, como ella decía, como un poder del Estado, la verdad es que daba bastante miedo. Preguntó cómo me iba con Paco, a quien conocía y por el que sentía una simpatía distante, y qué me estaba pareciendo el ejercicio de profesión. Y yo, que ya estaba dejando de verla como una compañera de clase o una jueza imponente, y empezaba a pensar en ella como una remota posibilidad erótica, le respondí con una cierta sorna:

—Estoy bien, y me gusta bastante. Tal vez porque estoy en un despacho en el que no tenemos que salir por ahí a buscar clientes. Acuden directamente a Paco. Y suelen ser gente solvente y bien educada a los que, casi siempre, se puede defender con franqueza sin que importe demasiado lo que hayan podido hacer. De ese tipo de clientes que no te hacen sentir sucio al final del día, y con los que irías a cenar o les dejarías el coche sin el menor problema.

—Eso es una gran ventaja. Y te permite desarrollar tu talento sin preocuparte demasiado por si te van a pagar —apuntó con expresión maliciosa.

—Sí, sobre todo para desarrollar el talento principal de la defensa penal, que es conseguir el dinero. Y el truco sólo consiste en hacerse con clientes que paguen.

—Además de esos clientes, ¿llevas algún asunto del turno de oficio?

—No. No me lo he planteado. Además, Paco, un sentido socialdemócrata, es de los que creen que hay que dejar esos asuntos para los compañeros que los necesitan. Los que pasarían apuros trabajando sólo con clientela privada.

—Es un punto de vista —dijo Marina, no muy conforme—, pero hay casos penales duros que no vas a ver si no te apuntas. Y eso te puede convenir. A los despachos del Ensanche te llegarán pocos asesinos, o violadores, o camellos de poca monta, o víctimas pobres, pero ese mundo también tendrías que conocerlo.

Pensé, para mis adentros, que conocía ese mundo mucho más de cerca de lo que ella podría llegar a estar en su vida, pero omití cualquier comentario. Siguió planteándome preguntas mientras yo dosificaba pedazos de mi historia, pero no me ofreció nada a cambio. Estaba simplemente haciendo acopio de información antes de empezar a valorar mis opciones. La dejé entre sus legajos y me fui dándole vueltas a lo que me había dicho sobre la defensa de oficio, ese servicio que el Estado presta a los menesterosos a través de los colegios profesionales, y que se organiza como una lista rotatoria de abogados a los que se van asignando los casos que llegan desde las comisarías o los juzgados, o a petición de los propios ciudadanos que no pueden hacer frente a los costes de una defensa privada. Por esa función, que tanto tiene que ver con la idea social e ilustrada de una justicia al alcance de todo el mundo, se les paga a los abogados unas cantidades por debajo del nivel de subsistencia. Eso sí, se adquiere experiencia a base de hacer prácticas con los pobres.

Sin embargo, conocía a abogados de despachos de relumbrón y másteres americanos que no eran capaces ni de encontrar su asiento en la sala. Y conocía a abogados de oficio a los que llamaría sin dudarlo ni un instante si alguna vez me detenía la policía. La clave siempre está en el abogado, no en el despacho ni en la Facultad de Derecho.

Defenderse es caro y lo de menos es que puedas pagar al abogado. Si no tienes dinero, no puedes encargar informes periciales, ni investigar a posibles testigos. Tienes que hacerlo todo a través del juzgado y la policía, con lo que nunca puedes controlar el resultado de esas pruebas. Con dinero, si te hace falta, contratas a un detective o a un catedrático de química, y si el resultado de su investigación no te conviene, te puedes limitar a guardarlo en un cajón. Si lo pides a través de la policía, el informe llegará sea cual sea su resultado, y puedes acabar muriendo de tu propia mano, con una prueba que has pedido tú y que te hunde definitivamente. Si tienes dinero, puedes acceder a buenos expertos, y si algo he descubierto en este mundo, es que todo es opinable. Donde un catedrático de ecología ve una agresión insoportable para el medio ambiente, otro ve una conducta inofensiva que, además, abona el cauce del río y, a la larga, es aún mejor para la supervivencia de las ranas y los invertebrados. Y donde un inspector de Hacienda puede ver un gravísimo delito contra el

fisco, otro inspector de Hacienda, excedente y enrolado en las filas del sector privado, puede concluir que nos hallamos ante una benéfica manifestación de la economía de opción. Para el defensor, con esa contradicción empieza el juego: puede agarrarla y usarla como un bisturí para rajar el caso y desparramar sus vísceras por el suelo. Ésa es buena parte del trabajo: afilar las armas y destripar la tesis de la acusación. Pero las armas hay que pagarlas.

Lo hablé con Paco y este dio su conformidad a que ampliara mis horizontes con los casos que pudieran llegarme del turno. Sin embargo, me transmitió una visión pesimista y desencantada de lo que me esperaba.

—Perderás horas y horas por las comisarías. Los policías, si son amables, te mirarán como si fueras transparente y, si no lo son, como se mira a una mierda. Tampoco creas que los clientes te van a mirar mucho mejor. Si tratas con camellos, al primero que van a intentar engañar es a ti: te dirán que son inocentes como un cordero, aunque los tengan filmados pasando las papelinas. Y si los condenan, lo que es más que probable, se te revolverán y dirán que todo es culpa tuya porque eres de oficio —afirmó en un tono de voz seco y contemplándome con una compasión resabiada.

—Todo no será igual, ¿no? —repuse con la mayor calma posible.

—No, claro que no. Pero de lo que te acordarás será de esto. Además, lo que aprendas con ese tipo de asuntos te va a servir bien poco para los que llevamos en el despacho. Pero hazlo. No te quedes con las ganas. Y todas las experiencias son buenas, sobre todo las que no te llevan al matrimonio ni a una fractura de cráneo.

Animado por los buenos augurios, me apunté a tan noble función y, durante el tiempo que la ejercí, fue verdad que vi casi de todo: minucias que hacían risible tanto despliegue de policías, fiscales y abogados; asuntos normales de gente que sólo podía pasar por insolvente dadas las inmensas tragaderas del sistema, y verdaderas tragedias.

Empecé con buen pie, con un yonqui acusado de un robo a punta de navaja en el cajero automático de una sucursal bancaria. Un auténtico clásico con miles de representaciones que convertía a mi cliente en parte del lumpen criminal, un individuo despreciable a los ojos de delincuentes con oficio y maneras como el añorado Camacho. Se trataba de un tipo enjuto y nervioso, con el pelo lacio de un rubio

desvaído, apagados ojos oscuros y un aspecto en su conjunto algo enclenque y ratonil. Le visité en comisaría, en un fúnebre despacho con muebles desportillados de formica que una vez fue blanca y ante dos policías con cara de pocas bromas. Uno se sentaba al otro lado de la mesa, frente a nosotros, y era el que hacía las preguntas, y el otro, a un lado, tecleaba con escaso acierto una Olivetti gris que parecía un acorazado. El que hablaba me dejó meridianamente claro qué esperaba de mí en cuanto mi culo rozó el asiento de la silla:

—Usted no puede intervenir hasta que nosotros terminemos. Luego los dejaremos unos minutos a solas por si quiere preparar la declaración ante el juez. Pero éste se va para dentro. Lo digo por si se quiere ahorrar molestias.

—Ningún problema, pero... —empecé a decir.

—Usted no tiene que decir nada, ni darle ninguna indicación al detenido. Si no, le hago apartar la silla y se sienta al fondo, donde él no pueda verle. ¿Entendido?

El hombre era la amabilidad personificada. Me miraba a mí y, mientras lo hacía, yo iba moviendo el índice de mi mano derecha, situada junto a la rodilla del cliente, en sentido negativo. Sería un yonqui, pero tenía más que claro lo que aquel gesto significaba y se negó en redondo a declarar, lo que a los policías pareció importarles tanto como el zumbido de una mosca. Me hicieron firmar el acta de la declaración frustrada y salieron sin despedirse, dejándonos comunicar. La entrevista no dio mucho de sí y, antes de pasar a la rueda de reconocimiento, quedó claro que Paco no se equivocaba mucho con este perfil de clientes. Primero negó haber cometido atraco alguno para, a continuación, precisar que el de esa calle en concreto no lo recordaba, y concluir que había pegado tantos palos en los últimos días que tampoco hubiera sido extraño que éste en cuestión pudiera ser suyo.

—En todo caso, tú aquí no digas nada. Y mañana, cuando pases a disposición judicial, niegas los hechos y te dedicas a explicar tus problemas con el caballo —le dije en tono experimentado y mundano.

—Tampoco nací ayer —respondió de mala manera—. Y a ver si me sacas de ésta. Si salgo, te daré cinco mil pesetas.

—No hace falta que me des nada. Y, según como vaya la rueda, mañana no sales ni de coña. Ya te veré en la Modelo.

Sin embargo, en aquel asunto en cuestión la defensa contó con la

baza impagable de un error de identificación en el reconocimiento y con el dato no menor de que el día de los hechos mi cliente estaba detenido en la comisaría de Universidad por otro atraco de idénticas características. En el juicio, cuando aporté los documentos que acreditaban la detención, le di una copia al fiscal y le dirigí una sonrisa amistosa. Era mi forma de decirle que iba a tener que quedarse sentado y tragar lo que estaba por venir. El cliente fue absuelto y salió de la sala esposado por otra orden de detención, relativamente contento, pero sin ninguna nueva mención a las cinco mil pesetas. Le despedí con cortesía y el tipo ni me miró, ocupado como estaba en preguntarle al policía que le conducía si le invitaba a un cigarro. Me acerqué al fiscal. Era un tipo joven y de expresión irritable, recubierto con una toga que le iba grande y que le hacía parecer como engullido por un remolino de petróleo del que apenas asomaba su cabeza. Aceptó sin problemas una breve conversación en la sala ya vacía.

—No entiendo cómo no has retirado la acusación cuando has visto que era materialmente imposible que hubiera cometido el atraco. Era una prueba policial —recalqué con un cierto asombro.

—Yo no soy de la aristocracia de la fiscalía, y para retirar una acusación tengo que pedir permiso a mi superior. Y mi superior estaba en otro juicio y no podía entrar para preguntarle. Lo peor es que, cuando vea que no la he retirado, es posible que me diga que soy un pasmado sin criterio ni iniciativa, y que además tenga razón.

—Tampoco es para tomárselo así. Al final, todo ha acabado bien y eso no ha sido culpa tuya —dije conciliador, pensando que, en su lugar, seguramente yo habría hecho lo mismo.

—Hoy me has pasado la mano por la cara con toda la razón. La próxima vez me comeré a tu cliente, que, por cierto, es un borde de siete suelas, con patatas —concluyó, ya de mejor humor.

—Pues antes pásale un agua.

La tragedia fue un caso en Badalona. Un doble homicidio. El padre había arrojado a sus dos hijos de dos y cuatro años desde la novena planta del bloque de viviendas del barrio en que vivían. Era un subsahariano negro como un tizón de más de un metro noventa de estatura, casado con una mujer catalana y descrito por los vecinos como un tipo callado, pacífico y de lo más normal. Nadie había escuchado gritos ni discusiones, ni constaba ninguna denuncia por malos tratos. Los niños estaban escolarizados y los informes indicaban

que la situación de la familia era algo apurada, pero en ningún caso miserable. Cuando se le pasó el efecto de los sedantes, en el hospital y ante una oficial de policía, la mujer pudo decir que no habían tenido ningún problema y que eran, de alguna manera modesta, gente más o menos feliz.

Aquí no hubo indiferencia ni hastío policial. Los funcionarios que habían levantado los cadáveres y llevaban la investigación estaban consternados. Tipos duros, bregados con lo peor de las calles, se veían intensamente afectados. Lo mismo me ocurrió a mí cuando vi las fotos en el expediente. Hay algo insano, monstruoso, en las muertes de niños. Y también en intentar recordar ese tipo de cosas cuando lo que hay que hacer es beber para olvidarlas.

Hablé con el tipo varias veces en la cárcel, pero saqué poco en claro: decía que no recordaba nada de lo ocurrido, así como algunas vaguedades sobre volver a su país de origen, vivir con sus padres, y preguntas sin sentido sobre cuándo vería a su mujer y cuándo saldría de allí. Su mujer, de haber podido salir de su postración, no se hubiera acercado a él más que para tirarle un litro de vitriolo a la cara, y su salida de prisión estaba absolutamente descartada. Su futuro pasaba por el psiquiatra más que por el abogado. Aunque no tengo la menor duda de que acusan de asesinato a gente inocente, en la mayoría de los casos los jueces y fiscales no se equivocan, y en éste en concreto no existía la menor duda. Lo único que queda entonces es intentar reducir la duración del castigo.

Me apliqué a ello lo mejor que supe y, en el juicio, intenté preguntar a la madre de los niños con delicadeza, para ver si me ratificaba que el parricida siempre se había comportado con ellos de un modo intachable, y si estaba deprimido o había detectado en él algún signo de trastorno. Ella me miraba con odio, sin lágrimas, como incapaz de comprender que alguien estuviera defendiendo al autor de aquella monstruosidad. Los jueces del tribunal hacían gestos de entenderme, pero me instaban, en un lenguaje corporal que no admitía dudas, a acabar como fuera aquel interrogatorio sin sentido. El tipo se fue de la sala a cumplir una larga condena, y cuando volví a verle para comentar la sentencia, le encontré extrañamente distendido, casi cómodo en el locutorio. Le expliqué lo que le quedaba por delante y se encogió de hombros. Luego se despidió con un gesto cómico, completamente incongruente. Hace tiempo que olvidé su cara,

pero el recuerdo de las fotos de los niños aplastados contra el suelo me visita de vez en cuando y añade algo de oscuridad a la oscuridad general del mundo.

Dejé pronto los asuntos de oficio. El despacho marchaba bien y teníamos trabajo más que suficiente con la clientela particular. Me había adaptado completamente a mi trabajo, leía sin cesar libros de derecho penal y empezaba a pensar en mí como en un abogado perfectamente presentable. Eso sí, incurría en todas las tonterías, temeridades e indiscreciones propias de los novatos y de más de un veterano. Ponía demasiado énfasis en lo que decía y solía sonar pedante y cursi; iba a los juicios con el argumentario demasiado preparado y me costaba variar de discurso o estrategia en función del resultado de las pruebas. Era, en fin, un pelma que aún no había descubierto que un juicio es algo vivo, siempre mutable y que casi nunca se desarrolla del modo en que lo habías planeado o imaginado. Solían pasarme cosas así:

—Señorías: ante la denegación de la pregunta, protesto enérgicamente.

—Tomamos nota enérgicamente —respondía con sorna el presidente del tribunal.

Estaba una mañana en el despacho repasando expedientes cuando me llamó Díaz, mi antiguo jefe en la Modelo —que, según lo previsto, había ascendido sin problemas con la Administración catalana—, y tras los prolegómenos de esperar, me sorprendió proponiéndome la defensa de un asunto.

—¿Aún sigues creyendo que los presos son víctimas de la sociedad?, ¿o el sector privado te ha abierto los ojos? —preguntó en tono zumbón.

—La verdad es que cada vez creo en menos cosas. Será porque estoy más ocupado... —respondí pensativo.

—Tengo un asunto que te puede interesar. Es un tema escabroso, pero, por lo que explica el acusado, parece que hay puntos negros que una defensa cuidadosa podría explotar. Y su familia está en condiciones de pagarte. No demasiado, no te hagas ilusiones, pero si os entendéis, te pagarán.

—¿Y por qué me lo pasas a mí? —le pregunté con una sorpresa

por completo cierta.

—Las cosas son así. Se pasan asuntos a quien conoces, con quien tienes confianza. Y a veces apuestas. Tú te has hecho abogado, lo que en nuestro mundo es una rareza: casi nadie deja las cárceles y aquí nos jubilamos chapoteando en todas las miserias de la humana condición. Por eso he decidido apostar por ti. Otra cosa será que, cuando sepas de qué va el asunto, te eches para atrás.

—¿Por lo escabroso?

—Por lo escabroso. Se trata de un tipo acusado de violación. Y te hablo de una violación homosexual que, en parte, consiste en la introducción de objetos, botellas de cerveza por el culo y cosas así. —Desde luego, Díaz sabía cómo vender el producto.

—Suena chungo.

—Pues aún es peor. Denuncia la madre de la víctima que, además, es un chaval que tiene una minusvalía psíquica. O sea, que es un asco de tema para la defensa.

—Bueno. Nadie tiene que disculparse por defender a cualquier acusado, haya hecho lo que haya hecho —respondí sentencioso.

—¡Así me gusta, chaval! Hablas como un vendedor de coches de segunda mano. Si te encaja, tienes que venir a verlo a Brians. Su abogado le ha propuesto un pack de confesión y acuerdo para la reducción de la pena, pero él sigue declarándose inocente, y quiere cambiar de abogado.

Díaz me dio los datos del que sería mi primer cliente particular y acudí a verle con el ánimo tranquilo, dispuesto a averiguar si había dado con un inocente atrapado en un sistema concebido para tratar sólo con los culpables. Y a ver si realmente estaba en condiciones de pagarme. En el locutorio de comunicaciones me vi frente a Ramón, un tipo en la treintena, robusto y casi sin cuello, con la frente estrecha y la nariz algo porcina, pequeños ojos oscuros y maliciosos y un cabello negro ensortijado que nacía a poco más de dos dedos de sus cejas estrechando su frente. Parecía un braquicéfalo de libro, y Lombroso hubiera dado lo que fuera por hacerse con su daguerrotipo e incorporarlo a su colección de individuos primarios y atávicos. Llevaba una tela de araña tatuada en su antebrazo derecho, y la araña en cuestión, azul y con menos patas de las requeridas, asomaba la cabeza en el dorso de su mano. Un tipo, en fin, de lo más presentable.

Sin embargo, me explicó su historia y era cierto que parecía tener

una explicación exculpatoria de lo ocurrido. Se trataba de una mera cuestión de prueba: una pareja de motoristas había dicho que le habían identificado desde un montículo próximo al descampado en el que se produjo la presunta violación a una distancia de más de quinientos metros y sin ángulo alguno para ver aquel concreto lugar. Por otro lado, me dejó más que claro que jamás reconocería un delito de aquellas características. Antes prefería pasarse la vida en la cárcel. El problema era que la víctima, con sus limitaciones, le acusaba en un relato lleno de contradicciones y dudas. Se equivocaba en las horas, en los días, en el vehículo que conducía Ramón, en la ropa que cada uno vestía y en las concretas prácticas sexuales que presuntamente se habían llevado a cado. Con eso habría que lidiar de otra manera.

Me pasó el teléfono de su madre y ésta, de inmediato, atendió mi provisión de fondos, que Paco juzgó adecuada, aunque en la banda baja, y a mí me pareció una buena suma. Convencido de que la labor de la defensa consiste en poner los cimientos de las pruebas y de las tesis que quiere exponer, emprendí una inspección ocular de los lugares de los hechos y pude constatar que era imposible identificar a nadie desde aquella distancia, y aún menos de noche. También era cierto que desde el promontorio en cuestión no era posible ver la zona en la que la agresión se habría producido. Encargué un reportaje videográfico a un cámara profesional e hice que se filmara en presencia de un notario. Después conseguí pruebas de que Ramón no tenía un coche como el que describía la denuncia, y que en la mayoría de los días señalados por la víctima como fechas de las agresiones Ramón estaba en otro lugar, lo que acreditarían unos testigos perfectamente fiables.

Por lo que hacía al agredido, me surgía el problema de interrogar a alguien con una discapacidad, algo que no había hecho en mi vida. Ni siquiera me podía imaginar cómo plantear las preguntas, ni qué actitud mantener en el juicio con el declarante durante su testimonio. Sin duda, él corroboraría la incriminación. La cuestión estaba en cómo lo haría, y el juego que eso podría darme para intentar explotar las posibles contradicciones. Hecho un mar de dudas, acudí a Llull, el psicólogo que tenía más a mano. Le enseñé los informes forenses sobre la víctima y su grado de disminución, así como las declaraciones que había prestado ante la policía y en el juzgado de instrucción.

—La respuesta no hace falta que te la dé yo, la tienes delante de

las narices —dijo con un afecto huraño—: Cada vez que le preguntan, el pobre tipo dice algo diferente. Tiene claro que alguien le dio por el culo, pero no cuántas veces, ni dónde, ni las circunstancias periféricas. Además, las respuestas que le da a la policía están claramente inducidas. Lo raro es que en las actas de declaración no consten las preguntas.

—O sea, que lo vuelvo a interrogar. Pero eso ya lo habrá hecho antes el fiscal —repuse dubitativo.

—Tanto mejor. Si se lo vuelves a preguntar todo, de principio a fin, se verán aún más claras las contradicciones. Lo que hagas con esas contradicciones ya es asunto tuyo. Y lo que los jueces puedan llegar a pensar… eso ya se me escapa.

—Los jueces valorarán la prueba discrecionalmente. Y te aseguro que lo de la libre valoración de la prueba es como un circo con tres pistas.

—Tú sabrás. Si te hubieras buscado un trabajo honrado no te verías así.

—No me vengas con ésas: Dios creó a los astrólogos para que los psicólogos no quedarais en tan mal lugar.

—¿Te cuento un chiste de abogados?

Aunque Llull llevaba ahora el pelo muy corto y la barba bien recortada, seguía conservando algo del hippy relajado y el activista excitado (según el día y el momento) que una vez fue. Ahora parecía un profesional avezado. Tenía una actitud calmada y hablaba con naturalidad. Y se había vuelto un experto en no revelar la hostilidad que jueces, fiscales, policías y cualquier cosa que tuviera que ver con el sistema le generaban. Aunque tampoco es que mi papel le hiciera mucha gracia.

Continuamos tomando nuestras cervezas del sábado en uno de aquellos bares modernos y elegantes que dieron la bienvenida a los feroces noventa, una época marcada por un optimismo completamente injustificado en un mundo que, pese a la caída del Muro de Berlín, seguía siendo el lodazal de siempre, intratable y anárquico. Muchas veces hablamos durante aquellos meses de la súbita e inesperada caída del comunismo preguntándonos su porqué. Como dice Judt, tal vez su ruina moral, política y económica lo habían de condenar a desaparecer en algún momento, pero nadie había previsto que fuera entonces, y de una manera tan rápida. Nosotros siempre nos habíamos

sentido a la izquierda de lo que representó el régimen soviético, una fúnebre gerontocracia filmada en blanco y negro entre decorados ampulosos y acartonados, pero eso no nos ahorraba un cierto sentimiento de pérdida. Por las ilusiones perdidas, o por el asalto a los cielos. O por aquella frase terrible de Trotski de que la revolución es un hecho moral a cuyo servicio han de estar todos los medios, y las terribles proclamas bolcheviques de conducir con mano de hierro a la humanidad hacia la felicidad. No tenía demasiado que ver con nosotros, pero durante muchos años habíamos estado convencidos de que no había habido en la historia una causa más noble que aquélla. Aunque, a la vista de los resultados, ahora nos pudiera sobrecoger aquel entusiasmo y pensar, con Camus, que a los amantes de la humanidad ésta les gusta como los chuletones, sangrante.

El comunismo que se había colado en la historia entre fanfarrias heroicas salía sin gloria ni honor por la puerta de atrás, y aún era pronto para saber que eso no iba a traer un mundo mejor. El capitalismo liberal parecía el único futuro posible y nadie quería pensar demasiado aquellos días en las fuerzas oscuras de la historia, las que iban a arrojar a Yugoslavia a un abismo de barbarie; o en las siniestras teocracias que desde Irán proclamaban y exportaban otra revolución que no se basaba en programas sociales o en libertad y democracia, sino en un ataque demoledor contra los consensos fundamentales de la modernidad y el progreso.

Llull tuvo toda la razón. En el juicio fue fácil desmontar la declaración de los testigos supuestamente presenciales, que acabaron reconociendo que poca cosa habían visto y que sólo el relato que les hizo la policía los pudo llevar a imaginar que unas formas confusas entrevistas en la distancia podían ser una pareja practicando una sodomía forzada. Desacredité con pruebas todos los detalles sobre los días, las horas, el vehículo, la ropa y los objetos supuestamente introducidos por el ano. Conseguí que la víctima me dijera, a su manera un tanto deslavazada, que los policías le habían dado muchos de aquellos detalles, y los propios policías incurrieron en alguna contradicción que el tribunal apreció al momento. Me encantaban los policías cuando metían la pata en el interrogatorio. Cuando trataban de no dar la respuesta evidente y quedaban fatal al hacerlo. Y mi mayor acierto fue que Ramón no declarara. Intenté camuflar un poco su aspecto poco favorecedor con unas gafas sin graduación que le

daban un aspecto algo atontado, pero menos tosco, y le hice cubrir sus tatuajes con unas mangas lo suficientemente largas. Se quedó callado y con cara de pena y todos salimos ganando. Él, el primero. Luego planteé mi informe al tribunal en términos que imaginé que no podrían ser desoídos por una sala con fama de garantista como aquélla. Pero lo hice con firmeza y convicción.

Para la defensa, no hay «tal vez» ni «quizá» en un juicio. Tienes que estar seguro. El razonamiento era simple pero eficaz: desmontaba con pruebas todos los elementos de la acusación, pero la acusación decía que las contradicciones de la víctima no tenían la menor importancia y eran comprensibles a causa de su minusvalía, con lo que, decía yo, el trabajo del defensor resultaría imposible. De nada me valdría desmontar prueba tras prueba, si cualquier relato acusatorio iba a ser inmediatamente creído, sin más datos. Aunque la fiscal solicitaba setenta años de prisión, la sentencia dejó la cosa en dos y medio, lo que, con la prisión provisional que llevaba cumplida, implicó la puesta en libertad de mi cliente. Eso sí, los jueces dieron por probado que una relación sexual se produjo, sin violencia ni ninguna agravante, pero que no podía ser considerada consentida en ningún caso dadas las condiciones de la víctima. Yo quedé contento como unas pascuas y Ramón hecho una furia: un documento judicial daba cuenta de unas prácticas que no estaba dispuesto a admitir a ningún precio. Cobré lo que me faltaba y me despedí de él y de su madre en la misma sala del tribunal con unas palabras amables que tuvieron el mismo encanto que un baile para invocar la lluvia y, más o menos, la misma efectividad.

Cada vez más integrado en el gremio, participaba del espíritu de los tiempos y me sentía bien. Las Olimpiadas del noventa y dos inyectaron una buena dosis de optimismo a la ciudad y todo parecía colaborativo y abierto. Eso sí, durante su celebración se produjeron algunos incidentes menores, como la campaña *Freedom for Catalonia*, que no llegaron a enturbiar el ambiente pero que me permitieron reparar por primera vez en la existencia de algunos de los hijos de Pujol. Éstos, junto a otros futuros prohombres convergentes, intentaron aprovechar la repercusión internacional de los Juegos para dar visibilidad a una cierta presencia del independentismo en la

sociedad catalana. Al rey Juan Carlos, por entonces muy estimado, no se le descolgó la sonrisa y el entonces príncipe Felipe desfiló garboso —dentro de las notables limitaciones de su capacidad expresiva— como abanderado. Algún pitido a la bandera y algún grito fuera de lugar no me preocuparon lo más mínimo. Yo era entonces muy partidario de la idea de que lo que pasa en los estadios se queda en los estadios, y de la de que individuos que se comportan en las gradas como merluzos son perfectamente capaces, al acabar el espectáculo y abandonar la masa, de volver a lucir como ciudadanos responsables y un tanto aburridos. Como unos suizos algo menos puntuales.

De los hijos de Pujol, en los noventa, sólo sabía que eran muchos —al estilo de *La gran familia*, con Alberto Closas, Pepe Isbert y el pequeño Chencho perdido por la plaza Mayor de Madrid— y que dos de ellos sonaban con una cierta frecuencia. Uno, que era el quinto, Oriol, como activista con proyección política, notable por portar frecuentemente unas patillas descomunales. Otro, Jordi, el primogénito, porque se decía que era hombre influyente, aunque no podía ni imaginarme cuál sería la influencia que ejercía, más allá de ser el *fill de l'amo*, y persona tendente a la animación cultural: cosas como comprar muchos silbatos para que la gente pitara al rey en los partidos de fútbol o montar grupúsculos independentistas de debate a los que, por otro lado, no era muy dado a asistir. En todo caso, tanto ellos como sus cofrades más próximos eran demasiado jóvenes e inexpertos como para estar en la primera línea política. En aquellos tiempos ésta la ocupaban gentes de apariencia más madura, de los que iban sobreviviendo a las sucesivas remodelaciones de los Gobiernos de Pujol, en los que cambiar de *conselleria* era, a veces, como cambiar de camarote en el *Titanic*. Políticos con fama de incombustibles por quienes subestimaban la destreza de Pujol en el uso de la guillotina. En esto, Pujol había perfeccionado hasta el virtuosismo un cierto estilo. Citaba al candidato al cese, le hacía ver que lamentaba su marcha más aún que el propio cesado, atribuyéndola a algún cataclismo cósmico muy difícil de precisar, pero del que Pujol era la principal víctima, y, acto seguido y en la mayoría de los casos, dejaba que la red protectora del partido recogiera a la víctima y la colocara en algún sitio. Así, éstos tenían al menos la vana convicción de que los habían enviado al banquillo, pero no expulsado del juego.

Estaba Prenafeta, perpetuo secretario de la Presidencia, adalid de

operaciones periodísticas como la del diario *El Observador*, de resultado algo peor que ruinoso, y, sin embargo, hombre de frecuente sonrisa que, además, tenía un cierto parecido físico con Pujol, aunque revelando en el perímetro de su cintura una afición a los placeres gastronómicos de la que aquél carecía. El enjuto y elegante Roca Junyent, o el aún más elegante y casi tan elocuente Duran i Lleida, líder del partido hermano (o primo) Unió Democràtica. Y el cordial y exuberante Macià Alavedra, quien, además, pertenecía al sector liberal del Gobierno (fuera lo que fuera el tal liberalismo), empeño en el que le acompañaba Trías Fargas, un hombre serio al que su precoz fallecimiento evitó muchos disgustos. O Cullell, de quien se decía que se parecía a Kennedy, y no sólo en lo físico sino también en lo político, aunque el tipo (ciertamente alto y apuesto, con un cierto aire anglo que lo apartaba un tanto del canon estético del Gobierno) no parecía a punto de invadir nada, ni de tenérselas con los rusos y los cubanos. Eso sí, siempre tuvo un aire sorprendentemente melancólico: parecía triste hasta cuando sonreía en los carteles electorales. También Joaquim Molins, un tipo educado y desenvuelto que no gozó, al parecer, de la menor oportunidad de optar a la sucesión de Pujol: procedía del centrismo de los años setenta y eso le restaba pedigrí patriótico entre sus colegas. En fin, pesos pesados aún en activo y en absoluto dispuestos, excepto por causa de fuerza mayor, a dar el relevo a la generación que empezaba a tomar posiciones (lo que seguirían haciendo hasta la jubilación de Pujol en 2003), esperando que llegara su hora. La de Oriol Pujol, Quico Homs, Joaquim Forn, David Madí y miembros varios del llamado *pinyol*, algo así como el núcleo duro. Felip Puig y Xavier Trias, junto con algún otro, hay que considerarlos un caso aparte; fueron pesos pesados con Pujol y lo siguieron siendo con Mas, y aunque llegaron a pasarlo francamente mal, ambos consiguieron que la historia no los arrastrara al desastre.

Sin embargo, en el noventa y tres aún faltaba mucho tiempo para el colapso de aquella generación de políticos, y todos ellos, fieles al signo de los tiempos, parecían participar de un optimismo contagioso que, como se vio, era completamente inapropiado. La crisis de aquel mismo año empañó de una cierta amargura el éxito olímpico y los socialistas parecieron a punto de perder el poder, asediados por varios episodios de corrupción de los que el más señero fue el del director de la Guardia Civil, Luis Roldán, un tipo de apariencia adusta pero con

una cierta tendencia al enriquecimiento ilícito a costa de los huérfanos del Instituto Armado. Y a las fotografías en ropa interior junto a señoritas aún más ligeras de ropa. Estaba claro que el hombre, abrumado por la seriedad de su cargo, requería de alguna pequeña distracción. Los simpatizantes del PSOE asistíamos a aquel espectáculo con una profunda sensación de vergüenza ajena y observábamos con una cierta aprensión las posibilidades cada vez más concretas de que el líder de la oposición, José María Aznar, se hiciera con la presidencia del Gobierno. Aznar era un hombre rígido, con un poblado bigote que le daba un aire muy semejante al del famoso actor aragonés Fernando Sancho, bregado en infinidad de *spaghetti westerns*, y una cara en la que parecía que nada bueno le hubiera ocurrido desde la adolescencia, como no fuera un constante incremento del mal humor y la mordacidad.

Le expliqué a Marina mi éxito con el caso de la violación y me felicitó calurosamente. Aunque añadió que me había tocado el mejor de los tribunales posibles, presidido en aquella ocasión por un tipo progresista que se creía de verdad lo del sistema de garantías en el proceso penal. Y el *in dubio pro reo*, la presunción de inocencia y las demás zarandajas. Marina era una mujer esbelta y elegante, con una belleza ligeramente huraña y cuyos encantos no estaban en absoluto marchitos. Era mayor que yo, pero ¿cuándo eso me había echado atrás? Por un lado, era protectora y me hablaba con una cierta suficiencia, pero, por otro, no dejaba pasar la ocasión de introducir en nuestras conversaciones algún giro malicioso, alguna mirada cargada de intención. Por entonces, y en estos temas, aún tenía una cierta fe en mí mismo, y la fe es siempre la principal baza. Nunca hay que despreciarla, porque a veces es lo único que se tiene. De forma que un buen día, en las mismas escalinatas de la Audiencia Provincial, la abordé con un calculado descaro, resultó receptiva y quedamos por primera vez.

A partir de ahí iniciamos una relación de esas que venían siendo mi especialidad: de las que no comprometen a nada. Juego, compañía, deseo y poco más. Aunque hay quien no consigue ni la mitad de esas cosas en toda su vida. Habrá quien busque la estabilidad en el amor, y algún plan para el futuro, pero yo no me quejaba: no debía de irme

tan mal. Marina no tenía ningún interés en ocultar nuestra historia, pero me pidió discreción con los círculos de abogados que frecuentaban la Audiencia. Me sentí un poco como aquel torero que consiguió acostarse con Ava Gardner, abandonó la habitación a toda prisa y, cuando Ava le preguntó dónde iba, respondió: «A contarlo». Pero cumplí y no lo conté, y la suerte hizo que durante el tiempo que nos frecuentamos no tuviera ningún juicio en su sala. De haber sido así, tal vez ella hubiera debido abstenerse, y entonces sí habríamos sido la comidilla de todos los círculos jurídicos.

Marina era elástica y flexible y se abandonaba en el sexo con un entusiasmo sorprendente. Estaba claro que pocas veces había follado como es debido. No disponía de un lugar para nuestros encuentros y, por primera vez, me encontré con una pareja que no tomaba a su cargo las cuestiones logísticas. Por eso empecé a recurrir a los hoteles de la ciudad, una magnífica experiencia que erotizó aún más nuestros juegos. Me presentaba en el bar o en el restaurante en que hubiéramos quedado y deslizaba en su mano la tarjeta de la habitación. Ella la guardaba en su bolso, entresacaba la punta de la lengua entre sus dientes blancos y abría sus ojos brillantes y algo húmedos.

—Me haces sentir algo perversa.

—Cuando me elogias, me desconciertas. Siempre me parece que te quedas corta.

Una de aquellas noches de hotel, se mostró receptiva a mis insinuaciones y se presentó cargando con una bolsa de terciopelo rojo. Se encerró con ella en el baño y al poco, en la penumbra, apareció cubierta por la negrura satinada de su toga de magistrada. La dejó caer y reveló su cuerpo desnudo, sus pechos erectos, sus largas piernas y su mano posada lánguidamente sobre el coño. Nunca había visto una imagen de la justicia tan prometedora. Ni creo que vuelva a verla jamás.

7

Mala entraña

Marina se desvaneció poco a poco durante aquellos años. Los lazos que nos unían eran tan tenues que cayeron por sí solos, sin necesidad de cortes ni tirones. Prosperó en la carrera, lo que implicó su traslado a Madrid, y en las ocasiones en que coincidimos, nunca dejó de lanzarme algún guiño malicioso. Como me dijo una vez sin la menor acritud, yo había sido un buen polvo, pero un tipo algo fantasmagórico, como si mi cuerpo se disolviera en humo cuando sus brazos trataban de abrazarme. No sabía si esa definición me gustaba del todo, pero un aire floreciente de juventud y optimismo flotaba aún sobre mí y me sentía estoicamente indiferente, así que murmuré algunas gentilezas y le prometí que siempre la recordaría. Lo que, como es de ver, he cumplido fielmente.

Todo parecía más o menos en orden en mi vida cuando me llamó Blai para decirme que Llull había muerto en un estúpido accidente de bañista, un día de mar agitada y en un lugar donde el agua no llegaba a cubrir. En Sitges, en la playa a la que iba solo muchas tardes de verano sin más impedimenta que un libro, una toalla y un paquete de cigarrillos, acabó la vida de mi enjuto y nervioso amigo, un vestigio —como yo mismo— de la época de las noches de rock, el cine clásico y el centelleo oscuro de las mujeres en los bares. En el ataúd, en el tanatorio de Collserola, su cuerpo parecía leve e ingrávido, como la sombra de un hombre, y la muerte le había provisto de una expresión tan abatida que parecía imposible imaginar que una vez estuviera lleno de brillo y agitación. La frente y la nariz, pese al maquillaje póstumo, mostraban los cortes y laceraciones ocasionados por los impactos de su masa inerte contra las rocas del fondo marino; las blancas mejillas macilentas le daban el aspecto de un santo eremita, y

sus labios casi transparentes, que habían besado los míos en alguna de aquellas ocasiones en que calibrábamos nuestra ebriedad, se cerraban en la intimidad decorosa de la muerte. Aunque fue incinerado y se dispersaron sus cenizas, yo habría deseado para él una de aquellas tumbas ateas con inscripciones sencillas y sinceras: «En recuerdo de tus restos». Las que hacen frente al dolor sin muletas metafísicas, con la esperanza de que el recuerdo del individuo le gane la partida a la disolución de la muerte.

Tras el entierro, nos reunimos en el Victori del pasaje de la Concepción los habituales de la vieja guardia del banco y de finales de los setenta. Apenas noté cambios en los rostros de quienes no veía hacía tiempo: jóvenes algo cansados, pero aún con cierto brío, de ese que hace que opongas, cuando toca, una vapuleada obstinación a la vida. Bebimos por Llull —en aquel local discreto y elegante en el que embriagar a los tristes con educación era un honor y una señal de estima—, brindando por el dolor y la inanidad que acaba apoderándose de todo. El alcohol nos puso sentimentales y, entre libaciones, repetimos los tópicos manidos de la muerte, los recuerdos enaltecidos por la pérdida. Creo que, como en la milonga, Llull se hubiera hartado de nosotros y habría acabado por marcharse.

El llanto se hizo jarana,
y la pena fue un jolgorio,
el lío fue tan notorio
que saliéndose del jonca
el finao tiró la bronca
y se fue pa otro velorio.

Jesús ganó sus oposiciones y, tal como había pronosticado Francesc, se convirtió en uno de los catedráticos de penal más jóvenes de España. Y para un catedrático nuevo, nada mejor que una nueva universidad: la pública que había sido promovida por la Generalitat sin reparar en gastos y que llevaba el nombre del filólogo Pompeu Fabra, un tipo tan indudablemente dotado de méritos que hasta Josep Pla hablaba bien de él.

Una noche de domingo, estaba en casa matando el tiempo, mientras éste, con más éxito, me iba matando a mí, cuando sonó el

teléfono. Era Jesús. Me propuso, ni más ni menos, incorporarme con él, al inminente inicio de las clases, en condición de profesor de derecho penal. Estoy seguro de que, cuando le respondí aceptando y dándole las gracias, un acento de sorpresa y conmoción matizó fugazmente mi voz. Me costaba entender que me hubiera elegido, y dudaba seriamente de poder estar a la altura del reto: apenas sabía lo bastante como para desenvolverme yo mismo entre las categorías jurídicas, las sentencias y la tópica de los casos prácticos para, encima, tener la pretensión —sin duda arrogante— de poder transmitir algún conocimiento a los demás. Pero no se lo dije, pues no soy de esos a los que la inseguridad hace perder oportunidades. Aunque tampoco de los que se estrellan cuando ya no hay remedio.

Jesús me convocó a su nuevo despacho, en la calle Rosellón, para el día siguiente y me recomendó que fuera leyendo de cabo a rabo, otra vez, el manual de Santiago, pues con él íbamos a trabajar en adelante. Cuando lo decía, en su voz cálida y escrutadora había algo de intimidatorio. Aquel día —excluyendo los de algunos lances sexuales memorables— fue uno de los mejores de mi vida adulta. Me había dedicado al derecho por razones un tanto sinuosas y vagas, relegando mi afición juvenil por la historia al nivel de un pasatiempo. Luego, el cine (*Anatomía de un asesinato* y tantas otras), la literatura y la emoción de algunos casos hicieron que me gustara el oficio. Pero dar clases en la universidad me parecía como fichar como bateador por los Yankees de Nueva York, y le daba un nuevo sentido a una vida profesional asumida con un cierto desapego. Para mi padre también fue un buen día. Era un hombre sencillo para el que el mundo universitario era un arcano del que emanaba un misterioso prestigio. Un prestigio que, de algún modo, me había alcanzado. No había accedido a él por la puerta grande, pero me dejaron pasar por la de servicio, aunque estuviera medio tapiada por los escombros de mi propia carencia de ambiciones.

Preparé mis primeras clases de manera obsesiva, robándole tiempo al despacho y a los asuntos en curso y elaborando infinidad de notas con esquemas, números de sentencias, palabras claves y citas de autores de prestigio, hasta componer ladrillos de digestión imposible. Jesús me miró como si fuera un pelma de bar y me habló con toda la paciencia del mundo:

—Una clase tiene que ser útil. Nada de doctrina, ni de citas de

autores de las que tomar nota. Tienes que transmitir seguridad: las cosas son como tú las explicas, y no porque las hayan dicho Santiago o Roxin. Y, sobre todo, haz aquello que puedes hacer mejor y que tiene que ser tu punto fuerte. Muchos casos prácticos y mucha participación de los alumnos.

—¿Y si me preguntan algo que no sé? —pregunté como si estuviera hablando con una echadora de tarot.

—Eso te pasa cada día en los juicios. Di que la pregunta es muy interesante y que lo comentarás en otro momento. Luego te lo miras a fondo y les das la respuesta correcta. Y trata a los alumnos siempre de «usted». Con algo de formalidad. Verás que funciona mucho mejor que el compadreo.

Seguí sus consejos y me enfrenté por primera vez a un aula abarrotada de veinteañeros de aspecto saludable que me observaban con expresiones que iban de la curiosidad a la indiferencia. Callaron cuando me situé en la tarima, me presenté e inicié una clase terrible y pomposa, de esas que hacen que hasta los estajanovistas de los apuntes levanten la mano del papel y claven los ojos en ti con cara de asombro. Vi que me despeñaba sin remedio y opté por darle un giro radical a aquella triste ceremonia. Empecé a hablarles del Arropiero y sus crímenes y los conduje, de una manera un tanto obvia pero efectiva, al debate sobre la pena de muerte. Ahí empezaron a levantarse manos y a producirse intervenciones vehementes, unas tópicas y otras francamente acertadas, y la clase concluyó con éxito. Con los años, pude ver que no había mejor manera de empezar un curso de derecho penal que la de enfrentar a jóvenes que poco pueden decir sobre lo que significa perder, o lo que significa vivir con la incómoda carga del pasado, con las tinieblas de la condición humana y con la más radical de las respuestas que puede darles un poder estatal presuntamente civilizado: la muerte. Nadie que lo haya visto puede olvidarlo. Aquella isla que describe Kant, que va a ser suprimida de la faz de la Tierra por un inminente cataclismo y en la que, a pesar de todo, hay que proceder a ejecutar al último criminal para realizar satisfactoriamente una idea de justicia, excitaba el interés de la clase. La pureza demoníaca de las teorías absolutas, desde la ley del talión hasta la inocuización definitiva de Lombroso, Garófalo, Ferri y Von Liszt, sobrevolaba la discusión. Chicas de belleza suave y desvaída y chicos de aspecto apasionado repartiendo condenas

y absoluciones, y utilizando por primera vez el arsenal retórico de las gentes de la justicia. Un espectáculo magnífico que se repetía a los pocos días y aún con mayor intensidad analizando el juicio de Núremberg. Después ya vendría la jurisprudencia más árida y las teorías del dolo y la participación delictiva, pero, al menos, el anzuelo ya estaba echado, y más de uno habría de picar.

Con el tiempo me convertí en un profesor correcto, una especie de buen peso medio. Aunque nunca fui tan bueno como podían hacer pensar las encuestas de valoración de los alumnos, pues es cierto que fui un profesor popular. Peleé con gusto y no acabé con los sesos hechos polvo, y la mayoría de mis sufridas víctimas acabaron creyendo que yo era un buen tipo. Al menos, bastante mejor que algunos de los que pululaban por allí administrando fárragos o intentando ligar. Conforme avanzaba el curso y nos adentrábamos en la práctica de los tribunales, siempre les acababa recordando una de las frases del gran Yogi Berra —aquel jugador de béisbol más famoso por sus aforismos que por su habilidad en los estadios—, de gran utilidad para cualquier jurista: «La teoría y la práctica son iguales en la teoría, pero diferentes en la práctica».

Daba mis clases en castellano y catalán, indistintamente. Iba saltando de un idioma a otro en función del que utilizaba la última persona que había levantado la mano e intervenido, hasta que, al acabar una sesión, se me acercó una pequeña comisión en nombre del conjunto de alumnos.

—Hay un problema con el idioma de las clases —dijo una de ellas, de facciones juveniles pero severas.

—¿Problema? ¿Las quieren ustedes en algún idioma en concreto? Tanto el catalán como el castellano son lenguas vehiculares en esta universidad —repuse, temiéndome algún lío político.

—No es eso. Lo que le queremos pedir es que las dé en un solo idioma. Es igual en cuál, pero uno. Si usa los dos, los apuntes son un desastre, y después hay que pasarlos a limpio.

—Me gusta entender los motivos de los demás, sobre todo cuando son así de razonables. ¿Alguna prioridad?

—Ninguna. Tú mismo.

Eran otros tiempos.

La que me tuteó era una belleza de facciones alargadas, con un rostro de solemne ensoñación y un tipo de esos capaces de tumbar un

camión. Algún tiempo después la vi alguna noche en el Harlem con un profesor del departamento de filosofía del derecho que la miraba anhelante mientras bebía para olvidar que ella era despiadadamente joven. El hombre ya había dejado atrás un matrimonio desquiciado, pero hay gente que nunca aprende. Era francamente hermosa, y una curiosidad malsana me acercaba algunos viernes a aquel bar donde sonaba buen jazz local en directo buscando evaluar los progresos de aquel tipo melancólico o, más crudamente, evaluar mis propias posibilidades.

Una de aquellas noches, ella me vio en la otra punta de la barra y sonrió, tomó la copa y se acercó sin dudar. Su disponibilidad parecía máxima, y sus labios carnosos eran una promesa. Mi colega, en la distancia, componía una expresión de odio un tanto aguada, y le vi vencido, como aquellos hombres maduros en chándal que empujan belicosamente el carrito del supermercado. Técnicamente, Gemma era ya una exalumna, pues le había dado clases el curso anterior y no volvería a coincidir con ella en toda la carrera, y su descaro algo salvaje resultaba de lo más excitante. Pensé en llevarla a un hotel, pero me sentí algo cruel y prepotente, cada vez más compasivo con el filósofo del extremo del bar. Dejé que se fuera, lo que hizo con un mohín que mezclaba la burla y la provocación. Algo ocurriría, pero no aquella noche. Apartarla de aquel tipo era tan fácil como arrebatarle un caramelo a un niño: poco deportivo.

En el despacho me ocupaba de los casos que me pasaba Paco con cada vez mayor autonomía y, poco a poco, empezaba a generar mi propia cuota de mercado. Con algunos lo pasé francamente bien, sobre todo los que implicaban a periodistas. Los periodistas y los abogados establecemos una peculiar simbiosis, no tan íntima como la que aquéllos tienen con los políticos, pero casi. Participé en la defensa de unos que habían publicado unas portadas relativas al asesinato de los marqueses de Urquijo con el escandaloso título de «Los asesinos con nombres y apellidos» y las fotografías de los susodichos. Obviamente, los supuestos asesinos, carentes de cualquier sentido del humor, se habían querellado por calumnias contra los autores del reportaje y tras una larga instrucción el asunto llegó finalmente a juicio ante un juzgado penal de Barcelona, donde ganamos por goleada dada la

primacía de la libertad de información frente al derecho al honor de los acusados. Luego perdimos la apelación ante la Audiencia Provincial, que nos dijo que la noticia no había sido contrastada con la debida diligencia, pese a las fuentes policiales que habían dado origen a la información, pero estaba claro que en aquel truculento caso de asesinato podía pasar cualquier cosa. Por eso el Tribunal Supremo había dicho que el asesino que sí fue condenado, el yerno de los marqueses, había actuado «solo, o en compañía de otros...», dejando abierta la puerta a un sinfín de especulaciones.

También interpusimos una querella contra un afamado periodista, uno de los rostros más conocidos de la Transición, por unas supuestas agresiones sexuales cometidas contra una espectacular y joven compañera. Tras unas copas, en un ascensor en una ciudad de Dinamarca, el caballero en cuestión había sentido la llamada de la selva, tal vez animado por los espirituosos consumidos, y se había abalanzado contra los pechos de la víctima, muy parecidos a los de Afrodita, la añorada compañera de Mazinger Z. Costaba entender el efecto estimulante de los ascensores de hotel, pero cosas más raras habíamos visto. Como se trataba de un delito cometido por un español contra otro español en territorio extranjero, la competencia judicial correspondía a la Audiencia Nacional, lo que me permitió volver a callejear con alguna frecuencia por Madrid, comer bocadillos de calamares en El Brillante, cerca de la estación de Atocha, y disfrutar de los primeros dry martinis en el Balmoral de la calle Hermosilla, un lugar digno de los más pintorescos personajes de P. G. Wodehouse o de Alfonso Ussía. Un reencuentro con esa ciudad amplia, rara, hermosa y popular a la que siempre he querido tanto y de la que ahora me dicen que es la capital de un país extranjero bastante remoto.

Para el caso en cuestión, me tocó un juez instructor de la vieja escuela, Carlos Divar, un hombre de modales exquisitos que, pese a que tenía fama de ser tan conservador como el periodista querellado, envió el caso a juicio sin despeinarse y para estupefacción de aquél. Siempre le estuve muy agradecido pues el acusado, durante su interrogatorio, me trató con agresivo desdén y Divar le amonestó, con ademanes de secretario de Estado vaticano, pero con toda la contundencia:

—El letrado de la acusación exhibe un comportamiento exquisito

y adecuado a los usos y costumbres del foro, así que haga el favor de guardar el debido respeto o cállese de una vez, que mejor le irá.

O sea, que el despacho marchaba bien, pero como el mundo es inestable y anárquico, por razones diferentes y en espacio de pocos meses, tanto Paco como yo decidimos abandonarlo. Paco porque vio la ocasión de ingresar en la carrera judicial por el denominado «cuarto turno», reservado para el acceso directo, sin examen, de juristas con experiencia y de reconocido prestigio. Había sido una de sus aspiraciones de siempre, y quería acabar su vida profesional en los tribunales, pero en la que siempre había considerado la más interesante de las funciones: la del que intenta dilucidar la verdad de las mentiras.

Cerró el despacho sin apenas volver la vista atrás y de abogado prudente y algo resabiado, pasó a magistrado discreto y garantista. No sé si perdió algo con el cambio (aparte de dinero), pero lo vi muchas veces a lo largo de los años y parecía, de una manera poco entusiasta pero convincente, bastante feliz. Por mi parte, y como ocurría en *El padrino* durante la boda de Connie, recibí una oferta que no pude rechazar y que me llevó a un lugar muy próximo al corazón de la Administración catalana.

Jesús había recibido la oferta de incorporarse como director general a un organismo dependiente de la Consejería de Justicia de la Generalitat denominado Centre d'Estudis Jurídics que tenía entre sus funciones principales la de elaborar y ejecutar programas de formación para jueces, magistrados y funcionarios penitenciarios. Contra todo pronóstico —pues era un intelectual puro, hasta entonces alejado del fragor de la vida real—, aceptó y me propuso que me fuera con él, como su subordinado más directo. Jesús era, en efecto, un intelectual, pero no de esos de los que la universidad está abarrotada. Tipos con egos del tamaño de Wyoming cargados de argumentos contradictorios entre sí sobre la conveniencia de lavarse las manos antes o después de mear. Deseaba conocer de primera mano esa realidad de la que las sentencias eran tan sólo fogonazos dispersos.

Me fui con él encantado a esa institución radicada en la calle Roger de Flor, en un edificio de color verde manzana que ya no existe, y que disponía de una buena biblioteca criminológica y un curioso conserje. Se trataba de un tipo alto, de caderas anchas y hombros estrechos que le daban el aspecto ceremonioso de un pingüino. Sus

ojos redondos y oscuros rezumaban astucia y alardeaba de su absoluta incompetencia con un descaro que impedía la capacidad de reacción de sus superiores. Cuando celebrábamos algún evento con jueces y políticos, lo que era habitual, tenía la costumbre de pasearse entre los asistentes de uniforme y con un cubalibre en la mano, saludando con parsimoniosas reverencias, no carentes de humor, a quien se le pusiera por delante. Un hombre curioso que debía de ser familia de alguien de peso, pues nos recomendaron encarecidamente que le dejáramos hacer.

Durante ese tiempo me dediqué a organizar cursos y conferencias, lo que me permitió invitar y conocer a una buena cantidad de jueces del Tribunal Supremo y de la Audiencia Nacional, catedráticos de todas las universidades de España y directores y altos cargos del sistema penitenciario. Esto me hizo volver a tomar contacto con algunos de mis amigos de la Modelo y Lleida (con Albert y con Díaz) y establecer magníficas relaciones con la cúpula de la judicatura, gentes amables a las que les encanta que se les invite a congresos y, además, se les pague, pues no tienen ninguna otra fórmula para redondear sus ingresos. Ya había tenido alguna muestra de ello antes, pero allí pude ratificar que la amistad con los jueces, cuando son como se tiene que ser, tan sólo sirve para tomar café o para que te saluden al entrar en su tribunal. En ningún caso para obtener el menor beneficio para tus clientes, a quienes condenan cuando toca (y a veces cuando no toca), aunque, eso sí, con la mejor de las sonrisas de despedida.

Disponíamos de un presupuesto magnífico para esas actividades y pronto descubrí que lo peor que se podía hacer con él era no gastarlo. Si no lo gastas, me explicaba con paciencia una funcionaria veterana, el año que viene nos darán menos, y eso, pequeño saltamontes, repugna a la razón. Así que, a la vista del superávit acumulado, me vi en un mes de diciembre ante la perentoria necesidad de gastar lo antes posible unos cuantos millones de pesetas. Compré todos los libros de penal que pude en los más variados idiomas, pero seguía sobrando demasiado. Organicé un viaje con jueces a un congreso internacional de derecho que se celebraba en Jerusalén en días próximos y, con lo que me sobraba, le propuse a Jesús organizar una actividad para un público amplio y con un servicio de *catering* de lo mejor. Además, para darle fuste al evento, se me ocurrió que el conferenciante idóneo sería

el juez Luis Pascual Estevill, famoso por entonces por estar decretando prisión provisional para buena parte de la clase empresarial catalana, y, varios años después, cuando se descubrió que las detenciones eran una especie de secuestro del que uno podía librarse pagando ciertas sumas en la cuenta suiza de juez. Luis Pascual miraba a los ricos de Barcelona como un mosquito que sobrevolara una colonia nudista. Todo le parecía tan bueno que no sabía por dónde empezar.

Había ingresado en la carrera judicial ya mayor, después de haber pasado unos cuantos años ejerciendo como abogado y, se decía, amasando una considerable fortuna. Eso podía parecer un mérito añadido: por alguna razón difícil de entender, la gente suele creer que los ricos son menos proclives a la corrupción que los pobres, tal vez pensando que, a partir de una determinada cantidad de dinero, nadie quiere atesorar más. Pero el hecho de que las personas con dinero rara vez se consideren ricas es parte de la naturaleza misteriosa de la riqueza. Por aquellos días, además, era especialmente famoso por haber sido propuesto por Convergència como candidato del grupo catalán al pintoresco órgano de gobierno de los jueces, el Consejo General del Poder Judicial.

Por lo que a nosotros respectaba, ese nombramiento revestía alguna peculiaridad. Se nos pidió por parte de la *conselleria* un informe previo y confidencial sobre el juez, sólo para los ojos del titular del departamento. Lo hicimos intentando ser ecuánimes, pero el resultado era demoledor. Ya se estaban presentando querellas contra él, y aquello tenía toda la pinta de que acabaría convirtiéndose en un escándalo monumental. El *conseller* acusó recibo de nuestro informe y nos agradeció el esfuerzo con una mirada cargada de conmiseración. Pocos días después se produjo la designación de Pascual, y su toma de posesión. Más tarde vendrían el escándalo y los juicios, pero nadie pidió cuentas a quienes le nombraron. Tampoco a los fiscales que aplaudían con entusiasmo sus autos de prisión.

El día de la conferencia, la sala de actos del Centre d'Estudis estaba a rebosar, como si hubiéramos invitado a un fenómeno de feria o a una estrella del rock. Jesús se sentó junto a Luis Pascual y procedió a presentarle ante la expectación de los presentes:

—Don Luis Pascual, que ha sido objeto de una cierta polémica por lo que, entre determinados profesionales del derecho y periodistas, ha sido considerado como un uso extraordinario de la prisión

provisional durante la instrucción de delitos económicos. Por eso le hemos invitado a esta intervención sobre el fundamento y límites de esa medida cautelar. Le cedo la palabra.

Luis Pascual era un hombre alto y afilado de rasgos pronunciados y expresión soberbia. Solía proyectar hacia fuera su labio inferior, formando un rictus que tenía algo de humorístico y algo de despectivo. Vestía para la ocasión un traje muy elegante, de americana cruzada, y sus dedos se veían extrañamente vacíos, sin uno de aquellos habanos de los que era consumidor entusiasta. Tomó la palabra con desgana, mirando atentamente el sobre de la mesa en la que apoyaba sus codos angulosos, antes de dignarse levantar la mirada hacia la sala.

—La prisión provisional está regulada en la Ley de Enjuiciamiento Criminal y no plantea ninguna peculiaridad. A no ser que se considere una peculiaridad que antes se les aplicara sólo a los pobres y ahora se les imponga también a los ricos. Se trata de un asombroso ejercicio de cinismo o de hipocresía, ya que la institución es la misma para todo el mundo.

Y apenas dijo nada más.

Me acerqué a Jesús, que estaba eufórico por el éxito del acto, que más parecía una noche de gala en el Liceo —un «supramundo» lleno de gente poderosa— que uno de los austeros latazos que organizábamos por lo general.

—La conferencia ha sido de pena, pero tiene la virtud de la brevedad. Y el *conseller* estaba encantado con el éxito de asistencia. Ha venido la crema del poder judicial y de la fiscalía —decía, pasándose una servilleta por la frente sudorosa y mirando con aprensión a nuestro dipsómano conserje.

—Pero este hombre tiene la cara de hormigón. No había oído en mi vida nada tan demagógico sobre la prisión. Casi parecía marxista, del sector Montecristo del número dos —repuse, un tanto indignado.

—Sí. La jugada es que Pascual se vaya a Madrid, al Consejo, y deje en paz a los empresarios de Cataluña, que quedarán muy agradecidos a Convergència por sacárselo de encima. Al menos, eso es lo que dicen los políticos.

—Eso sí que es de una franqueza salvaje: la exportación de impresentables. Podríamos hacer una lista y proponer nombres.

—Vistos los cargos que les ofrecen, mejor nos apuntamos

nosotros para que nos destierren con una buena prebenda —concluyó Jesús del mejor de los humores.

Siguiendo con nuestra frenética campaña para gastarnos los fondos que tan abnegadamente habíamos economizado en meses anteriores, creyendo estúpidamente que así hacíamos un favor a la Administración y al sufrido contribuyente, me fui con un grupo de jueces a Jerusalén, al congreso internacional que organizaban las universidades de Israel. La única condición que habíamos puesto a los invitados al viaje era que hablaran *fluent english*, pues todas las actividades iban a ser en ese idioma. Algunos habían compuesto un gesto de molestia cuando se lo dijimos, dando a entender que lo hablaban mejor que el mismo James Bond, pero pude ver sobre el terreno que a la mayoría les llegaba el léxico para comprar postales e imanes para la nevera, y para ordenar el almuerzo con escaso margen de error, pues los camareros del lugar entendían hasta el kazajo y el amárico. Lo cierto es que formábamos una alegre pandilla de tipos saturados de trabajo a los que, sin saber muy bien por qué, nos había tocado en la rifa un viaje invernal.

Cuando llegamos a Tel Aviv habían pasado pocos días de un atentado con bomba en un autobús que mató a veinticinco personas y el ambiente del aeropuerto y sus alrededores, con la apariencia de un tranquilo suburbio de Estados Unidos, autocines incluidos, era tenso, lleno de soldados y civiles armados. Era difícil sentirse seguro en Israel por aquellos días, y se respiraba una cierta somnolencia formada de gestos pausados y murmullos que en realidad no era más que angustia y miedo. La Ciudad Vieja de Jerusalén era fantástica, la de las postales. La Puerta de Jaffa, el barrio armenio, la iglesia del Santo Sepulcro, el Monte del Templo, la Cúpula de la Roca y la mezquita de Al-Aqsa, los auténticos tesoros de la ciudad a los que se accedía por calles abigarradas, absolutamente orientales. En la parte nueva, el Gobierno construía sin cesar edificios públicos y residenciales, lo que me llevó a pensar que la internacionalización de la ciudad no era más que una quimera. La ciudad sería israelí, o habría una guerra.

Trabé conversación con algunos de los asistentes al congreso, ingleses, alemanes y americanos en su mayoría, más que sorprendidos de ver españoles por allí. También con un profesor israelí que, pese a su conocimiento estratosférico de las hazañas del Barça, manifestó una absoluta ignorancia sobre la política catalana; incluso, para mi

estupor, sobre uno de los principales paladines del Estado de Israel: Jordi Pujol. Mi grupo de jueces procuró disponer de la mayor cantidad de tiempo libre posible, revelándose mucho más interesado por el turismo que por la ciencia penal, y yo me di por satisfecho. Habíamos gastado un buen pellizco de nuestro sobrante y seríamos bendecidos con la partida presupuestaria del año siguiente.

Aparte de organizador de festejos, entre mis funciones entraba la de preparar notas para los políticos del departamento sobre los más diversos temas relacionados con el funcionamiento de la justicia penal: informes sobre población interna, estadística penitenciaria, evolución del uso del catalán en los tribunales, tratamiento de los menores delincuentes y otras cosas así. Y, de vez en cuando, me tocaba preparar algún discurso para ser leído ante los medios de comunicación o en algún acto público. Fue así como me vi escribiendo, con ocasión del aniversario del traspaso de las competencias en materia penitenciaria a la Generalitat, uno que debía pronunciar el propio Pujol en un acto que iba a celebrarse en el Tribunal Superior de Justicia de Cataluña.

Sin demasiado esfuerzo, pues era como una especie de camaleón indiferente, me puse en la piel de un político nacionalista sacando a relucir orgullo patriótico a cada frase y, pensando en la cultura humanista de Pujol, introduje un par de citas de Hegel y de Leopardi que debían de dar tono y maneras a la alocución. Sobre todo, en un país en el que para sentar fama de culto la gente solía tirar de Cambó o, peor, de Valentí Almirall. Me vine arriba con lo del traspaso de esas competencias tan poco agradecidas cuando nadie las quería, y lo puse en relación con la entidad histórica de Cataluña y su voluntad de avanzar en la autonomía. Creía, en fin, que había quedado una pieza de lo más aparente, digna de ser leída por Pujol o por el mismo Churchill. Asistí al acto y observé con satisfacción cómo Pujol la pronunciaba prácticamente como la había escrito, introduciendo, eso sí, alguno de sus giros localistas y añadiéndole intensidad patriótica: cambió todas las referencias a «España» por «el Estado» e introdujo una coletilla que venía a decir que lo de las prisiones no era nada, ahora vendrían los trenes y los aeropuertos. En definitiva, que hizo más que suyo el discurso. Al término, Jesús y el *conseller*, que estaban junto a él, me llamaron y procedieron a presentármelo. Obviamente, no era aquél el momento de decir que ya le había conocido en el

banco, que le había entregado un sobre y que aquello era sólo un feliz reencuentro.

—*President*, le presento a nuestro colaborador, que ha contribuido mucho en la preparación de los temas del día de hoy —dijo el *conseller*.

En realidad, no es que hubiera contribuido, sino que me había ocupado en exclusiva de la organización de la jornada, pero me pareció bien que el *conseller* se apuntara al carro. Incluso me hizo sentir agradecido, lo que prueba que cuando quiero soy más humilde que una amapola.

—Muy bien, muy bien. Hemos puesto en valor el traspaso de las prisiones. Y el hecho de que nadie más las quería. Expresaba muy bien la idea de una Cataluña con competencias integrales —dijo Pujol, estirando los dedos de las dos manos como si abriera una puerta doble mientras miraba alternativamente la puntera de sus zapatos y un lugar impreciso situado a nuestras espaldas.

—Gracias, *president*. El tema de las prisiones me es muy próximo. Trabajé en ellas durante unos años, desde que se hizo cargo la Generalitat —repuse servil y lacayuno.

Pujol asintió y sacudió las manos como si espantara una mosca. Se llevó la mano a la boca y me volvió a preguntar lo mismo que me preguntó un par de décadas antes. Y lo mismo que me preguntaría unos cuantos años después:

—Su apellido, ¿de dónde proviene? ¿De Aragón?

—Exactamente. De Teruel. De allí eran mis abuelos.

—¿De la parte de Teruel donde se habla catalán?

—Sí. La cuenca del Matarraña, Alcorisa, el Más de las Matas...

—Lo conozco perfectamente. He estado allí muchas veces. Fíjese usted, mi chófer es de Mazaleón... —dijo Pujol, encantado de mostrar sus enciclopédicos conocimientos geográficos—. Así que podemos decir que usted es de familia catalana de pies a cabeza. Entiéndame, aquí catalanes los somos todos. Me refiero a su origen.

—Catalana y aragonesa. Nunca he tenido la menor duda.

Pujol nos dio su perfil, como el personaje secundario de un cuadro de Toulouse-Lautrec, y se dirigió a otros asistentes, olvidándonos por completo. Hablaba con todo el mundo y parecía un político americano en plena campaña electoral, pero sus interlocutores solían responderle con banalidades y frases estereotipadas. Al final,

parecía un hombre muy solo.

El trabajo en aquel lugar era interesante, pero tenía sus servidumbres. Éstas se manifestaron tenuemente al principio, pero llegaron a hacerse un tanto asfixiantes. Empezaron con diversas peticiones de colocación de personal diverso. Personas que, con independencia de que estuvieran más o menos cualificadas, accedían a su empleo por razón de su parentesco con algún capitoste, su vinculación con el partido o por la perentoria necesidad de que la Administración quedara bien con algún miembro de sus familias. Los que habían obtenido su plaza tras la correspondiente oposición los miraban con una cierta suspicacia y se referían a ellos con mordacidad:

—Al final, en la Administración, lo raro va a ser encontrar algún funcionario.

—Éstos serán funcionarios en cuatro días. Montarán un concurso a su medida y los tendrás aquí de por vida. Por lo menos hasta que los nombren diputados o alcaldes.

—Es que opositar es para pobres y gentes sin pedigrí.

Pero esto no era lo peor. Lo peor era el descaro con que se nos formulaba alguna petición que implicaba el uso desviado de fondos públicos. Una mañana plomiza de invierno, en la que hasta las hojas de los plataneros parecían grises, mientras repasaba revistas jurídicas americanas para ordenar la compra de libros para la biblioteca —libros que creo que sólo leíamos Jesús y yo, en el mejor de los casos— recibí una llamada de uno de mis homólogos en el departamento:

—Fulano os hará un informe sobre el tema que queráis. Eso se lo dices tú para formalizar el encargo. El presupuesto da para pagarle cuatro millones de pesetas —me dijo, como si me comentara el parte meteorológico.

—No necesitamos ningún informe. Además, aquí tenemos veinte técnicos para hacer informes. No nos hemos planteado ninguna externalización —le respondí, formal y un tanto amenazador, como un oficial de la Checa.

—No te hagas el tonto. Es una orden. Y que necesitéis o no un informe es lo de menos. Se trata de ayudar a esta persona, que pasa un mal momento.

—Hablaré con el director. Pero tenía entendido que de este tipo de ayudas se encargaban los de asuntos sociales. O el circo de *La*

ciudad de los muchachos del padre Flanagan.

Lo comenté con Jesús, y tanto él, que era un hombre intachable, como yo, que al menos en esto le imitaba, decidimos no pagar ni un duro por el enjuague, con lo que empezó a quedarnos claro que nuestra permanencia en aquel sitio sería más bien breve. No sé si al final al pobre necesitado de ayuda le pagó alguien, pero quedó más que claro que nosotros no lo haríamos bajo ningún concepto. Nuestra popularidad debió de quedar seriamente dañada, pero dormíamos estupendamente.

La Administración que conocí buscaba la eficiencia y era admirable en muchos aspectos. La gestión de los centros de menores mejoraba y los programas de formación eran verdaderamente buenos. Muchos licenciados en Derecho sin demasiados recursos preparaban con nosotros el acceso a la carrera judicial con buenos resultados. La biblioteca llegó a ser ejemplar y los funcionarios, excepción hecha del conserje, solían ser tipos abnegados que, a cambio de un sueldo espartano, dedicaban a lo suyo más horas de las que les tocaban. Eso no evitaba las corruptelas, ni que el político llegara a pensar en las dependencias públicas como en un cortijo de la familia. Pujol, que creó una Administración desde la nada, intentó que, además de catalana, fuera ejemplar. Lo de catalana lo consiguió con creces.

Poco después de este episodio, nuestro *conseller* fue destituido y dimos por hecho que nosotros iríamos detrás. No quisimos concederle a su sucesor la alegría de largarnos y presentamos de inmediato sendas cartas de dimisión, que fueron aceptadas con un seco acuse de recibo. Decía Ivo Andrić que si la gente supiera el poco cerebro con que se gobierna el mundo, moriría de miedo. Pero lo cierto es que el mundo siempre nos deja ese último placer de poder mandarlo a la mierda.

La tarde de mi cese, y tras una clase sobre los elementos de la estafa (engaño bastante, acto de disposición y perjuicio patrimonial, más un incauto dispuesto a dejarse engañar), encontré a Gemma a la salida de la universidad. Vestía una falda negra ajustada y una blusa blanca que le sentaban tan bien que parecían simplemente pintadas sobre su cuerpo desnudo. Me lanzó una sonrisa irónica mientras apoyaba sobre su pecho una carpeta con el anagrama de la Pompeu y me habló con humor algo zumbón:

—La otra noche parecías tener prisa por irte.

—Tuve miedo. Tu amigo parecía a punto de tirarme un cenicero. Y ponía cara de cordero degollado.

—Casi todos los hombres lo hacen.

—¿Tirar ceniceros?

—Mirar mal a otros hombres. Y ponerse patéticos. Sobre todo cuando no tienen la menor oportunidad —añadió entornando los ojos.

—Cuesta saber cuándo se tiene la oportunidad. Hay gente que se pasa la vida buscándola —repuse sentencioso y profesoral.

—Tú sabes que la tienes.

—¿Te puse buena nota en penal?

—Ni la mitad de lo que merecía. ¿Vamos a cenar?

Fuimos a l'Ou com balla, en el Borne, un lugar elegante, afrancesado y de precio asumible donde dimos cuenta de dos botellas de *friuli* de la Venezia-Giulia sin pestañear. Cosas de la edad. Gemma era dura y práctica, sus juicios sobre los demás carecían de compasión y tenía ganas de reír. Por eso no soportaba a aquel tipo triste y sentimental, que hablaba del amor a la menor oportunidad y, así, se alejaba cada vez más de la posibilidad de hacerlo. Pero para no poder con él, lo cierto es que se había prodigado en su compañía. De alguna manera, lo venía a considerar un trofeo de prestigio.

—Hizo su tesis doctoral en Harvard. Fue allí donde conoció a su mujer. Una chica a la que sólo le faltó hacerle vudú y arrancarle las uñas de los pies, y con la que acabó muy mal. Pero es uno de los hombres más cultos que he conocido. Parece que lo haya leído todo —dijo con expresión valorativa.

—Y, así y todo, no te gustó lo suficiente —medio afirmé dudoso.

—Es un llorón. Y un baboso. Tan sexi como un bacalao en remojo.

—Y tú, una rubia con la que volver a enredar el corazón.

Sus ojos azules y brillantes se fijaron en los míos y me hicieron sentir la frialdad de su deseo. Fuimos al hotel Derby, donde ya me conocían y daban por buenas mis estancias sin equipaje. En la habitación, me abrazó y empezó a recorrer mi boca con la suya. La llevé a una gran cama en la que su cálido cuerpo elástico se tumbó junto al mío y donde las luces del exterior y los ruidos del tráfico de la calle parecían aislarnos. Acaricié su cabello sobre la almohada, sus pechos duros bajo mi cuerpo, el hueco de su estómago y las piernas que se levantaban y se abrían. Nos compenetramos perfectamente.

Todo funcionaba y, por eso mismo, resultaba extraño, y di por iniciado un romance que terminó cuando ella quiso: demasiado pronto. Mientras duró fui bastante feliz, y ella rio mucho. Estaba claro que las mejores técnicas de seducción seguían siendo hacer reír y cenar en sitios agradables.

8

Margot

Tras la aventura en el Centre d'Estudis Jurídics, me había quedado sin despacho y Jesús no tenía ningunas ganas de volver a la universidad como catedrático con dedicación exclusiva. En ésas estábamos cuando nos surgió la ocasión de incorporarnos al bufete que había montado no hacía mucho Pablo, un tipo atractivo y ambicioso que nos abrió las puertas y con quien estuvimos asociados un buen número de años. Nos fue bien, y tal vez nunca debimos habernos separado. Son errores que se cometen con alguna frecuencia en la vida, pero al menos supimos conservar la amistad.

Los casos que nos ocuparon representaban un salto cualitativo respecto de los del despacho de Paco. Pablo contaba con una envidiable red de contactos tanto familiares como empresariales y políticos. Era de esos patricios de Barcelona, por gusto y por tradición, que están en todas las salsas: el Barça, el Palau, el Círculo del Liceo, el Tenis Barcelona y lo que haga falta. De ese mundo del que alguien dijo que lo malo de ser rico es que no se ve más que a otros ricos. Aunque lo cierto, por lo que fui observando a su lado, era que los ricos estructuraban rutinariamente su vida con la única finalidad de ver a otros ricos. Por eso veranean en el Empordà, pasan el invierno en la Cerdaña y almuerzan de vez en cuando en Via Veneto. Y se organizan de tal manera que, vayan a donde vayan, ven a las mismas personas, unos pocos centenares. En definitiva, la gente que cuenta, dando la impresión de que no hay nadie más en el mundo.

Esas relaciones nos trajeron clientes y pronto crecimos. Llegaron los delitos ecológicos de grandes empresas, los económicos y fiscales, los escándalos financieros que acababan en la Audiencia Nacional y, en poco tiempo, nos situamos como uno de los pequeños despachos de

penal que jugaba en las grandes ligas y competía por las primeras posiciones. Los penalistas sólo conocemos la realidad en sus aspectos más patológicos y nuestro trabajo nos ofrece un cuadro puntillista y elocuente de las miserias morales y económicas asociadas a la condición humana. Pero, a nuestro nivel, perdíamos de vista cierta clase de criminalidad, más asociada a la pobreza, la ignorancia y la anomia que a la codicia. Nuestra pretensión era la de llevar todo tipo de asuntos, pero nuestros precios filtraban rígidamente los rasgos de la clientela. Nunca tendríamos defendidos como uno de los que me tocó de oficio, un tipo que había secuestrado a su hija de diez años y la ahogó en la bañera porque, durante el divorcio, su esposa se había quedado con el televisor, pero reconozco que eso me parecía de perlas.

Uno de los que me ocupé estaba acusado de agresión sexual por su exmujer. Era un tipo alto, con algún kilo de más y muy animado, que vestía un *blazer* impecable y una corbata de tonos discretos. Gozaba de buena posición y estaba obsesionado con la denuncia que había puesto contra él, decía, por motivos puramente económicos. Un chantaje puro y duro. También se dedicaba, hablando con los muchos periodistas que conocía, a cuidar de una reputación que no saldría indemne de un escándalo de estas características. Enseguida me dejó claro que era un personaje combativo y acostumbrado a tratar con abogados.

—Esto lo tienes que decir tú, pero si crees que nos hace falta contratar a unos detectives privados para que la investiguen, puedes hacerlo directamente, no hace falta ni que me consultes —dijo en tono belicoso.

—Te lo iba a proponer. Su denuncia da muchos detalles, y habría que combatirlos uno por uno —repuse.

—Puede dar los detalles que quiera. Serán falsos y se podrá demostrar. Y no quiero ningún acuerdo: no me va a sacar ni un duro. Ya me ha sangrado bastante con el divorcio.

—Entendido. Tenemos que hablar de nuestros honorarios —le dije, impostando el tono del que está acostumbrado a hablar de dinero con naturalidad.

—Pagaré lo que me digáis. Pero te voy a poner un incentivo: si consigues que archiven el caso sin llegar a juicio, te pagaré el doble. Lo que vale dinero de verdad es eso, al menos para mí. Por cierto, ¿no

vas a preguntarme si soy culpable?

—Por lo que me has dicho, doy por supuesto que no, pero tampoco me importa demasiado. Yo iré al juzgado con tu versión y la apuntalaré con todo lo que encuentre, pero siempre será tu versión. La interrogaré con una sonrisa entusiasta y amable y con la verdadera intención de hacerla picadillo. Y, si ha mentido, la destrozaremos. No hay nada mejor que eso, ni huellas dactilares, ni detectives, ni ADN: un mentiroso pillado *in fraganti* en plena declaración.

—Ése es el espíritu —concluyó, tendiéndome una mano húmeda que estreché con una cierta aprensión.

No sé si la agrediría sexualmente o no, pero todo salió bien. Había tenido la precaución de grabar todas sus conversaciones telefónicas con ella, y las peticiones de dinero eran recurrentes. En una de las llamadas llegaba a decirle que le denunciaría por haber metido mano durante años al hijo de ambos, a no ser que cincuenta millones de pesetas la hicieran reconsiderar la conveniencia de llevar al niño al juzgado. Es bien cierto que hay que temer a determinados excónyuges más que a las furias del infierno, pero salimos bien parados de este lance y cobramos una minuta excelente. Mucho más de lo que hubiera cobrado Paco por ese mismo servicio, pero ya éramos un despacho cotizado, y eso se notaba.

Dedicaba mi tiempo a esa retahíla de apropiaciones indebidas, delitos societarios, estafas, falsedades y delitos de políticos pillados más o menos con las manos en la masa mientras todas las ilusiones depositadas en un Partido Socialista con el agua de la corrupción al cuello se iban al diablo y me resignaba a pasar unos cuantos años bajo la férula de José María Aznar. El nuevo presidente del Gobierno era un tipo adusto, con una expresión malhumorada que descendía por su rostro como un casquete de hielo y una sonrisa lobuna que le hacía parecer aún más irritable, como si no pudiera soportar el espectáculo de un honor nacional que declinaba. No obtuvo mayoría absoluta y se abrazó con gusto a Pujol, y Pujol se dejó querer, pero como una frígida vestal, con muy escaso entusiasmo, como si el súbito afecto del otro le resbalara, o incluso llegara a parecerle de mal gusto. Como consecuencia de aquel acuerdo, el famoso «pacto del Majestic», pues se fraguó en ese hotel del paseo de Gracia, Pujol obtuvo el traspaso de

las competencias en materia de policía, consolidó su reputación de estadista español y se invitó a Convergència a entrar en el Gobierno. Pujol se negó, pero aun así éste fue uno de sus períodos de máxima influencia. Pude verlo claramente en una entrevista con Sánchez Llibre en el hotel Palace de Madrid: había cola en el *hall* para reunirse con él y con Duran i Lleida. Mendicantes como franciscanos, banqueros, periodistas y políticos esperaban audiencia. Sánchez Llibre los iba colocando en las butacas esparcidas bajo la cúpula de la recepción y, a su debido momento, los iba llevando a la presencia de Duran, el hombre de Pujol en Madrid y otro tipo con el que los cronistas de la capital solían prodigar, vaya usted a saber por qué, el calificativo de «florentino». Buenos tiempos para el grupo catalán en el Congreso, que pintaba mucho y que, extrañamente, al cabo de no tantos años adoptó cierta tendencia a la irrelevancia. Y a quedarse más solo que un hongo.

Pujol, como en su día Fraga, llevaba el Estado en la cabeza, pero tenía astutamente a gala no conocer el cuadro íntegramente. Su arte consistía en la hábil revelación de cabos sueltos, en callar bruscamente y, si era necesario, en mover montañas empleando una cucharilla de café. No quiso participar en la gobernación del país porque se sentía mucho más a gusto en ese Estado semiclandestino, el que no aparece ni en la Constitución ni en las leyes, y que es donde se desarrolla realmente la vida pública. Donde se habla en privado con el rey y los ministros, se negocian los traspasos y se tejen las redes de favores y los compromisos ocultos. El mundo de los que mandan de verdad. Ninguna novedad, como tampoco la hay en que los reyes caigan, los ministros acaben en la cárcel, las reputaciones se arruinen y las agendas útiles caduquen. Y Pujol, presidente presidencialista donde los haya, acabó olvidando aquella máxima de Montaigne según la cual en el trono más alto del mundo sólo podemos sentarnos sobre nuestro propio culo.

La decepción política, gestada durante años, me conducía al cinismo, y mi trabajo como abogado de gente de los barrios altos, a mejorar mi vestuario y el nivel de mis restaurantes, lo que, a su vez, contribuía a la satisfacción de Gemma, siempre práctica, elástica y dada a la diversión. Había terminado la carrera, se había incorporado a un buen despacho dedicado al derecho mercantil y gastaba un pueril aire de suficiencia profesional que hubiera resultado ridículo en

alguien con peor anatomía. En ella era encantador. Vimos *Pulp Fiction*, cenamos en el Tram-Tram y ella echó una mirada valorativa a mi chaqueta y me besó, primero suavemente en los labios, después metiéndome la lengua hasta la campanilla.

—Se te ve muy interesante.

—Es lo mismo que dicen de Guatemala —respondí jardieliano.

—¡Qué ingenioso!

—Es mejor pretender pasar por ingenioso que pretender pasar por vulgar —seguí en el mismo plan.

Y ella rio y rio, que era lo que había venido a hacer, y el prólogo inmejorable de una de nuestras noches de sexo en aquellos hoteles a los que se hizo adicta y de los que nunca hablaba con sus novios breves e intermitentes, generalmente abogados jóvenes con más ambiciones que Napoleón y un tanto estólidos. Una tarde la vi con otra gente en el ZigZag, locuaz y desinhibida. Me ignoró y, por un instante, sentí un fogonazo de identificación con mi predecesor el filósofo, sintiéndome patético y trasnochado. Por eso dejé de frecuentarla, y porque el resentimiento y el orgullo son el último refugio de los perdedores. Me despedí con pocas palabras y, como debe ser, con *Margot*, porque su presencia pasó a reventarme, y hubiera pagado por no verla, y por olvidar su cuerpo:

Ese cuerpo que te marca
los compases tentadores
al candombe de algún tango
en los brazos de un buen gil,
mientras triunfa tu silueta
y tus trajes de colores
entre risas y piropos
de muchachos seguidores
entre el humo de los puros
y el champán de Armenonville.

Cuando me llamó una monja del Raval, no podía imaginar que me vería frente a uno de los casos más perturbadores de mi carrera, ni que iba a tener dos nuevos amigos de larga duración, en una edad en la que ya no se hacen amistades, Arcadi y Marçal.

Era una calurosa mañana de finales de julio, ese mes que colapsa los despachos de abogados por la afición de los jueces a adelantar o resolver asuntos antes de las vacaciones de agosto. Los señalamientos se sucedían y en las mesas se acumulaban los expedientes. La gente entraba y salía zumbando como moscas y todo el mundo estaba un poco más que harto. La llamada venía del pasado, de la vez en que unas religiosas dedicadas a la asistencia a los presos más pobres y desesperados y a los marginados del barrio me habían pedido ayuda para que un recluso holandés, enfermo terminal de sida, pudiera cumplir lo que le quedaba de condena, y morir, en su país de origen. Todo salió bien, pero acabó mal, pues el tipo falleció al poco de aterrizar en Holanda, y de ahí surgió una relación de mutua simpatía con aquellas mujeres que llegaban sin hacer ruido a lugares fuera del radio de alcance de los servicios sociales.

—¿Has visto en la prensa lo de la red de prostitución de menores? —preguntó.

—¿Lo del belga? —contesté algo sorprendido.

Pensaba en el caso de Marc Dutroux, un asesino en serie procesado por pederastia y por haber formado parte de una red de secuestro y asesinato de menores de quien se decía que había abusado de varias niñas de entre ocho y diecinueve años y asesinado a varias de ellas. Su proceso generó un escándalo que trascendió de las fronteras de Bélgica y ocasionó una ola de indignación en toda Europa, tanto por la gravedad de los crímenes como por lo que se calificó como desidia de los servicios sociales y la policía. Cada día se leían en los periódicos artículos pidiendo intervenciones policiales y mano dura, y parecía como si Dutroux hubiera permitido visualizar una plaga de abusos que hasta entonces había permanecido encubierta, tal vez por las más perversas razones. Y del escándalo brotaron, a su vez, importantes dosis de charlatanería, disfrazada, como siempre, de rigor: estadísticas, teorías, citas, leyes, hechos inverificables y, sobre todo, nombres de sospechosos. La pedofilia —las actividades sexuales adultas que incluyen a niños— es una conducta criminal que explota la fragilidad, y es tanto más perversa por afectar a seres carentes de mecanismos de defensa, incluso psicológica. Es uno de los pocos casos de aficiones sexuales de los que no conviene retirar la etiqueta de «perversión», y a los que no afecta la tendencia liberalizadora registrada con las demás parafilias. Un

problema exclusivamente penal y, colateralmente, psiquiátrico, en el que se juntan el tabú, el horror, la cólera y, como se pudo ver, el sensacionalismo.

—No, un caso en el Raval —siguió la monja—. Si lees *El País* de hoy, verás una crónica en la que se habla de unos padres que prostituían a su hijo. El periodista Arcadi Espada está siguiéndolo.

—¿Y esto qué tiene que ver con vosotras y conmigo?

—Conocemos al niño y a sus padres, y lo que dicen los investigadores de la policía tiene que ser completamente falso. Es imposible que esa gente haya hecho lo que dicen. El niño está perfectamente escolarizado y los padres son gente trabajadora y normal. Pobres, eso sí. Pero en absoluto unos monstruos —dijo mientras se iba crispando y elevando el tono de voz.

—¿Qué quieres que haga? No se me ocurre.

—Nos gustaría que te pusieras en contacto con el abogado que está llevando el tema y que colabora con nosotras en actividades del barrio, Marçal Pi. Está defendiendo a otra gente y tiene muchos frentes abiertos. Los padres tienen que declarar ante el juzgado y les han retirado la custodia del niño, que ahora está ingresado en un centro de la Generalitat y está desesperado.

Pablo y Jesús no vieron inconveniente a que interviniera en un asunto tan alejado de nuestros parámetros y quedé enseguida con Marçal. Era un tipo alto, de rasgos afilados y ojos castaños de una intensidad que podía llegar a ser intimidatoria, con una calva reluciente por la que solía pasar la mano que no tenía ocupada en uno de sus sempiternos cigarrillos. Vestía con indiferente desaliño prendas que parecían haber sido adquiridas para un hombre más voluminoso, y no debía de ir demasiado bien de dinero pues todo —mi despacho, los honorarios del procurador, la presencia de la secretaria— le parecía invariablemente caro. Estaba abocado por completo al trabajo social, a la ayuda a los indigentes, a la reinserción de presos recién excarcelados y a cualquier causa humanitaria que a uno se le pudiera ocurrir. Sin embargo, lo hacía sin la pedantería santurrona propia de los burócratas del bien.

—Gracias por ayudar —me dijo de buenas a primeras—, pero supongo que tienes claro que aquí no vas a ver ni un duro.

—Cuando me llamó la hermana, algo me dijo que con este caso no me compraría un yate.

—Ni un yate ni un pañuelo. Pero vamos a ganar. Es un montaje policial, una redada entre los maricones de las Ramblas que se les ha ido de las manos, y una auténtica caza de brujas. No hay ni una sola prueba, ninguna declaración acusadora de nadie, ni el propio testimonio del niño. Le han interrogado tanto la policía como las psicólogas de atención a la infancia y sólo al final, cuando llevaba días encerrado, ha acabado diciendo que sí a todo, pero añadiendo que lo decía para que le dejaran ver a sus padres. Lo que tenemos que hacer es prepararnos para los interrogatorios judiciales. Es imposible que el niño, sin presiones de nadie, no diga la verdad. Y tienes que conocer a los padres. Las dudas que puedas tener se te pasarán al momento. Y hablar con Arcadi, que se está tomando el tema muy en serio. Ha entrevistado a mucha gente implicada y dispone de más información que nadie.

Sus intuiciones iniciales sobre el Raval fueron más que ciertas y lo que había empezado como un proceso contra los padres, terminó con una querella contra los policías del Grupo de Menores y los funcionarios de la dirección de asistencia a la infancia de la Generalitat por delitos de detención ilegal y torturas. No pasa muchas veces, pero a aquel caso conseguimos darle la vuelta. Así que no sólo ganamos y conseguimos la absolución de los padres. Les sacamos los colores a funcionarios atrapados por la presión mediática y por los tópicos de la corrección política. Les hicimos pasar más de un mal rato a los políticos responsables de la atención a la infancia que, mientras alardeaban de cristianismo y devoción (eran todos de Unió Democràtica), no veían mayor problema en apartar a unos padres de su hijo sobre la base de sospechas e insidias. Y avergonzamos a una de las técnicas que se había permitido introducir en un informe comentarios jocosos sobre la familia, sobre uno de los parientes próximos que se había ofrecido a acoger al niño para que pudiera salir del centro en que se hallaba internado. Decía, ni más ni menos, que el pariente en cuestión era un hombre de aspecto muy triste, sin duda como consecuencia de trabajar en los servicios funerarios del Ayuntamiento de Barcelona. Una gracieta propia de quien se siente impune y que tuvo que pagar con una incómoda declaración en el banquillo de los acusados.

Marçal era nuestra versión local de Fermín Salvochea, aquel anarquista andaluz que llevó la buena nueva de una revolución

libertaria imposible a los braceros de los cortijos. Entre prisiones y exilios, Salvochea fue alcalde de Cádiz y, durante la Primera República, presidente del cantón. Un hombre que renunció a su herencia y a sus propiedades familiares y las distribuyó entre los necesitados y un precursor del Patronato de Misiones Pedagógicas de la Segunda República, inspirado en los planes bolcheviques y mexicanos de socialización de la cultura entre los campesinos. Sergio del Molino cuenta cómo el Patronato fue «la demostración, para escépticos y señorones, de que la cultura puede hacer feliz a cualquiera, y que la felicidad es tan importante como el pan y las patatas». Salvochea fue un santo laico. Como Marçal, que murió pocos años después haciendo buena, por una vez, la frase de que siempre se van antes los mejores.

Aunque yo le ubicaba en una izquierda más o menos radical, Marçal tenía una opinión crítica pero no demasiado hostil de Pujol, siempre considerando muchos de los ensueños nacionalistas como auténticos engañabobos: aquello que decía Renan de que una nación es un grupo de personas que miente colectivamente sobre su pasado. Pero era un hombre bregado en lidiar con la Administración y habituado a enfrentarse a ella por sus arbitrariedades y excesos, no por lo que pudieran tener de más o menos soberanistas. Estaba en permanente contacto con el mundo asistencial catalán, y a pesar de la escasez presupuestaria en que éste se movía, Marçal compartía muchos de sus objetivos y dificultades y se llevaba bien con sus gentes de a pie. En realidad, la cuestión catalana que, como pronto pude ver, tanto podía preocupar a Arcadi, le parecía una nadería al compararla con lo que creía de verdad importante: la miseria, la anomia y la desesperación de los pobres, los locos, los toxicómanos o los niños indefensos. Nunca pasan muchos días sin que piense en su pose dostoievskiana, en su convicción de que se puede amar perfectamente a la humanidad sintiendo un gran desprecio por los hombres y en que tenía toda la razón cuando decía que tanto daba un Estado español o uno catalán: tan sólo importa la aspiración a un Estado justo. También me viene, cuando le recuerdo, el pensamiento de que sólo hay una manera de ser bueno, mientras que hay docenas de ser malo, así como alguna de sus afirmaciones características: «Cuando todo el mundo piensa lo contrario que tú, te conviertes en disfuncional, aunque tengas razón. Da igual que sea sobre la ordenación del cosmos o la

redondez de la Tierra. O no llegas a nadie, en el mejor de los casos, o te queman en la hoguera. Siempre hubo gente que supo que no existían las brujas, y que el planeta no era plano (¡eso ya lo sabía Ptolomeo en el siglo II), pero ante el poder hostil y ante la ignorancia hay poco que hacer. Es excavar un túnel en un muro de hormigón con las uñas. Pero es lo único que vale la pena hacer».

Arcadi había llegado a las mismas conclusiones que Marçal sobre el caso. Era un tipo de mediana estatura, moreno, enjuto, de nariz recta y rasgos duros, propensos a conformar un rictus enojado. Su melena negra parecía siempre ordenada por un vendaval y su mirada solía clavarse en la media distancia, el lugar reservado a los que creen saber algo que tú ignoras. Exhibía opiniones severas y un tanto dogmáticas con impresionante seguridad y, aunque liberal, seguía manteniendo trazas del marxista doctrinario que alguna vez fue. No parecía muy conforme con que las decisiones políticas surgieran de los compromisos, del malentendido, de la transigencia y la cesión y que nunca pudieran ser perfectas. Aún menos con el hecho innegable de que la verdad se encuentre siempre fuera de sus ambiciones prácticas.

La vida cambia constantemente, es cierto, y los cambios indican una dirección, pero no necesariamente —como él parecía creer fervientemente— hacia un ideal de progreso. Es decir, que, aunque pareciera un tanto cabreado, en realidad era un optimista histórico. Alguien que nunca estaría dispuesto a admitir, como yo proponía, que la aspiración a la verdad era una exigencia intelectual y personal bastante exagerada. Yo no podía aceptar —y sigo sin poder hacerlo— que el mundo avance hacia la felicidad, la democracia y el bienestar. Cada vez más países constituidos sobre ideales ilustrados se someten con gusto a los narcóticos del nacionalismo y la religión, y hasta los que eran paradigma de la racionalidad política se ven tentados por la democracia autoritaria. Él prefería la bienaventuranza psicológica y vegetariana de Pinker y yo, el posibilismo de pesimistas carnívoros como Kaplan o Blom —sobre todo cuando éste dice que el sueño liberal no es la verdad, sino tan sólo una narrativa con raíces históricas concretas, un relato que ha demostrado ser humano y útil—, pero nos gustaban los mismos restaurantes e iniciamos una buena amistad.

Con él acudí una noche a casa de nuestros clientes, en el Raval, cerca del corazón del antiguo Barrio Chino. Era un domicilio modesto

pero limpio y ordenado, con esas cosas que constituyen la decoración de los pobres: un calendario de La Caixa con paisajes, tapetes de ganchillo y un sofá con fundas guateadas donde dormitaba un chucho tan abatido como sus dueños. El matrimonio, la abuela, su otra hija y un par de vecinos rumiaban ante un televisor sin volumen la catástrofe que, sin la menor lógica, igual que un rayo o un huracán, se había abatido sobre ellos, dándole a la escena el aire inconfundible de un velatorio. No entendían nada. En realidad, nunca llegaron a entenderlo. Sólo cabía esperar que, con el tiempo, todos ellos pudieran olvidarlo. Arcadi les habló con gran afecto, sin el menor asomo de la dureza o el sarcasmo que solía acompañar su discurso, y yo les expliqué los pormenores judiciales del caso que les sonaron, como a mí, a una jerigonza incomprensible. Nos fuimos de allí profundamente emocionados, como suele ocurrir cuando tienes la rara oportunidad de apreciar el centelleo de la dignidad y sintiéndonos extrañamente unidos.

Algunos años después, cuando nuestra relación se había consolidado, me vi comentando con Pujol las vicisitudes de la fundación de Ciudadanos, un partido en el que Arcadi tuvo mucho que ver, al menos en sus orígenes. Pujol tenía conocimiento de mi participación en ella (de hecho, yo nunca la había ocultado), sin duda a través de alguno de mis valedores o colegas, siempre ansiosos por decir algo bueno de mí y, fiel a su estilo, me hizo alguna pregunta sobre el tema, con la finalidad ni siquiera disimulada de acabar hablando él. Supongo que Pujol siempre había sido así, pero es verdad que, hablen de lo que hablen, los viejos hablan de sí mismos y estudian su propia imagen en cualquier reflejo.

—Este partido, en realidad, es la anti-Convergència: la negación de todo lo que hemos hecho nosotros. No es que tengan un programa propio, el único que tienen es negar: contradecir lo que somos y nuestra concepción de país. ¿Usted está con ellos en el partido? —preguntó con una mirada astuta, la punta del dedo índice sobre la comisura del labio.

—No, Pujol. Estuve en algunas reuniones previas, pero ni siquiera me acerqué al congreso constituyente. Sin embargo, en algunas cosas creo que tienen razón. No en negar todo lo que se ha hecho, pero sí en este incremento constante de la presión. Por ejemplo, con lo de las horas de español en las escuelas.

—Esto usted tiene que verlo desde una perspectiva de país, y de una lengua en peligro ante la extraordinaria pujanza del español. Si sale usted de la TV3 y de la Administración pública, verá cómo el catalán sigue siendo una lengua de segunda. El catalán siempre está en riesgo de desaparecer. Pero usted conoce a este señor, a Arcadi Espada, ¿no es así?

Desde luego, Pujol creía que la nación existe por el hecho de que hay una supuesta y única cultura nacional, sin conceder jamás que si existen determinadas culturas nacionales es porque ha habido instituciones que las han creado con alguna finalidad. Para él la nación era una realidad preexistente a todo, una realidad dinámica, pero con un punto de partida perfectamente definido por la historia y siempre en lucha hasta conseguir su plena realización: la creación de su propio Estado. Nada, en fin, que ver con el modelo francés de identidad cívica.

—Sí, conozco a Espada. Seguro que a usted le gustaría hablar con él —insinué maliciosamente.

—Mire, no sé… Ha dicho algunas cosas sobre mí… Sobre todos nosotros… Que tiene todo el derecho a decirlas, por supuesto, pero no reconoce nada positivo en una acción de gobierno de muchos años… Hace pocos días me encontré con él en el restaurante Lázaro, de la calle Aribau…

—Las mejores croquetas de Barcelona, sin duda —apunté, provocando que Pujol hiciera un gesto desdeñoso con las manos.

—Mire, yo iba con unas personas, a una especie de reservado que tienen, pero que más que un reservado es que está un poco apartado y que hay como una cortina, o sea que allí se debe oír todo, y, precisamente por haberlo visto, empezamos a hablar no sólo del señor Espada, sino de alguna gente, que yo no creo que sea mucha, que ve toda la realidad de Cataluña desde una perspectiva exclusivamente española.

—Pero hay mucha gente, y yo me cuento, para la que no hay ninguna incompatibilidad entre lo catalán y lo español. Las identidades no son excluyentes. Ése tenía que ser un poco el legado de la Transición. Eso es lo que explicaba usted en sus discursos de no hace tanto tiempo.

—Hay una cuestión nacional innegable en la que usted no repara y a la que se debe dar respuesta. La de la nación catalana. Eso no se

resolvió en la Transición, y creo que le puedo decir sin pecar de inmodestia que yo tuve algo que ver con todo aquello de la Transición. Pero entonces, lo que preocupaba, el problema, era el Estado y su democratización, no la nación. Ni la española ni las otras… Eso quedó aplazado.

Pujol siguió argumentando como solía, pasando del cardenal Richelieu a la constitución de la nación francesa y a cómo aquél tenía una estrategia de la nación a largo plazo que en España no se dio, y mal, hasta el siglo XIX, después de la guerra napoleónica, que se presentó como una guerra de liberación nacional, cuando era más un episodio de una guerra internacional a la vez que una guerra civil. Y de ahí, en lo que era un formato recurrente, Pujol se fue a la Alemania del káiser Guillermo II —un tipo blando, afeminado y muy nervioso, cuyos mejores amigos eran homosexuales, algo que también le ocurría a Von Moltke, que pese a comandar el ejército imperial, mostraba en su personalidad rasgos semejantes—, lo que me dio pie, siempre a propósito del independentismo, de citarle una frase de Bismarck, que Pujol, por supuesto, conocía: «Pobre del estadista cuyos argumentos para entrar en guerra no sean tan convincentes al final como lo eran al comienzo». En ese punto Pujol no manifestó la menor duda:

—El objetivo, la plenitud de la personalidad política de Cataluña, lo merece sobradamente. Y no se trata de ir a ninguna guerra; se trata de reivindicar derechos.

Ensayé algún otro comentario sobre el restaurante y no conseguí atraer su atención. Pujol siempre hablaba de los restaurantes como sitios a los que alguien le había llevado, sin manifestar el menor entusiasmo por ellos. Prefirió abundar en el tema de mi relación con Arcadi, un personaje que, era evidente, le despertaba un gran interés. Ni siquiera recordaba las croquetas del Lázaro y eso que tanto Prenafeta como Francesc Sanuy eran clientes habituales del restaurante, como lo fueron el epicúreo Néstor Luján y el ascético Eduardo Mendoza, y allí habían comido a la hora de las conspiraciones (el mediodía) tanto Josep Maria Cullell como Ferlosio. Quiero pensar que eran lagunas en una memoria por otro lado descomunal y que, en realidad, Pujol había disfrutado, en aquella atmósfera limpia y discreta, de los deliciosos níscalos salteados con butifarra, que, además, eran la mar de patrióticos.

Fue el propio Arcadi quien me descubrió el lugar —debía de

considerarlo una alternativa relajante después de los menús mefistofélicos de El Bulli— y solíamos acudir allí en compañía de Marçal en aquellos tiempos felices en los que Zapatero (el diablo le confunda) aún no había prohibido fumar en los restaurantes. En sus mesas diseñamos las estrategias para plantear el caso en el juzgado y después en la Audiencia, decidimos los testigos más adecuados, nos indignamos ante unos informes médicos que, después de referir infinidad de penetraciones anales al menor, concluían que éstas no habían dejado la menor traza en su anatomía —por lo que los abusos debían de haber sido de otro signo, aunque eran incapaces de precisar su naturaleza— y, en fin, brindamos con champán por uno de aquellos poco frecuentes triunfos de la justicia, una maquinaria mucho más adecuada para condenar culpables que para absolver inocentes.

Una vez recuperado a su hijo, la familia extensa, sus amigos y vecinos, tiraron la casa por la ventana y nos invitaron a comer en el que juzgaban, con razón, el mejor y más emblemático local del barrio, Casa Leopoldo. Entre anillas de calamares a la romana, buñuelos de bacalao y rabo de toro, me sentí como Carvalho, moderadamente feliz, con ganas de quemar algún libro y plenamente conforme con la profesión que, al fin, me había elegido.

9

Tortazos

Conocí a Javier en Cadaqués, aunque, obviamente, ya sabía quién era. Hacía años que veía en la bahía su rutilante yate azul, y sus desembarcos, en una lancha auxiliar algo más pequeña que el *Queen Mary*, cuando bajaba para desayunar en la terraza del bar Melitón. Ana y yo observábamos el trajín de marineros y guardaespaldas desnudos desde las rocas, preguntándonos sin demasiado interés cómo diablos se podía tener tanto dinero. Ni se nos pasaba por la cabeza que pudiéramos llegar a ricos nosotros mismos, y nos consolaba imaginar que éstos no valían para la posición que ostentaban, y que eran desgraciados cuando la conseguían. Pensábamos de ellos como Dorothy Parker: «Si uno quiere saber qué piensa Dios del dinero, no hay más que ver a qué gente se lo dio». Éramos un par de pobres progres, de esos que creen (muchas veces, injustamente) que el fondo está sembrado de buenas personas, y que sólo los bastardos y el aceite ascienden.

Eran los tiempos en que Javier estaba considerado el rey Midas de las finanzas españolas. De aquella España en la que era más fácil enriquecerse que en cualquier otro lugar del mundo, todos sus habitantes podíamos aspirar al lujo más ostentoso, los banqueros bailaban sevillanas y la gomina y los caracolillos de pelo en la nuca empezaban a parecer una de las plagas de Egipto. Cuando los corredores de bolsa se apostaban en formación en las de Madrid y Barcelona para recibirle, haciéndole un pasillo como los que formaba la servidumbre en *Retorno a Brideshead*.

Años después, tras la primera guerra de Kuwait, su suerte había cambiado. Los nuevos gestores del Emirato iniciaron una profunda depuración entre los que habían sido los gestores de sus fondos en el

extranjero a través de la Kuwait Investments Office (KIO), un organismo público, extraordinariamente opaco, dirigido por la rama de miembros de la familia reinante que había caído en desgracia. Y Javier, representante en España de esos fondos y estrecho colaborador de aquellos tipos, empezaba a padecer la misma suerte. Una suerte que, hasta que vinieron mal dadas, había hecho de él una leyenda. De joven banquero en las Ramblas de Barcelona a triunfador adulado por los poderosos. Rey incluido.

Había demandas contra él interpuestas ante la Corte Comercial de Londres y una querella ante la Audiencia Nacional por la presunta apropiación indebida de fondos del Emirato. Un asunto barcelonés, el de Grand Tibidabo, lo había llevado a ingresar en prisión provisional por unas semanas, y una trayectoria que poco tiempo atrás había hecho que Pujol le declarara públicamente un empresario ejemplar se hallaba por aquellos días bajo sospecha. Tampoco ayudaba que unos medios de comunicación que había regado generosamente durante años abanderaran ahora una cruzada para denigrarle, alimentando algunas evidencias con no pocos rumores y sospechas, creando un círculo vicioso entre la opinión de la gente y todo lo que se emitía y publicaba.

Era, en todo caso, alguien que siempre había estado muy lejos de mi alcance, uno de los magnates más vistosos y remotos. No participaba del calvinismo un tanto hipócrita de otros ricos locales, y al yate en cuestión (diseñado originalmente para el rey Juan Carlos) se unía un auténtico despliegue de helicópteros, jets privados, vehículos de alta gama y agentes de seguridad vestidos de negro, musculosos y dotados, por regla general, de esa expresión hierática propia de las gentes de su oficio. También le había visto frecuentando uno de mis bares favoritos, el Ideal, donde solía aterrizar algunos mediodías para dar cuenta de unos martinis muy secos y unas almejas muy grandes, mientras una cohorte de composición variable le hacía la pelota de forma inmisericorde. De hecho, un verano, y de eso nos enteramos todos en la barra, llegó a contratar a uno de los bármanes, el meticuloso Manel, y se lo llevó al barco, junto a una generosa provisión de almejas, para tenerlo a mano a la hora del aperitivo. La verdad es que me pareció una de las mejores maneras en las que alguien puede gastar su dinero. Es increíble lo que uno puede llegar a traerse cuando se tienen cien millones de dólares.

Curiosamente, tenía algo de original, de *outsider*, pese a su despliegue de medios y su proximidad con el poder. No frecuentaba el Barça, ni el Liceo, ni el Palau, ni las habaneras de Palafrugell. Hasta donde yo sabía, tampoco jugaba al golf y no parecía que en su casa de Vaqueira hiciera mucho más que contemplar las atléticas evoluciones de la familia en las pistas mientras se tomaba una copa. En definitiva, era uno de esos tipos rodeados de gente que siempre acaban por parecer solitarios. Próximo a Convergència, porque era uno de esos hombres que siempre está cerca del poder, no daba la impresión de ser uno de ellos. Nunca había oído que pronunciara ni una palabra en catalán, y su relación con Roca, con Macià Alavedra, con el propio Pujol, parecía más fruto de un concierto de intereses que de alguna proximidad política o de la simpatía personal.

Aquel verano ya no tenía el yate azul y, aunque seguía siendo, sin duda, muy rico, paseaba por el pueblo con una Mobilette un poco tronada, un polo azul, bermudas y unos náuticos, saludando con una mano a los conocidos, pues era un tipo popular, aunque últimamente, por lo que la gente decía a sus espaldas, parecía que había mucha competencia para el puesto de su peor enemigo. Poco antes de mediodía detuvo la moto junto a mí, a la altura del Marítim, frente a la playa Grande de Cadaqués, y me habló como si fuéramos viejos amigos:

—¿Qué haces por aquí?

—Pasar el mes de agosto —repuse más que sorprendido por el hecho de que me hablara.

—Eso ya lo veo. Digo ahora mismo, por si quieres venir al Rocco a tomar una copa.

—Iba al estanco —dije—, pero una copa me parece bien.

En realidad, me parecía un poco pronto para los tragos, y estaba pensando más bien en darme un remojón, pero no iba a perder una ocasión como ésa por nada. Los poderosos, aunque no estén en su mejor momento, irradian poder, un dominio incontenible sobre el entorno y sus pobladores, y, al menos en mi caso, inspiraban aún una estimulante curiosidad.

Salió zumbando con la moto y yo caminé hasta el local. De hecho, se trataba de un restaurante, el Tiramisú, que contaba con un sombreado patio interior con parra y entoldado y una barra blanca con taburetes tras la que oficiaba un barman filosófico de origen difícil

de precisar, tal vez argentino, tal vez italiano o, posiblemente, un catalán del Empordà parco en palabras. Javier me estaba esperando y, frente a él, dos martinis preparados con su correspondiente oliva. El primer sorbo helado fue como una cuchillada de frescor clavada en la nuca, estimulante siempre que no se olvide que una copa es poco y dos, demasiado. Se comportaba con la desenvoltura de un cliente habitual, casi como el dueño del local. Pidió música, boleros cantados por Diego el Cigala, y empezó a explicarme a grandes rasgos sus procedimientos judiciales, sus viajes por medio mundo y sus relaciones con el rey y Pujol. Parecía como si me hubieran dejado entrar en uno de esos clubes donde no se admite a gente como yo, cuyos miembros más conspicuos opinan que los abogados son unos tipos a medio camino entre los limpiabotas y los *maîtres* de restaurante, pero era extremadamente cordial. Miraba fijamente con sus grandes ojos azules y acuosos y narraba anécdotas extremadamente íntimas de políticos y banqueros. Gentes, que, en el fondo, no parecía apreciar gran cosa. Tampoco tenía inconveniente en relatar escandalosos actos de corrupción. Eso sí, al hacerlo bajaba un tanto la voz y componía una expresión maliciosa, como un chico precoz en una destilería clandestina.

A partir de ese día, y durante todo el verano, nos vimos con cierta frecuencia. Quedamos alguna noche para cenar y repetimos esos aperitivos a los que me volví adicto y que me hacían llegar a la hora de la comida sumergido en un sentimentalismo báquico y del mejor de los humores. Si se vierte alcohol sobre un manojo de nervios, el resultado es un desastre, pero yo estaba más que tranquilo disfrutando del verano, de las nuevas amistades y de una vicaria sensación de prestigio. Cuando, ya entrado el mes de septiembre, me llamó para avisarme de que pasaría por el despacho a verme, no me sorprendió en exceso. Quizá quería prolongar alguna de aquellas charlas caniculares o recrearse con algunas de sus innumerables anécdotas, o evocar la emoción que nos causó a los dos asistir, acodados en la barra de Rocco, al atentado a las Torres Gemelas, cuando ya se vio que aquello del fin de la historia era una pamema y que el mundo no es que avanzara hacia la armonía liberal y democrática, es que se iba a la mierda. En cualquier caso, a mí me alegró alardear ante mis socios de la súbita mejora de mis relaciones mundanas.

Javier se presentó en el despacho acompañado de dos escoltas que esperaron en el recibidor tiesos como palos y vistiendo esos trajes oscuros que sus jefes les encargan en sastrerías baratas y les dan un aire un tanto tarantiniano. Conservaba el bronceado del verano y se veía excitado, como quien tiene que dar una noticia explosiva y se contiene a duras penas. Pidió un café y se sentó frente a mí.

—Esa corbata que llevas es una birria —soltó—. Tengo que darte algunas indicaciones sobre cómo viste un *gentleman*.

—Si me visto como un *gentleman*, parecerá que voy disfrazado. Es una corbata fúnebre y discreta y nadie se había quejado. Pero mañana me pondré la otra —respondí entre mosca y divertido.

—Voy directo al grano. Quiero que te ocupes de mi defensa en el tema de la Audiencia Nacional, el de la KIO. Y quiero que empieces a ocuparte hoy mismo. Te pagaré bien, pero te daré mucho trabajo y heredarás tanto a mis amigos como a mis enemigos. ¿Te ves capaz?

Mientras esto decía, fijaba sus ojos en la superficie de piel de la mesa y la golpeaba sonoramente con su índice, subrayando el sentido de cada palabra. Tenía ante sí un café que no bebió y lucía en la muñeca un reloj algo más pequeño que un batiscafo, pero su aspecto era excelente, una mezcla de elegancia inglesa y latina nada ostentosa pero eficaz. Su cara ancha, de inflados carrillos, se veía perfectamente rasurada y desprendía un leve aroma a colonia de Loewe. Obviamente, no me costó nada encontrar la respuesta apropiada para su propuesta. Me atraía la relevancia del caso, pero, después del encargo de las monjitas, la mención al dinero ayudó:

—Estaré encantado. Y te agradezco la confianza. Me veo capaz porque cuento con Jesús y con Pablo. Jesús para el análisis jurídico y Pablo para que siga al frente del despacho, porque un tema como el tuyo me va a suponer muchas horas de dedicación.

—Eso es cosa tuya. ¿Podemos empezar ahora mismo?

—Empecemos. Sé de tu caso lo que he leído en los periódicos —dije.

—Pues entonces, no tienes ni puta idea. Empecemos por el rey y por la operación Pincinco.

Y por ahí empezamos. Por los cien millones de dólares del préstamo saudí, por cómo el rey los había perdido y se vio en el trance de devolverlos, y sobre cuál fue su intervención, en plena invasión de

Kuwait, cuando yo hacía mis pinitos con Paco, para que la devolución fuera posible. La historia era de *best seller*, pero la encontré demasiado fuerte, y me atreví a darle el primero de mis consejos, uno que entonces era apropiado y que hoy omitiría:

—El rey es el santo vivo de la Transición democrática, algo así como los justos de Israel. Cualquier línea de defensa que le comprometa será cortada en seco por los tribunales. Y parece que haya pocas pruebas, más allá de tu palabra.

—De pruebas hay a montones. Y están en Ginebra y en Madrid. Tienes que ir a Ginebra y hablar con mis abogados suizos. Te contarán cómo están las cosas allí. Y tienes que ver al abogado de Manolo Prado. Ése está en medio de todo. Es la voz del rey.

Y así lo hice. Durante los años en que estuvimos juntos me volví un asiduo de los despachos suizos, asistí a declaraciones en los juzgados de Ginebra, corrí junto al lago y nadé entre los patos que se acercaban a la playa del hotel Hilton, cené *fondues* de queso en restaurantes caros y espartanos a la salud de mi cliente e hice lo que pude por prestarle alguna ayuda; por ser algo más que un mirón del desastre que se avecinaba. Pero, mientras, paseaba por el barrio antiguo, por callejones estrechos e iglesias iconoclastas, por parques donde los jugadores de ajedrez movían con algún apuro piezas gigantes y las severas imágenes de los padres de la Reforma protestante contemplaban malcarados los juegos infantiles y la evolución de los perros. En un bar de inspiración española, El Sol Rojo, ante una copa de un rioja de medio pelo a precio de Mouton Rothschild y unas aceitunas francamente sosas, comentaba pormenores del caso con Jean, uno de los abogados suizos que estaban en el tema.

—El equipo de abogados de Kuwait está presionando a la fiscalía y al juzgado para que se entregue a España toda la documentación bancaria comprometedora —decía éste.

Jean era el paradigma del tipo de suizo con el que estuve en contacto, alguien firmemente arraigado a una ciudad que no pensaba abandonar en su vida y que practicaba el esquí de montaña cada fin de semana alojado en su austera caseta de madera situada en el corazón de los Alpes. Sin embargo, era absolutamente cosmopolita: con su máster en Estados Unidos y sus constantes viajes a cualquier lugar del mundo adonde le llevaran sus adinerados clientes. Clientes

que, fueran del Congo o de Kiev, compartían el mismo rasgo distintivo: cuentas cifradas en bancos discretos y calvinistas nutridas con fondos de procedencia equívoca en el mejor de los casos.

—Pero hay secreto bancario, ¿no? Tenía entendido que Suiza no entregaba ese tipo de información a tribunales extranjeros —apunté cándidamente.

—Eso pasó a la historia con las que aquí llamamos «leyes Clinton», porque vinieron los americanos por lo del oro de los nazis y presionaron hasta cargarse prácticamente el secreto. Es lo que se conoce como el efecto «ábrete, Sésamo» con el delito de blanqueo de capitales. Basta con que se abra un procedimiento suizo por blanqueo, para que se acumule en él toda la información bancaria y de ahí pase a los jueces de los países solicitantes. Si hay una causa criminal, lo del secreto es una leyenda para incautos.

—¿Dices que los kuwaitíes son unos incautos?

—No. Los incautos son sus gestores españoles, los que creyeron que esto era el país de irás y no volverás. Ya nos ha pasado varias veces con España. Supongo que te acuerdas del caso del juez Pascual Estevill…

—Perfectamente. Entonces ¿para qué sirve tener una cuenta en Ginebra?

—Para ganar dinero. Los bancos son muy buenos y la gestión de patrimonios, excelente: buenas rentabilidades anuales y un viaje cada año para cenar en Les Armures y comprar un reloj. Poca cosa más.

—Así que, en nuestro caso…

—Toda la información llegará a la Audiencia Nacional. Lo único que podemos hacer aquí es retrasar el envío a base de recursos. Nada más. Todo depende de la necesidad de parar el golpe que tenga el cliente. Y de la influencia que puedan tener Prado o, si es el caso, el rey… —añadió un tanto dudoso.

—¿El rey podría llegar a parar el asunto?

—Todo es posible, pero no lo creo. La fiscalía suiza está muy acostumbrada a las llamadas de autoridades extranjeras, y no suelen hacer mucho caso. Además, nuestro juez instructor es un tipo claramente de izquierdas, y un puritano. Se presentó a la carrera judicial por las listas del Partido Ecologista de Ginebra.

Ciertamente, no eran los mejores presagios y sólo cabía esperar lo que en algún momento llegara a Madrid: toda la información sobre

aquellas enormes sumas de dinero con origen en los desiertos de Arabia, movidas a través de sociedades radicadas en islas del Caribe y del Canal que evocaban las novelas de piratas de Stevenson y Salgari y enterradas finalmente en las calles recatadas y solemnes de Ginebra. Parecía esa clase de dinero que no puede hacerse sin ensuciarse de algún modo, que deja cadáveres a su paso y que, en algún punto de su recorrido, acaba por hacer daño a alguien. Pero mi cliente tenía una buena explicación —había hecho falta una guerra y un relevo en el Gobierno kuwaití para cambiar la percepción sobre sus negocios— y yo no tenía otro objetivo que apuntalarla con todo lo que encontrara.

Y recuperé Madrid, llegando a conocerla mejor que nunca y a sentirla más propia. Esa ciudad sin forasteros y con tabernas con azulejos, mujeres sofisticadas en Ortega y Gasset y tascas animadas con el suelo junto a la barra lleno de cáscaras de gamba, museos por doquier y esos asadores que abren quienes tradicionalmente han controlado allí los fogones y los bancos: los vascos.

Me alojaba en el hotel que él mismo me recomendó, en la calle López de Hoyos, junto a la Castellana. De ahí salía cada mañana hacia el despacho del abogado de Prado, o al del abogado del Emirato de Kuwait, ambos catedráticos de penal, de los mejores tipos que uno pueda conocer. Gentes que me hubieran parecido inaccesibles en cualquier momento anterior se convirtieron en buenos amigos y me acogieron como si fuera uno de los suyos, no un advenedizo al que una serie de carambolas del destino había colocado en un asunto de esas dimensiones. Gonzalo, en su luminoso despacho de Príncipe de Vergara, me puso al corriente de la verdadera naturaleza del problema al que nos enfrentábamos con Prado. Y Miguel puso en claro la posición de los kuwaitíes:

—Ya conocerás al abogado de la KIO en Londres que viene por aquí y coordina el tema, Saud, y ya te lo explicará él, pero te lo avanzo. El enemigo de tu cliente es el Estado de Kuwait, toda su burocracia y todos sus recursos. Pleitearán todos los años que haga falta y, si es necesario, se gastarán sin pestañear mil dólares por cada dólar que crean que les han defraudado. Kuwait tiene gran parte de su dinero en el extranjero, en lo que se llama el «Fondo para las generaciones futuras», administrado por gestores occidentales. Y no piensa permitir que a nadie se le pase por la imaginación que meter mano en la caja quede sin consecuencias. Añádele a esto un talante un

tanto vengativo y ya tienes el cóctel en la mesa.

—Pero todo lo que hizo mi cliente estuvo supervisado por los kuwaitíes de la oficina de Londres, que no paraban de felicitarle por su gestión. Ha hecho falta que, con la guerra, cambiara la rama de la dinastía reinante para que lo que antes era bueno ahora sea malo, y viceversa.

—Mala suerte para tu cliente. Y los anteriores gestores de Londres están ahora perseguidos por todo el mundo, con órdenes de busca y captura y con todos sus bienes y los de sus familiares en Kuwait City confiscados —añadió Miguel, cada vez más severo.

—Además, está la cuestión del rey… —susurré un tanto titubeante.

—El rey no está en el sumario. Está Prado. Y Prado se comerá lo que se tenga que comer, si es que tiene que comerse algo. Para mis clientes no tiene la menor importancia; lo que quieren es su dinero.

Miguel era un hombre en la sesentena, delgado y elegante, ajeno a esa distinción un tanto afectada que ya estaba empezando a asolar Madrid y uno de los abogados de referencia en la capital. Me trató siempre con exquisita cortesía, pero pude ver su dureza sin concesiones en la sala, hincando el bisturí en las fisuras de la defensa y retorciéndolo luego hasta causar daños irreparables. Eso sí, trataba a los acusados, en las pausas y recesos, con extrema amabilidad, pues era uno de esos tipos para los que lo cortés no quita lo valiente. Asistí durante años a la copa de Navidad que ofrecía en su despacho de la calle Hermosilla, donde era fácil encontrar a la crema de la judicatura, de la fiscalía y de la abogacía de campanillas. Unos encuentros inimaginables en Barcelona, donde los funcionarios rehúyen a los juristas del sector privado como a la peste y, si los invitas a dar una conferencia en la universidad, te hacen jurar sobre la Biblia que ni te acercarás a rozarles la toga. Allí conocí a gente brillante, de costumbres mundanas y algo castizas a la que seguí viendo durante mucho tiempo y que me trataban como a uno de los suyos, aunque yo creo que ni ellos mismos acababan de creérselo. Miguel murió unos años después y aún lo echo de menos. Su presencia imponente ante el tribunal, aquellos interrogatorios en los que adoptaba una actitud calmada y hablaba con una naturalidad un tanto exótica en las salas de justicia, su habilidad para no revelar la hostilidad que podía sentir por los acusados o algunos testigos de la parte contraria, y su afecto

cálido, carente de sentimentalismos hueros. Supongo que allí donde esté nos encontraremos un día de éstos, en la nación sin nombre de los muertos.

Prado tenía unos setenta años, de mediana estatura, barba blanca bien cuidada y una mirada maliciosa. Además, era manco, lo que en absoluto le daba un aire indefenso; sólo desequilibraba un tanto la cuidada compostura de sus trajes. Se presentaba como diplomático y lo cierto es que se desplazaba por el mundo con un pasaporte de ese tipo, y solía definirse como embajador *at large*, alguien que lleva a cabo misiones confidenciales y delicadas presumiblemente en nombre del Gobierno y, ciertamente, en nombre del rey. Se movía por entre las monarquías petroleras del golfo Pérsico como pez en el agua y era proverbial su íntima proximidad con la Casa Real. Es fácil encontrar fotografías suyas con el rey, ambos vestidos de ese relamido sport que los urbanitas pudientes asocian con la vida en el campo, como una especie de montería en la que tan sólo falta el gran Sazatornil. O con esa elegancia de corbata de Hermès y gemelos rumbosos que durante años fue el uniforme de diario del elegante madrileño. Aunque Prado era, pese a haber nacido en Quito, sevillano de pura cepa, de la estirpe de Cristóbal Colón, de casona noble y patio enlosado, y de refrescar manzanilla, obviamente.

Javier me enseñó una foto en la que se veía aupando a Prado con los brazos, en medio de lo que parecía una fiesta campera de tronío. Suspiró profundamente por los viejos tiempos y me invitó a comer. Comer con él era una experiencia. Le gustaban los restaurantes populares, pero prefería los más clásicos y lujosos. Fuimos a Jockey, cerca de la Fiscalía y de la Audiencia Nacional, a probar uno de aquellos menús anticuados y exquisitos que tanto le gustaban. Consomé *gelée* con caviar y filetes de lenguado Orly que tomamos, según su criterio, prescindiendo del vino, simplemente alargando el martini del aperitivo. Algo parecido a la comida de un niño, con modificaciones impuestas por los años y el dinero. Por allí, entre camareros ceremoniosos y tipos más que encorbatados (la presencia de mujeres era descorazonadoramente simbólica), vi a los Albertos, a Mario Conde —entonces ya metido en problemas similares a los nuestros, pero rumboso y estirado, como un bailarín de flamenco vestido en la mejor sastrería de Saville Road—, a Horacio en su reservado de casi cada día, como correspondía a un abogado de los de

más éxito y postín de Madrid. También a editores de periódico, artistas y gentes simplemente pudientes que habían convertido en tradición engullir el afamado cocido madrileño de la casa. Otras veces fuimos, para alguna cena siempre temprana, a Horcher, frente al Retiro, donde acudíamos en pos de su hamburguesa con patatas fritas, o a Zalacaín. Eran lugares que parecían en consonancia con el espíritu de los tiempos, los de una España integrada en la Unión Europea y en la moneda única, donde la gente se volvía loca comprando pisos y la pobreza era atribuida por los de siempre, con especial alegría, a la incompetencia y a la falta de mérito. Tiempos sin piedad que pronto arrasarían con muchas cosas y que, de paso, se llevarían por delante algunos restaurantes de ese tipo y a buena parte de sus comensales.

Javier hablaba mucho de Pujol, pero más de su entorno. De los encuentros en la casa de Alavedra, con vistas al Turó Park —ese pequeño Saint James que los catalanes de la zona alta construyeron, a cambio de las correspondientes licencias urbanísticas, para que pasearan entre encinas y palmeras de Canarias sus niños y sus setters —, donde arreglaban Cataluña y sus negocios mientras engullían canapés de Vilaplana y, como cualquier tanguista, champán de Armenonville. Alavedra era un hombre rubicundo y grande, que sacaba a cualquiera más de quince centímetros y veinte kilos y que aprovechaba los encuentros, entre otras cosas, para promocionar los cuadros de su esposa. Fuera por los méritos innegables de las pinturas, o por la amabilidad de los invitados, lo cierto es que los vendía como rosquillas. Javier siempre comentaba resignado que tenía un montón de ellos en su despacho de la Diagonal, donde compartían pared con los de Vives Fierro, otro artista local muy apreciado en el Ideal.

—Yo he ayudado a esa gente cuando no los ayudaba casi nadie. Y no te puedes imaginar en qué medida —resoplaba.

—¿Por afinidad ideológica? No te hacía tan catalanista.

—No se trataba de catalanismo, aunque no tengo nada en contra. Se trataba de moderación y de un clima favorable a las inversiones. Como cuando traje a los americanos a Salou, para montar lo de Port Aventura. Era gente razonable, aunque se lo cobrara. Y yo pagaba a gusto.

—¿Por la patria?

—La patria es una pamema. Si quieres estar bien con el poder, siempre hay que pagar algo. El poder es como un peso muerto, hay

que cogerlo con cuidado por los sobacos e intentar llevarlo a donde quieres.

—¿De veras?

—Tengo unas maletas de Burberry, de esas de cuadros, que podrían dar fe. Han transportado más dinero para ellos que los furgones de Fort Knox. Y todo para nada. Por eso, cuando me encerraron por lo de Grand Tibidabo, empecé a enviar telegramas desde la Modelo. Pero nadie me hizo ni caso; está claro que tienen más vergüenza que miedo.

—¿Cómo estuviste en la Modelo? —pregunté con curiosidad profesional.

—Como te puedes imaginar. ¿Me lo parece a mí o has formulado una pregunta un tanto estúpida? ¿Viste la foto del bocadillo?

La había visto. Cuando estaba en prisión provisional por orden del juez Aguirre, un reportero armado de un teleobjetivo había conseguido la instantánea, desde un bloque de edificios próximo, de Javier en la soledad de la celda dando cuenta del refrigerio en cuestión. Las fechas hacían imposible que se lo hubiera preparado mi amigo Camacho, y eso que se perdió mi cliente, un hombre que, a diferencia del Francesc que allí conocí, no estaba de humor para felicitar a los servicios penitenciarios de cocina.

Las investigaciones en la Audiencia salieron adelante, algo cojas de pruebas, con evidencias incompletas y más de una oscura laguna colmada de negros presagios para el futuro. Los juicios se fueron sucediendo, con resultados diversos, y, por aquellos días, Pujol se retiró y designó a Mas como líder. Éste, tras probar la medicina de un pacto que le excluía, pasó a dirigir ese cúmulo de frustraciones que es la leal oposición y se aplicó a ello con el primero de los gobiernos del tripartito, el que tuvo a Pasqual Maragall a la cabeza. Aznar, en su homérica mayoría absoluta, gobernaba como si España viviera de nuevo las glorias de Felipe II, y Sadam Husein era colgado en Irak tras una de las guerras más nocivas, mentirosas e inútiles que cabía imaginar, iniciada, como todas las que han sido y serán, en nombre de los más nobles ideales; en este caso, del propósito estúpidamente arrogante de cambiar todo un régimen. Sadam era un tipo tan desagradable que su fin hasta podría parecer excesivamente benévolo,

pero varias decenas de miles de muertos después, alguien empezó a darse cuenta de que todo iba bastante mejor en aquella infeliz zona cuando estaba vivo. Uno de los resultados de la aventura, muertos aparte, fue que el mundo siguió convirtiéndose en un lugar definido por una anarquía vulgar y populista sobre la que los países y las élites con mando en plaza tenían cada vez menor capacidad de influencia y eran menos capaces de comprender.

Sin embargo, a partir del cese de Pujol y contra todo pronóstico, la presión nacionalista no sólo no menguó en Cataluña, sino que fue a más. Y las tibias esperanzas que había depositado en el supuesto cosmopolitismo de los socialistas se frustraron desde que tuvieron que gobernar en coalición con Esquerra Republicana. Se me podrá llamar cándido, pero me irritó lo que hacían con mi voto. Sobre todo, cuando Maragall definió como eje de su plan de gobierno la aprobación de un nuevo estatuto que acabó por intensificar el debate identitario, como si tuviera que hacerse perdonar por no ser Pujol e intentara adelantarlo por el carril patriótico, donde éste no tenía rival. Mas no desaprovechó la ocasión y se propuso dejar claro que el tarro de las esencias catalanas, si había que destaparlo, lo destaparía él, radicalizando el discurso soberanista. Aún negaba en las entrevistas haberse vuelto independentista, pero había que comprarse una lupa para ver la menor diferencia entre un independentista de calzón quitado y él: eran como Hernández y Fernández. Entre unos y otros, la situación política se enrareció y me generó un plomizo descontento que me hacía parecer un personaje del *Grupo salvaje* de Sam Peckinpah cuando hablaba de política, siempre a punto, como William Holden, para decir que, si algo se mueve, lo mejor que puedes hacer es pegarle un tiro.

Empecé entonces a asistir a alguna de las reuniones que habían de llevar un tiempo después a la creación de lo que habría de llamarse Ciudadanos, de la mano de Arcadi, convertido a la sazón en una especie de mentor político para desengañados. Fue él quien me presentó al resto de los integrantes del grupo fundador, unos intelectuales un tanto hedonistas que, como todos los de su gremio, estaban pertrechados con infinidad de argumentos, elegantes, aunque contradictorios entre sí, sobre si el queso es un entrante o un postre o sobre el razonable equilibrio que debe imperar en los asuntos humanos. Obviamente, yo estaba encantado de poder conocer a

aquella gente. Incluso halagaba a mi vanidad verme entre manteles en tan ilustre compañía. Todos —los Félix, Francesc, Horacio, Teresa— tenían un nivel muy superior al mío y, aunque eran próximos y nada pagados de sí mismos, pontificaban con una contundencia un tanto profesoral, como a través de citas de autoridad, lo que me hacía sentir tímido y estólido. Cuando estaba con ellos, todas las respuestas que se me ocurrían me sonaban tontas. Incluido «sí» y «no». Como le pasaba al impresentable de Rousseau, las mejores réplicas para el debate me venían cuando éste ya había acabado, y me resignaba pensando en las innegables desventajas de la superioridad intelectual. Eran en su mayoría sentidos socialdemócratas que, al menos durante unos días, celebraron el Gobierno de Maragall como una reedición del optimismo olímpico, de los recuerdos del saneamiento de los barrios abandonados de Barcelona y de un catalanismo suave, siempre con la vista puesta en los votantes castellanohablantes del cinturón, y un tanto socarrón ante las sagradas esencias de la patria. Esto era así hasta el punto de que uno de los fundadores llegó a sugerir que, en realidad, el nuevo partido debería llamarse Partido provisional, pues su existencia debía acabar en el mismo momento en que los socialistas rectificaran. No hubo rectificación, y pronto pudimos ver a Maragall envuelto en unos ropajes que hasta el propio Pujol hubiera encontrado demasiado vistosos, y a nosotros cenando en el Taxidermista (como era Arcadi quien elegía los restaurantes, solíamos cenar bien) y planificando un artefacto al que, al final, no acabó reconociendo ni la madre que lo parió.

Resultó que toda aquella gente tan inteligente tenía un olfato estratégico similar al de unos canalones de tofu. Los había que intentaban poner el acento en la naturaleza de izquierdas del nuevo proyecto, pues se entendía que era en los caladeros socialistas donde se tenía que ir a pescar. Otros destacaban la emergencia ante el nacionalismo como una cuestión transversal, en la que los clásicos ejes izquierda/derecha tenían escasa importancia, y todos eran tipos sensatos que se tomaban el asunto con un cierto escepticismo y que, en su práctica totalidad, no tenían la menor intención de hacer carrera en el partido que de allí pudiera surgir.

Entre ellos conocí a Teresa Giménez, la más entusiástica musa fundacional y tal vez la persona que invirtió más tiempo en sacar adelante el nuevo partido. Recorrió infinidad de lugares del país

promocionando la buena nueva, y era, además, la única de entre los fundadores seriamente determinada a dedicarse, si llegara el caso, a la política profesional. Agradecieron sus desvelos echándola a patadas una vez el partido contó con una dirección.

Teresa era una rubia alta, estilizada, de melena lisa y nariz respingona, con los ojos claros y brillantes de mirada un tanto despistada y una pose que recordaba la elegancia casual de la hippy ibicenca que alguna vez fue. Hicimos buenas migas y me sorprendió con un pasado político un tanto exótico en aquel entorno. Estábamos tomando una copa en el bar del hotel Soho, en la Gran Vía, pues Teresa tenía la rara habilidad de encontrar lugares de interés discutible en los entornos más insospechados, antes de una cena con el grupo fundador en cuestión.

—Pues has de saber que yo había sido votante de Convergència —dijo como si me revelara que, en realidad, era una avezada actriz de películas porno.

—¿…?

—Sí. A mí, en principio, ya me parecían bien, con todos los matices que quieras. Pero llegó un momento en que fueron demasiado lejos y se empezó a ver la imposición, el carácter totalitario.

Ciertamente, a Teresa no le faltaba pedigrí catalán. Incluso era prima de Enric Barbat, el que grabó un maravilloso disco de tangos con Guillermina Motta, con unas traducciones del lunfardo al *xava*, el argot popular en algunos barrios obreros de la Barcelona de los años veinte, más que logradas. Así, donde Gardel cantaba —en *Chorra*— «Está en cana prontuariado como agente' la camorra, profesor de cachiporra, malandrín y estafador», Barbat traducía al barcelonés con gracia porteña, en una versión que sonaba más tanguera que la del propio ruiseñor de Toulouse:

Ara sé que a la garxola está complint com un senyor
que és rei entre la gentota per penques i estafador.

—¿Cuándo fue eso? —pregunté.

—No fue un hecho concreto. Poco a poco: un sinfín de pequeños detalles. En el trabajo, con la gente, en las noticias… Como si te estuvieran diciendo que sólo había una manera de ser catalán: comulgando con todo el ideario. Además, una vez tuve un encuentro

con Pujol y su mujer, y me quedó más que claro que despreciaban a cualquiera que no fuera de su cuerda. En aquel caso, que me despreciaban a mí. Tendrías que haber visto sus caras.

Tal como lo explicaba parecía que, mientras creyó que todo iba más o menos bien, los únicos indicios del desastre que se avecinaba eran sutiles, como humedades que empezaran a levantar un empapelado todavía de buen ver: pequeñas descortesías de funcionarios indiscretos, excesos de alguna estrella de la televisión local, la identificación del Barça con la patria... Aunque lo que decía era algo confuso, la entendía perfectamente.

—No tengo a Pujol por despectivo, más bien prefiere agradar y seducir —le dije.

Estábamos llegando a un punto extraño en el que, en momentos previos a una reunión para la constitución de un partido contrario a todo lo que Pujol significaba, yo me estaba aplicando en defenderle. Seguí:

—Lo que ocurre es que cuando Pujol habla con arrobo de todo lo relativo a un pequeño país, nunca se sabe si expresa vanidad o humildad. O las dos cosas a la vez. ¿Y eso que dices del desprecio de él y su mujer?

—Bueno —prosiguió—, más la mujer que él. Él se limitaba a una sonrisa estirada que le dejaba la cara como en el anuncio de Netol. Era una cena que daba un medio de comunicación en Barcelona. Me presenté y la señora me soltó un rapapolvo: que íbamos contra Cataluña, que no éramos catalanes...

—La señora en cuestión tiene más de una anécdota, apócrifa o no, de ese tipo... Y el del Netol es Prenafeta, no Pujol.

Los debates de los fundadores se prolongaron durante algunos meses y pronto quedó claro que el único nexo entre ellos era su oposición al nacionalismo. Cuando surgía cualquier otra cuestión —sobre el conflicto árabe-palestino, sobre la crisis de Irak o sobre la socialdemocracia— se evidenciaba que, aparte de haber leído todos a Gil de Biedma, poco más tenían en común. Pero la iniciativa tenía un éxito más que discreto en algunos medios de comunicación, y ya en las últimas reuniones se fueron incorporando gentes que procedían de la antigua militancia antinacionalista y que veían en aquella nueva plataforma la mejor forma de pasar de la irrelevancia a la notoriedad. Algunos lo consiguieron y otros no, pero con lo que no parecía contar

nadie era con que un desconocido Albert Rivera fuera quien se llevara el gato al agua.

Mientras tanto, un periodista de escaso pedigrí publicó un artículo contra el proyecto en general y algunos de sus miembros en particular con el título de «Falangistas taxidermistas» en el que, al margen de tacharlos de fascistas, como es costumbre en Cataluña con cualquiera que disienta del *mainstream* identitario, sugería, de forma lo suficientemente explícita, que lo mejor que se podía hacer con ellos era pegarles un tiro. Presenté una querella contra el pobre tipo en la que establecí alguna analogía no demasiado forzada entre el artículo en cuestión y el himno de las SS que fue inmediatamente admitida a trámite y que no llegó a ningún sitio porque el hombre se marchó del país, a México, por ser exacto, donde sin duda debió de seguir propagando la buena nueva catalana en las tierras del narco.

Meses después de un acto que acogió no sin alguna reticencia el teatro Tívoli de Barcelona, en el que ofició con galas de *mosso d'esquadra* el gran Boadella, se celebró el congreso constituyente del partido, que debía definir la estructura, aprobar los estatutos y elegir a los cargos directivos. No asistí al congreso pues no soy hombre de partido y, francamente, el tema ya me tenía un poco harto (no había conseguido hacerme militar ni mi remota amiga de la LCR, que disponía de argumentos más que persuasivos) y nada tenía que hacer ni que decir allí, pero Teresa, que obviamente sí estaba, me llamó por teléfono usando un tono ansioso y perentorio:

—Tengo que hacerte una consulta urgente —resolló.

—La respuesta es no. No quiero ser presidente de nada —respondí zumbón.

—Calla, burro. Necesito que me informes sobre un abogado. Como tú eres abogado, seguro que puedes decirme algo.

Evidentemente, Teresa era una de aquellas personas —no escasas, por otro lado— que tenía la curiosa creencia de que las decenas de miles de abogados de Barcelona nos conocemos a la perfección, sagas familiares incluidas.

—Mal lo tenemos. ¿Cómo se llama el colega?

—Albert Rivera, y trabaja en los servicios jurídicos de La Caixa —dijo, como si me hubiera pasado un currículo profusamente ilustrado.

—No tengo, evidentemente, la menor idea.

No le había oído nombrar en mi vida, lo que no quiere decir

nada. Yo apenas debo recordar el nombre de algunas docenas de compañeros.

—¿Y no te podrías enterar, por favor, de lo que sea? —rogó Teresa con una de aquellas voces a las que no puedes negarle nada.

—Lo único que se me ocurre es llamar a uno de los abogados de la central de La Caixa con el que tengo relación, a ver si sabe decirme algo.

Y así lo hice, llegando astutamente a averiguar que mi interlocutor nada sabía de Rivera, pero que eso no era una mala noticia; quería decir que nunca había sido sancionado o expedientado. Le di las gracias a mi contacto y pasé la información a Teresa, quien, contra todo pronóstico, la juzgó más que suficiente para avalar su candidatura a la presidencia del partido. Me dije a mí mismo que aquello no empezaba demasiado bien, pero pensé que se trataría de una situación de interinaje, hasta que las cosas se consolidaran en alguna medida, haciendo gala nuevamente de mis sagaces análisis políticos.

Teresa, pues, dio la alternativa a Rivera en una elocuente intervención pública y Rivera se lo agradeció ante el mismo público diciéndole que la consideraba su madre política (el tipo era muy joven) y que nunca olvidaría lo que había hecho por él. No mentía: Teresa aún no había descendido los escalones de la tarima cuando empezó a notar los puñales clavados en su espalda. Poco tiempo después, Teresa planteó a la dirección del partido su interés por mantener algún tipo de colaboración pública con ellos. Para darle respuesta, ni siquiera se tuvo que molestar Rivera: le envió a una joven promesa de su entorno, una veinteañera bien parecida, que sin el menor rubor le dijo que el partido optaba por la juventud como valor político y por mujeres a las que, preferentemente, no se les hubiera retirado la regla. Teresa, cuya regla funcionaba como un reloj, no se lo tomó muy bien, ya que formaba parte de ese grupo de gente que no sabe apreciar el ingenio ajeno, y se marchó a otro partido, que no es precisamente lo que se suele hacer cuando se acaba de fundar uno (a no ser que se trate de los trotskistas), muy digna y un tanto mosca. El partido en cuestión era UPyD, un artefacto aún más extraño que Ciudadanos y que pasó de un éxito notable en sus inicios a una caída en picado al poco. Estaba claro que Teresa tenía tanto olfato político como yo, y los dos algo menos que Arcadi, siendo la verdad

que, entre los tres, no acertábamos ni una. Cuando valorábamos todas estas circunstancias con Arcadi, él ponía mala cara, lo que no le costaba gran cosa, pero se guardaba de cualquier descalificación de un proyecto en el que había depositado una buena parte de sus escasas ilusiones. Aunque estaba de acuerdo con las quejas, luego pasaba a esbozar sonrisas cínicas, como si nada de aquello importase gran cosa. En realidad, ponía aspecto de misionero mormón: aseado y devoto, pero a la defensiva.

Desde la distancia, seguí durante un tiempo las vicisitudes de ese partido y de su joven y vehemente líder. Un tipo apuesto y frío que parecía un prototipo salido de una escuela de telegenia o de *marketing* político. Todo parecía poco natural, tanto sus frecuentes indignaciones como sus momentos de euforia y empatía. Mi amigo Blai estuvo hablando con él una noche, tras el fiasco de unas elecciones europeas a las que Ciudadanos había concurrido de la mano de un asombroso engendro identificado con la extrema derecha. Era un bar próximo a la sede del partido en la plaza Urquinaona y a Rivera se le veía desolado. Mucha gente decía en aquel momento que el partido había muerto y que era mejor dejarlo correr, y Blai le preguntó si estaba de acuerdo. Rivera respondió que en absoluto, que él quería dedicarse a esto, a la política en cualquiera de sus formas. Que era su vida. Y tuvo razón. Siguió y consiguió notables éxitos, hasta que estrelló el Ferrari en una curva poco comprometida. Hay que reconocerle que entonces, cuando los tontos buscan siempre a alguien a quien culpar de sus problemas, él no lo hizo. Asumió la responsabilidad y se fue a tomar viento y a ganar algo de dinero. Dejó un tanto maltrechas las ilusiones de mucha gente, pero ése es el típico problema de los que se ilusionan, en ningún caso el de Rivera. Hay gente sobre la que siempre me surge la sospecha de si mitificaron en realidad para poder decepcionarse luego mejor.

Javier fue un cliente excelente, extremadamente agradecido; de esos que te felicitan cuando trabas un buen interrogatorio y al terminar el informe final del juicio, cuando baja la adrenalina y te sientes tan hueco y vacío como los espacios entre las estrellas. Fueron juicios duros y largos que me sometieron a un estrés que aún no había conocido. Presentarme ante el tribunal como su abogado y actuar

como la primera de las defensas centraba en mí toda la atención de los jueces y fiscales, y aquéllos no me dejaban pasar una. El primer día, el presidente me acribilló con sus interrupciones, a modo de aviso para navegantes dirigido también a los otros abogados. Se quejó de la longitud de mi exposición, me dijo que estaba cansando la atención del tribunal y me rogó encarecidamente que acabara antes de las dos del mediodía, como si a esa hora tiraran el arroz para su paella. Pero eso no se repitió y el resto de las sesiones me dejó trabajar en paz. Incluso, al final, establecimos una sutil corriente de mutua simpatía, lo que tampoco es de extrañar después de unos juicios que se extendieron a lo largo de cinco años y en los que me comporté con exquisita urbanidad, pidiendo permiso para ir al baño con la mano levantada.

Lo mismo ocurrió con los dos fiscales, Salvador y Belén, que empezaron mirándome como si temieran por sus billeteras y acabaron tomando conmigo algún café de la máquina expendedora del pasillo de la Audiencia, un líquido entre el hule y el petróleo, apenas masticable y de saludable efecto laxante. Salvador era un catalán sobrio y educado, un melómano amante de la ópera que miraba a los acusados con una virulencia no carente de cierto humor. Belén, mucho más seria, posaba sobre ellos sus acerados ojos azules con la misma pasión que un topógrafo midiendo una colina. Estaba más que claro que creían en su causa e iban a intentar machacarnos. Unos cuantos años después, fue Belén quien se hizo cargo de las investigaciones contra Pujol y toda su familia con su misma eficacia discreta: una funcionaria resolutiva que no estaba para puñetas.

En esos juicios hice también amistad con Alberto, el abogado de Juanjo, un tipo sarcástico y de cultura enciclopédica que resultó ser el hombre más metódico y concienzudo que jamás vi trabajar. Era corpulento, ingenioso y desaliñado, con una gran inteligencia analítica. Nada que ver con esos colegas en cuya tarjeta se lee que son abogados y prácticamente cualquier otra cosa, excepto buzos. Conocía el sumario de cabo a rabo y se fijaba hasta en la hora a la que habían sido enviados los faxes, en los apuntes contables de los documentos suizos y en lo que habían declarado los testigos en el juicio de Londres, del que ya teníamos una sentencia adversa, aunque memorable. Nunca había visto una pieza de literatura judicial tan cuidadosa y bien escrita como la que pergeñó el *Lord Justice* Mance,

sin duda un tipo con peluca de crin y toga carmesí, pero extremadamente moderno en sus razonamientos.

Alberto gastaba una fe ciega en la inocencia de su cliente, al que consideraba un abogado neutral, una mera víctima colateral de una guerra a muerte en la cumbre de la ejecutiva de Kuwait. Me esforzaba en decirle que, inocente o no, tanto daba, que nosotros teníamos que hacer lo que habíamos venido a hacer, sin otras consideraciones. Y él me miraba muy serio, me calificaba de cínico y me proponía cenar en el Nicolasa, por lo que no podía más que darle la razón en lo que quisiera. Caminábamos entonces el largo trecho de la calle Velázquez que llevaba hasta la embajada de Rusia, frente a la cual se hallaba el restaurante, hablando de libros y de historia, y nos demorábamos un buen rato en la barra del bar antes de pasar al comedor. Era fácil ver por allí a algún político, y gente del tocho tan discreta como la tuna acompañada de mujeres hermosas y distantes de expresiones aburridas, como heladas vírgenes que soportan a los hombres por la noche y los odian durante el día. Dos abogados catalanes entretenidos en la capital, tan consistentes como un camaleón y con la sabiduría de una veleta, pero buenos tipos, a pesar de todo.

Su cliente era un individuo fascinante y uno de los tipos más inteligentes que llegué a conocer, aunque él no tenía esa cualidad en muy alta estima. «Yo soy la prueba viviente de que el más inteligente no es, ni mucho menos, el más listo. Y de lo que decía Cipolla, lo de que el porcentaje de estúpidos es exactamente el mismo en todos los grupos humanos, desde los premios Nobel hasta los cantantes de zarzuela», me dijo en alguna ocasión con amarga lucidez. Lo había sido todo en Barcelona: abogado del Estado, profesor en la universidad, *conseller* en el primer Gobierno de la Generalitat, directivo del Barça y abogado de éxito. De muchísimo éxito. Su bufete llegó a ocupar un edificio de seis plantas en la calle Córcega, frente a la entrañable discoteca Imperator, al que en una remota ocasión habíamos acudido Paco y yo henchidos de emoción, ya que iba a encargarnos un caso penal. Teníamos claro que no podía ser un gran caso, porque, de lo contrario, se lo hubiera pasado a Piqué o a Córdoba, pero si venía de su despacho era muy probable que fuera un asunto rentable. Y lo fue. Paco y yo nos fuimos más contentos que unas pascuas comentando, sin la menor envidia, lo bien que les iba a algunos. Estaba demasiado lejos de nosotros como para envidiarle.

Hubiera sido como tenerle manía al tipo que se acostaba con Kim Basinger: gente de otra galaxia. Por supuesto que, cuando nos reencontramos en la Audiencia Nacional, Juanjo no conservaba de mí el menor recuerdo y nunca me pareció oportuno hacer memoria. Había perdido el despacho, una buena parte de la clientela y tenía por delante unos juicios altamente corrosivos, por lo que opté por la discreción y un inicio de la relación desde cero. Fue lo mejor, pese a que la gente muy discreta tenga tendencia a morirse más sola que un hongo.

Era un tipo de rasgos afilados, alto, delgado y elegante, que se mantenía en excelente forma física pese a encadenar unos inverosímiles cigarrillos franceses, consecuencia de su particular boicot individual a cualquier producto americano, y que gozaba de una envidiable fama de seductor. No parecía inverosímil que su estilo flemático y una conversación que siempre era amena y ligera sin bajar de nivel fuera del gusto de las mujeres. A fin de cuentas, a las mujeres les gusta lo mismo que a nosotros, huir de los pelmazos sobones y posesivos y pasar algún buen rato sin riesgos para la salud y el bolsillo. Algunas tardes, al salir del juicio, cuando mi cliente había marchado al hotel, me demoraba con él por la melancólica plaza Villa de París esquivando con agilidad a los canes y a los devotos del *jogging* y comentando las incidencias de la sesión del día. No era extraño que acabáramos cruzando Colón y acabáramos en el Balmoral a la hora del crepúsculo, cuando el día ya se ha ido y la noche aún no ha cogido velocidad. Subimos los ocho escalones de ese templo del martini al que no se iba ni a escuchar música ni a ligar. Se iba a hablar de todo lo divino y lo humano, a fumar y a beber con mundana elegancia los combinados que preparaba el gran Manolo en aquella barra espectacular, entre aquellos muebles de refugio escocés, con una chimenea tan falsa y bien hallada como todo lo demás, que debían de llevar allí desde el día de la inauguración en 1955 y que configuraban un *lodge* de caza británico a escasos metros de la calle Serrano. Hasta que los clientes nos mimetizábamos con el ambiente y empezábamos a parecer improbables cazadores o pescadores, y los responsables de todos los trofeos que pendían de las paredes. Desde luego, tampoco se iba a mirar a las mujeres, que aparecían en escasísimas dosis y a veces obsequiaban con un incongruente y fenomenal cruce de piernas. Se iba, pues, a beber y a hablar, y eso hacíamos:

—Estamos en un momento de gran interés en Cataluña. La retirada de Pujol y el ascenso de Mas, un relevo después de veintidós años en el poder, con la emoción añadida de que Convergència podría perder las elecciones. Y si eso ocurre, veremos cosas muy curiosas —dijo con los ojos ligeramente bizcos a causa del humo.

—Si pierde Convergència, gobernará Maragall, que es un viejo conocido. Tampoco sería nada extraño después de tantos años con Pujol. Y lo interesante estará en si desmantela en algo el régimen de construcción nacionalista —respondí, pues con el sorbo de la primera copa me veía capaz de disertar incluso sobre termodinámica.

—Craso error. Maragall no podrá gobernar en solitario, y el interés está en las combinaciones.

—Puede pactar con Mas e ir hacia la tan manida *sociovergència*.

—Es muy improbable que eso ocurra —siguió—. Mas tiene que marcar perfil, y Maragall, después de tantos años, no puede desdibujarse en uno de esos gobiernos a la alemana, tan razonables y tan alejados de nuestros usos y costumbres.

—Mas podría pactar con Esquerra.

—Esquerra no pactará con Mas estando en minoría. Sería el abrazo del oso y en poco tiempo acabarían de extraparlamentarios. Ya les ha pasado alguna vez.

—Bueno. ¿Entonces?

—Maragall con Esquerra. Ya te lo dije: emoción e intriga —apuntó, esbozando una sonrisa maliciosa.

—De eso entiendes tú, que has estado en el Gobierno. A mí me suena a chino. Pero si yo fuera Maragall, nunca pactaría con Esquerra. Aún me acuerdo de Barrera y sus comentarios racistas. Por lo menos, Pujol siempre ha mantenido un equilibrio.

—Pujol es un tipo muy listo que consiguió algo muy difícil: que los comunistas le perdonaran sus pecados de burgués católico e hicieran una pinza con él contra los socialistas. Y el Gobierno de la Generalitat provisional en el que yo estuve no tenía ni un duro ni capacidad de gestión. Aunque tenía a Tarradellas, que era la dignidad institucional personificada y el enlace histórico con la legitimidad republicana.

—¿Sabes cosas de Pujol?

—Ninguna que vaya a explicarte a ti. Y tú, ¿sabes cómo está yendo el juicio?

—Entre regular y mal.

—Completamente de acuerdo. Bebamos, pues.

—Bebamos.

Y bebimos. Un sorbo helado que se deslizó por mi garganta como lluvia fresca. Al poco, avanzó hacia la barra una mujer elegante, en la cuarentena y muy hermosa, aunque también es verdad que todo puede embellecerse con la iluminación adecuada. Caminaba como si fuera una estrella, o como si lo hubiese sido alguna vez y, pese a haberlo perdido, recordase aún la sensación que aquello producía. Juanjo y yo perdimos cualquier interés por la política y el juicio y pasamos a temas más trascendentes. La fuerza y la profundidad de la belleza y sus efectos terribles y conmovedores: la historia más importante de los poderosos y de las pobres gentes, lo sepan o no. Ella pasó a nuestro lado y nos miró con esa expresión que deben de componer las mujeres cuando las besa, sin previo aviso, una foca.

10

Yira, yira

Alberto y yo siempre conseguimos condenas muy inferiores a las que pedían la fiscalía y la KIO, pero no pudimos ganar. Javier se sentía atrapado por las leyes y olvidado por un montón de gente de la que esperaba algo más; por ejemplo, agradecimiento. Ésa era una cuestión que le reconcomía: la distancia que habían puesto por medio aquéllos a los que consideraba en deuda con él. Sobre todo, del entorno de Convergència y del propio Pujol, con quienes el anecdotario parecía interminable. Ayuda económica de todo tipo y en todos los formatos imaginables, colocación de amigos y parientes en alguna de sus empresas, aviones fletados para que unos cuantos vips fueran a ver al Barça a todo tren, apoyo en campañas electorales y todo lo que uno pueda imaginar. Había pocas evidencias de aquello, pero él ofrecía todo tipo de detalles y datos, bien porque se suelen recordar los pormenores periféricos de la verdad, bien porque fuera un fabulador de gran talento.

Su indignación por el desdén de los convergentes llegó a ser tan intenso que, en una ocasión, llegué a contactar con un capitoste del partido para plantearle la cuestión. El nombre de mi cliente aún debía inspirar por lo menos un cierto temor, porque el caso es que accedió a verme de inmediato. Me citó para almorzar y quedamos en el Windsor, un lugar elegante, lleno de ejecutivos encorbatados a mediodía y de parejas equívocas por la noche. El tipo pidió lo de siempre y le trajeron una ensalada y un solomillo poco hecho, y yo no quise desaprovechar la ocasión de parecer más austero que san Simeón el Estilita y pedí lo mismo. Era un hombre de aspecto tranquilo, con la clase de ojos que un político profesional acaba adquiriendo con el paso de los años y las legislaturas. Ojos que han

visto demasiados enjuagues y oído demasiadas mentiras.

—Mi cliente está muy dolido por lo que él considera un abandono injustificado. No contestarle al teléfono, no desmentir algunas de las cosas que aparecen en los medios, no ofrecerle la menor ayuda… —expuse en el tono más frío y profesional del que fui capaz.

—Tu cliente tiene que entender que, con los juicios en marcha e investigado como está por tierra, mar y aire, es muy comprometido hacer según qué cosas por él. Incluso verle o llamarle por teléfono —dijo con voz sosegada.

—Él considera que ha sido muy generoso con vosotros, y que no está recibiendo a cambio ni siquiera algo de confort.

—Un hombre con sus tablas y su inteligencia natural ha de saber que la generosidad a lo único que te da derecho es a que te den las gracias. A nada más.

Acabamos el solomillo hablando de esas cosas que gustan a los políticos y que tienen poco que ver con la política tal como la entendemos los paseantes de la historia. Rencillas internas, lucha por el poder, quién sube y quién baja y todo ese conjunto de prosaicas ruindades que hacen que ellos sean tipos influyentes y los demás los votemos admirados y, si se da el caso, procuremos hacernos con una foto estrechando sus manos. Pero su última frase había sido lapidaria. De esas que merecen inscribirse a martillazos en el frontispicio de algún edificio público: fría y terminante, en la que nada sobraba ni faltaba, como aquella otra cierta y terrible probablemente del añorado cardenal Richelieu: «Que me den seis líneas escritas por la mano del hombre más honrado, y hallaré en ellas algún motivo para ahorcarlo». Los convergentes estaban entonces en la oposición, desalojados del poder y experimentando esas dos emociones propias de los exiliados, el folclore y el rencor, pero afilaban las armas para cuando volviera su ocasión. Aún tardarían y, cuando llegaran, acabaría pareciendo que nunca se habían ido, y los siete años del tripartito, apenas una nota a pie de página en la historia algo turbulenta y ciertamente chusca de la Cataluña del siglo XXI. Eso no afectaba a mi interlocutor, que tenía oficio y daba por cerrada esa etapa de su vida. He visto a pocos que lo hagan así; a la mayoría los echan, y ellos suplican una legislatura más, al menos para conseguir redondear la pensión, porque tras un par de décadas ocupando cargos públicos, lo cierto es que ya no suelen valer para gran cosa.

El cliente, dando muestras de escaso sentido del humor, no quedó muy contento con el resultado de mi gestión. Al término del último juicio, un lote de jueces nos dijo una cosa, y nos quedamos esperando a que otro lote de jueces, en un tribunal superior, dijera alguna cosa diferente. Era lo mejor que podíamos tener, pero no era en absoluto ideal. No llegamos a ser amigos, pero nos despedimos sin rencor. O al menos yo lo hice así, pues era un hombre agradable con costumbres agradables, aunque mercuriano y excesivo para mí. No tardé mucho en volver a verle, pero eso fue en otro juicio y ya no era su abogado. Seguía luchando para conjurar un fracaso sin heroísmo ni misterio, y lo hacía con solvencia.

Los atentados del 11-M en Madrid provocaron un cambio de gobierno. Aznar había diseñado una sucesión por ungimiento, de estilo cesarista, y posado su dedo sobre la frente de Rajoy, que era quien debía gestionar lo que se calculaba había de ser una victoria sin paliativos. Una pandilla de miserables, surgidos de ese submundo de fanáticos e ignorantes en el que medran los desarraigados y los sectores más bajos de una clerecía detestable, asomó su islámica cabeza, asesinó a ciento noventa y tres personas y dejó heridas de diversa gravedad a otras dos mil. Fue el mayor atentado yihadista cometido en España, y uno de los más importantes del mundo; una auténtica carnicería a mayor gloria de uno de esos siniestros monoteísmos surgidos de las profundidades del desierto que describen con muchísima eficacia el infierno y sólo dicen cuatro tonterías evanescentes sobre su supuesto paraíso. Normal, si se tiene en cuenta que en lo que son especialistas imbatibles es en el horror que tan diestramente prodigan.

El PP y el PSOE se enredaron en una ignominiosa campaña de descalificaciones mutuas que acabó generando todo tipo de teorías conspirativas y los electores castigaron la pésima gestión de la comunicación sobre los atentados de los primeros. Se vinculó la masacre con la participación española en la guerra de Irak y se oyeron gritos en los funerales de las víctimas llamando «asesino» a Aznar. Es curioso, porque nadie recuerda el nombre de los verdaderos autores del crimen, y a nadie pareció importarle en exceso el juicio que los condenó. Seguramente porque hay mucha gente que piensa que los europeos tenemos la culpa de todo lo que pasa en el mundo, aunque

lo único que ocurre es que el diablo es un optimista si cree que puede hacer peores a los hombres. Y porque alguno de los infelices que iban al trabajo en aquellos trenes debía de tener algún antepasado que le hizo alguna trastada al islam allá por los días de la batalla de Lepanto.

El país vivía uno de sus peores momentos morales, pero el precio de los inmuebles seguía subiendo de forma astronómica y los políticos afirmaban que éste era un país rico a punto de serlo aún más, lo que demuestra que suele gobernar gente con menos intuición que una bañera, y algo menos de talento. Zapatero alcanzó la presidencia del Gobierno e ilustró a la nación en general del hecho indiscutible de que aquí cualquiera podía llegar a presidente. Prohibió fumar en los bares y, por hacerle un favor a los socialistas catalanes —que no sé en qué deberían estar pensando—, dio alas al relanzamiento de los planes secesionistas en Cataluña. Siempre es interesante y entretenido ver cómo se consiguen los peores resultados con las mejores intenciones.

Como las cosas nos iban bien, nos apreciábamos y no teníamos el menor problema, decidí que había llegado el momento de separarme de Pablo y de Jesús. Es lo que suele pasar, que la gente toma decisiones estúpidas por accidente, cuando cree que lo hace por necesidad. Había recibido una oferta tentadora de un gran despacho, casi el más importante del país, y mi inflada vanidad acostumbraba a presentarse a las citas media hora antes que yo. Después de haber llegado a la profesión casi por casualidad, con una vocación más dudosa que los vaticinios del tarot y tanto amor por el derecho como el que sienten por su oficio los diseñadores de bidés, parecía que había llegado el momento de incorporarme a la abogacía de más postín. Esa que tiene entre sus clientes a los bancos, las compañías cotizadas, los magnates de la industria y los bufetes extranjeros de más prestigio que buscan colaboradores locales para sus grandes operaciones. Judit creyó que la oportunidad podía valer la pena y se vino conmigo. Llevábamos tiempo en primera división, pero ahora parecía que íbamos a jugar en la Champions. Faltaba conocer a nuestros nuevos colegas y descubrir si eran gente razonable macerada en la excelencia o ese tipo de abogados untuosos que adoptan un tono campanudo para soltar las más inanes obviedades.

Judit era muy joven cuando se incorporó al despacho. De hecho, no hacía demasiado que había terminado la carrera. Fue Pablo quien la fichó, pues tenía buen ojo para detectar el talento, y me la asignó

como mi colaboradora más directa. Era una pelirroja de Lleida, de la comarca de la Segarra, delgada, con la piel cubierta de pecas y pálida incluso cuando estaba bronceada. En conjunto, era una mujer atractiva, aunque nunca he sido capaz de decir exactamente por qué. Tal vez porque era una de esas escasísimas personas que saben escuchar y ponen lo mejor de su parte para resolver problemas y asumir responsabilidades: responsable era su otro nombre. Nos llevamos bien desde el primer momento, e incluso antes de que esa palabra tuviera algún significado para nosotros, ya éramos socios. Gente que comparte el trabajo, comenta los casos, discute las estrategias, ensaya entre carcajadas preguntas y respuestas en parodias de interrogatorios bufos y entiende el significado del compañerismo: un valor menos pomposo que la solidaridad, pero mucho más efectivo. Además, le gustaba preguntar, algo cada vez menos frecuente, en unos tiempos en los que la fatuidad y la ignorancia han eliminado la curiosidad. Quizá porque la estupidez suele venir de la mano de un raro sentimiento de infalibilidad.

Tras una mínima mudanza, una mañana de julio nos instalamos en la sede de ese bufete de más de mil abogados, con oficinas hasta en la China, en la torre vigía de la confluencia del paseo de Gracia con la Diagonal; diecinueve plantas de acero y cristal que, en una ciudad tan cicatera con las alturas como Barcelona, casi podía considerarse un rascacielos. Me presenté a la que iba a ser mi secretaria, una rubia de expresión triste —menos que hermosa pero más que mona— que tecleaba en su ordenador con la languidez de quien escribe una carta de amor, y tomé posesión de un despacho en la séptima planta, funcional, enmoquetado en gris y mucho más pequeño que el que tuve con Pablo y Jesús. Incluso más pequeño que el que compartí con Paco en los primeros tiempos. Pero es lo que tiene la eficiencia: las amplias estancias de los edificios del Ensanche desperdician metros útiles en pasillos y altura de techos. Son más elegantes y evocadores, pero cabe menos gente. Colgué, en la única pared disponible entre tanto cristal, un cuadro de Marc Jesús, una rotunda mujer de color azul, que exhibía una teta también azul y que esperaba a la policía, cuyas luces estroboscópicas ya se veían al pie de su casa. El cuadro se llamaba *No me esperes a cenar* y parecía un recordatorio de lo que la dirección esperaba de sus sufridos abogados: que echaran más horas que un reloj. Uno de los socios del área de penal —un hombre de aspecto

ascético que estaba leyendo una monografía sobre los fundamentos del delito de quiebra fraudulenta— lo definía con desoladora precisión:

—Aquí se trabaja muchas horas. Lo normal: el criterio de facturación es el precio por hora, y el día sólo tiene veinticuatro. Si quieres que te salgan los números, puedes pasarte dieciocho horas amarrado a la mesa. También puedes venir los fines de semana, si te apetece. Y te puedes duchar y cambiar de ropa. Está todo preparado para los compañeros que trabajan con países de otros husos horarios.

—Ya veo —repuse—. ¿Y qué hay de quien trabaja poco pero consigue buenos clientes y buenas minutas?

—Eso no está muy reglamentado, pero en la casa es un tópico que alguien que te trae medio millón de facturación al año, como si va a cuatro patas y rebuzna. Los que no llegamos a tanto optamos por la excelencia y por trabajar —añadió con frialdad, como si yo hubiera cuestionado las bases de una religión bien consolidada.

—¿Y los clientes?

—Los clientes vienen por el prestigio de la firma. Tú te sientas a tu mesa y ellos van pasando.

—¿No hay que hacer ningún esfuerzo comercial para captarlos? —pregunté.

—Más te vale. Lo que te decía es la teoría, lo que te van a explicar en la dirección general, pero como no te espabiles, te quedarás mirando las musarañas y no facturarás ni un euro. En gran parte, el éxito dependerá de lo bien que les caigas a los socios de las otras áreas y a la dirección. Ellos son los proveedores de asuntos de penal, y deciden a quién se los pasan.

Explicaba todo esto sin gran entusiasmo y en un tono de cierta resignación. Era un tipo un tanto fúnebre que no podía negar que llevaba allí casi tantos años como las paredes y que tenía un aspecto próspero. Tan mal no debía de irle. Describía un mundo extremadamente duro y competitivo, con reglas no escritas y redes de contactos y simpatías dentro de la propia organización, de tal modo que era perfectamente posible tanto triunfar como pegarse un costalazo. Con el tiempo pude ver que era un hombre cultivado e ingenioso, pero todo cuanto hacía o decía tenía un aire de indefinible decepción. Se sentía cuestionado y eso le hacía actuar a la defensiva, y parecía intuir que en algún lugar debía haber un destino mejor para él, pero no tenía idea de dónde. Aunque eso es algo que nos acaba

pasando a casi todos.

Habían decidido ficharme por la notoriedad que me habían dado los juicios de la KIO en Madrid, y por una cartera de clientes entre los que destacaban conspicuos miembros de la clase política convergente, por lo que creí que yo tenía que ser de aquellos que caían bien. Puse lo que pude de mi parte para que el destino no trabajara a solas y compré dos trajes excelentes, saludé a todo el mundo emanando efluvios de simpatía y de una buena colonia y me dispuse a defender a banqueros, capitanes de la industria y magnates rusos con la mejor de las voluntades y saludables dosis de codicia.

Una de las cosas que siempre había echado de menos con Pablo y Jesús era que no hubiéramos abierto un despacho en Madrid, donde se daba la mayor concentración de negocio jurídico del país, y creí que ahora tendría la ocasión de hacer notar mi presencia en la capital. La firma disponía allí de una sede impresionante, un edificio representativo en la calle Velázquez, en el corazón del barrio de Salamanca, ideal como plataforma para hacerme con parte del pastel de los grandes temas y volver a aquellos juicios de la Audiencia Nacional precedidos por un desayuno en el Riofrío, la cafetería del centro financiero de la calle Génova y una democrática sucursal de los tribunales vecinos. Allí tomaban el café con porra jueces, fiscales, abogados y acusados en un estudiado simulacro de camaradería. Hasta que llegaba la hora de caminar hacia el tribunal y la ansiedad espesaba el ambiente. La gente subía por Génova hasta el control de acceso de la Audiencia, y era difícil no lanzar una mirada envidiosa a los residentes permanentes de la plaza de la Villa de París, al melancólico Fernando VI y a la obesa y devota Bárbara de Braganza.

Pronto pude ver que mis socios de Madrid practicaban el control territorial y marcaban sus límites con mayor precisión que el tigre del sur de la China o el lobo, y no iban a permitir que ningún recién venido de Barcelona perjudicara su cuenta de resultados interviniendo en los casos de la plaza. Me lo hicieron saber de manera educada, aunque escasamente sutil. Si quería llevar algún caso en Madrid, sólo había dos vías para ello: o que me lo buscara yo como buenamente pudiera, como había hecho con los de la KIO y similares, o que esperara a que ellos me invitaran a participar, en función de sus exclusivas y un tanto misteriosas necesidades. No hay nada como tratar con gente que habla claro; se pierde menos tiempo y no se

generan falsas expectativas. Es lo mismo que ocurre en el amor, que si no percibes con claridad los mensajes puedes estar ahorrando para el piso y el convite mientras el otro ya ha agendado una operación de cambio de sexo. Pero teníamos trabajo más que suficiente en Barcelona y los obstáculos en la capital afectaban insidiosamente a mi ego, pero no a mi bolsillo, y así me lo hicieron ver desde la dirección del despacho, en absoluto dispuesta a generar el menor problema con los socios de Madrid. «Canta y sé feliz», vinieron a decirme, y así lo hice, con humildad franciscana.

A Judit, que era más independentista que Guifré *el Pilós*, la aventura madrileña le importaba entre poco y nada, y con esa sensatez de que hacen gala las mujeres sensatas, despachó la cuestión con argumentos inapelables:

—¡Será que no hay delitos en Barcelona!

—Ya. Pero las pensiones del BBVA, el caso Saqueo… —repuse dubitativo.

—Pura vanidad. Como no seas fiscal excedente o cuñado de alguien, te va a costar más de lo que vale. No compensa.

Y tenía razón.

Sin embargo, uno de esos mecanismos de equilibrio cósmico que se dan a veces hizo que volviéramos a Madrid mucho antes de lo que esperábamos. Y con un asunto de telediario.

En 2006 se dio a una plaza en Premià de Dalt el nombre de Jordi Pujol, y allí se ubicó posteriormente su efigie en bronce, de cuerpo entero. La escultura reposaba sobre un elevado plinto metálico, cuatro barras firmemente clavadas en el suelo cuya simbología no por obvia resultaba menos eficaz. El propio Pujol, el día de la inauguración, supo sacarle todo el partido a una metáfora que le habían servido en bandeja. Decía que no nos moverían (a los catalanes o a los habitantes de Premià, tanto daba) y que nos mantendríamos con convicción (aquí Pujol debía de tener en mente el poema de Espriu musicado por Raimon), sin pedir limosna, firmes y sólidos en la tierra, como la estatua de Xavier Martos que acababa de inaugurar. Es cierto que las estatuas se derriban con frecuencia —a no ser que se trate de las de algún poetastro olvidado entre los tilos de la Rambla Cataluña—, tal como se vio a partir de la caída del Muro con tantos lénines y stalins

pintarrajeados, desmembrados y echados a los vertederos. Lo que ocurre es que, para cuando eso sucede, los retratados suelen criar malvas desde hace unas décadas y se han dado cuenta de que carece de todo interés maldecir a gente a la que ya no se puede hacer daño. Pujol, en cambio, estaba bien vivo cuando la suya acabó por los suelos poco después de su confesión, en 2014, cuando pudo ver perfectamente cómo las gastan los incondicionales despechados.

La derribaron unos ciudadanos un tanto iconoclastas. Quizá tirando de una soga, dada la considerable altura del monumento. El ayuntamiento, gobernado por los convergentes, intentó reponerla en su lugar, pero finalmente decidieron guardarla en un depósito municipal —supongo que como aquel que aparece al final de *En busca del arca perdida*— junto a otros bustos con mala fortuna, los gigantes y cabezudos de las fiestas mayores y las placas con el yugo y las flechas del Instituto Nacional de la Vivienda, cuando Franco expresaba su deseo de que todos los españoles tuvieran un hogar con lumbre, a pesar de que, sólo en Madrid, al acabar la guerra, unos ochocientos mil vivieran en chabolas. El ayuntamiento decidió que mientras durara el proceso judicial contra Pujol y su familia, la figura permaneciera oculta. Dijeron que si salía absuelto, se repondría, y si no, no. Aunque creo que eso de las reposiciones de las estatuas en Cataluña funcionó en alguna medida con Companys, pero por razones completamente diferentes. De paso, le retiraron también el título de hijo adoptivo de la villa, y de éste no dijeron nada sobre su devolución al término del proceso. La estatua estaba gravemente dañada, y el escultor se pasó por el depósito para ver qué podía hacerse, pero la cosa quedó en nada. Eso sí, el pedestal permanece en medio de un hermoso y cuidado jardín, con su contundencia metálica un tanto amenazadora recordando la ausencia del líder, esperando quizá que la vegetación trepe por sus cuatro puntales y acabe por dulcificarlo.

Poco antes de todo esto, mientras disfrutaba de su activa jubilación y seguía oficiando de personaje respetado por tirios y troyanos, Pujol se fue al Ayuntamiento de Frankfurt, con ocasión de la Feria del Libro, a dar una conferencia sobre la realidad cultural catalana. Seguía en plena forma y su reputación de estadista internacional se mantenía incólume. Alguien le preguntó por las críticas vertidas sobre la ausencia de escritores catalanes en lengua castellana y se mostró terminante. Estaba lanzado, capturado por un

patriotismo incontinente que no podía imaginarse desarmado, y dijo que el catalanismo se basaba principalmente en cuestiones culturales y lingüísticas, y que Rilke y Kafka, aunque vivían en Praga, escribían en alemán y pertenecían, por tanto, a la cultura alemana, no a la checa. Un antropólogo, Stringer, había dicho que bajo la piel todos somos africanos, pero Pujol, inmarcesible, andaba enredando la cosa en la búsqueda de sutiles diferencias etnolingüísticas. En todo caso, dejó más que claro que aquellas críticas le traían completamente al fresco y, de paso, ubicó a Vázquez Montalbán, Eduardo Mendoza y tantos otros en lo más profundo de la estepa castellana, al destierro tras el Cid Campeador. De poco le valió a Vázquez Montalbán su promoción de lugares tan catalanes —salvo mejor criterio— como las Ramblas o Casa Leopoldo, así como una militancia en el Barça propia de los defensores de Stalingrado.

Teresa, entre lo de los escritores catalanes en castellano y las vicisitudes del nuevo *estatut*, estaba negra. Aquel día dábamos cuenta de unos garbanzos con gambas en el Belvedere, pues había decidido hacía tiempo que la única manera de comer bien con mi amiga era que el restaurante lo eligiera yo. Ginés agitaba la coctelera con esa economía de movimientos propia del barman que sabe lo que se hace, y ella me dirigía una mirada centelleante. Era evidente que la indignación le daba hambre y la hacía bizquear, lo que le daba un sugerente aspecto malicioso.

—¡Este hombre no descansa! Casi hace más daño jubilado que en activo —dijo irritada, con la cabeza de una gamba sutilmente prendida con la punta de dos dedos.

—Los símbolos no se jubilan. La bandera no se jubila. El Barça no se jubila. La Caixa no se jubila. ¿Por qué iba a jubilarse Pujol?

—¡Brrrrr!

—Además, si lo comparas con Carod y los de Esquerra, intercambiando símbolos nacionales con las tribus amazónicas, convendrás que Pujol sale ganando por varias cabezas.

—Los de Esquerra son como son. Lo que es incomprensible es que los socialistas les sigan el juego. Ya no hay espacio para la política racional, ahora todo son identidades y esencias. Lo que habría que hacer es aplicar la ciencia a la política con criterios exclusivamente lógicos.

—Pero eso es como jugar al ajedrez con un ordenador. No tiene

ni maldita la gracia.

Sorbía lentamente mi copa e intentaba ponerle humor a un asunto que, de gracia, tenía poca. Sobre todo, porque siempre he creído que un hombre sin humor es un chiste. Un chiste que él nunca entenderá.

—Lo que no tiene ninguna gracia es que la identidad, que es un concepto nuevo, haya corrompido las nociones de individuo y de ciudadano. Y que haya que tirar de historia y sentimentalismo para determinar cuándo dos individuos son iguales —prosiguió.

—Ya lo sabes: «Catalán es quien vive y trabaja en Cataluña… y quiere serlo».

—Ahí lo tienes: el querer serlo. Yo quiero serlo, pero a mi manera, reconociendo que el español es la lengua más hablada en Cataluña, que hubo tantos catalanes franquistas como madrileños franquistas, y que esta gente, muchas esencias patrias, pero gobiernan como unos besugos. Y si lo digo, no quiero que me echen a la cara que soy una mala catalana. Y esa hostilidad a todo lo español… Siempre ridiculizando a España, como si esto fuera Disneylandia…

—Ya lo decía Schopenhauer: cada nación ridiculiza a las otras naciones, y todas tienen razón. El problema de las naciones es que se toman a sí mismas demasiado en serio, sean éstas lo que sean.

—Ja, ja, ja. Alguien inventó la palabra *relativista* pensando en ti —dijo malévola.

—Esto de las naciones y de la voluntad de fragmentación lo explica muy bien Pujol. Él siempre cuenta que estaba en Moscú en septiembre del noventa y uno, con Yeltsin, y que, de repente, el Sóviet Supremo decretó la independencia de las repúblicas bálticas. Entonces se acercó al tipo que hasta aquel momento había sido el presidente de la República Soviética de Estonia y que acababa de convertirse en el presidente de Estonia, y le dijo: «Felicidades, son independientes». Y el otro contestó: «No contábamos con ello. Pero, bueno, somos independientes, haremos lo que podamos».

—Bufff. Se las sabe todas. Por eso es el responsable de todo lo que está pasando —resopló airada—. ¿Has visto los tres diputados de Ciudadanos en el Parlament? Parece que algo se mueve también del otro lado.

—Sí, Rivera con José Domingo y Antonio Robles. Esos dos son tan socialdemócratas como yo. O tal vez estén aún más a la izquierda.

¿Rivera está también en esa sintonía?

—Creo que es más bien liberal.

—Sea lo que sea eso.

—No tienes remedio.

—Debo de estar envejeciendo. Desconfío cada vez más de los supuestos valores de la juventud.

En mi rumboso despacho seguía absorto en los casos, facturando con aplicación hasta mis pensamientos en el inodoro, pero con la incipiente sensación de que o la firma o yo nos habíamos equivocado. Aquel entorno eficiente, frío y un tanto autocomplaciente me resultaba cada vez más ajeno. Ahora pienso que nunca acabé de creer que me hubiera convertido en uno de aquellos abogados solventes y ceremoniosos, lectores de prensa salmón y amantes de la navegación y el esquí, que compartían un cierto *esprit de corps*, el de los que han llegado donde querían. Eso sí, acudía cuando tocaba a las reuniones de socios en la última planta, en una de aquellas salas acristaladas que ofrecían visiones inéditas de la ciudad: hacia el este hasta el mar y hacia el oeste, hacia el barrio de Gracia y aun otros más modestos y elevados, de esos que sólo destacan iluminados durante la engañosa belleza de la noche.

Las presidía Emilio, un hombre brillante y apuesto, habituado a pronunciar discursos estudiadamente improvisados en los que recurría a todos los instrumentos de su eficaz retórica. No dudaba en utilizarlos frente a cualquiera que se le opusiera, a veces en temas que no merecían tal despliegue de persuasión. Emilio era un tipo alto y espigado, apenas ingresado en la cincuentena, que vestía con británica elegancia unos trajes que, a poco que te fijaras, dejaban claro su precio. Modelos *bespoke* de Gieves & Hawkes o Anderson & Sheppard, o de alguna otra de aquellas sastrerías con nombre de marca de cigarrillos o de firma de abogados. Sin embargo, le caían estupendamente, que no es algo que les ocurra con frecuencia a los hombres de su posición. Sus ojos eran de color azul hielo, fríos y aun así alegres. Pero sus labios finos y apretados advertían de la cólera latente en alguien que podía llegar a ser muy duro si lo creía conveniente, pues poseía esa faceta implacable que es imprescindible para acometer según qué empresas. Había levantado un auténtico

imperio partiendo del despacho de apenas doce miembros que fundó su padre y era evidente que estaba más que orgulloso de lo logrado. Su pelo gris le cubría más de la mitad de las orejas y caía sobre su frente con estudiado descuido y todo él irradiaba desenvoltura, prosperidad y un optimismo para el que no le faltaban motivos.

Junto a él oficiaba su mano derecha, Rafa, el auténtico cerebro operativo de aquel transatlántico y uno de los tipos más simpáticos en un mundo en el que la simpatía no suele ser tenida, precisamente, por una virtud. Rafa tenía la rara habilidad de arengar a los asistentes a las juntas de socios reprochándoles lo que juzgaba niveles de facturación excesivamente bajos y amenazando de forma velada con restricciones en los pagos de beneficios. Pero lo hacía consiguiendo que pareciera que, en realidad, los estaba colmando de elogios e invitándoles a cenar. Un buen día dejó de fumar sus habanos y, para agravarlo, se convirtió a la religión vegetariana, lo que le llevó a adoptar un sutil aire zen. Sorprendentemente, nada de todo esto afectó a sus habilidades sociales. Pedía sus espárragos en La Manduca de Azagra y conseguía que acabaras envidiándole y miraras con una cierta aprensión a tu triste solomillo.

En la reunión de aquel viernes, Emilio iba dando la palabra a los socios, pero, en realidad, no esperaba que nadie se alargara demasiado en su uso. Cuando ocurría eso, acababa uniendo las manos como en un rezo y contemplaba absorto, con la mirada baja, las impecables cutículas de sus uñas. Si el incontinente persistía en su error, lo siguiente era una interrupción y un cambio de tema sin anestesia. Emilio era incapaz de aguantar a los pelmazos y le resultaba difícil creer que además no fueran unos ineptos, pero tenía sentido del humor. Cuando se planteó la posibilidad de fichar como nuevo asociado a un tipo especialmente brillante y con buenos contactos, pero de un carácter definido como insufrible por todos los que le conocían, Emilio no dudó:

—Prefiero tenerlo dentro de la tienda escupiendo hacia fuera, que fuera de la tienda escupiendo hacia dentro.

Entonces se volvió y me preguntó, frunciendo las cejas en un ceño cómico y exhalando una cínica nube de humo de su cigarrillo:

—Da clases en tu misma universidad. ¿Le conoces?

—Le conozco —respondí inseguro—. Una eminencia.

—¿Y lo del carácter?

—Dicen las malas lenguas que tienes que ponerte a la cola para odiarle, pero no hablo por experiencia propia. Y yo confío en el liderazgo. Seguro que tomas la decisión más adecuada.

—En cuanto la tome yo, pasará a ser la más adecuada. Y eso del liderazgo me suena a culto a la personalidad. —Rio.

—Como Kim Il-sung. Podemos poner una estatua tuya de tamaño natural en la recepción.

—Ya era hora de que alguien se diera cuenta.

Hablaba y bromeaba como los demás socios y trataba de participar de su espíritu constructivo, pero mis palabras me sonaban extrañas mientras salían de mis labios, como si fueran el discurso de otro hombre. Ponía en ellas el énfasis esperado y un tono solvente, pero las sentía carentes de cualquier emoción. Me llevó pocos años descubrir que aquél no era mi sitio y que hubiera sido desleal aferrarme a la firma sin acabar de creer en mi pertenencia sin reservas a ella. Era un lugar en que la fe era tan importante como el mérito. Cuando en la cena de Navidad de unos años después Emilio se despojó de su optimismo congénito y describió las dimensiones de la crisis económica que asoló al mundo y que entonces era ya una certeza, empecé a pensar en persuadir a Judit de la conveniencia de instalarnos por nuestra cuenta.

Mientras tanto, cuando todos los periódicos ofrecían un cuadro agitadamente triste de las miserias morales y económicas del país, Emilio invitó a dar una conferencia al entonces aún popular Tony Blair, exprimer ministro inglés que por aquellos días estaba de gira haciendo caja y en fase de bendición de la llamada «alianza de civilizaciones» campanudamente promocionada por Zapatero. Desde luego, el buen Zapatero parecía uno de esos tipos que, si montan una funeraria, la gente deja de morirse inmediatamente. Por lo visto, a Blair la contemplación del absurdo desaguisado que había contribuido a dejar en Irak le había convencido de las virtudes de algunas de las iniciativas un tanto naifs del presidente español. Los honorarios de Blair no eran ninguna tontería y el contrato remitido al despacho por sus abogados contemplaba incluso los pluses a abonar en caso de que alguien quisiera una foto dándole la mano. Emilio pidió a todos los socios que facilitaran a la secretaria de presidencia su lista de clientes vip para invitarlos al evento, dejando claro que tendrían preferencia aquellos que se desenvolvieran en *fluent english*, lo que me retrotrajo a

mi viaje con los jueces a Jerusalén y a una amarga reflexión sobre las competencias lingüísticas de los españoles.

Por supuesto, facilité el nombre de aquél de entre los míos que reunía sobradamente ambos requisitos: Artur Mas, que no sólo hablaba un inglés excelente, sino que en aquellos días estaba en boca de todos por su oposición feroz al tan entretenido gobierno tripartito. Y también por el diseño de una curiosa operación de *marketing* político que decía algo así como que Convergència era «*la casa gran del catalanisme*», uno de aquellos artefactos dedicados a promocionar la marca y a desgastar en la medida de lo posible la de sus contrarios, principalmente Esquerra.

Se lo comenté a alguien del partido en lugar de llamar directamente a Mas y, a partir de ese momento, ese alguien se ocupó de todo. Quería que el tipo se apuntara el tanto, pero dejándome a mí ni que fuera la sombra de un pálido prestigio. Mas, un hombre muy cumplido y educado, una persona amable a su manera cauta y más bien solitaria, nunca me agradeció aquella invitación, lo que me lleva a pensar que mi contacto, efectivamente, se apuntó lo que se tenía que apuntar, pero no me dejó ni los restos. Mas lo pasó bien y le trataron como a presidente *in pectore*: habló con Blair con soltura y se sentó a la mesa con la infanta Cristina y el propio Emilio, elegantes y en su mejor momento, con esa tranquilidad que se suele ver en las fotografías de la gente poco antes de las catástrofes.

Conservo una de esas fotos en la que estoy dándole la mano a Tony Blair. Él está en escorzo, con una corbata granate sobre la camisa blanca y un traje oscuro. Sus orejas puntiagudas le dan el aspecto de un gnomo y sonríe enseñando unos dientes tan blancos y regulares que parecen el trabajo de un buen protésico. Como suele hacer este tipo de gente, mira a un lugar indeterminado situado entre mi hombro derecho y una hilera de apuestas azafatas. Está diciendo algo a alguien a su lado mientras le saludo y musito un «*pleased to meet you*» que iba ensayando mientras hacía cola, y él continúa con lo suyo, exactamente como si yo no hubiera hablado. Estrecho su mano y le miro consternado, como si me hubiera soltado alguna inconveniencia. Estoy algo inclinado, en un simulacro de reverencia, y el traje me sienta mucho mejor que a él. Sin embargo, mi expresión es la de un bacalao endomingado, lo que me hace pensar que tendría que haberle pasado veinte euros bien doblados al fotógrafo mientras me

daba las instrucciones para colocarme. Nunca se me ocurrió enmarcarla y ahora la miro con una cierta aprensión. No sé por qué me recuerdo a Woody Allen en *Zelig*, como si estuviera a punto de mimetizarme en el propio Blair o en una azafata de largas piernas. Parece muy antigua y me hace sentir como un farsante.

Blair era un hombre de la llamada «tercera vía», algo un poco menos complejo que una ideología que abogaba por la superación de las viejas izquierda y derecha y que aunaba la eficiencia económica, la tolerancia social y la política tecnocrática. Un pensamiento que no iba a resistir los embates de la crisis y que contribuyó a desarbolar aún más al socialismo tradicional. Era el producto de una racha de optimismo que venía del fin del comunismo, que hoy aún asombra por su candidez y que no supo prever ninguna de las consecuencias nefastas de los actos de aquellos momentos. Algo así como la negación del trilema de Rodrik, aquello de que es imposible tener al mismo tiempo democracia, soberanía nacional e integración económica global. Se pueden tener dos de esas cosas, pero nunca las tres al mismo tiempo. En su momento, la tercera vía me gustó, tal vez porque era más insípida que una taza de café frío en un desayuno de hotel, pero no implicaba la necesidad de hacerle daño a nadie, ni que fuera por los más elevados ideales. A veces, aún la echo de menos.

Si me olvidaba del *estatut*, de *la casa gran del catalanisme*, de la herencia de Pujol y de otro montón de cosas, Mas me parecía el mejor representante local de esa forma de entender el mundo: pactismo, transacción, tecnocracia, competencia y un cierto acento social. Lo que pasaba era que olvidar todo aquello era prácticamente imposible. Sobre todo, porque los seguidores del propio Mas —ese movimiento que empezaba a pasar en aquellos días del catalanismo al soberanismo explícito— no lo permitían. Simpatizaba con él, pero lo hacía en la distancia. Con Blair pude hacerme una foto, previo pago, pero no conservo ningún testimonio gráfico del encuentro con Mas de aquel día, lo que dice mucho sobre la importancia de caerles bien a los fotógrafos. Me acerqué a saludarle, en uno de los escasos momentos en que no le vi con alguien, dando por supuesto que no tenía por qué recordarme. Le hablé de mi amistad con Lluís Corominas, con Gordó, con Felip Puig, de los asuntos que llevaba para el partido y de lo alta que era la infanta. Era un hombre con unas facciones definidas, como esculpidas, con esas canas que asoman en las sienes y que tanto gustan

a algunas mujeres.

—Te recuerdo perfectamente, no creas que el único que tiene memoria es Pujol. Ya hace años que trabajas con nosotros. ¿Toda la gente que hay aquí habla inglés?

—Creo que sí. Al menos, todos parecen capaces de entender a *Thomas la locomotora y sus amigos* en versión original.

Me miró con una sonrisa cortés, supongo que preguntándose quién diablos era ese Thomas, y se despidió con una sonrisa y un medio guiño que, en un hombre tan circunspecto, no dejaba de resultar exótico.

—La que sí lo habla bien es la infanta.

—¿Y el consorte? —pregunté con genuina curiosidad.

—Bien. No como ella, pero bien. Vecinos ilustres.

—Catalanes ilustres. Viven y trabajan aquí. No sé si mucho, pero algo deben de hacer.

Al poco, el juez Garzón dio inicio a las actuaciones del que se llamó «caso Pretoria» —uno de esos nombres que ponen las unidades de policía a sus investigaciones— y que afectó directamente a dos de las viejas glorias de Convergència, veteranos de varias cosas: Lluís Prenafeta y Macià Alavedra. La divulgación de las imágenes de su detención fue realmente vergonzosa. Se veía a los dos —unos tipos mayores y torpes en aquellas circunstancias— sujetándose los pantalones con las manos, ya que les habían confiscado los cinturones, y acarreando unas bolsas negras de basura que contenían sus efectos personales, con aire de perplejidad y derrota, como si todas las normas que hubieran aprendido a lo largo de su vida hubieran quebrado de repente. Tal vez quienes tomaron las imágenes, o quienes las divulgaron, no pensaron en que cuando se despoja a alguien del último vestigio de su intimidad y se le expone a la rechifla de la masa, pierde dignidad la sociedad en su conjunto, no los desdichados que padecen la injuria, redimidos en su miseria.

Garzón era uno de los jueces estrella —un fenómeno genuinamente italiano y español— de esa jurisdicción extraña que es la Audiencia Nacional, cuya existencia había planteado serios reparos incluso al Tribunal Constitucional, pero que formaba parte de aquel estado de cosas que, aunque no gusten, parece que estén justificadas por la lucha contra el terrorismo. Pocas veces se piensa que lo que al principio se pretende que sólo les sea aplicado a los terroristas, al final

se expande y acaba afectándonos a todos; y que si lo que caracteriza realmente al terrorista es la vanidad y la pereza, pues desea conseguir el máximo efecto con el mínimo esfuerzo, los que defienden la ley deberían huir como de la peste de esos vicios. Como suelo hacer cuando veo a alguien detenido, sobre todo cuando se trata de gente mayor o muy joven, recuerdo al Brassens de *La mauvaise reputation* («*je ne fais pourtant de tort à personne / en laissant courir les voleurs de pommes*») y me entran ganas de soltarlo. También intento imaginar, en los mayores, sus viejos rostros jóvenes y acostumbro a encontrar los rasgos de muchachos pícaros. Entonces pienso en la compasión, pero en vez de sentirla, me invade el retraimiento y una timidez distante.

Garzón era un tipo vistoso, dado a las operaciones espectaculares, y la prueba viviente de aquello que decía Napoleón de que el juez de instrucción era, por encima del emperador, el hombre más poderoso de Francia, habilitado para encerrar en la cárcel a cualquiera. Un poder exorbitado, si no se usa con tino. Tal vez eso cimentara su fama, pero a mí me llevaba a preguntarme si sus colegas se pasaban el día jugando al solitario o, simplemente, eran más discretos que él en la gestión de sus asuntos. Luego me hacía varias preguntas más, tan estúpidas como la anterior. Poco tiempo después, Garzón fue expulsado de la carrera judicial y, en contra de mi obtuso pronóstico, no fue recogido una vez más en brazos de la política —siempre tan agradecida— sino de la abogacía, un lugar donde, como es sabido, cabemos todos. Sin embargo, pese a ser un forofo del Barça, era un tipo muy simpático y, mientras fue juez, extremadamente considerado con los abogados. Aún recuerdo unos interrogatorios una tarde en su despacho, cuando ordenó que yo fuera el primero en intervenir, por ser quien venía de Barcelona y para evitar que perdiera el último avión de la noche. Sus colegas no solían mostrar preocupación alguna por esas cuestiones, y ésta era una de las razones por las que, sin duda, destacaba entre ellos. Tenía, además, un repertorio prácticamente ilimitado de chistes, y los periodistas y algunos políticos le adoraban. Su iniciativa en el caso Pinochet fue admirable, pero había probado lo que Gorki llamaba el «veneno inmundo del poder» y ya no pintaba gran cosa en un juzgado, un lugar pensado para gente más discreta.

Gordó me hizo varias consultas sobre el caso y por momentos llegó a parecer que me iban a encargar la defensa de alguno de los

acusados, pero finalmente eso no ocurrió. Era raro en aquellos días, pero no conseguí plaza, aunque estuviera en la parrilla de salida. Gordó intentó recomendarme, pero fue una de las escasas ocasiones en las que su capacidad de persuasión no funcionó. Yo le agradecí el intento y quedamos, como siempre, tan amigos. Pretoria era una evidencia más de que, ni siquiera bajo la presidencia de un tipo tan poco hostil —al menos en apariencia— a lo que significaba el catalanismo convergente como Zapatero, se iban siquiera a cuidar las formas en el trato a sus detenidos, y ya se sabe que muchas veces la moral está precisamente en las maneras.

11

Tirate un lance

En la misma Audiencia Nacional volví a reunirme pronto con Javier y Juanjo, en un nuevo caso estrechamente vinculado a los de la KIO: el de los altos responsables de Hacienda en Barcelona acusados de haber cobrado cantidades millonarias —por supuesto, en cuentas suizas— por favorecer las inspecciones fiscales de las empresas del grupo kuwaití. Me hice cargo de la defensa del principal implicado, Josep Maria, y volví a la calle Génova, a la plaza Colón, a correr por el Retiro y a los cines de la Gran Vía. Ya un madrileño más, de los que le dicen al taxista, en esos días sin GPS, la ruta más corta para llegar a Chamberí. Y al que saludan como a un habitual en los mejores bares.

Fue un escándalo difícil de olvidar en un país ya de por sí dado a ellos. Los telediarios abrían con la imagen de los acusados camino de la Audiencia y los editoriales de los principales periódicos pedían prisión provisional sin fianza para ellos en un tono de inusitada virulencia. El día que llegamos a la Audiencia a prestar la primera declaración se veía mucha gente en las proximidades de la puerta de acceso. Cuando nos identificaron, se concentraron como un enjambre: eran periodistas armados con sus cámaras y micrófonos y su densidad intimidaba ya en la distancia. Josep Maria, anonadado, se puso unas gafas de sol.

—Mala idea —le dije—. Dan pinta de culpable. Para eso, mejor un casco de motorista.

—Tú déjame con las gafas. No servirán para nada, pero me ayudan a soportarlo.

La jueza, Teresa Palacios, una mujer delgada y atractiva, que vestía con moderna elegancia, se ocupó de la investigación y los inspectores de Hacienda le inspiraban tal hostilidad que oscilaba entre

ni mirarlos a la cara o dirigirles fijamente sus grandes ojos castaños, escudriñándolos con rencorosa incomprensión. Pocas cosas hay más duras que un funcionario acusando a otro funcionario, sobre todo en materias relacionadas con la corrupción. Los jueces y los fiscales confían en ellos, los designan como expertos de la acusación en los juicios por delitos tributarios y conceden a todas sus afirmaciones, incluso las más bizarras, una presunción de credibilidad. Cuando les fallan, ponen en evidencia las propias raíces del sistema, desalientan a la ciudadanía y desmoralizan a los contribuyentes. Sobre todo, a las frecuentes víctimas del rigor de las inspecciones tributarias. Lo había visto con el juez Estevill, y ahora lo vería con ellos: el tiburón sí come carne de tiburón.

Al escándalo contribuyó el hecho de que el que fuera candidato del PSOE, Borrell, mantuviera desde la juventud una relación de amistad con Josep Maria. Así, sus oponentes podían mezclar sin problemas socialismo, corrupción, pago de impuestos, Kuwait y un montón de otros asuntos heterogéneos, perturbadores e indignantes. Alberto seguía defendiendo a Juanjo y, como éste mantenía una versión contraria a la de mi cliente, de alguna manera estábamos enfrentados. Pero eso no perturbó nuestra amistad, ni que lloráramos juntos por el cierre del Balmoral, que dejaba más que claro que la catástrofe se cernía sobre España. Tampoco afectó a mi relación con Juanjo: nos las teníamos de todos los colores durante los interrogatorios, pero al salir del juzgado seguíamos fumando en la plaza, comentando algún libro de historia y contemplando admirados el callejear de las chicas de Serrano.

Fue en una de sus declaraciones ante Palacios cuando dejó caer que la versión de mi cliente, que le había entregado cincuenta millones de pesetas en una cartera de mano, era imposible, y preguntó retóricamente:

—¿Saben cuánto ocupan cincuenta millones de pesetas? No cabrían en ninguna de las carteras que hay aquí —señalando displicentemente los portafolios de los abogados situados al pie de cada silla.

Estaba esperando que dijera eso. Al efecto, había encargado en una papelería unos blocs del tamaño exacto de los billetes de cinco mil pesetas, hasta los cincuenta millones, y los había introducido sin el menor problema en mi cartera. Cuando llegó mi turno de preguntas,

abrí la cartera y empecé:

—Usted ha dicho que esa cantidad no cabría en ninguna de las carteras que hay en esta sala. Bien, le exhibo la reproducción exacta en tamaño y volumen de ese número de billetes. Como puede usted ver, caben perfectamente —dije en tono neutro, casi tan displicente como él.

Me levanté, me acerqué a la mesa de la jueza y empecé a sacar fajos de papel. Teresa me miraba como si fuera a tirarme la jarra de agua por la cabeza.

—Pero esto ¿qué clase de pregunta es? No está preguntando usted nada —me reconvino con un acento andaluz cada vez más marcado.

—Si quiere, lo formulo como pregunta, pero está claro que pretendo evidenciar que el declarante ha mentido en su afirmación al respecto. ¿Por qué ha dicho usted que cincuenta millones no cabían en ninguna de las carteras aquí presentes? —repliqué.

En ese punto, a mí ya me importaba bien poco que Juanjo respondiera o no. Había conseguido el efecto que quería, el de desacreditar una versión que perjudicaba a mi cliente. En un juicio con jurado hubiera sido espectacular, aunque su utilidad durante la investigación era mucho más limitada. Pero había parado el golpe y dejado en tablas una confrontación que hacía quedar a Josep Maria como un mentiroso. Sobre todo, en un momento en el que cualquier juez o fiscal estaba dispuesto a creer a pie juntillas que todo lo que decía éste era más dudoso que la reputación de una fulana. La jueza cortó el incidente documentando lo que había pasado en el acta, con esa retorcida prosa judicial que, al menos en esa ocasión, fue perfectamente adecuada:

—Haga constar que el letrado se ha levantado y ha enseñado una cartera que contiene unos fajos de papel que dice él mismo que son del tamaño de unos billetes hasta alcanzar la suma de cincuenta millones. La cartera y su contenido se admiten como prueba documental y se incorporan «por la cuerda floja». ¿Alguna pregunta más?

Todo el mundo calló. Alberto me miró resoplando por la nariz y la cartera fue recogida por la secretaria judicial y añadida al sumario por aquel método de curioso nombre ideado para los objetos que no se podían grapar a los folios del expediente. Se trataba de cogerla y

meterla en un armario, poca cosa más, pero hay que reconocer que sonaba formal y misterioso. Como tienen que sonar las cosas de la justicia.

Salimos de allí y pusimos rumbo a Malasaña, a La Pepita, en pos de sus croquetas y sus patatas bravas servidas en la barra por unas señoras de lo más maternales. Repasamos la evolución del caso entre tristes augurios y ordenamos un vino algo más que correcto. La gente de allí, sobre todo los jóvenes, era más dada a tragarse un mini de calimocho y, en realidad, los miramos con una cierta envidia.

Al cabo de unos meses, el fiscal descubrió que el caso no tenía nada que ver con la Audiencia Nacional ni con la noble villa de Madrid y propuso a la instructora remitirlo a Barcelona. La instructora vio el cielo abierto. Dudó entre abrazar al fiscal como a un hermano entre gritos de júbilo o limitarse a darle la razón y sacarse el expediente de encima. Optó por esto último, pero su expresión de agradecimiento conmovía a las piedras. Los clientes también se alegraron, aunque sólo fuera porque el calvario hacia el desastre ya no incluiría el pago de las facturas del hotel. Pocas luces hacían falta para darse cuenta de que era la única mejora que cabía esperar, pues, como habíamos previsto entre croqueta y croqueta, el juicio del caso Hacienda resultó una carnicería.

Las formas del tribunal fueron duras desde el principio, dejando más que clara la opinión que aquellos funcionarios perplejos le merecían y fomentando el tono inquisitorial de los interrogatorios. Los fiscales estaban en su salsa, como en casa de los suegros un domingo. Y los abogados éramos tratados más como cómplices de los clientes que como profesionales que trabajaban con lo que había e intentaban sacar petróleo de cualquier detalle exculpatorio. Los acusados se negaban a ver la que se les venía encima: cada sesión en la que no eran mencionados por nadie les parecía un éxito inenarrable y se imaginaban olvidados hasta en el momento en que se redactara la sentencia. Por lo demás, tanto Josep Maria como sus compañeros de banquillo parecían derrotados de antemano, y en las pausas recorrían el vestíbulo de la sala de la Audiencia con ese andar cansado con el que alguna gente se dirige al encuentro de su destino. Curiosamente, esos mismos jueces herméticos y sombríos durante las sesiones del juicio eran extremadamente amables con todo el mundo cuando la función del día acababa, cosa que los clientes también interpretaban

mal, suponiendo que eran indicios de una benevolencia escrita en sus rostros como con tinta latente.

Uno de los acusados era un importante constructor que, además, había sido presidente del Barça. Se trataba de un tipo simpático que parecía disfrutar exagerando la caricatura que algunos humoristas hacían sobre él y que se emocionaba mientras hablaba de cualquier cosa, como si acabara de fichar a algún genio brasileño, aunque de su boca y sus ojos irradiaban profundas arrugas de hondo desconcierto. Los policías del control de acceso al tribunal siempre se dirigían a él como «*president*», y él correspondía al saludo, plenamente identificado con el tratamiento. Le defendía Cristóbal, que sufría conmigo el juicio con paciencia de cartujo.

—Creía que lo de *president* era sólo para Pujol, pero veo que es lo mismo con él —le comenté una mañana junto al arco de seguridad de la entrada, cerca de la puerta del Palacio de Justicia, el único lugar donde podíamos fumar antes de volver al correccional.

—¡Es que todo es lo mismo, querido amigo! El Barça, la Generalitat... —bromeó con su sorna habitual, tan enjuto como siempre, los ojos brillantes y sagaces y con aspecto de acabar de enterrar al conde Orgaz.

—Habrá que volver a entrar, a que nos suelten alguna fresca —apuntó un tercer colega.

—Los fiscales, en cambio, están en su salsa. ¿Has visto cómo los mira el tribunal? Parece que quieran adoptarlos, o casarlos con sus hijas —bufé molesto.

—Emilio mira a la presidenta abriendo los ojos como Bambi y Fernando está, efectivamente, en pose de yerno perfecto. No tenemos nada que hacer. Bueno, sí. Cobrar un plus de peligrosidad cuando nos toque volver a esta sala.

Cristóbal lo tenía tan claro como yo. De vez en cuando, durante los interrogatorios de los testigos y los peritos nuestras miradas se cruzaban y, a veces, intercambiábamos alguna mueca de cómica desolación. Algunos declaraban francamente bien, porque muchos hombres en los juicios se comportan estupendamente, lo que no suelen hacer ni antes ni después, pero los que nos favorecían no causaban el menor efecto en el tribunal. En cambio, a los dañinos para la defensa parecía que les iban a entregar un pase para un fin de semana en Port Aventura. Los fiscales, que eran excelentes, no precisaban un arbitraje

tan casero, pero, obviamente, no se quejaron. Ya nos quejábamos nosotros, con un éxito perfectamente descriptible. Cuando el juicio terminó, abogados y acusados nos abrazamos como náufragos recién rescatados y salimos a la luz, todos con una depresión latente bajo la excitación. Ése no era precisamente el mejor momento para recapitular, pero formulé a mi cliente una reflexión vagamente desdichada:

—¡Que no nos pase nada!

Su mirada triste se hizo más húmeda y se llenó de sorpresa. Mientras, el desastre ululaba como las sirenas de la policía en la noche. Me despidió con un cumplido por mi trabajo y yo se lo devolví, que es lo que suele esperar la gente que hace cumplidos. Aquellos nueve meses de juicio nos habían unido de una extraña manera, dotado de una misteriosa intimidad. Él era mucho más expansivo con Judit que conmigo cuando nos veíamos los tres en el despacho, pero al quedarnos a solas afloraba nuevamente aquella intensa complicidad incluso en los silencios. Judit estaba desolada.

—¿No podríamos haber cerrado un pacto con los fiscales? —preguntó con voz llorosa.

—Lo intenté y no quisieron ni oír hablar de ello. Lo daban por ganado desde el principio y no hay piedad entre grandes depredadores: consideraban a los inspectores de Hacienda como de los suyos, de ahí la saña. El discurso final de Emilio no tuvo desperdicio: «La pestilencia de la corrupción...». Hasta citó una canción de Rubén Blades..., la de *Plástico*, por lo que dice de los tipos «con cara de yo no fui...». Se nota que es un hombre de recursos, y que debió de pasar más de una noche en la discoteca Bikini —le respondí, aún más lloroso que ella.

De los amigos de los viejos tiempos ya sólo quedábamos en activo Blai y yo. Los viernes a medianoche nos encontrábamos entre su casa y la mía y descendíamos hacia el Borne en busca de cerveza fría y de esa música que sólo aprecias en los bares y cuando ya has bebido unas cuantas. Aquella noche estábamos en el Mudanzas, y sonaban los valetudinarios The Zombies, que tocaban como nadie el *Summertime* de Gershwin, aunque antes habían puesto a una italiana que tuvo la ocurrencia de grabar una delirante versión de una canción de Lluís

Llach.

—Canta como si odiara a Lluís Llach —rezongó Blai.

—Si Lluís Llach oyera esta mierda, también se odiaría —repuse yo.

—Éste y el resto de los de la *cançó* pasaron a la historia. Y eso que llenaban estadios. Todos allí con el mechero encendido y coreando las letras...

—Murieron con el posfranquismo. A nadie le quedaron más ganas de canción protesta. Ni Llach, ni Quilapayún. Apenas Raimon... Aunque yo he tenido un juicio en el que el fiscal, en su informe final, citó a Rubén Blades.

—¡Qué hombre más animado! —Rio Blai—. ¿Puede hacerse eso en un juicio?

—Si te lo haces venir bien, puedes hasta recitar un tango. Otra cosa es la cara que te pongan. Yo fui más moderado y sólo mencioné el *Enrique VI* de Shakespeare. Aquella frase en la que uno de los malos propone un programa de gobierno y lo resume así: «Primero, mataremos a todos los abogados».

—Tú siempre tan pedante.

—¿Estás haciendo algo en Ciudadanos? —pregunté.

—Ese partido está yendo como un tiro y se está llenando de trepas. Me afilié en los primeros días y en todas las elecciones he ayudado, he ido por los barrios con la parada para repartir propaganda, he saludado a mucha gente y las he tenido que oír de todos los colores. Pero lo hacía a gusto, hasta que se pusieron bordes.

—¿Te hicieron algo?

Blai exhibió una expresión de intenso malhumor y luego trató de recomponer su sonrisa. Era la imagen de la madurez que intenta mantener el tipo pero se sabe desahuciada.

—No tenía ninguna ambición política. Sólo les pedía que me pusieran en la lista para las elecciones municipales. En último lugar, sin ninguna posibilidad de salir, pero eso me permitía coger unos días libres en el trabajo y ayudar en la campaña. Me gustaba lo de las campañas: hablar de política con desconocidos y ver qué piensa la gente. Te aseguro que, si no haces eso, no tienes ni idea. En los libros, en la universidad y en los despachos pijos no está la vida de verdad, la masa que decide las mayorías políticas.

—Todo muy loable. ¿Y qué pasó?

—Pues que en estas últimas elecciones me han dicho que no. Que ha habido muchas afiliaciones y que tienen todas las plazas comprometidas.

—Parece lo de las compañías telefónicas, que tratan bien a los nuevos clientes y mantienen a los antiguos con las cuotas más altas y en peores condiciones —repuse.

—Me he dado de baja y los he mandado a la mierda. Pero los seguiré votando. Son los únicos que pueden frenar lo que viene.

—No veo que venga nada en especial.

—Viene la victoria de Mas en las próximas elecciones. Y más malestar con el clima que se ha creado con el *estatut* y la madre que lo parió, que no lo votó ni la mitad del censo y ahora parece que sea el tarro de las esencias nacionales. Y vendrá la sentencia del Constitucional sobre el recurso del PP. Abuchean a Montilla por las calles, y eso que el tipo era el paradigma del charnego agradecido —siguió con enojada animación.

—Con Mas vendrá una cierta tranquilidad, creo, aunque ya sabes que el tarot es más preciso que mis intuiciones políticas. Pero te veo algo apocalíptico, y tan alegre como una tumba. Y te has perdido un par de sonrisas fugaces que nos han lanzado desde la otra punta de la barra.

—¿No te habías pasado a la monogamia?

—Eso he hecho. Y me va muy bien. Pero nadie dijo nada de pecar con el pensamiento. Y me gusta evaluar si, en caso de necesidad, sigo en forma —dije.

—Siempre has sido un pendón.

—Y tú, un sentimental.

—Sí. Lloro en todas mis bodas. Y con razón.

Seguimos bebiendo hasta que cerraron en aquel bar pequeño y un poco tronado, con una acogedora barra de mármol, una vistosa exposición de botellas y el aire de una taberna de pueblo regentada por hippies. Estábamos rodeados de gente más joven y las conversaciones en inglés e italiano eran dominantes. Era la muy cosmopolita ciudad de los *erasmus* —un destino turístico de primera—, un lugar caro y orgulloso donde la gente las pasaba negras para pagar la hipoteca, pero se sentía el paradigma de la modernidad. Mas se las debía de prometer muy felices mientras velaba las armas, pero la crisis afilaba sus garras e iba a trastocar todos sus planes. Y mis cándidos

presagios de tranquilidad.

Finalmente, Judit y yo dejamos aquel gran despacho. Tal vez ella se hubiera quedado, pero se regía por rígidos códigos sobre la lealtad y, al ver mi determinación, ni siquiera dudó en seguirme. Buscamos un piso céntrico —lo que, en plena crisis inmobiliaria, resultó extremadamente sencillo—, en un tramo peatonal de la calle Córcega, junto a la Rambla Cataluña, y volvimos a empezar en solitario. Nos fuimos amistosamente, cosa muy extraña en las separaciones entre abogados, y seguimos manteniendo a lo largo de los años una excelente relación con Emilio, Rafa y los otros colegas afines. En realidad, se trabaja mejor en equipo, pero otra cosa es que yo sea capaz de hacerlo. Tampoco es que tuviéramos mucho tiempo para valorar si habíamos tomado la decisión correcta. En julio, tras nueve meses de sesiones, acabó el juicio de Hacienda y en septiembre empezó el del caso Malaya ante la Audiencia Provincial de Málaga, que habría de durar la friolera de dos años, en clara demostración de que todos los asuntos humanos son susceptibles de empeorar.

La zona de la Costa del Sol se había visto asolada por un buen número de casos de corrupción, básicamente urbanística, pues somos uno de esos desgraciados países que como único activo para la especulación disponen de su propio suelo. Un tipo que sabía de estas cosas, el profesor Alejandro Nieto, lo explicó con la teoría de los rotuladores de colores. Está en su despacho un concejal que no tiene más que un mapa del municipio y un tarro de rotuladores. Como la codicia sigue siendo la misma que en tiempos de Keops, está dispuesto a colorear partes del territorio según lo que le paguen. Puede hacerlo en naranja y decidir vivienda protegida y equipamientos sociales, pero eso no rinde demasiado. O en azul, y crear una zona industrial. Pero lo mejor de todo es coger el verde y optar por el suelo urbanizable como residencial, a ser posible, de lujo. Ahí está el dinero, en el color del rotulador. Y hay tanto en juego como para que eso se acabe haciendo de un modo tan cutre como les dé la gana a los implicados. Otros países más prósperos y desarrollados tienen la opción de diversificar con qué delinquen. Aquí nos queda la droga y el tocho.

Habían sido tantos los implicados en este tipo de asuntos que, en la nueva Ciudad de la Justicia de Málaga, con encomiable previsión, habían dispuesto una sala de vistas con capacidad para más de cien acusados y sus correspondientes abogados. Contaba con un circuito

cerrado de televisión, monitores en las paredes y todos los adelantos costeados con aquella mejora de las finanzas públicas que generó en buena medida la propia especulación inmobiliaria. Y que acabó como tenía que acabar: con empresas arruinadas, gente en paro y una deuda pública sensacional. Eran los días en que los taxistas y los vendedores de cupones de la ONCE hablaban con autoridad de la prima de riesgo y de Lehman Brothers, los hipotecados descubrían con sorpresa que sus pisos de valor siempre ascendente no cubrían ni siquiera el importe de lo que debían al banco y los gilipollas atrapados en la pirámide del ladrillo se declaraban en quiebra y sacaban el yate a subasta. Los bancos se atragantaron con inmuebles y solares devaluados, el Estado los salvó, pues nada hay más noble que practicar la caridad con los ricos, y el sufrido contribuyente acabó pagando la fiesta, poniendo, eso sí, cara de besugo. Pero la sala de la Audiencia ya estaba hecha y pagada, y hacia allí nos dirigimos la cálida mañana de un lunes un centenar de acusados y más de setenta abogados a escudriñar las vísceras del pelotazo marbellí. A ver si sacábamos algo en claro.

Esta vez también había prensa, pero, además de los habituales periodistas de tribunales, estaban todos los medios «del corazón», los de los programas de futbolistas, folclóricas, toreros y aristócratas tronados que mueven el verdadero negocio de la información. Es cierto que más que de los asuntos del corazón, se ocupan de los de otros órganos situados un poco más abajo, tan cierto como que sólo les puede hacer la competencia el calendario de la Liga. La Guardia Civil había hecho un pasillo para permitirnos el paso, y los acusados respondieron a los requerimientos de los informadores con estilos diversos. Unos saludaban rumbosos, como si estuvieran en la alfombra roja que conduce a la ceremonia de los Óscar, mientras sus nombres eran coreados por parte del público concentrado frente a las puertas. Otros intentaban pasar desapercibidos, mirando a los lados y como si aquel despliegue no fuera con ellos. Y no faltaba el que recurrió al casco de motorista, un clásico de las comparecencias judiciales. Mis clientes, gente discreta y poco conocida, estaban desesperados.

—Si nos ven en la empresa, nos vamos a la calle de cabeza —dijo uno de ellos.

—Esto tiene mal remedio —le respondí—, pero vamos a hacer una cosa: coge tú mi toga y póntela al hombro, y tú coge mi cartera.

Poned los dos cara de abogados, cosa que no cuesta demasiado, y yo me pongo en medio como un acusado más. Vamos vestidos casi igual y a lo mejor cuela.

Así lo hicimos y pasamos sin mayores inconvenientes al interior del edificio, donde una guardia civil revisó nuestros documentos. Era una rubia alta, algo mayor, de ojos tristes y sonrisa lánguida que nos indicó al camino a la sala con el hermoso acento del sur. El aire acondicionado me secó el sudor de la frente y ocupé mi posición a la derecha del tribunal. Tras la confusión de los primeros minutos, al fin el presidente tomó la palabra y dio comienzo al trámite de las cuestiones previas de las partes, ese momento en que se denuncian irregularidades del procedimiento y vulneraciones de derechos constitucionales. Al cabo de poco tiempo, cuando eran apenas las once de la mañana, pulsó el micrófono e interrumpió la sesión:

—Por necesidades del tribunal, la vista se suspende hasta las diez horas del día de mañana. Despejen la sala.

Se alzó de inmediato un murmullo que ahogó prácticamente su voz y que revelaba algún malestar por la brevedad de la sesión en un juicio que ya se preveía largo. El presidente volvió a pulsar el botón del micrófono y, tras mirar de lado a lado con expresión divertida, puso fin a los comentarios:

—¿No me digan que, después de los años que lleva este tema en danza, ahora les van a entrar las prisas?

El ambiente se distendió al momento. Incluso sonó alguna carcajada. Quedaba claro que aquello duraría lo que tuviera que durar, pero que nos lo íbamos a tomar con calma. Volvimos al sol y tomamos el camino del hotel, frente al puerto de Málaga, un alto edificio con habitaciones con vistas al mar y a la Alcazaba, donde iba a pasar durante los próximos meses más tiempo que en casa.

Tras el de los inspectores de Hacienda, este juicio fue como unas vacaciones pagadas, con sesiones de mañana y tardes libres para trabajar o vagar por las callejas en las horas más frescas. El tribunal extremaba la consideración con abogados y acusados, en su mayoría políticos y empresarios vinculados con el Ayuntamiento de Marbella y su pintoresca política desde los años de Jesús Gil. Aunque también había ganaderos de reses bravas dignos y lacónicos, abogados que parecían picapleitos —pergeñadores de cuentas *off shore*, mediadores de estafadores de altos vuelos, montadores de coartadas y de cualquier

cosa que oliera un poco mal—, mujeres hermosas que habían prestado sus datos a negocios dudosos, aristócratas centroeuropeas con nombres de opereta vienesa y unos cuantos pobres desgraciados.

El resultado sería el que fuera, pero por lo menos las sesiones no eran una pena de reprensión pública de esas que, en ocasiones, los tribunales aplican a los letrados.

Alguna de esas tardes, sentado en la barroca plaza del Obispo, pensaba en mi posible vida alternativa en esa ciudad y nada me hacía sentirme extraño. Yo debía de ser el auténtico *Homo autonomicus*, feliz en cualquier lugar de España; una auténtica rareza. Desde allí miraba hacia la curiosa catedral, «La Manquita», una joya iniciada en el Renacimiento, por orden de los Reyes Católicos, y acabada en el Barroco, a finales del siglo XVIII. Aunque lo de acabada sea un decir, ya que el dinero para la construcción se evaporó y las obras se suspendieron desde entonces, quedando incompleta una de las dos torres, de ahí lo de «La Manquita». Me contaron que existen diversas teorías sobre el destino final del presupuesto. Unos dicen que se habían empleado materiales de calidad demasiado alta, lo que acabó por quebrar las cuentas. Otros, los más, se refieren a una utilización de los fondos para ayudar a sufragar la independencia de Estados Unidos. Finalmente, otros afirman que con el dinero de las obras se atendió al acondicionamiento del Camino de Antequera. El camarero de La Cosmopolita no tenía la menor duda: el dinero se había entregado a los americanos para su revolución y ahora había llegado el momento de que lo devolvieran con intereses. Es más, el tipo afirmaba con absoluta seriedad que había una iniciativa en marcha para reclamar la cantidad al presidente Obama, y que la cosa estaba hecha. Tal vez no fuera así, pero la explicación y su corolario eran magníficos, o yo debía de poner la cara propia del turista catalán al que se pueden y deben explicar estas cosas.

La Cosmopolita Malagueña era un local moderno que combinaba el color blanco con maderas claras, cerca de la calle Molina Lario y la plaza del Carbón, entre algunos edificios supervivientes de una época de elegancia que había pasado a una de necesidad. En su barra, el lugar ideal para el comensal solitario, se podía probar su ensaladilla templada con jamón —tras la cual ya pocas ensaladillas pueden impresionar— y un plato troglodítico y brillante: un hueso de caña con su tuétano acompañado de unas gambas rojas. Disponía además

de una magnífica reserva de vinos andaluces, todos desconocidos para mí. A pesar de ello, vi que el público local tomaba su cena con los consabidos Rioja y Rivera. El camarero captó mi mirada sorprendida y, en esa comunicación mística que a veces se establece entre el buen barman y el cliente, me entendió sin la menor duda:

—Aquí, esto es lo que la gente prefiere. Los finos y las manzanillas para alguna tapa, aunque se pide más cerveza. Y para comer, vinos clásicos de donde siempre. ¡No sabemos lo que tenemos!

El tribunal fue amable y considerado y, aunque con las tensiones, angustias e incertidumbres propias de un juicio penal, consiguió que el ambiente no se crispara casi nunca. Su presidente, un hombre corpulento, de mediana edad, con abundante pelo gris y expresión de socrática indiferencia, consiguió llevarlo con firmeza y mantener un ambiente relajado hasta el punto de que, en una de las últimas sesiones, se me acercó una acusada, que había sido munícipe de Marbella, y me habló moviendo unas pestañas rubias y curvas que eran vestigio de juventud y belleza:

—Quería decirte que hemos organizado los acusados con los abogados una fiesta de fin de juicio en un tablao flamenco de Marbella y que estás invitado. Nos gustaría que vinieras.

—Será la primera vez que acabo un juicio en un tablao, y no se me ocurre una forma mejor. Allí estaré —le dije, agradablemente sorprendido y pensando seriamente en exiliarme en tan ameno lugar.

Y allí estuve, entre palmas y vasos de manzanilla, embriagado por la brisa del mar, por unas playas que no pisaba desde el servicio militar y por el recuerdo de alguna amiga de Sevilla, aún más hermosa y excitante a través de los océanos del tiempo. Me sentía en mi lugar y entre mis compatriotas, sin ningunas ganas de creerme un extranjero. España será un desastre, pero aún no he encontrado a nadie que haya podido convencerme de que mis amigos de Málaga, de Madrid, de Murcia, de Pontevedra, son de un país distinto. Ni a ningún político catalán capaz de persuadirme de que ellos construirían otro mejor. No disponían de ninguna prueba, y lo que pedían era fe. Y mi fe estaba repartida por demasiados lugares: entre la hermandad de la gente decente que no tiene patria, los filósofos de las barras de los bares y los que libran a la gente de su miseria y su ira. No me quedaba nada para ellos.

Durante la celebración de este juicio, mi madre murió. Mi padre

no pudo reponerse del golpe y la siguió a los once meses escasos. Siempre habían estado juntos, y jamás los oí lamentarlo, aunque a veces podían parecer los Roper. Y cuando, después de enterrarlos, fui a desmontar su casa, vi que ellos ya habían realizado la mayor parte de la limpieza. Como si llevaran tiempo preparándose para morir e, incluso en esto, quisieran ocasionar pocas molestias. Apenas quedaban trastos y se habían deshecho de zapatos ajados, ropa anticuada, revistas atrasadas y todas esas cosas que se acumulan en cualquier vivienda, aún más en las de los viejos. Aunque habían conservado los libros —novelas policíacas, casi todas del comisario Maigret— y una caja con fotos antiguas de adultos y niños, gente sencilla y aseada que miraba con timidez a la cámara y entre los que pude reconocer a bien pocos. Tal vez a mí, en un cochecito en la feria de Gracia, en la plaza Gala Placidia, con un polo abrochado hasta el cuello y una sonrisa osada.

Mas había ganado las elecciones. Gozaba de una mayoría casi absoluta, y los pocos votos que le faltaban para ésta se los cedía con gusto el PP liderado por Alicia Sánchez-Camacho, una mujer vehemente, de rostro anguloso, alocados ojos azules y un aire nervioso e inquieto, como si el mundo estuviera a punto de llevarle la contraria y ella no estuviera dispuesta a consentirlo. Eso se sabría mucho más tarde, pero aquel mismo año Alicia ya maquinaba en la sombra, mientras daba cuenta de un arroz con bogavante, cómo contribuir a la destrucción de Pujol. Concertó una entrevista con una antigua novia de su hijo Jordi y recabó información sobre sus supuestas corruptelas. Alguien grabó el encuentro, presumiblemente la propia Alicia, y su divulgación al cabo de un tiempo proporcionó momentos de sano esparcimiento. Por lo menos, a mí me permitió descubrir con sorpresa que en un local llamado Nuba se ligaba mucho, pero que dos mujeres con tan notables encantos llevaban meses sin anotarse un tanto. La divulgación del encuentro generó un gran revuelo, y ambas se prodigaron ante los medios de comunicación, ya rota definitivamente aquella frágil camaradería que se teje alrededor de una paella. Las dos sonreían mucho. Como un par de listillas que saben que no están engañando a nadie pero que no piensan dejar de intentarlo.

Un funcionario me hizo llegar una invitación para acudir al

Palacio de la Generalitat, a la toma de posesión del nuevo *president*. Era una tarjeta de cartón blanco, con el emblema oficial y el texto impreso en una elegante caligrafía inglesa. Bien es verdad que alguien con el pulso trémulo había añadido a mano mi nombre, pero su aspecto general rezumaba elegancia y dignidad institucional. Nunca tuve claro quién me la envió, pero como soy un sentimental, siempre he creído que fue un capitoste del partido, tal vez sintiéndose en deuda por lo de Tony Blair. Me puse un buen traje y bajé hacia el evento como quien va a una boda de postín. En las proximidades de la plaza San Jaime se congregaban gentes endomingadas, mujeres recién salidas de la peluquería y hombres vestidos de oscuro con el pelo pegado al cráneo con gomina, risueños, algunos más expansivos que la faja de un gordo. Muchos se conocían entre ellos, y algunos pocos me conocían a mí. Me incorporé a una cola que se alineaba en la calle del Obispo junto a los turistas de algún crucero que seguían a una chica japonesa que blandía un paraguas en alto con un banderín rojo en la punta para no perderlos. Un *mosso* se me acercó con expresión obsequiosa:

—¿Me permite ver su invitación?

—Por supuesto. Aquí la tiene.

Y la exhibí orgulloso, como si fuera la foto del castillo familiar.

—Usted no tiene que hacer esta cola. Su invitación le da acceso directo por la puerta principal. Esta cola es para seguir la retransmisión del acto en los monitores de televisión de los salones.

Sonreí al *mosso* lo más animosamente que pude, preguntándome cómo demonios podía tener yo uno de los pases vip, y abandoné la cola mientras las miradas de los que esperaban se deslizaban sobre mí con una cierta curiosidad y un punto de resentimiento. ¡Qué razón tenía el tango!

¡Ah!, las reuniones comadre, comentadas por semanas,
five o'clock tea de las ranas, de la gente más compadre,
de los que recién llegados ligaban un ginebrón
porque estaban invitados con tarjeta de cartón.

Mas dio un discurso solvente, como solían ser los suyos, plagado de metáforas náuticas un poco al estilo de *Capitanes intrépidos*, y al término del acto —demasiado largo, como todos los de su género—

pasamos a tomar la consabida copa en el Pati dels Tarongers, un lugar de singular belleza gótica, abarrotado para la ocasión de gente lozana y desinhibida. Felip Puig, a punto de ser nombrado *conseller* y más contento que unas pascuas, me tomó bajo su tutela y me fue presentando a algunos de los asistentes. Después saludé a Trias, al que le faltaban pocos meses para ganar la alcaldía de Barcelona, a Corominas, a Homs y a Madí. A estos dos últimos se les atribuía gran parte del mérito en la victoria y se hallaban en el apogeo de su poder, aunque sólo Madí demostró tener buenas dotes adivinatorias. Dejó la política antes del final del año y se retiró a sus negocios privados, tan grandes, prósperos e importantes como él, y se ahorró muchos sinsabores. No todos, pero sí muchos. Era un hombre muy alto, que me sobrepasaba en una cabeza, y me producía la agradable sensación de sentirme pequeño y ligero. Pero aquel día, todos ellos actuaban como si fueran guardianes de un secreto fundamental para la gloria del país y de que conocían perfectamente su futuro.

Felip me llevó a saludar a Mas, rodeado de gente que le hacía la pelota sin piedad y acaparaba su atención conversando con certidumbres propias de estudiantes universitarios. Aun así, me reconoció con una sonrisa, sin confundirme con un comercial de la *Enciclopedia Británica*, y me tendió la mano. Sólo en apariencia era un hombre inexpresivo. Una broma o un comentario amable animaban su rostro y le daban el aspecto de un joven que no se tomaba demasiado en serio todo aquel aparato. Felip se quedó con él y me alejé, levemente desarraigado. Felip era uno de mis amigos convergentes. Un ingeniero brillante abducido por la política que parecía vigoroso y vulnerable a la vez. Alguien capaz de fidelizar a los alcaldes de las más recónditas poblaciones del país y consolidar una base territorial prácticamente imbatible. Por eso se desplazaba constantemente y, a veces, estaba en condiciones de obsequiarte con una caja de melocotones de Gandesa. Era un tipo alto, con poco pelo, que llevaba muy corto, y esa barba de una semana que es el signo identitario más evidente de los políticos catalanes en los últimos tiempos. Tenía una sonrisa cálida y una mirada dura, como esos hombres que pueden seducir con facilidad a una dama y pararle los pies a cualquier cretino. Sería uno de los puntales del nuevo gobierno. Hasta que dejara de serlo, claro está.

Divisé a Pujol y me acerqué a él. Con un vaso de agua olvidado

en la mano, hablaba con su hijo Oriol, que le escuchaba sin desclavar la vista de la punta de sus zapatos. Aquella temporada, Oriol había decidido prescindir de sus pobladas patillas y lucía una barba corta, canosa a ambos lados del mentón, que afinaba los rasgos de su cara y le asemejaba a algún profeta bíblico, a lo que también ayudaba su mirada oscura y algo triste. Era otro de los ganadores del día, cuando se decía que Mas no haría otra cosa que calentarle el asiento hasta que estuviera en condiciones de asumir él mismo el mando. Tenía un leve parecido con su padre, la misma estatura y la afición a mirar fijamente a los ojos de su interlocutor, como si quisiera leerle el pensamiento o persuadirle de las glorias de Cataluña a través de la hipnosis.

Pujol me hizo un gesto y me acerqué hasta ellos.

—Bueno, bueno, abogado. Me alegro de verle. —Pasó con mucho aspaviento al lado de Oriol y me cogió del brazo—. ¿Ha disfrutado del acto? Es un día para estar contento.

—Un buen día para Mas y para ustedes, sin duda. Y espero que también sea un buen día para el país —repuse más comedido que un embajador ante la Santa Sede.

—Será bueno para el país, ya lo verá —dijo, mirando de reojo a un par de pelmas que merodeaban junto a nosotros, esperando su momento para acercarse.

—Mas tendrá que hacer frente a una crisis de caballo. Parece que el país está al borde del rescate y de la intervención por Bruselas, y la deuda pública de la Generalitat está clasificada como producto de riesgo —dije como si tal cosa.

—Mas es fuerte y saldrá adelante. Pero el país es aún más fuerte. Cataluña ha soportado crisis gravísimas y siempre ha sabido salir de ellas con trabajo y buena gestión. Esta vez no será diferente —afirmó muy serio.

Farfullé algunas palabras como si aprobara lo que decía, cogí una copa de champán y eché un trago. Estaba caliente y sabía a algo rancio o cocido, pero compuse una expresión de placer sibarítico.

Me volví hacia Oriol:

—¿Entrarás en el Gobierno?

—Eso es cosa de Mas —dijo—, y no cuento con ello. Hará su equipo con total libertad y yo espero dedicarme al Parlamento y al partido.

Su voz era tranquila y firme, con buen acento. No parecía la voz

de un hombre que tuviera que temer por su futuro.

Unas conversaciones telefónicas que un juzgado interceptó aquellos mismos días, y que se revelaron un tiempo después, ponían en claro que su satisfacción con los planes de formación del nuevo gobierno era escasa. Y que sí tenía alguna cosa de la que preocuparse. Pero en aquel momento no aparentaba la menor prisa y miraba a su padre esperando alguna muestra de aprobación.

—Oriol tiene razón. Ahora es la hora de que decida Mas y de que el partido diga lo que tenga que decir. Ya sabe usted que en Cataluña somos un poco presidencialistas —asintió Pujol—. Y usted no sea pesimista. Hoy es un buen día.

Y era verdad que aquél era un buen día para los convergentes. Tras siete años exiliados en la oposición, buscando colocaciones para los amigos hasta debajo de las piedras, recuperaban una maquinaria de poder insuficiente para sus proyectos de futuro, pero más que solvente para contentar a un buen número de afines. Los altos cargos del gobierno saliente tenían que empezar a abandonar los despachos y buscar algo que hacer. Lo mismo les ocurría a los cesantes de los Gobiernos de la Restauración borbónica: su hora había pasado. Y las gentes de Mas, como decía Eddie Felson *el Rápido* en *El color del dinero*, proclamaban a los cuatro vientos: «He vuelto».

Una de las que se iba era una destacada militante del PSC que había tenido un alto cargo con Montilla. Era una colega, profesora en la Facultad de Derecho de la Pompeu y, para asombro general por cómo pasan los años, había sido alumna de mis primeras clases de penal. Estaba sentada en el borde de la fuente coronada por una estatua de sant Jordi —un estrambote añadido a principios del siglo XX que ni se les había pasado por la cabeza a los arquitectos góticos del palacio— y contemplaba la abigarrada concurrencia con expresión melancólica y un tanto ausente. Era alta, delgada y hermosa. Vestía un vestido negro de punto suave que resaltaba su estilizada figura: de líneas sencillas pero sin perder ninguna curva. Los detalles de plata en sus dedos y sus muñecas la hacían parecer la sacerdotisa de algún culto olvidado. Un exponente de esa elegancia sobria, moderna y nada afectada que aún identifica a las izquierdistas de buen gusto. Me vio acercarme y sonrió. Le devolví la sonrisa y me senté junto a ella. Ninguna de nuestras sonrisas parecía demasiado alegre.

—¿Qué haces tú por aquí? —preguntó.

Su completa soledad dejaba claro que pertenecía al bando de los perdedores, y el hecho de que hubiera conseguido hacerse con un cenicero, que era buena conocedora de los usos y costumbres de la casa. Incluso de sus secretos. Encendí un cigarrillo furtivamente, como si le estuviera dando un pescozón a un obispo.

—Ya lo ves. Yo, como siempre, en auxilio del vencedor, que es quien más ayuda precisa.

—Y quien mejor la puede pagar —rematé con sorna.

—Son clientes. Y algunos de ellos, amigos. Por cierto, vosotros, en siete años, no me habéis encargado ni un solo asunto. En una carrera de sectarios vais ganando por varios cuerpos.

—No tenía la menor idea. Tampoco me llamaste nunca...

—La cosa funciona al revés. El cliente llama al abogado, no el abogado al cliente —dije.

—Eres demasiado orgulloso.

Yo asentí.

—«Con el rico y el poderoso hay que ser orgulloso.»

Me miró sin ninguna expresión. Tal vez estaba pensando. O a punto de bostezar.

—¿De quién es la cita? Tú siempre lanzas citas. Ya lo hacías en clase.

—De James Stewart en *Historias de Filadelfia*. Cuando está borracho y cree que ama a Katharine Hepburn.

—Es muy buena —y sonrió con todos los dientes.

Sin embargo, el efecto no duró demasiado, como el brillo del agua sobre una roca. En realidad, una tristeza reticente se desprendía de sus bromas.

Me fui convencido de que se iniciaba un período de tranquilidad política en Cataluña, porque, como los buenos perdedores, siempre tengo tendencia a engañarme un poco. Mas, Puig, Homs, Boi Ruiz, Mas-Collell y otros candidatos que se barajaban parecían gente seria. Luego se pudo ver que eran de aquellos que creen que la realidad no es lo que parece, sino lo que la fuerza de voluntad y el deseo de alcanzar un objetivo pueden hacer con ella. Como suele ocurrir en Cataluña, cuando más falta hacía un puñado de gestores eficientes, se nos obsequió con el consabido lote de idealistas sentimentales. Tipos inmediatamente dispuestos a olvidar que sus seguidores alcanzaban, como mucho, a la mitad de la población y que consideraban a España

un país autocolonialista, de esos que pretenden aplicar a sus propios súbditos —los catalanes, por supuesto— las mismas políticas que se consideran imperialistas cuando se aplican a pueblos nativos.

Eran víctimas de Prometeo: Pujol los había bendecido con la luz de la patria y maldecido con la esperanza, pero demostraron carecer de su exquisito dominio de los tiempos. El Tribunal Constitucional dictó la sentencia sobre aquel *estatut* que a nadie interesaba y los aparatos de propaganda del nacionalismo supieron presentarla como un agravio prepotente y descortés a Cataluña, un territorio, a la vista estaba, muy fácil de agraviar. Otra cosa es que la tardanza en dictar el fallo fuera, efectivamente, prepotente y ofensiva y soliviantara a mucha gente normal portadora de un patriotismo inocente, a menudo ingenuo. Creían en la rectitud inherente a su pueblo, como todos los pueblos han creído alguna vez en la suya, y con la misma ausencia de fundamento.

El independentismo inflamó los ánimos de mucha gente, y los convergentes y Esquerra, por puro tacticismo o porque no sabían qué otra cosa hacer ante la crisis, iniciaron una competición para dirimir quién de entre ellos era el mejor guardián de las esencias nacionales. Las pasiones empezaron a desatarse y ya se sabe, al menos desde Montesquieu, que la pasión tiene muy buena prensa. Quizá porque para la pasión todo el mundo sirve.

Pronto tendrían un aliado insospechado en el nuevo Gobierno de Rajoy, compuesto mayoritariamente por esa clase de gente inquietante que lleva bordadas las iniciales en la pechera de la camisa y debate con la prensa sobre sus diálogos con el ángel de la guarda. Rajoy recordaba poderosamente a aquel personaje que interpretaba Woody Allen en la desopilante *Casino Royale*. Cuando están a punto de matarle, se dirige al asesino y le dice: «No puedes matarme, mi país reaccionará. Enviará una carta».

Me acodé en la barra del Ideal y pedí una copa en condiciones para olvidar el sabor del cava de *palau* y brindar conmigo mismo por los nuevos tiempos. Los clientes, gente de orden, comentaban la victoria de Mas con evidente satisfacción, como si el fin del tripartito hubiera supuesto liberarse de la Camboya de Pol Pot, y daban por seguro que la vieja tecnocracia pujolista pondría orden en las finanzas y animaría la economía.

—Poca animación va a haber, cuando lo primero que tendrán que

hacer serán recortes del gasto —dije.

—Recortar el gasto no corre prisa. Que empiecen en Madrid —repuso un hombre rechoncho encaramado a su taburete en el otro extremo de la barra.

—Ya. Pero alguien tendrá que empezar, aunque se trate de medidas impopulares.

—Lo absurdo sería que empezáramos en Cataluña. Justo con el cambio de gobierno y con la gente endeudada hasta las cejas. Pondría al gobierno contra las cuerdas antes de empezar a gobernar.

—Mas es un sujeto responsable. Si tiene que recortar, recortará —repuse sin mucha convicción.

—Pues ya veréis cómo se queda solo recortando y al final lo recortan a él.

El tipo no parecía Einstein, pero resultó que tenía toda la razón.

12

La señora del chalet

Pasaron muchas cosas mientras me ocupaba de los asuntos de la Costa del Sol. Sin ir más lejos, estalló el caso Palau, de la mano de uno de los fiscales del caso Hacienda, Emilio, que no se perdía una. Era un hombre de mediana estatura, moreno y delgado, con unos grandes ojos azules un tanto saltones que le daban una expresión entre soñadora y sagaz. Sin embargo, cuando te miraba fijamente, podías notar perfectamente toda la intensidad amenazadora que transmitían. Su espeso cabello negro contrastaba con la blancura invernal de su piel y el rostro venía definido por una barba muy cerrada y una barbilla firme y puntiaguda. Cuando curvaba hacia abajo las comisuras de los labios, su nariz recta y afilada le daba un aire desdeñoso, cosa que sin duda sabía y que no debía de molestarle lo más mínimo. Un tipo progresista y algo desencantado, de los que creen que aquí estamos, condenados a vivir en la sociedad en la que vivimos, pero que todavía aspira a mejorarla con la justicia. Tendría razón o no, pero era una noble aspiración y actuaba de acuerdo con ella. Cuando vinieron a Barcelona un par de policías «patrióticos» a buscar mierda sobre los Pujol y Convèrgencia con medios más que discutibles, por mucho que Emilio simpatizara con esos políticos tanto como con la tosferina, los echó escaleras abajo sin contemplaciones.

No era el fiscal que interpreta Kevin Bacon en *Algunos hombres buenos*. Era mucho mejor. Y más duro. Aunque, según cómo le daba la luz, ofrecía un cierto parecido con el Vittorio Gassman de los buenos tiempos, el de *I soliti ignoti*. Sus dientes blancos centelleaban al sonreír, pero no sonreía mucho; más bien solía pasear con soltura una expresión un tanto enojada. Sin embargo, no carecía de sentido del humor, y podía llegar a resultar hilarante. Lo que ocurría era que lo

reservaba para quienes no consideraba corruptos, inmorales o indignos, lo que estrechaba notablemente el círculo de sus destinatarios. Era quien iba a hacerse cargo de aquella causa que conmovió al tejido político, empresarial y (en un sentido más que extraño para mí) cultural de Barcelona. Y la némesis de un tal Félix Millet.

El asunto llevaba unos días ocupando las primeras páginas de los periódicos cuando pasé por Fiscalía a verle. Su despacho era el último de un largo pasillo desde el que se podía oír la música barroca con la que solía trabajar. Era como acercarse a la celda de Hannibal Lecter en *El silencio de los corderos*; daba un poco de miedo.

—¡La que has montado! —exclamé.

Apartó un montón de expedientes de una de las sillas y me invitó a sentarme a una mesa inundada de papel hasta extremos grotescos.

—Y todavía no he terminado. Prepárate, porque tendrás trabajo. Una parte de este montaje tiene que ver directamente con Convergència.

—Si tú lo dices… —repuse.

—Lo digo yo, lo dice Hacienda y toda la documentación que encontramos en el Palau. Un escándalo sórdido. Los establos de Augías.

—No me gusta verte tan animado, sobre todo pensando en tu salud. Por cierto, yo no tenía ni idea de la existencia del tal Millet.

—Ni yo. ¡No somos nadie! —remató con una risa sarcástica.

Efectivamente, cuando me dijeron que habían imputado a Millet —y quien me lo dijo estaba muy excitado y le puso todo el énfasis que pudo— hube de reconocer que mi vida social y mis relaciones eran una auténtica calamidad. No tenía la menor noticia sobre las andanzas de dicho sujeto. Luego me enteré de que era un patricio del más rancio pedigrí catalán, algo compuesto, en dosis variables, de ancestros patrióticos, junta directiva del Barça, un poco de Liceu, algún consejo de administración de empresas de tronío, unas gotas de La Caixa, la consabida Creu de Sant Jordi (una distinción que se otorgaba prácticamente a cualquiera que la quisiera y constara en el inventario de los catalanes de pro), los Coros Claver y cosas así. En definitiva, nada que me hubiera interesado lo más mínimo a lo largo de mi vida. Millet parecía el paradigma del convergente de piedra picada, pero gozaba de una iconografía perfectamente transversal, en

la que aparecía en compañía de políticos de todos los partidos. De todos los partidos a los que pudiera sacar los cuartos, obviamente. Un tipo con fama de listo, aunque daba la impresión de que se creía más listo de lo que en realidad era. En las fotografías que aparecían aquellos días en los diarios, su cara tenía tanta expresión como una merluza hervida, y más o menos el mismo color.

Lo mismo posaba con Pujol que con Maragall o con el alcalde de turno del municipio que más le conviniera. Sin hacerle ascos al propio Aznar, al que debió de seducir de modo arrebatador, pues le convirtió en el financiador estrella, vía Ministerio de Cultura, del Palau de la Música. Ese Palau —donde había actuado Leonard Cohen un sábado de hacía más de treinta años lleno en mis recuerdos de nostalgia y sexo— era la sede de *cantaires* muy catalanistas y donde se montaba de vez en cuando algún sentido acto de afirmación nacional. Millet era, además, un tipo con cierto desparpajo, no exento de un humor altanero que a alguien demasiado remilgado le podría resultar ofensivo. Como cuando dijo que en Cataluña contaban y lo controlaban todo tan sólo trescientas o cuatrocientas personas o familias; una auténtica aristocracia cuyos miembros se encontraban en todas partes y eran los que realmente cortaban el bacalao. El hombre sería un tanto sinvergüenza, pero hay que decir que en esto tenía toda la razón.

Después de una entretenida trayectoria que le llevó de Guinea Ecuatorial a la cárcel por estafador, luego a una de las más elevadas posiciones del país y, después de algunas vicisitudes judiciales, nuevamente a la cárcel, es preciso reconocer que, si el físico le hubiera acompañado, daba el tipo de alguno de aquellos aventureros de Kipling o de Conrad. Podría haberse filmado una buena película sobre su vida, con el Dirk Bogarde de *El sirviente* como protagonista. O protagonizar algún tango canalla, rodeado de malevos y atorrantes, pues su vida como prócer catalanista tenía menos gracia que una capa de hormigón, pero su biografía como estafador podría haber hecho de él una leyenda. Y aún está por escribirse.

Figurarás en los diarios
en galería social,
aunque yo pa mantenerte
esté siempre engayolado,

y eternamente escrachado
en crónica policial.

Era Pablo, mi antiguo socio, quien se ocupaba de su defensa y quien diseñó la estrategia para evitar que fuera de cabeza a prisión. Consistió en una original confesión que Millet prestó no ante la policía o el fiscal, sino a través de una publicación a página completa en *La Vanguardia*, donde daba cuenta, en un tono modoso y calculado, de alguno de sus pequeños deslices. Acertó de pleno, pues Millet era un hombre que, enseguida se vio, no caía bien. No le caía bien la ropa, y la mirada en la cara tampoco, y pocas veces he llegado a ver una lapidación pública como la que se dirigió contra él, sobre todo después de una chusca historia que se propagó sobre el pago del convite de la boda de su hija. Al parecer, el Palau abonó el importe íntegro del ágape, lo que no fue obstáculo para que Millet le pasara al consuegro un cargo por la mitad de la factura.

Por eso, elegir a Pablo, que era un hombre que caía muy bien, fue la mejor decisión que pudo tomar. Después de parar el golpe inicial, al parecer las relaciones entre abogado y cliente no marcharon bien y Pablo dejó su defensa. Cumplió con su encargo más que bien y se volvió al despacho con la conciencia tranquila.

Le encontré una mañana en el juzgado, acompañando a otro cliente de postín. Tenía buena planta, moreno, atractivo, de la modalidad de sonrisa fácil y mirada seductora. Como siempre, vestía bien, de oscuro, y una corbata de un vistoso color rosa destacaba sobre la impoluta pechera blanca de la camisa. Pablo dedicaba a su interlocutor toda la atención, excepto cuando creía que alguna mujer atractiva hacía que mereciera la pena desviar la vista, lo que ocurría con cierta frecuencia.

—¿Echas de menos seguir con la defensa de Millet? —le pregunté con curiosidad.

Esa defensa, y sus aciertos al inicio del procedimiento, había proporcionado a Pablo una gran notoriedad, algo que no suele repugnar a los abogados.

—Tanto como a una excavadora en el jardín de casa —respondió—. Demasiada tensión. Y todo lo que aparece en los medios sobre él... Es un linchamiento. No puede ni ir a un restaurante sin que se levante alguien y le insulte.

—¿Quieres creer que no sabía quién era?

—Porque debes de vivir en Venus. Era lo más. En Barcelona había cola para reírle las gracias, y el mismo día que entró la policía en el Palau tenían preparado el salón del ayuntamiento para concederle la medalla de oro de la ciudad. Y eran los socialistas —siguió con cierta sorna—, que debían de creer que no tenía suficiente con la Creu de Sant Jordi. —Hizo una pausa y me señaló con su dedo índice, componiendo una expresión pícara—. Vete preparando, porque pronto te tocará entrar a ti. La siguiente trinchera es la de Convergència. Millet ya está listo: cárcel y embargo universal.

—Siempre estoy preparado. Como la Guardia Civil —repliqué.

Lo que resultaba verdaderamente extraordinario, una vez se fueron desvelando los hechos, era que una persona con los antecedentes de Millet (que incluían los penales) hubiera podido encumbrarse socialmente de esa manera. Y que lo hubiera hecho desde el cargo de gestor de una fundación cultural semipública que se dedicaba a ofrecer conciertos, organizar algún evento (bodas inclusive) y mostrar a los turistas el precioso edificio modernista. Todo muy soso.

El Palau ya tenía bien poco que ver con las sociedades obreras que, en la Barcelona del siglo XIX, organizaban grupos de canto coral para ofrecer a sus miembros algún pasatiempo digno que les ayudara a sobrellevar las miserias de la explotación en aquella fase de la industrialización. Era una Barcelona digna de Dickens, con mujeres y niños trabajando en las fábricas más de doce horas y antropólogos criminales como Mariano Cubí tomando medidas a cuanto cráneo se le pusiera a tiro. Aquellas sociedades no ofrecían sólo canto, también gimnasia, vegetarianismo y un tenue anarquismo, un tanto tolstoiano y angélico, muy lejos del terrorismo de la propaganda por la acción y el pistolerismo del siglo XX. Lejos de Necháyev y cerca de Bakunin, aunque ya éste había advertido que algún día el yunque, cansado de ser yunque, pasaría a ser martillo. El anarquismo arraigó en Barcelona como en ningún otro lugar de España. Su sindicato, la CNT, llegó a tener un millón de afiliados y hubo *consellers* anarquistas en los Gobiernos de la Generalitat durante la Guerra Civil. Con la derrota se fueron al exilio, muchos a Francia, y nunca más recuperaron su antiguo esplendor. Léo Ferré les dedicó una canción, *Les Anarchistes*, en la que habla de su alma trastocada por quiméricas ideas, pero

también dice que golpearon tan fuerte que pueden golpear todavía.

En el París de finales de los setenta, entré con Llull en la librería de la Federación Anarquista Francesa, en una calleja del Barrio Latino, donde conocimos a Carmen, una belleza con lo mejor de las españolas y las francesas. Era nieta de exiliados catalanes, milicianos libertarios que la habían infectado desde pequeña con su deslumbrante religión laica. Quedamos hipnotizados por ella, pero no le debieron explicar lo del amor libre y, más allá de la fraternidad ideológica, no nos hizo ni caso, aunque nuestras andanzas con los libertarios franceses darían para otra historia. Hoy los anarquistas son por completo irrelevantes, pero cuesta resistirse a la seducción del espejismo de las causas perfectas y, como dice Gregorio Luri, seguiremos gritando la frase de Gorki: «¡Honor al loco que insufle a la humanidad un sueño dorado!». Aunque al final nos conformemos con la vetusta y honorable tradición liberal de odiar a los poderosos.

El Palau, obviamente, siguió otros derroteros hasta convertirse en lo que era cuando entró en él la policía: un monumento, una institución y una auténtica máquina de hacer dinero. De Millet se podían criticar muchas cosas, pero no su extraordinaria capacidad recaudatoria. Era sabido que recogió al Palau del arroyo (la más completa miseria) e hizo de él un artefacto bien engrasado y perfectamente solvente obteniendo dinero de quienes lo tenían, tanto públicos como privados. Las cosas como son.

La investigación del fiscal había empezado con los datos de una inspección de Hacienda previa, en la que se había detectado un número inexplicable de movimientos de dinero en efectivo en billetes de los grandes, de quinientos euros. A partir de ahí se fueron desvelando algunos aspectos sórdidos de la gestión de Millet y de su fiel escudero, un tal Montull, autor de un libro sobre la historia del Palau de interés perfectamente descriptible. El fiscal y la policía siguieron cavando entre los papeles que encontraron en un registro de las oficinas y pronto quedó claro —aparte de la inusitada voracidad económica de Millet— que una grave acusación amenazaba a Convergència. Y que, a pesar del silencio de aquél sobre todo lo relativo al partido, no tardaría en llegar el día en que se produjera la acusación de alguno de sus cargos.

Poco después, el fiscal pidió —y el juez acordó— la citación del tesorero, y el muerto que se estaba sorteando le tocó a Daniel. Como

Pablo había previsto, me encargaron su defensa y me dirigí a la calle Córcega con esa excitación que sienten por igual los abogados al entrar en un caso de los gordos y los salmones en la desembocadura de los ríos. Daniel era un hombre en la setentena que llevaba varios años jubilado y que colaboraba con el partido en una especie de voluntariado no retribuido. Era un auténtico creyente —tanto en términos religiosos como políticos, si es que ambos no son más o menos lo mismo— de una lealtad a prueba de bomba y alguien de quien nadie a lo largo de los años fue capaz de trasladarme el menor comentario negativo, ni siquiera una leve crítica. A diferencia de Millet, que parecía tan culpable como si acabara de apalear a su abuela, la estima por Daniel era amplia. Era un hombre alto, con el cabello blanco cuidadosamente peinado con la raya al lado, un rostro alargado y expresivo y ojos oscuros y cansados a los que las gafas y la edad privaban de brillo. Aquella tarde vestía una chaqueta cómoda de cuadros marrones y beige, camisa azul claro con unas discretas rayas negras y una corbata más conservadora que un sacristán. El conjunto era de aseada corrección, con vestigios de una elegancia que en sus buenos tiempos debió ser notable. Aunque, conociéndole, lo que de verdad le hubiera sentado bien habría sido una sotana. Comentamos cómo estaban las cosas y dijo que se ponía en mis manos, que se jubilaba también del partido y que se iba un rato a misa.

Como pude ver a partir de entonces, a la menor oportunidad Daniel narraba sus actividades cantoras en la coral de la iglesia, o sus viajes a destinos píos con las chicas de su edad de la parroquia, pero tenía la cualidad que más aprecio en un hombre: sentido del humor. Me gustaba lanzarle alguna pulla piadosa, pero él siempre tenía la réplica a punto.

—¿Rezarás por mí, Daniel?

—Hummm. En tu caso, el día no tiene bastantes horas. Me harán falta refuerzos.

Tuvimos años más que suficientes para intimar. Es lo que tienen los procedimientos judiciales españoles, que puedes entrar en la primera juventud y salir de camino a la residencia. Si te absuelven, te dirán que no pasa nada, que eso demuestra que las garantías del sistema funcionan. Y si te condenan, te aplican una atenuante por dilaciones indebidas y todo el mundo se queda tan ancho. De los años sometido a la angustia de la acusación, pérdida de amigos, de dinero y

el consecuente descrédito público, nadie suele decir nada. Todo lo más, un fiscal tan sensible como Emilio puede llegar a mascullar que es una vergüenza. El poder, al menos en España, valora el tiempo y la vida de sus ciudadanos tanto como una camiseta vieja. Eso sí, todos nos ponemos un ropón negro en los juicios, no sea que alguien vaya a reírse.

Daniel era un incondicional de la Cataluña que imaginaba: una arcadia rural plagada de montañas sagradas, mares incontaminados y ciudadanos monolingües; donde no se escucharan sevillanas en las fiestas mayores de los pueblos y las actuaciones de los Coros Claver cantando *Els segadors* convocaran más público que una final de la Champions. La lástima era que ese país no acababa de existir del todo. En Cataluña, la identidad cultural resultaba tan compleja que la nacionalidad no dejaba de ser una propuesta decididamente negociable. También era un devoto de Pujol. Recordaba cuántas veces le había visto, las palabras que habían cruzado y sus llamadas de apoyo cuando las cosas le fueron mal. Pujol era la encarnación del país en el que creía y el único que lo había liderado de verdad. Apreciaba sinceramente a Mas, igual que los franceses apreciaban a Pompidou: no era mal tipo, pero nunca sería De Gaulle.

Su acusación puso el foco de atención sobre el partido e inquietó sensiblemente a sus altos cargos. Y ocuparme de su defensa supuso, entre otras cosas, que tuviera que reunirme frecuentemente con los que tenían que estar al día de las investigaciones. Me puso en el centro de un caso que para el fiscal ya no era un Millet vencido y desarmado, sino la propia Convergència. Daniel no era más que un mero instrumento para llegar a su corazón.

Todo lo relacionado con el Palau era ilustrativo de cómo funcionaban las cosas en la Cataluña oficial. También en la España oficial. Ambas parecidas hasta lo indistinguible, a pesar de lo que algunos se empeñaban en desear. Un hombre solo, con un equipo mínimo, pero con las relaciones apropiadas y situado en el lugar adecuado, era capaz de amasar una más que respetable fortuna y, al mismo tiempo, acaparar honores y distinciones. Del Palau emanaba un prestigio patriótico del que deseaban participar incluso empresas del resto de España. Por eso, decían, efectuaban importantes donaciones (de millones de euros en algunos casos): para conseguir impregnarse de la mística cuatribarrada y, así, incrementar su facturación en

Cataluña. Lamentablemente, Emilio veía las cosas de otra manera y más bien pensaba que aquellas donaciones eran, en realidad, el precio que tenían que pagar para engrasar la maquinaria convergente y conseguir que la Generalitat les adjudicara jugosos contratos de obra pública. La tesis del partido era justo la contraria: no habían recibido ni un euro de aquellos empresarios y la hipótesis de la acusación no era más que una conjetura endeble y mal intencionada. Se iba a enjuiciar a toda una época, y en ese juicio se iban a ver muchas de las miserias de unos y de otros, todas gravitando sobre las cansadas espaldas de un anciano, Daniel, pues allí no había nadie más a quien atribuir responsabilidad alguna. O, al menos, el fiscal no buscó a nadie más. En todo el asunto, en realidad, pintaba muy poco la sufrida bandera de Cataluña. La única que de verdad importaba era la negra con la calavera y las tibias cruzadas; la de la piratería.

Pero mucho más interesante que todo eso era observar a las personas implicadas, empezando por el propio Millet, que de ser un referente de la catalanidad más conspicua, había pasado a ostentar el estatus de apestado y a la muerte civil. Como me había avanzado Pablo, no es que no pudiera ir a un restaurante, es que no había nadie en la ciudad que no se sintiera con humor para insultarle en cualquier lugar público, hasta el punto que tuvo que recluirse (bien que en su mansión) y restringir al mínimo cualquier salida a la calle. Ejemplificaba perfectamente el tema de la decadencia personal y colectiva. El de cómo los que tenían que ser referentes morales de una sociedad utilizaban el peso de una tradición respetable como palanca para sus propósitos, descorazonando a gente de buena fe que deseaba servir a una determinada idea de país. Había pasado en todas las revoluciones y en todos los supuestos de construcción nacional. Millet era el paradigma del falso patriota, del que saca partido de la bandera y de su propia historia familiar con la vista puesta en la obtención de ganancias.

Incluso su apariencia era extraña. Su aspecto, cuando pasaba por el juzgado, no tenía nada que ver con sus fotografías de los momentos de esplendor. Parecía que había adoptado un disfraz de anciano desvalido y desaliñado, lejos de la elegancia convencional que exhibía en sus buenos tiempos. El juez instructor, Pijoan, un tipo ingenioso y sarcástico, cuando acabó uno de los interrogatorios y nos quedamos a solas, no pudo contenerse:

—¡Parece Barragán!

Al inicio de la investigación, Millet no dijo nada sobre el partido y negó cualquier trato con Daniel. Luego cambió de parecer y, después de alcanzar un pacto ruinoso con el fiscal, afirmó todo lo contrario. Pero ésas son cosas que suelen pasar en este tipo de asuntos. Daniel contemplaba el procedimiento con resignado escepticismo e intentaba continuar con su vida:

—Tenemos una actuación con la coral de la parroquia en el extranjero. ¿Tú crees que me dejarán salir del país?

—Presentaré un escrito y lo pediré. No creo que pongan problemas, aunque podrías fugarte y pedir asilo político en la Santa Sede —repuse.

—Mejor en Andorra.

—Pero si ni fumas ni esquías, ¿qué ibas a hacer allí?

—Hablar catalán. ¿Me recomiendas alguna serie?

—Por supuesto: *24*. Si no te mata de un infarto, hará que se te pase el tiempo volando y verás que nadie en este mundo sufre más que Jack Bauer.

—Siempre es un consuelo.

Llegué a apreciar de verdad a Daniel, un tipo amable y bondadoso, e hice lo que pude por él. No fue demasiado, pero siempre me lo agradeció. Años después, una tarde abrasadora le acompañé a prisión. Se le veía frágil e inquieto y yo me sentí como si estuviera llevando a mi padre a la morgue. Nos despedimos como viejos amigos.

—Pregunta por el cura de mi parte —le dije—, es un buen tipo y te entenderás con él. Podéis matar las tardes pasando el rosario.

—Ya lo había pensado. También he traído un libro con sermones selectos del abad de Montserrat.

—¡Tú sí que sabes divertirte, Daniel!

No nos abrazamos por el maldito virus que infectaba el mundo esos días, cuando los jueces se empeñaban en comportarse como si no sucediera nada en especial. Como si creyeran que la cárcel aplicada a un hombre inofensivo de ochenta y cinco años era un adecuado termómetro del estado moral de nuestra sociedad. Pasó el detector de metales, me saludó agitando la mano y se fue, como nos vamos todos, a encontrarse con el destino. Luego nos viene la muerte, pero eso la milonga de Borges lo decía mejor que nadie:

Manuel Flores va a morir,
eso es moneda corriente:
morir es una costumbre
que sabe tener la gente.

Pero antes de que Daniel cogiera su bolsa de lona con un par de pijamas, un chándal y ropa interior y se dirigiera a una celda, siguieron pasando cosas. Ese tipo de cosas que permiten que los abogados coman dos veces al día y se paguen las vacaciones y el seguro colegial de entierro.

El cerco al partido se estrechaba y sus responsables querían ver detrás de las acusaciones una maniobra política, como en los tiempos de la querella de Banca Catalana. Una conspiración que apuntaba directamente al núcleo, al propio Mas. Yo no acababa de ver lo de la persecución política, pero hay cosas en las que el cliente siempre tiene toda la razón. Gordó analizaba la conjura con su frialdad característica y argumentos un tanto truculentos.

—Es una maniobra para cargarse a Mas —dijo en un tono profundamente irritado.

—Pues ya me dirás de dónde viene la orden política —respondí dudando—. Gobernáis con el PP, y la amable Alicia os apoya en lo que haga falta. ¿Es el buen Zapatero quien ha decidido atacaros?

—Han dado órdenes a la fiscalía para que actúe, y la jugada debe tener sentido a más largo plazo. Se trata de descabezar el soberanismo.

No me parecía a mí que Zapatero tuviera demasiadas ganas de descabezar nada —todo lo más, una siesta— ni que Mas asustara a nadie por su soberanismo. Parecía más bien un tecnócrata ordenado que lo fiaba todo a aumentar la autonomía y a la disolución de los Estados en las instituciones europeas; a promover un modelo identitario de tipo «cívico», más que étnico. Era cierto que no despreciaba el componente sentimental, y que lo utilizaba en su beneficio, pero todo cuanto hacía estaba recubierto de una pátina razonable. No solía escuchar sus intervenciones, pues hacía ya años que no soportaba los discursos de los políticos, pero las pocas veces que lo hice me dejó con la extraña sensación de que casi me convencía.

Intenté aguar un poco la filípica de Gordó:

—Eso no tiene el menor sentido. Acabáis de ganar aquí y ahora ganará el PP en Madrid. Todo sobre ruedas para vosotros. Y la impresión que da el PP es la de que os quieren tener contentos. Todo lo del *estatut* iba más contra el PSOE que contra vosotros. Creo que la explicación más sencilla es que la fiscalía actúa con su propio criterio.

—La fiscalía, sin una orden de arriba, nunca se hubiera atrevido a un ataque así —siguió.

—Me parece que no conoces a Emilio. No es hombre para que le den consignas. O, al menos, no es hombre para acatarlas.

Para entonces ya era secretario del Gobierno, un cargo que le señalaba como la mano derecha de Mas. Recibía en su despacho de la plaza San Jaime, al que se llegaba atravesando un salón gótico del tamaño de un campo de fútbol. El edificio, a causa de los recortes impuestos por la crisis, exhibía una iluminación mortecina que le daba el aire de un castillo transilvano un tanto siniestro, pero el despacho era mucho mejor que el de la calle Córcega y se le veía a gusto. Desde una repisa, las benévolas facciones de Pujol y Mas nos contemplaban desde sendas fotografías enmarcadas y dedicadas y nos daban ánimos. En realidad, a Gordó se le veía mucho más relajado desde que había llegado al poder, como si después de años entrenando, al fin se evidenciaran en el ring sus auténticas cualidades: buena pegada y un mentón hecho para encajar cuanto le atizaran. Era una suerte, porque iba a tener que encajar mucho.

El caso Palau pasó, pero la consecuencia más directa fue que Convergència tuvo que desaparecer. Se refundó en un nuevo partido y todo el mundo, menos los jueces, empezó a olvidar aquel artefacto hecho a imagen y semejanza de Pujol que recordaba la sensación que se tiene cuando se contempla la evolución de un buque, que balanceándose seguro va variando su posición suavemente hasta quedar, si quiere, orientado a un rumbo completamente opuesto. Tal vez por eso Mas siempre utilizaba metáforas náuticas. Y tal vez por eso aquello acabó pareciendo el *Titanic*, porque las cosas se estaban complicando, aunque nada anunciaba las dimensiones de lo que estaba por venir. Mientras tanto, los Arctic Monkeys grabaron *Suck It And See*, un puñado de buenas canciones de amor y desamor a ritmo de rock garajero, y pese a que los años pasaban y había abandonado los excesos noctámbulos, seguía siendo el mismo de antes: un tipo de

barrio sin más expectativa que transitar por la vida con la mayor levedad posible, de mirada indiferente y aspecto aún presentable que seguía —carente de cualquier ilusión, pero competente— en la acción. Tal y como dice el tango, «Muchachos, a mí no me cambia nadie».

Quedé con uno de mis contactos del partido en el Milano, el *cocktail bar* de la ronda Universidad. Francesc era un hombre en la cuarentena, nervioso y vital, de mediana estatura, moreno y desenvuelto. Un tipo del cinturón rojo de Barcelona, con pinta de sindicalista también rojo que, por alguna razón que nunca me expuso con demasiada claridad, había ido a recalar entre los catalanistas de los barrios altos. Era quien dirigía los asuntos legales del partido, y mi interlocutor cuando había que dar cuenta de cómo iban las cosas: más bien para atrás y mal. Habíamos entablado una de esas amistades que se hacen de adulto, amistad al fin, pero muy diferente de las que surgen en la juventud y permanecen a lo largo de los años. Algo menos íntimo, menos franco, pero lo único a lo que se puede aspirar cuando envejeces.

El Milano estaba escondido entre un Bracafé francamente tronado y unos letreros de neón que hacían pensar en una boda cutre en Las Vegas, de modo que nadie en su sano juicio —a no ser un grupo de inglesas de despedida de soltera, de esas que llevan gorritos con forma de pene— se plantearía entrar. Ése era el camuflaje que mantenía a salvo uno de los locales más peculiares de Barcelona, animado por músicos de jazz veteranos y eficaces y con ese aspecto que quienes hemos hecho del cine nuestra única educación sentimental identificamos con los clubes de Nueva York. Un escenario con cortinas carmesí y espacio para el piano, el contrabajo y la batería; butacas de terciopelo rojo, como la pajarita de los camareros; columnas y vigas de metal que hablaban de un pasado industrial y un rótulo luminoso de Campari sobre la barra.

Pedimos el famoso filete tártaro de la casa y el audaz barman, Ángel, nos preparó un Picasso (tequila, miel y absenta) que hizo que de inmediato el mundo pareciera un lugar bien organizado. La banda tocaba *Days of Wine and Roses* en una versión que no hubiera molestado a Ben Webster (a no ser que estuviera pasado de copas, lo que le ocurría con una cierta frecuencia) y, después de recordar a Lee Remick y haber pasado revista a todas las mujeres del bar, trazando esas estrategias y cálculos de probabilidades que apenas duran unos

segundos, fuimos a lo nuestro.

—Lo del Palau es un drama, y a ti y a mí nadie nos hace ni caso. Ya se lo encontrarán —dijo en tono de fastidio.

Sus grandes ojos castaños brillaban tras las gafas y pasaba constantemente su mano por la barba, como si quisiera lijársela.

—Es lo de siempre: patada hacia delante y de aquí unos años, ya veremos qué pasa —respondí.

—Sí, pero no quería hablarte de eso. En realidad, quería hablarte de algo casi peor, aunque es muy difícil distinguir entre lo negro y lo azabache.

—Me tienes intrigado —dije, intrigado de verdad.

—Oriol Pujol, amigo.

—¿Qué pasa con Oriol? Aparte de que le habéis nombrado secretario general del partido y que se ha pasado con todo el equipo al independentismo.

—Aparece en unas grabaciones ordenadas por un juzgado de Lugo —siguió.

—¿De Lugo? ¿Como san Froilán?

—Menos coña. Es un sumario, la operación Campeón, en la que se investiga por tráfico de influencias al ministro socialista, a Pepiño Blanco. Pues bien, el juzgado ordenó pinchazos telefónicos y en algunas de las conversaciones aparecen unos empresarios hablando de Oriol como una especie de conseguidor para sus negocios. Hablan como si lo tuvieran en el bolsillo para sus apaños.

Silbé y pedí un dry. El Picasso empezaba a parecerme como el té de la madre superiora.

—Se ha filtrado y mañana aparecerá en la prensa. Como verás, dada tu legendaria sagacidad, será un torpedo en toda regla en la línea de flotación.

Empezaba a estar un poco harto de alusiones náuticas, pero había que reconocer que en el contexto convergente venían todas como anillo al dedo.

—Pero ¿hay alguna grabación del propio Oriol? —pregunté.

—No lo sé. Pero dos de los tipos son amigos suyos. Uno de ellos, íntimo. O sea, que supongo que sí, que puede haber conversaciones con él. Tendríamos que conseguir una copia del sumario.

—Quieres decir ¿antes que los periodistas?

—Quiero decir ya. Por supuesto, se trata de un encargo

profesional, y se te pagará.

—Me haré con la copia, descuida. Pero tenemos que hablar con él —le dije con una seguridad de la que carecía por completo.

—Mañana en Córcega. A las ocho y media. —Resopló.

—Ni en broma. A las nueve y media o diez. A esa hora no me reúno con nadie. Y menos para temas así.

—Ya veo que sigues la doctrina del gran José Manuel Lara, la de que un negocio que no da para levantarse de la cama a las once, ni es negocio ni es nada.

—Yo no lo hubiera dicho mejor.

Nos miramos un tanto sombríos, con una vaga zozobra bajo la excitación que suelen sentir los tipos sin pedigrí que se ocupan de los asuntos de la gente importante. También es verdad que en aquel momento estaban tocando *Autumn Leaves* y lo más apropiado era la melancolía.

Al día siguiente, nos reunimos con Oriol en su despacho del último piso del edificio. Era el mejor y el más amplio, y, a pesar de ello, no era gran cosa. Estaba demudado y hablaba con indignación, con frases cortas y movimientos horizontales de su mano derecha, como si estuviera golpeando a alguien sentado a su lado. Un gesto parecido a los del propio Pujol, pero más brusco, menos sutil. Aquella misma mañana, la policía había detenido a sus dos conocidos, los que hablaban sobre él en aquellas conversaciones interceptadas, y todos los medios de comunicación del país machacaban la noticia. Eso era, en principio, tranquilizador, ya que la policía ni siquiera había considerado la posibilidad de citarle para declarar, pero lo último que se respiraba en aquel despacho era tranquilidad. La policía, una unidad de vigilancia aduanera de la que no había oído hablar en mi vida, era la que llevaba la investigación. Luego me enteré de que era el cuerpo de policía más antiguo de España (de tiempos de Felipe V, según unos, y de Carlos III, según otros). Tenían sus instalaciones en la aduana del puerto, con vistas al mar y al teleférico, y colgaban de las paredes unos pósteres que mostraban a algunos de sus miembros armados hasta los dientes y en mejor forma física que Rambo. Nunca supe si era propaganda para reclutar nuevos efectivos o una simple cuestión de autoestima, pero sus discretos funcionarios contrastaban notablemente con esa cartelería. Por lo que supimos por los periódicos, un juzgado de Barcelona ya había recibido de Lugo la

parte del sumario que nos iba a afectar y, según las filtraciones, se hablaba de Oriol, pero no había atisbos de que quisieran acusarle. Al menos por el momento.

—¡Claro que los conozco y que hablo con ellos por teléfono! Y con uno de ellos me voy de vacaciones en verano. ¿Y qué? ¿Eso me convierte en sospechoso de algo?

—Dependerá de lo que digáis —respondí.

Una franja del sol de la mañana atravesaba la mesa y hacía que se notara el polvo en suspensión.

—No lo sé. Cosas normales. Política, sus negocios... Comprar una moto...

—Luego estará lo que digan en las conversaciones en las que no participas tú —seguí.

—¿Y yo qué culpa tengo de lo que pueda decir la gente?

—Culpa, ninguna. Pero puede ser un indicio para que la policía investigue.

—¡Que investiguen lo que quieran! Esto es por las declaraciones que hice en Reus, y por el giro independentista.

—Será —mascullé con escasa convicción.

—Tienes que comparecer en el procedimiento y empezar a desmontar todo este enredo.

—A los juzgados sólo hay que ir cuando no queda más remedio; eso de comparecer voluntariamente para decir que eres inocente cuando aún no te han acusado de nada es un error —dije.

—Tú sabrás. Pero yo tengo que dar una rueda de prensa. Soy el portavoz del grupo parlamentario y no puedo asistir al escándalo en silencio.

—Tú sabrás —repliqué.

Oriol parecía más preocupado por lo que pudieran decir los medios que por los riesgos penales del asunto, pero así suele ser siempre con los políticos, gentes que, como creen que los periodistas lo mueven todo, acaban moviéndolo todo por los periodistas. Un tiempo después, cuando se pudo analizar las conversaciones intervenidas y practicar otras averiguaciones, Oriol fue acusado y comenzó su lento y tormentoso camino hacia el descrédito, el declive y la cárcel. Lo aguantó como pudo, humilde y desafiante a la vez, como sumido en una especie de rencor contrito, pero nunca pudo dejar de pensar que la persecución se debía a su nombre y a sus ideas.

Durante mucho tiempo, sus compañeros en el partido pensaron lo mismo. Luego dejaron que se hundiera sin hacer demasiados aspavientos y, por fin, le condenaron al ostracismo, lo cual es muy normal, ya que las lealtades sólo acompañan al prestigio y al éxito. Además, para cuando eso ocurrió, toda esa gente tenía otros problemas de los que ocuparse, y cuando alguien cree que tiene cáncer, pierde cualquier interés por la caspa. Durante algún tiempo, Oriol acabó pareciendo una buena imitación de la mujer de Lot, incapacitado para seguir adelante y preso de su pasado. Inmovilizado como una estatua y desperdiciando inútilmente el futuro.

Preparamos su defensa de manera minuciosa y obsesiva. Escuchamos frase a frase las conversaciones intervenidas por la policía, encontramos respuesta para cada expresión tachada de equívoca e interrogamos a los testigos a tumba abierta, incluso a los que podían ser hostiles o comprometidos. Nos jugábamos demasiado como para optar por la contención. El juez Anglada, del Tribunal Superior, dirigía las sesiones. Era un hombre amable, próximo a la jubilación y catalán de pura cepa, lo que no supuso ninguna ventaja; alguien convencido de que, en la vida en general, el dinero lo compra todo, incluso el lujo de poder simular que todo el mundo obraba de buena fe y el mal ocurrió por accidente. Pero eso no iba a suceder en su juzgado. Mientras, la policía seguía acumulando indicios contra Oriol. Eran tenues y poco concluyentes, pero eran muchos, y el acusado ya había pasado a ser como la liebre mecánica de las carreras de galgos: durante las veinticuatro horas del día hay alguien que corre y otro que trata de atraparlo. Anglada creía en el trabajo de la defensa y me dejaba actuar. Yo me dirigía a los testigos con una sonrisa amable, ocultando mi verdadera intención, que era la de destruir a quien estaba sentado allí mirándome fijamente a la que dijera algo que perjudicara a mi cliente. Salió bien, pero no fue suficiente. La abogada de la Generalitat, una rubia de Girona, inteligente y sarcástica, se me acercó una tarde entre interrogatorios con su lectura del mapa de la investigación, algo que muy poca gente sabe hacer, lo que acaba por alegrar a los fiscales y masificar las cárceles:

—Todo te está saliendo muy bien. Pero esto está perdido de todas todas. Planteas muchas preguntas y desmontas algunas hipótesis, pero no le ofreces a Anglada nada a cambio. Algo como una buena historia alternativa.

Sus grandes ojos castaños con motas doradas sonreían con malicia.

—La defensa no tiene que ofrecer nada a cambio; con desmontar las acusaciones está al cabo de la calle. Las afirmaciones de la policía están sobrecargadas hasta ser subjetivas, llenas de juicios de valor y peticiones de principio —respondí algo molesto, como si me hubiera cuestionado las bases del oficio.

—Lo que tú digas —repuso con voz lánguida. Estaba claro que detestaba hacerme sufrir—. Teresa, la fiscal, también está interrogando muy bien.

—Sí, es muy buena. Ata a los testigos en corto, con preguntas muy largas para conseguir respuestas muy breves, pero creo que se le ve el plumero.

—El plumero que tienes que ver es el del juez, que te va a enviar a un juicio con jurado del que tu cliente saldrá hecho polvo.

—Veremos. Un jurado también lo puede sacar en hombros.

—¿A un político en un tema con dinero por medio en estos tiempos? ¿Dónde vives tú?, ¿en *Toy Story*?

No le faltaba razón a mi amable colega. Habíamos visto suficientes casos de este tipo como para saber que difícilmente habría piedad. La gente creía cada vez más que no se puede hacer dinero sin ensuciarse, y que en el dinero siempre hay algo turbio, algo que se acaba por lamentar. Y de una manera instintiva y poco elaborada, yo tendía a pensar que la gente tenía razón. Que quienes trabajan cobran demasiado poco, que las viviendas son demasiado caras, que los sueños de emancipación decimonónicos, aquel delirio de una humanidad liberada de trabajos de mierda a través de la tecnología y la cultura, había acabado en un embrutecimiento planetario de pésimo gusto. Todo lo digital que se quiera, pero estúpido al fin, y profundamente injusto. Por eso y por otras cosas, tiramos la toalla y pactamos una conformidad con la acusación. Para cuando lo hicimos, Oriol ya había renunciado a todos sus cargos políticos y su familia se veía envuelta en un escándalo de proporciones colosales. O, por lo menos, colosales para las dimensiones de Cataluña.

Le acompañé a la cárcel —tarea para la que estoy singularmente bien dotado— una mañana de invierno. Durante el trayecto le animé con anécdotas carcelarias —algunas muy graciosas, pero que no valoró en su justa medida—, consejos logísticos y banalidades sobre la

situación política. Pero más allá de los temas de conversación, se extendía un desierto de silencio donde se pudría como la basura todo lo que no tenía que ver con lo que le interesaba: su dolor, su sensación de haber sido traicionado por la vida, la ruina de su propio destino.

—Saldrás muy pronto —dije animoso.

—Veremos. El problema es qué haré cuando salga.

Los ojos eran escrutadores en su rostro duro.

—Eres veterinario...

—Ya. Después de esto, la gente no me va a confiar ni a sus chihuahuas.

—Todo pasa, tranquilo. Y lo primero es salir de este trance, que, dure lo que dure, se te va a hacer largo. En lo desconocido, el tiempo no pasa.

Caminó hacia el interior con paso firme y mirada inquieta, como si abandonara un mundo condenado para siempre. Se le veía extrañamente pequeño y desaliñado; la sombra proyectada por los muros había cambiado su apariencia.

13

Viejo smoking

Coincidiendo con esas investigaciones y después de haber hecho lo que predije que haría —vender edificios, recortar gastos, irritar a tirios y troyanos e ir adquiriendo un rictus permanente de desamparo—, Mas se las tuvo que ver con los «indignados», entrar en el Parlament en helicóptero y convertirse en objeto de buena parte de las iras populares. Los Mossos se aplicaron a fondo y ganaron fama de policía brutal, y mi amigo Felip Puig, a la sazón *conseller* de Interior, hizo lo que mejor se le daba: confiar en el criterio de sus subordinados y esperar a que éstos le apuñalaran por la espalda en cuanto las cosas se torcieran. Como las manifestaciones del once de septiembre eran cada vez más conspicuamente independentistas, y parecía que galvanizaban convenientemente los ánimos de la parte de la población seducida por esa ilusión política, Mas entendió que era el momento de dar un giro soberanista a su mandato. Se entrevistó primero con Rajoy reclamando algo que ofrecer a su electorado: una mejora de la autonomía, un concierto fiscal, un proyecto, una comisión de estudio, una declaración rimbombante, o un café, lo que fuera. Algo le debió de comentar Rajoy sobre la evolución de la Liga de fútbol, pero eso no le bastó a Mas, que se dirigió a la plaza San Jaime y se exhibió ante sus partidarios con las manos melodramáticamente vacías. Tras ello, animado por los cánticos y las soflamas y aconsejado por unos asesores áulicos que debieron de aprender estrategia política en el mismo lugar que yo, se aprestó a convocar unas elecciones que sirvieran para revalidar o incluso incrementar su cómoda mayoría. En los carteles electorales, rodeado de banderas y con un ademán mitinero que no le sentaba excesivamente bien, sonreía de forma resplandeciente y profesional y, como de costumbre, vestía con

demasiado atildamiento.

Poco antes de las votaciones, un periódico publicó un escandaloso reportaje dando cuenta de un presunto informe de una unidad de la policía, la UDEF, que conjeturaba que tanto Mas como Pujol eran titulares de cuentas opacas en el extranjero, además de relacionarlos directamente con sendos casos de corrupción. El informe era un documento anónimo que contenía una mescolanza de afirmaciones sesgadas, supuestas declaraciones ante la policía de personas no identificadas, notas anónimas, extractos mutilados de varias investigaciones judiciales y alguna que otra patraña. Las afirmaciones que contenía eran gravísimas, tenían una cierta apariencia de verosimilitud, pues el papel del informe parecía verdaderamente de la policía, y todo en su estilo indicaba que había sido confeccionado o por policías o por gentes que saben cómo redactan éstos. Cayeron como un jarro de agua fría en una campaña electoral que ya no era el paradigma de la alegría y amargaron aún más, si es que eso era ya posible, unas relaciones entre el poder central y el autonómico corrompidas por la desconfianza y el recelo mutuo.

Estaba en el despacho, mirando el tráfico de la Diagonal y a esas cotorras argentinas que pueblan sus palmeras desde los años setenta, tan autóctonas como el piadosísimo sant Pacià de Barcelona, del que por lo demás ya nadie se acuerda. Francesc me llamó y me dio unas instrucciones concisas y suficientes. Era un tipo que sabía mandar, y yo no tenía nada en contra de la obediencia retribuida.

—Presenta una querella hoy mismo en nombre de Mas y de Pujol.

—Me pongo.

Empezó a apretarme el cuello de la camisa y le di un tirón.

—¿Necesitas reunirte con ellos? —preguntó.

—De momento no. Porque lo que dice la supuesta UDEF es mentira, ¿no?

—Absolutamente. Están por encima de toda sospecha.

—Bien. Envíales un notario y que hagan poderes.

—De todas formas, Pujol ha dicho que sí quería verte. Te llamará hoy mismo.

—¡Me siento tan honrado!

—Brrrrr.

Redacté dos querellas, una por cada uno, por injurias y calumnias

para los periodistas y por falsedad, revelación de secretos y todos los delitos que se me ocurrieron contra los autores del informe. Fueron admitidas por el juzgado y se empezó una investigación que lo primero que dejó claro era que nadie en España iba a hacerse responsable de haber confeccionado el documento de marras. La UDEF no lo reconoció como propio y otro tanto hizo el Ministerio del Interior, a la sazón comandado por un tipo llamado Fernández, un catalán de los barrios altos que, junto con otro del mismo origen llamado Moragas, Alicia Sánchez-Camacho y sus amigas, debía ser quien informaba a Rajoy de lo que pasaba en las calles de Cataluña. Entonces los convergentes empezaron a hablar de «guerra sucia», lo que, a la vista de lo que se iba sabiendo, no era una denominación desacertada, pero aún se quedaba corta para lo que estaba por venir.

El que puso en marcha aquella dinámica, fuera quien fuera, no había previsto la tensión que podía desencadenarse en Cataluña. Tal vez creyera que, al descabezar al movimiento de su símbolo fundacional (Pujol) y del sucesor de éste, conseguirían desmoralizar al independentismo, reconducir la presión política y beneficiar al Gobierno central. Tampoco es tan de extrañar —es cosa sabida que los cretinos suelen estar llenos de ideas— que alguien pensara en serio que ésa era la mejor vía para defender la unidad de España. O también es posible, como empezó a verse unos años después, que gente que se movía en los rincones oscuros de la policía y los servicios secretos hubiera ofrecido ese material a algún alto cargo del ministerio para montar una operación encubierta y éste hubiera picado. Nunca ha dejado de extrañarme, pero siempre funciona: cualquier estafador ofrece a los estúpidos una inmejorable ocasión para confirmar su propia estupidez. Ésta fue una más de las muchas traiciones cometidas por el Estado contra los catalanes no independentistas: la de ensuciar con esas maquinaciones la voluntad que compartía mucha gente decente de que los españoles siguiéramos juntos por las buenas, al menos un tiempo más.

La noche del domingo de las elecciones pasé por el hotel Majestic a echar un vistazo. Corominas me recibió a la entrada, me tomó del brazo y me arrastró hacia la barra del bar en busca de una de esas copas de champán tibio que tan resignadamente beben los políticos. Tenía la cabeza brillante por el sudor y la movía de un lado a otro, negando lo que veía y contemplando el suelo desde su notable

estatura, como si pensara en tirarse de cabeza a la moqueta. Homs parecía acabado de salir de la secadora y no lucía mucho mejor. Ambos componían un dúo desolador. En el piso de arriba estaba Mas, acompañado de Pujol, Oriol, Duran y otros sujetos cariacontecidos. Mas se veía pálido, su mandíbula más marcada que de costumbre y la mirada fija en algún punto más allá de la pantalla del televisor que iba ofreciendo los últimos resultados. Es cierto que no son demasiadas las cosas que definen la actuación de un político. Una ecuación diseñada precipitadamente compuesta a medias de carácter y cálculo, hasta que la historia se encarga de nuevo de repartir las cartas y empieza una nueva partida. Mientras, las apuestas suben y el montón de fichas sobre el tapete va bajando. Mercè, una de las diputadas, me tomó del brazo con ojos llorosos y me habló en susurros, como si acabara de morírsenos el caniche:

—¡Qué desastre! ¡Y qué ingratitud! La culpa es de la campaña: esos carteles con los brazos levantados, como Moisés a punto de cruzar el mar Rojo...

Ciertamente, la pretensión podía haber sido la de cruzar el mar Rojo, pero, a la vista del resultado, ahora la cartelería electoral parecía mostrar una celebración incongruente del inicio del paseo por el desierto del Sinaí, un arenal tan minúsculo que parece imposible que nadie haya podido pasar cuarenta años dándole vueltas.

—¿Qué diréis ahora? —pregunté, a pesar de conocer perfectamente la respuesta.

—Pues que estamos muy contentos y que el soberanismo en su conjunto ha ganado de calle —respondió con una sonrisa amarga.

—Y ver qué quiere Junqueras.

—¡Qué va a querer! ¡Sacarnos los ojos!

Como me pareció que su tristeza era genuina, me guardé un par de chistes sobre las enseñanzas morales del fracaso, saludé a Mas con un apretón de manos, como si le diera el pésame, y me despedí de Pujol, que me recordó nuestra cita inminente y me obsequió, por el mismo precio, con un análisis político que, como todos los que se hacen a toro pasado, parecía de lo más acertado:

—El independentismo mantiene su fuerza, pero mucha gente que nos votaba ahora ha creído que Esquerra es más radical que nosotros, que están más resueltos para alcanzar el objetivo. Y luego están las políticas de austeridad y la campaña de difamación montada con ese

informe apócrifo…

Pujol mantenía el tipo. En realidad, y bien mirado, parecía más interesado que deprimido, como si pudiera exprimir el análisis de los resultados y hallar alguna manera de darles la vuelta. Recibía la adulación de los suyos con una modestia un tanto presuntuosa y dejaba que algunos insinuaran que, con él, aquello no habría ocurrido. Nadie parecía pensar que los errores de cálculo cometidos y una fe arrogante en la lealtad del electorado eran las razones por las que no hubiera sido exagerado calificarlos de estrategas de poca monta. Le podría haber dicho que ese análisis tendría que haberse hecho antes de llamar a las urnas, pero era un reproche demasiado obvio y algo descortés. A fin de cuentas, eran ellos quienes pagaban la fiesta.

Mas había perdido doce diputados y su cómoda mayoría. Ahora tendría que formar gobierno con Esquerra, cosa que ya había intentado el PSC unos años antes con resultados desastrosos, al menos para el propio PSC. Tal vez fuera pronto para decirlo, pero a Mas no habría de irle mucho mejor. Los dejé en aquel hotel de paseo de Gracia que había sido testigo de tantos éxitos en el pasado, preparando intervenciones triunfalistas ante los medios de comunicación. Ellos sabían que serían un paripé, como lo sabían los propios periodistas, pero todos iban a seguir el juego, no fuera que alguien notara que se habían dado un par de pasos más hacia el precipicio. Como en aquellos *cartoons* de la Warner del Coyote y el Correcaminos, cuando el coyote no ha parado a tiempo y se encuentra suspendido en el aire. Aún no ha empezado a caer, pero lo hará en cuanto mire abajo y se percate del abismo.

Mas se dirigió a las cámaras y efectuó, con su habitual eficiencia, el elogio de aquel falso amanecer. Los enviados de las televisiones hacían sus preguntas también con eficiencia. Un montón de gente eficiente mintiéndose mutuamente durante aquella noche fría. A pocos pasos del Majestic, la calle ya estaba casi desierta, el tránsito era escaso y se oía una sirena de la policía. Un sonido especialmente molesto, como la banda sonora del desastre en la jungla del asfalto. Caminé fumando, noche arriba, y pasé frente al antiguo edificio de Banca Catalana, donde una mañana de hacía más de treinta años había entregado a Pujol aquel sobre de correo interior y él me había prestado atención de una manera casi inconsciente. Cuando estaba solo, junto a aquellos ventanales que ahora proclamaban la solvencia

del BBVA. Podía haber fracasado como banquero, pero nadie creía que no fuera un político de éxito. Su gran logro, sin embargo, había sido el más sutil: dotar de una conciencia histórica y una serie de convicciones sobre sí mismos a un buen número de catalanes. E inspirar en sus sucesores una determinación que se volvería más profunda a medida que pasaran los años y haría que muchos de ellos dejaran de votar a Convergència. Parecía que ya se había convertido en un personaje de enciclopedia. Alguien que, cuanto más discurría sobre la esencia de la catalanidad, más se parecía a los metafísicos alemanes, a Herder, a Fichte, a la palabrería de algún clásico oscuro y de prestigio. Aún era inimaginable que lograra destruir su fama y restar a Cataluña una buena parte de la importancia que tanto se había esforzado en obtener; que hubiera quien dijera que tan sólo había sido un fraude e hiciera bueno aquello de que cuanta más historia sabe la gente, mayor peligro corren los mitos nacionales. Jim Thompson, el novelista de los perdedores y los sociópatas, lo expresó aún mejor cuando decía que hay muchas maneras de escribir una historia, pero sólo hay una trama: las cosas no son lo que parecen.

De todos modos, tampoco yo era lo que parecía. Tras la fachada de un abogado que podía estar hasta cierto punto orgulloso de su éxito, sólo había un cincuentón que vivía de transmitir una confianza que no sentía, que ya no se reconocía en el reflejo que le devolvían los espejos y que dudaba de haber creído en algo en su vida. Aún participaba de alguna manera de la ética de mi juventud; si me equivocaba, solía ser por exceso de cautela, y siempre pedía disculpas si alguien estaba descontento. Tan solo como Pujol junto a las ventanas del banco, de paso y levemente desarraigado, sin poder encontrar nada en común con los entusiastas y con los que no dudan. Para esa gente la ética no vale un pimiento, y yo me digo: «Olvídalo».

Era ya muy tarde cuando llegué a casa y me tendí en la cama junto a Ana. Besé sus cabellos, sus párpados y la punta de su nariz. Se despertó, me tendió sus labios y nos fundimos en un contacto profundo, íntimo. Llevaba años junto a mí y ya no podía imaginar la vida sin ella. Así acaba la gente como yo, sabiendo que valía la pena ir tan lejos para encontrar la piel definitiva para la vieja ceremonia. Todas las mujeres que había conocido a lo largo de mi vida eran mejores que yo. Más hermosas, más inteligentes y más buenas. Y era el amor presente el que iluminaba el pasado y lo dotaba de esa aura

de centelleante plenitud, de agradecimiento, de lenitivo para la absurda banalidad de la vida.

Sin embargo, alguien había de acuerdo con el análisis de Pujol a pie de urna, otro entusiasta, aunque éste representaba cosas diferentes a las de aquél. El director del periódico donde se había publicado el informe apócrifo de la UDEF, Pedro J., declaró aquella misma noche que habían sido sus artículos sobre la corrupción de Mas y Pujol los que habían ganado las elecciones catalanas. Por lo visto, el avezado editor consideraba una mejora de la situación de España la ascensión de Esquerra y que los convergentes hubieran de arrojarse a sus brazos en un melodramático pacto suicida. Así funcionaban todos los actores del drama por aquellos días, acumulando victorias pírricas y esperando a Fortimbrás, aquel personaje del acto final de *Hamlet* que aparece para recoger las migajas sobrantes cuando todos los demás ya han perecido. En realidad, parecía el propio Fortimbrás el que habría de marcar la agenda catalana a partir de aquella noche. ¿Quién habla de victoria? ¡Sobrevivir lo es todo!

Las querellas se activaron y los periodistas fueron citados a declarar por el juzgado. Venían bien preparados y tenían una larga experiencia en estos lances judiciales, que incluía alguna condena previa y un buen número de absoluciones. No eran para nada el tipo de personas a las que puedes pillar desprevenidas en un interrogatorio, sobre todo porque no iban a permitir que se les interrogara. Se acogerían a su derecho a no declarar y al privilegio del secreto profesional, y esperarían a que su abogado argumentara y los jueces decidieran, sin dar la menor oportunidad a la acusación, como tiene que hacer cualquier acusado. Cuando llegaron a la Ciudad de la Justicia, les esperaban un buen grupo de cámaras y micrófonos. Uno de ellos, Eduardo, se dirigió a sus colegas y los interpeló con acritud:

—Aquí estáis, cubriendo cómo se ataca la libertad de expresión de un compañero. Os debería dar vergüenza. ¡Id a filmar a los corruptos que gobiernan Cataluña! ¡Id a filmar a Mas y a Pujol!

Eduardo era un tipo elegante, con la frente despejada por una calvicie incipiente y largas patillas grises. Tenía una nariz prominente, algo desviada, que le daba el aire de un peso ligero veterano, curtido en todos los cuadriláteros del circuito periodístico y una sonrisa

maliciosa que causaba el efecto del vitriolo. Sus dientes eran impecablemente blancos, y él lo sabía. Sonreía mucho. A la puerta del juzgado, Judit y yo nos acercamos a saludarles a él y a su compañero, un tipo mucho más discreto, con uno de esos nombres absolutamente vascos que tanto abundan en Madrid.

—Buenos días —dije, tendiéndoles la mano.

Me miraron con sorpresa, pero reaccionaron bien.

—Buenos días. Creíamos que no os acercaríais al enemigo —dijo Eduardo.

—Era imprescindible que habláramos. Judit es una forofa del fútbol y sabe que eres uno de los expertos balompédicos, así que, por si esto se alarga, os presento e introduzco el tema: ¿cómo os puede gustar un deporte tan aburrido?

Eduardo sonrió, le dio la mano a Judit y, en cuestión de segundos, ya estaban en un rincón del pasillo dándoles vueltas a goles marcados hacía más de diez años, a intrigas de presidentes y directivos y a todo ese conjunto de chismorreos deslavazados y erudiciones inútiles que componen el perfil de un buen aficionado. Es lo mismo que nos pasa a los aficionados a otras cosas, pero, aunque las estupideces de los otros me fascinan, siempre prefiero las mías. Estábamos relajados porque sabíamos que la diligencia era un mero trámite y que nadie tendría que preguntar o responder nada. Ese ambiente me dio pie para interrumpir la cháchara futbolística:

—Os habéis pasado tres pueblos.

—No te creas. El artículo se limita a destacar con entrecomillados el informe de la policía —dijo.

—Si es que es un informe de la policía. Es un anónimo. Y apesta —repuse.

—Es un borrador sin firmar, pero apuéstate todo lo que tienes a que es un informe policial. Y a que tus clientes son unos chorizos.

—Prefiero creer a mis clientes que a un anónimo escrito por alguien que le cortaría el cuello a su madre por diez euros. Pero veremos.

—Aquí estamos todos trabajando y la cosa no va con vosotros, pero recuerda lo que te digo. Lo que apesta no es el informe, son los que aparecen en él —remató con contundencia.

Su determinación no me generó la menor duda, y eso que pertenezco al género dubitativo. En aquel momento suscribía letra por

letra lo que Vázquez Montalbán había dicho hacía años sobre Pujol y ponía la mano en el fuego por su honradez. No me gustó su banco, ni me gustaba su política, pero siempre creí que carecía de cualquier ambición económica, que le bastaba con el prestigio asociado al poder. Así me lo dijo el día que al fin nos vimos:

—Ser presidente de la Generalitat ha sido lo más importante de mi vida. Levantarme por la mañana, ir hasta palacio y ocuparme de los asuntos de Cataluña... Es una satisfacción que no se puede usted imaginar. El dinero no tiene la menor importancia. Mi padre tenía miedo al futuro y a la pobreza, mi mujer también, pero yo nunca he pensado en el dinero.

—El informe es basura —respondí—, dice que Millet puede haber sido su testaferro en unas cuentas en un banco suizo.

—Conozco muy poco a Millet. Apenas he tenido trato con él. Le vi en un acto y me sorprendió lo lejos que había llegado, porque era un hombre con una reputación algo dudosa... Pero eso de las cuentas suizas es mentira. Todo es mentira. ¿Y qué es eso de la UDEF?

—Es una unidad de la Policía Nacional especializada en casos económicos y de corrupción. Está muy en boga en el entorno de la Audiencia Nacional y de las macrocausas. Pero ese informe no es de la UDEF, ellos mismos han negado la autoría.

El informe apestaba, efectivamente. Así lo vio cualquier juez que puso los ojos en él, cualquier fiscal que lo leyó y el resto de los periodistas de Madrid. Parecía como si se hubiera utilizado papel de la policía para dar credibilidad a un pasquín al estilo del *Protocolo de los Sabios de Sión* elaborado por encargo de la policía zarista con la finalidad de azuzar los pogromos contra los judíos. Fuera quien fuera su autor, estaba claro que no tenía otra finalidad que la de su publicación en la prensa, y ni siquiera toda la prensa se prestó a ello. Tal vez sólo aquellos que tenían contactos más estrechos con algunos policías y estaban más bregados en actuar como buzones.

El juzgado practicó las pruebas que pedimos, pero todas apuntaban al mismo callejón sin salida. Testificaron inspectores de la UDEF, tipos que no podían dejar más claro cuánto les reventaba acudir a hablar de las intimidades de su unidad, pero que, aun con desabrida renuencia, intentaron precisar que aquello se había fraguado a sus espaldas. El Ministerio del Interior remitió un comunicado en el mismo sentido, aunque, contra lo que declaraban

los propios policías, lanzó la insidia de que tras el borrador había auténticas investigaciones policiales. Y declaró un conocido periodista de tribunales de un diario de Madrid que explicó las razones por las que el informe no le había merecido la menor credibilidad y se negó a publicarlo. No dijo mucho, pero fue suficiente para que se supiera que alguien próximo a círculos policiales lo había ido ofreciendo a los medios de comunicación, lo que evidenciaba que tras la noticia no había nada parecido a una investigación periodística, tan sólo una filtración interesada. Sin embargo, ante el escándalo, la policía reaccionó, y si había quedado claro que el informe no era la conclusión de unas diligencias de averiguación, lo utilizó como base para iniciar una indagación formalizada en la que, de inmediato, se iba a dar a conocer un personaje curioso. Se trataba de Victoria, aquella novia del hijo de Pujol que compartía los arroces con bogavante y las confidencias sexuales con la líder del PP catalán, que resultó ser amiga de la infancia de un tal Moragas y que mantuvo reuniones un tanto extrañas con un tal comisario Villarejo, sus adláteres y, esta vez sí, con la UDEF de verdad.

—¿Cómo ve usted las cosas? —siguió Pujol.

—Creo que los periodistas han sido muy cuidadosos con el entrecomillado. Apenas han añadido nada de su cosecha. Lo que han hecho es resaltar la tipografía: el uso de los puntos de letra, las negritas... El problema no son ellos, son los autores del documento, y a ésos difícilmente va a poder identificarlos ningún juzgado, ni siquiera en el supuesto de que tuvieran ganas de hacerlo.

Y así fue. Sólo años después, cuando la reputación de Pujol ya estaba por los suelos, las investigaciones sobre Villarejo, un policía de esa zona sombría que limita con la política y los servicios de información, empezó a revelar la existencia de una operación encubierta, la «operación Cataluña», en la que alguna participación tenían los altos cargos del ministerio y los miembros de la cúpula policial. Para entonces ya daba igual. Lo que se decía de Pujol en el informe era falso, pero lo cierto era que no estaba tan limpio como el difunto Vázquez Montalbán y yo mismo creíamos. Como suele ocurrirme, no supe interpretar los signos adecuadamente, porque el propio Pujol, un grafómano incorregible, se esforzaba por ir dejando pistas de lo que estaba a punto de ocurrir.

Poco después de aquellas elecciones y del escándalo del informe,

publicó un artículo en la revista de su fundación con el nada ambiguo título de «Ética y política. Un binomio necesario y difícil». En el texto, Pujol pasaba revista a una serie de líderes políticos indiscutibles y a las acusaciones de corrupción a las que habían tenido que hacer frente. Los modelos eran de primer nivel: empezaba con Lincoln y con la lucha contra la esclavitud, y afirmaba, con toda la razón, que no podía haber causa más noble que ésa. Sin embargo, Lincoln fue acusado de haber favorecido los intereses de los industriales del Norte, alargando la guerra de Secesión más de lo necesario con la única finalidad de incrementar sus beneficios. Ciertamente, la grandeza de lo conseguido por Lincoln relativizaba hasta la insignificancia esa pretendida corruptela. Seguía con uno de sus tópicos más queridos, Helmut Kohl. Kohl había acabado ciertamente mal, perseguido en el ocaso de su carrera por el escándalo de la financiación irregular de su partido, la CDU, y las turbias relaciones con las empresas que entregaban fondos opacos al efecto. Sin embargo, Kohl era el artífice del suceso más extraordinario acaecido con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, la reunificación de Alemania tras la caída del Muro de Berlín. El logro era de tal calibre, y Pujol lo narraba con tal convicción, que parecía, efectivamente, que la acusación era mezquina y desproporcionada, sin importar cuánto pudiera haber de cierto en ella. Según su opinión, no se había efectuado una ponderación correcta entre el bien que Kohl había conseguido y un mal en definitiva tan menor como unos chanchullos económicos.

Como contrapunto a esos titanes de la historia, Pujol se refería al político francés Édouard Balladur y a su libro *Maquiavelo en democracia*, en el que éste efectuaba un elogio de la eficacia y la buena administración completamente desvinculado de la defensa de grandes ideales: mera gestión competente al servicio del bienestar de la comunidad. Pujol lanzaba una crítica demoledora contra ese planteamiento, al que tachaba de cínico e insustancial. Tan sólo las grandes causas, los grandes ideales, habían de servir de guía a la acción política. Lo otro era mercantilismo huero, tecnocracia e hipocresía. Luego, Pujol llevaba el agua a su molino e introducía la cuestión de la construcción nacional de Cataluña. No la ponía a la altura de la abolición de la esclavitud, por supuesto, pero aparecía como uno de esos objetivos capaces, por su magnificencia, de empequeñecer defectos éticos inevitables y comprensibles, dada la

humana condición. Incapaces, por tanto, de contaminar la majestuosa superioridad moral del objetivo.

No sólo publicó el artículo en aquella revista que tan poca gente leía. También dio una conferencia con el mismo título en ESADE, otro de esos santuarios del poder económico local en los que se sentía a gusto, arropado por el empresariado leal, compuesto principalmente por aquellos que hacen negocios a la sombra del poder, como si, a medio plazo, ya estuviera preparando su defensa.

Quería hablar de aquel informe calumnioso y de Oriol, y de las primeras cosas que empezaban a saberse de aquella novia despechada y de su hijo Jordi, de supuestos viajes a Andorra con mochilas cargadas de billetes de quinientos euros, de empresas en paraísos fiscales gestionadas por algún oscuro intermediario británico y de grandes negocios en Sudamérica. Algo muy diferente del discreto bienestar burgués que se espera de la familia de alguien dedicado durante veintitrés años al poder y que había hecho una profesión de la prédica de la moral. Pero no podía retener su atención demasiado tiempo en esos temas. Apenas había transcurrido media hora cuando daba por concluida esa parte de la reunión.

—¿Sabe usted? Siento una profunda sensación de culpa en todo lo que se refiere a mis hijos —afirmó—. Se puede decir que han crecido sin mí, sobre todo a unas edades en las que me necesitaban. Yo estaba absolutamente entregado a la política, y creo que hice mal. Tendría que haber prestado más atención a lo que hacían, a lo que sentían...

—Creo que cualquier padre con una vida pública intensa puede pensar lo mismo —respondí con escasa convicción.

—Sí, sí, seguro que tiene usted razón. Yo quiero a mis hijos. Quiero a Oriol, y me duele ver que está en boca de todos por ese asunto. Es un hombre bueno y altruista y está muy bien preparado. Estoy seguro de que será un gran político. Vive el país y sus problemas y cree en él. Eso puede hacerle impaciente, llevarle a cometer alguna torpeza... Pero me duele tanto verle sufrir...

Me estremecí un tanto, y eso que después de más de veinte años en la profesión, no me estremecía así como así. Pujol parecía profundamente conmovido. Se pasaba el dorso de la mano por los labios, tenía los ojos turbios y las mejillas con una leve sombra azulada, como si no se hubiera afeitado con suficiente energía.

Detestaba verle así y tan sólo me venían a la mente tópicos y frases hechas. Además, de forma posiblemente incongruente, me dio por pensar en qué habría de cierto en aquellos rumores que le habían atribuido un idilio con Carmen Sevilla. Imaginar a una folclórica en *déshabillé* en la Casa dels Canonjes, a punto de caer rendida en brazos de Pujol, podía resultar un tanto extraño, pero no se me iba de la cabeza.

—Y Jordi, ¿qué explica sobre lo que va diciendo esa vieja amiga suya? —pregunté, huyendo hacia temas más concretos como alma que lleva el diablo.

—Con Jordi tendrá que hablar usted. Es una señora con la que tenía una relación y, por lo visto, acabó mal. Y ahora... Hable usted con él. En realidad, lo mejor es que hable con toda la familia. ¿Podría venir este domingo por la mañana a tomar café en casa? Estaremos todos allí y podrá hacerse una idea más precisa.

Se arrellanó despacio en la silla y se tapó la boca con la mano.

—Perfecto. Allí estaré. Si no le importa, me gustaría que me acompañara mi socia, Judit. Usted ya la conoce. Es de Torà, de la Segarra, y es de los suyos.

—Por supuesto. Vengan los dos. Yo conozco muy bien Torà. He estado allí en muchas ocasiones...

Y ya bastante más animado empezó a relatarme anécdotas de sus visitas a aquel pueblo, y a darme muestras de su proverbial conocimiento enciclopédico de la comarca, de la historia de Cervera, de lo que pasó con un perro rabioso que hubo que sacrificar en plena calle y de un restaurante muy recomendable llamado Cal Jaumet. Era Pujol, nuevamente en plena forma.

—Dice usted que su socia es de los nuestros. Entiendo que quiere decir que es catalanista y, posiblemente, independentista. Pero si me lo deja tan claro es para precisar que usted no es de los nuestros. Por supuesto, no le pregunto por su ideología, por lo que usted piensa, pero es bastante evidente que no es lo que podemos llamar un convergente. Y no crea, aunque yo he tenido amistad con gentes de todas las ideologías, muy especialmente con los comunistas, aunque también con Suárez, y con Felipe González, no deja de extrañarme lo de usted, que es una persona muy próxima.

—Para esa proximidad no hace falta que pensemos lo mismo. No soy en absoluto hostil a lo que ustedes quieren y representan, pero hay

cosas que veo diferentes, sobre todo por lo que se refiere a mis amigos de toda España. Pero llevo viviendo aquí toda mi vida, y esa vida en Cataluña está muy influenciada por lo que usted y sus gobiernos han representado. Creo que hay un proverbio oriental que dice que uno se parece más a sus tiempos que a sus padres. Y, con las divergencias que usted quiera, éstos han sido también mis tiempos.

—Venga a casa y hable con la familia. Y haga todo lo que pueda por Oriol. Él le tiene toda la confianza, y yo también. Ahora, de lo que quería hablarle es de una conversación que tuvimos en Roma con Delors y Felipe González en un café, que empezó muy mal y acabó muy bien…

Y siguió con el relato de aquel encuentro, lo que le llevó a la historia de la construcción europea, a las naciones sin Estado y a la importancia de Cataluña en la Corona de Aragón y la expansión por el Mediterráneo, a Vicens Vives y a algunos franquistas que habían colaborado con la Transición con total lealtad. Parecía una conferencia dictada para un solo asistente. Mucho menos que la verdad, pero mucho más de lo necesario para despachar con el abogado.

Salí a la calle sin saber aún que, a partir de ese encuentro, nuestras reuniones adquirirían una cierta frecuencia. Siempre en viernes, siempre a las cinco de la tarde y siempre con el mismo formato: una breve introducción sobre los asuntos judiciales e, inmediatamente después, una larga disertación sobre política e historia. Si lo hubiera llegado a ver mi padre, no habría salido de su asombro. Y mi madre, al fin, habría reconocido que lo mejor que pude hacer fue dejar el banco.

Por la noche, en el Tirsa de L'Hospitalet, Arcadi sorbía un dama blanca y se congratulaba de que las carambolas del destino me hubieran llevado, de una tacada, a defender a Pujol y a Mas. No creyó que fuera nada de lo que nadie debiera sentirse especialmente orgulloso, pero no puso ningún inconveniente a que pagara un par de rondas.

14

Esta noche me emborracho

El domingo, a las diez de la mañana, Judit y yo estábamos a la puerta de la casa de Pujol en Mitre. Un edificio burgués y discreto, de los años cincuenta, con muros de color albero y una puerta metálica blanca de doble hoja. Cada cual por sus propios motivos, los dos compartíamos una cierta emoción. Judit pensaba que penetraba en la intimidad de uno de los artífices de la Cataluña en la que soñaba, y yo sentía que probablemente, en aquellos momentos, no había para un abogado casos más importantes que los que estaban cayendo en mis manos. Mientras esperábamos a que fuera la hora en punto, pues Judit y yo creíamos en aquello de que la puntualidad es la cortesía de los príncipes (razón por la que llegábamos demasiado pronto a todas partes), un par de mujeres mayores y menudas salieron del portal y nos miraron de arriba abajo. Me imaginé que conocerían a todos los vecinos de la escalera, incluso al barrio entero, hombres, mujeres y niños. Y no sólo de vista. Seguro que llevaban la cuenta de la vida y milagros de todos ellos, principalmente de nuestros ilustres anfitriones. Ése debía ser el motivo de que exhibieran aquellas caras avinagradas, con el agravante de que a nosotros no nos conocían. Forcé una sonrisa civilizada mientras les aguantaba la puerta y pulsé en el interfono el botón del piso de Pujol, no fueran a creer que estábamos en el portal merodeando para quitarles el paraguas.

Nos recibieron el matrimonio y sus siete hijos repartidos por los sofás del amplio salón. La mujer de Pujol, Marta, nos hizo saber que se trataba de los mismos que compraron al casarse cincuenta años atrás, al igual que el resto del mobiliario. Agradecí la explicación, aunque no era muy necesaria. Los sofás se hundían al menor contacto con el cuerpo, de manera que, al engullirte, acababas como en uno de esos

coches deportivos que tanto le gustaban a Jordi, el hijo mayor. Era éste quien llevaba la voz cantante y nos puso en antecedentes de aquello que estimó que teníamos que saber. No gran cosa, por cierto. Se trataba de un hombre de estatura mediana y buena complexión, más o menos de mi edad, con el pelo ondulado de color plomo y los rasgos duros y resueltos de un tipo preparado para la pelea. Como una advertencia del jugador de rugby que un día fue. Hablaba con un enojo que parecía dirigido también a nosotros, no sólo a la policía, a la UDEF, a los fiscales, a los periodistas o a cualquiera que se atreviera a mancillar la reputación de su padre y, de paso, del resto de la familia. Me apoyé como pude en el respaldo del sofá, temiendo perderme entre sus recovecos y acabar allí el resto de mis días, y adopté una expresión cívica y considerada mientras Jordi nos ilustraba. No hacía falta ser un abogado experimentado para comprender que la mejor manera de abordarle consistía en ceñirse estrictamente a las cuestiones jurídicas y dejar las divagaciones y las bromas para clientes menos asertivos.

—¿Qué pasará con las querellas que hemos puesto? —preguntó.

—No gran cosa —respondí con mis mejores modales mientras daba cuenta de un café exactamente igual a los que preparaba mi madre con aquella cafetera italiana de rosca.

—¿Y eso?

—Es posible que acabe bien para los periodistas, sobre todo cuando el propio ministro del Interior ha dicho que se trata de un borrador policial.

—Es que contra quien habría que ir es contra el ministro.

—No hay manera, nos queda muy lejos. Pero tenemos alguna buena noticia. En la querella ya pedíamos al juzgado que investigara en los bancos suizos a los que se refería el informe para que se nos dijera si había en ellos alguna cuenta a nombre de tu padre o de Mas.

—¿Y ya ha llegado esa información?

—No. El juzgado no ha ordenado las comisiones rogatorias internacionales. Pero hemos obtenido esos mismos certificados acudiendo directamente al banco. En concreto, el Lombard & Odier al que se refería la supuesta UDEF nos certifica que nunca ha habido ninguna cuenta allí a nombre de tu padre ni de ninguna persona con lazos familiares con él. Esto por sí solo ya desacredita uno de los escasísimos datos verificables que aparecían en el informe.

Efectivamente, mi viejo amigo de los asuntos de la KIO, Jean, un tipo que conocía la topografía de la Ginebra de los bancos como la palma de su mano, había conseguido que le entregaran ese documento que se emitía en muy contadas ocasiones. Con los grandes procedimientos internacionales por corrupción, sobre todo los relacionados con políticos, conectados con cuentas opacas suizas, los bancos temían que si abrían el grifo acabarían por pasarse el día emitiendo certificados de no titularidad. Pero tanto el Lombard como sus abogados estaban más que hartos de los métodos que acostumbraba a utilizar la policía española en sus investigaciones, y no querían verse inmiscuidos en un asunto que en aquellos días acaparaba titulares en la propia prensa helvética. Jean lo tenía claro.

—Si no se hubiera tratado de un informe de apariencia policial, el banco ni se habría planteado una certificación negativa —dijo, abriendo mucho sus pálidos ojos azules.

—Los comentarios de Fernández Díaz también habrán ayudado, ¿no?

—¿El ministro? Eso fue definitivo. Al ver que le daba alguna credibilidad al contenido del informe saltaron como un muelle. Pero ha sido difícil y no creo que quieran que se siente un precedente. Los bancos quieren silencio, y sus clientes, también.

—Esos multimillonarios de países muy pobres, ¿no?

—Ésos más que nadie.

Los Pujol quedaron contentos con la información, nos ratificaron su confianza y dieron por acabada la reunión. Pujol apenas abrió la boca. Parecía extrañamente fuera de lugar en su propia casa, como si fuera él mismo una visita, un pariente remoto que aparece con un *tortell* en la mano cuando no se le espera. Su mujer se limitaba a algún comentario ocasional y a pedir a Jordi que explicara él las cosas, y Josep, un hombre alto, de rasgos afilados y corrosivo sentido del humor, abundaba en las explicaciones de su hermano. Era un tipo tan desenvuelto y cosmopolita que encajaba a duras penas con el aspecto conservador y circunspecto del resto de la familia. Se proclamaba un ardiente defensor de la ciudad de Madrid, en la que había fijado su residencia y, por lo poco que nos dijo, parecía que sus negocios abarcaban toda la extensión del planeta. Oriol, en un extremo, miraba a unos y a otros como si asistiera a un partido de tenis. A su espalda, en la pared del fondo, los asistentes a una Santa Cena nos

contemplaban tristemente por encima de su hombro.

Jordi nos encargó su defensa en la investigación que acababa de abrirse en Madrid en la que constaban las declaraciones de Victoria y donde el juez ya había decidido hacerle comparecer como acusado. Le di las gracias con toda seriedad y quedé con él para preparar su interrogatorio en mi despacho. Tendió la mano derecha como si ya estuviera tardando demasiado en irme y, cuando se la estreché, apretó con fuerza y me miró a los ojos.

—Mi padre y Oriol confían en ti, o sea que yo también.

—Es un caso escandaloso, pero parece que tenemos buenas respuestas para todo. Ahora falta analizar lo que dice esta señora y ver si la podemos machacar ante el juez.

—Podrás. Te daré material.

—No es asunto mío, pero no parece que sea una mujer muy propicia a vuestro entorno político, a la figura de tu padre y todo eso, ¿no?

Me miró como si hubiera dicho la mayor estupidez del siglo.

—Es del PP, amiga de la Sánchez-Camacho y Moragas. Yo entonces estaba separado y la conocí en un avión.

—Eso lo explica todo —respondí en voz baja.

Tal vez Jordi no me tenía tanta confianza, o tal vez se trataba de un *gentleman* a la vieja usanza, pero, a pesar de todo el daño que la dama en cuestión les ocasionó, jamás le oí hablar mal de ella. Y eso que yo le di pie, siempre encantado por cualquier aproximación al mito de la mujer fatal, aunque la mujer en cuestión se hallara en las antípodas de mis gustos. Según la grabación de la conversación de Victoria con la lideresa del PP, quien follaba extraordinariamente bien era Jordi. «Dos sin sacarla», comentaban con elegante estilo. Pero tuve que concluir que algo debía tener que ver la buena señora en toda esa admirable eficiencia. A mí me hacía pensar en *Esta noche me emborracho*, o en una tarántula moviéndose en mi cama sobre ocho patas peludas, pero Jordi debía ser más de Richard Clayderman.

Mire si no es pa suicidarse
que por ese cachivache
sea lo que soy.

Jordi cumplió. Me dio material y una fría mañana de febrero me llegué hasta la Audiencia Nacional, que, por las obras de remodelación del edificio de la calle Génova, se había trasladado a un enclave provisional, en la calle Prim, al lado de Recoletos y muy cerca del Café Gijón. El local, contra lo que suele ocurrir en este tipo de establecimientos renombrados, seguía sirviendo un café excelente. Pedí uno y le compré un número de lotería a su filosófico limpiabotas, un hombre con razonables opiniones sobre política estatal, fútbol y el tráfico de aquellas horas. En realidad, nunca compro lotería, pero no me sentí capaz de rechazar su oferta.

El vestíbulo de la Audiencia era minúsculo, estaba frío y tenía poca luz, como la habitación de un seminarista. Abogados con cara de pocos amigos salían por la estrecha puerta y cruzaban la calle resueltos, como si tuvieran a donde ir. El enclave provisional debía de tener la mitad de metros que el de Génova, pero allí había comprimido quien fuera el responsable del desaguisado a todo el personal y las cantidades ingentes de papeles y legajos propios de estos juzgados. Los pasillos estaban abarrotados de armarios al borde del estallido y los funcionarios los atravesaban poniéndose de perfil y abriendo paso con los codos.

Las salas y despachos se veían amuebladas al estilo batiburrillo, algo que tal vez encajara en una vivienda familiar de medio pelo, pero no en aquel centro neurálgico del poder judicial. Lámparas y sillas de esas que se van acumulando a lo largo de los años y en función de los criterios del ministerio en materia de decoración, como si se tratara de las páginas amarillentas de un álbum de fotos familiar. Había dos sillones ante la puerta de la sala de declaraciones, contemporáneos sin duda de los de la casa de Pujol y posiblemente igual de cómodos. En uno de ellos esperaba Victoria, oculta por una maraña de pelo negro y en íntima sintonía con su teléfono móvil. Me dejé ver y me aparté cuanto pude de ella, un par de metros.

La declaración la iba a tomar el juez Ruz, un hombre joven que ocupaba temporalmente la plaza que había dejado vacante Del Olmo. El juez Del Olmo era un tipo de aspecto frágil que sufrió una presión indecible durante la instrucción de los atentados del 11-M que casi le cuesta la salud, y que no vio la luz hasta que pudo volverse lo más rápido que pudo a su Murcia natal. Hay que gozar de determinadas cualidades estratégicas y comunicativas para sobrevivir entre la

judicatura de relumbrón de Madrid y el escrutinio de la prensa, y Del Olmo, pese a su obstinada abnegación, carecía por completo de ellas.

Ruz era delgado, moreno, con una de esas barbas cerradas que hacen que parezca que siempre te hace falta un afeitado, y una expresión de solemne hermetismo. No es que fuera discreto, es que parecía reflexionar sobre si dar los buenos días a los presentes sería una vulneración del secreto del sumario. Durante su paso por el juzgado investigó con eficiencia algún escándalo político sonado y sentó fama de magistrado concienzudo y ajeno a las interferencias políticas. Ése, como se vio, suele ser un perfil muy apreciado en nuestro país. En cuanto pudo, el Consejo del Poder Judicial lo envió a un discreto juzgado en Collado Villalba en el que aquel treintañero de mirada tímida y flequillo de colegial pudo meditar largo tiempo sobre la volatilidad de la fama. Aunque creo que no le atraía demasiado estar bajo el foco mediático, también es verdad que no tienen por qué gustarte los Mercedes para montarte en ellos. Por su parte, la fiscal iba a ser mi vieja conocida de los asuntos de la KIO, Belén. Si pensaba aplicar en este caso el mismo rigor que puso en aquél, ya nos podíamos ir preparando.

Victoria declaró lo mejor que pudo, pero no salió airosa. Mentía sin complejos, y parecía importarle poco que sus invenciones se evidenciaran con la mera contemplación de los documentos que yo iba poniendo ante sus narices. Estaba convencida de que vendía una mercancía de tal calidad (destruir la reputación de Pujol y su familia) que nadie habría de poner pegas a las inconsistencias del relato. Si es que era su propio relato, pues desde el primer momento dejó claro cómo fue a buscarla a su casa de Barcelona un supuesto periodista —que al final resultó ser el comisario Villarejo—, cómo un socio de éste la recogió en la estación del AVE en Atocha, cómo el socio en cuestión la acompañó al complejo donde tiene su sede la UDEF y cómo, en fin, ese acompañante asistió a la declaración que allí prestó sin que los policías estimaran conveniente ni siquiera hacerlo constar en el acta.

La imaginaba perfectamente, moviéndose entre halagos en aquel macropolígono de Canillas, con sus edificios severos y achaparrados, como los institutos de enseñanza media de los años ochenta; aunque los que trabajan allí no prestan la menor atención a esos detalles ni al color de las paredes blancas y grises, de ese mismo gris carcelario que tienen las baldosas. Hasta entonces había estado en su terreno, en

reservados de restaurantes con políticas de postín, entre policías que le reían las gracias y periodistas que la llamaban heroína y le pedían más carnaza. Me ocupé de que probara las delicias del debate contradictorio en presencia judicial, y la verdad es que no le gustó. Al salir, le puso un mensaje de texto a su amigo Moragas en el que me calificó de hijo de puta, lo que me llenó de orgullo. El buen Moragas le respondió que estaba salvando a España y que habría que hacerle un monumento, lo que debió de llenarla de orgullo a ella. Los dos quedamos encantados.

Ciertamente, la lista de quienes se aplicaban por aquellos días en salvar a España daba ganas de pedir asilo político en el Congo, y el estratega que diseñó el plan de salvación hubiera prestado mejor servicio perseverando en la oración o leyendo el *Marca*. Victoria destilaba resentimiento por todos los poros, lo que no contribuía a mejorar su exposición. Pretendió el tuteo con el juez y conmigo, tal vez sintiéndose en el Nuba, pero no se lo permitimos, lo que nos hizo quedar como un par de tipos estirados y desabridos. Yo la interrogaba con una seca y correosa formalidad y Ruz la llamaba al orden cuando se ponía demasiado campechana. Mientras, Belén le lanzaba miradas cargadas de intención, y entre los tres —supongo que para su sorpresa— le hicimos pasar una mañana de lo más incómoda.

Me gustó destrozar su credibilidad. Con los años había aprendido a dejar de lado los reproches más o menos virtuosos sobre lo que la gente es capaz de hacer en momentos de ira o despecho, aunque en algún oscuro rincón de mí mismo (mi lado moralista) todavía me sentía ultrajado cuando encontraba demasiada disparidad entre lo que la gente decía y la verdad. Hubiera hecho lo que hubiera hecho Jordi, las formas de su antigua pareja envilecían la denuncia. Parecía que hasta ella lo sabía, pero en aquel juego ya nadie podía dar marcha atrás, aún menos cuando había por medio fondos reservados del Estado. Fondos de aquellos que, al parecer, movía con prodigalidad el referido Villarejo, un personaje que, como Millet, está esperando su propia película. Aunque es verdad que el tipo ya había hecho sus pinitos en el cine, en alguna producción del gran Paul Naschy, el inolvidable hombre lobo español.

Me gustaba imaginar a este comisario oscuro —luego se supo que, además, terriblemente dicharachero— moviéndose entre los servicios secretos y el set donde se rodaba *La noche de Walpurgis*, pero

nadie ha filmado todavía las aventuras de un tipo que lo mismo mediaba en nombre del rey para evaluar el coste de los polvos con una tal Corinna, que espiaba a todo bicho viviente por cuenta de conspicuos banqueros, que, en definitiva, salvaba la unidad de la patria de la mano de Victoria y, si se terciaba, de un simpático arribista que llegó a ser conocido —para su permanente irritación— como «el pequeño Nicolás». Era gente muy atractiva y lo mejor que, al parecer, pudo reclutar el ministro Fernández para su alta función. La lástima fue que a nadie se le ocurriera que, por seductora que fuera la idea de escindirse de un Estado gestionado por tales eminencias, eso sólo hubiera servido para propiciar el nacimiento de dos nuevos países, pues una buena parte de los catalanes sentíamos tanta admiración por esos patriotas como por sus homólogos autóctonos, una buena colección de candidatos a formar parte, también, del reparto de *La furia del hombre lobo* o *La rebelión de las muertas*. Villarejo acabó, como tantos otros en estos tiempos, en la cárcel, lo que dice bastante sobre los jueces españoles. Pero la investigación sobre sus actividades permitió ver que, efectivamente, buena parte de la seguridad del Estado —con capacidad, incluso, para el jaque al rey — pasaba por las manos de alguien que nunca debió abandonar los rodajes de los westerns de Sergio Leone en el desierto de Almería.

En esos días recibí sendos mensajes que me instaban a reunirme con la máxima urgencia tanto con Villarejo como con el joven Nicolás. Algo debía de quedar en mí de aquel chico de barrio propenso a desconfiar de cualquier chulo de billar que hizo que me negara a tales encuentros. Oriol, que estaba por entonces en un estado de excitación perfectamente descriptible, se prestó a hacerlo con el segundo de ellos. Se vio con aquel veinteañero escaso en el hotel Claris, un lugar que destaca por su lujo en la zona más lujosa del Ensanche, repleto de esculturas de la antigüedad clásica y de esos muebles de diseño atrevido que ya que no pueden encandilar por su comodidad, lo hacen por su belleza. El tipo se presentó acompañado de un escolta con placa y pistola, exhibiendo documentos con el membrete de la vicepresidencia del Gobierno y haciendo gala de una desenvoltura propia del Jim Carrey de *Mentiroso compulsivo*. La crónica de la reunión hubiera podido, sin desdoro, formar parte de la misma película.

—Pero ¿qué te dijo, en definitiva? —le pregunté a Oriol con

retintín.

—Que si dejábamos el independentismo, todos los procedimientos contra nosotros se archivarían —respondió Oriol.

—Dejar el independentismo, ¿quiénes?

—Mi padre, yo, la familia…

—¿Así? ¿Y ya está?

—Bueno, además tendríamos que pagarle cuatrocientos mil euros…

—¿En concepto de qué?

—Resulta que están un poco escasos de fondos reservados y necesitan algo de dinero para operaciones encubiertas. Dice que la vicepresidenta no suelta un duro.

—¿Soraya?

Por no salir del mundo del cine, la cosa ya empezaba a parecer propia de *Bananas*, la película más política de Woody Allen, en la que el dictador de turno, como primera medida de buen gobierno, decide que todos los habitantes de aquella pequeña república latinoamericana pasen a hablar en sueco.

—Sí, Soraya. Tú tendrías que ir a reunirte con ella y te daría los detalles del acuerdo. ¿Estarías dispuesto a ir? —siguió Oriol.

—¿No ves que eso es una estafa? Lo que me extraña es que no intentara venderte la Pedrera o la Sagrada Familia.

—¿No le das ninguna credibilidad?

—Muchísima menos que al gran Rappel, y déjalo ya o a los problemas penales vas a acabar uniendo los psiquiátricos.

—Pero es verdad que iba con un policía —insistió, aunque cada vez más dudoso.

—¡A saber qué policía será ése!, pero como si va con un almirante: todo lo que te cuenta es una pamema.

—Entendido, entendido…

El interrogatorio de Victoria me había dado la excusa que estaba buscando para sentirme eufórico; lo mejor que le puede pasar a un tipo cansado que ya ha llegado a la madurez y que descubre por enésima vez que es mejor brillar en la acción y dejarse de melancolías y monsergas. Me pareció suficiente motivo para tomar una copa y aquella misma tarde tiré hacia el sur, hacia la Gran Vía y la calle Silva en dirección al Josealfredo, un bar que se llama como el cantante mexicano, y bebí entre lámparas de leopardo y sillones aterciopelados,

acodado en su larga barra de madera, mármol y cuero acolchado. Estaba como en casa en aquel fantástico local en el que tanto te podías encontrar a miembros despistados de la realeza como a crápulas de medio pelo y cantantes indies, asombrándome una vez de más de lo agradable que podía llegar a ser el mundo cuando lo gestiona la gente apropiada.

Aunque no tengo nada en contra de beber solo, había llamado a Esteban, un buen amigo y uno de los penalistas de mejor reputación de Madrid, si es que lo que tenemos nosotros se puede considerar reputación. Era un hombre alto, con el cabello plateado cortado en una media melena un tanto anticuada que le enmarcaba la cara como un cuadro, unos ojos negros maliciosos y una afición evidente a los trajes de la mejor calidad, que vestía con la misma naturalidad que un chándal. Me miró de arriba abajo, sonrió, frunció el ceño y dirigió su mirada a un *gin-tonic* lleno de bayas de enebro y otros misteriosos vegetales. Parecía que iba a beberse una ensalada.

—¿Así que el interrogatorio te ha salido bien? —preguntó.

—Creo que sí. Por lo menos ha quedado claro que, en los detalles que se podían verificar, mentía más que un político en campaña.

—Eso te conviene, sin perjuicio de las pruebas que puedan ir llegando por otros lados. Ruz pedirá todas las que haga falta, no tengas la menor duda.

Esteban sabía de lo que hablaba. Era uno de los abogados que más temas llevaba en la Audiencia Nacional, y un buen conocedor de su ecosistema y sus hábitos zoológicos.

—Lo que te va mal —siguió— es que hay mucha gente excitada por la cacería contra Pujol. Periodistas, políticos, fiscales y parte de la afición en general. Los que no paran de darle vueltas a que le dieran el título de Español del Año del *ABC* para ver ahora que apoya al independentismo.

—Cuesta creer que fueran tan tontos entonces y que lo sigan siendo ahora. ¿Qué iba a hacer Pujol? ¿Retirarse a Yuste como Carlos V? Se ha dedicado a eso toda su vida, por mucho que ahora pueda no gustarle cómo se están llevando las cosas. Pero el objetivo es el suyo.

—Parece que aquí no podemos olvidarnos de los tiempos de Roca, de Duran i Lleida, y de las magníficas relaciones con el rey. De la boda de la infanta en Barcelona... Nos quedó una determinada imagen de Cataluña, y ahora no la reconocemos.

—Con Cataluña siempre habéis sido un poco paletos. Cada vez que cojo un taxi en Barajas el conductor me dice que en Barcelona sí que se conduce bien —resoplé.

—¿Y tú qué le contestas?

—Le pregunto si ha conducido alguna vez en Barcelona, y cuando, indefectiblemente, me dice que no, le pido que no sea paleto y que no diga esas cosas. Que hace más mal que bien.

—¡Santa inocencia madrileña!

—¿Algún consejo con Ruz y el procedimiento? —pregunté.

Esteban echó un trago y puso cara de conspirador avezado, bajando la voz:

—Sí, que te olvides de él. Va a durar cuatro días y tomará posesión De la Mata. También muy inquisitivo, aunque mucho más simpático que Ruz.

—Con eso me vale. El que no se conforma... —concluí.

Siempre ocurría lo mismo con mis amigos de Madrid, que la mayoría funcionaban con una foto fija de Pujol tomada muchos años atrás. A Mas ni lo mencionaban, o, todo lo más, comentaban que hablaba muy bien inglés, y que ya quisiera Rajoy dominarlo así. Otros, cada vez más, se quedaban con el eficaz cliché de Boadella en *Ubú President*, donde el anciano patriarca, más que harto de las monsergas del poder y la familia, despierta airado de su letargo y llama a poner orden y a reivindicar su legado. Vivían la perplejidad que les había dejado una serie de tópicos afortunados: que Barcelona sí que era Europa, no como ellos, apresados en aquella ciudad que Cela definió como un cruce entre un poblachón manchego y Kansas City; que el diseño y la modernidad; que las editoriales, Vargas Llosa y García Márquez; que la producción musical y cinematográfica; que el corazón de la vanguardia... Su ingenuidad era estremecedora y yo les debía dar un poco de lástima, porque parecía renuente a tomarme en serio aquella salmodia. Lo peor era que aquella visión algo acomplejada de los madrileños alimentaba lo peor del narcisismo catalán, del ensueño de la pertenencia a una comunidad envidiable. Una de las jornadas del once de septiembre, histórica como todas ellas, Pujol, a quien la jubilación ni había hecho callar ni le había privado de altavoces mediáticos, salió a decir que los catalanes debían practicar una mayor autoestima. Desde luego, no debía de referirse a sus seguidores, que de autoestima iban más que sobrados, sino al resto de la población que

oscilaba entre la indiferencia y el hastío ante tanta complacencia nacional.

Aunque por aquellos días el tópico admirativo iba cambiando y dando lugar a otro no mucho mejor, teñido de resentimiento, en el que Cataluña aparecía como un reducto provinciano y xenófobo, atrasado y sombrío, ajeno al cosmopolitismo cultural y financiero de la capital y a su recién descubierta amplitud de miras. Insolidarios, retrógrados, carlistones o directamente totalitarios, los políticos catalanes en el poder contarían con unos medios de comunicación sumisos, una escuela adoctrinadora y de poca calidad y una sociedad narcotizada por las subvenciones y la gazmoñería patriótica. Dos imágenes contrapuestas impregnadas de una lamentable carencia de sentido del humor y una tendencia fanática a tomarse demasiado en serio sus propias máximas que hacían que éstas se vieran más ridículas a cada día que pasaba. Según los taxistas, sólo el Barça se salvaba de la quema, lo que a mí me importaba algo menos que un pimiento.

—Tal vez te gustaría instalarte en Madrid —insinuó Esteban, divertido por la diatriba que le había soltado.

—Me encanta Madrid. Es una ciudad a la que quiero mucho, y podría vivir aquí perfectamente y ser tan feliz o desdichado como en Barcelona. Pero estoy bien allí: *ubi bene ibi patria*, que decía Cicerón —repuse.

—¡Claro, el mar!

—No, hombre, no. ¡Los *castellers*!

Di cuenta a Jordi del resultado del interrogatorio y pareció darse por satisfecho. En realidad, podía estarlo. A Ruz ni se le ocurrió citarle para declarar, pues las flamígeras acusaciones de su vieja amiga no parecían haber causado el menor efecto. Tendría que pasar bastante tiempo y muchas cosas más para que tuviera que acudir a aquella cita, y para entonces sus acciones habrían bajado varios puntos en la bolsa de la presunción de inocencia.

Estaba con él, en su despacho con vistas a la Diagonal, los dos frente a frente en una mesa taraceada con algo parecido a una rosa de los vientos, cuando recibí una llamada de Josep, mi procurador de Tarragona en el caso del Delta Cero. Me disculpé con Jordi y contesté.

—Agárrate fuerte —resopló Josep—, la Audiencia ha archivado el

caso. El bombero es completamente inocente.

Me agarré y respiré hondo. La absolución de Carles me produjo una satisfacción que apenas recordaba en demasiados años de profesión, cuando ya me quedaban pocas ilusiones respecto al trabajo y la vida y la mayoría de los días me decía que la única manera de disfrutar con lo que haces se reduce a una cuestión de autoengaño. Pensé que, no obstante, yo hacía lo mío a gusto, aunque pocas veces fuera agradable y algunas mucho más desagradable de lo que cabría imaginar. Y seguía con ello porque era lo que mejor se me daba, porque tenía talento y porque a veces pasaba que se producía el milagro y aparecía deslumbrante la justicia, aunque no fuera desnuda bajo una toga negra en la habitación de un hotel.

Un par de estúpidos habían prendido fuego al Parque Natural dels Ports, en el término municipal de Horta de Sant Joan, un pueblo que Arcadi describió con toda justeza como pintado por Picasso y Miró, musicado por Pau Casals y construido por Gaudí. Un lugar especialmente hermoso, como se podía apreciar en las fotografías y vídeos que la policía encontró en casa de los incendiarios, donde se les veía riendo con un fondo de llamas aún controlables si se hubiera intervenido a tiempo y la meteorología (el viento) no hubiera optado por la tragedia. Los tipos que, como extrañamente suele ocurrir en estos casos, solían colaborar como personal voluntario en la extinción de incendios, confesaron a la primera de cambio, salieron en libertad provisional y se quedaron sentados esperando la que les iba a caer. Sin embargo, cinco bomberos habían muerto durante el operativo de extinción y mucha gente no estaba dispuesta a aceptar que aquello fuera imputable tan sólo a dos impresentables y al tiempo.

Los convergentes, entonces en la oposición, pues eran los últimos días del tripartito, utilizaron el caso para desgastar al Gobierno y empezó a tomar cuerpo la idea de que las muertes, en realidad, se habrían producido por la incompetencia de los responsables del departamento de Interior y los mandos sobre el terreno. Para el caso, se montó en el Parlament una de esas vergonzosas comisiones de investigación a las que tan dados son los políticos españoles, pésimos espectadores de *Borgen* y de *El ala oeste de la Casa Blanca,* y el plan se concretó: a los bomberos los habían matado otros bomberos por culpa de los políticos comunistas a cargo de aquel departamento. A que eso funcionara ayudó la jueza que estaba a cargo del asunto en Gandesa,

una novata embriagada por el calor mediático y los aplausos a la puerta del juzgado, y fiel seguidora del modelo que había impuesto entre las nuevas generaciones de jueces Baltasar Garzón: helicópteros para desplazarse, entradas y salidas ante las cámaras de televisión y diligencias de investigación cuanto más aparatosas, mejor. Embriagada, en definitiva, por el poder.

La jueza preguntó a los políticos quién era el máximo responsable de la gestión de aquel incendio, y éstos ofrecieron lo único que estaban dispuestos a sacrificar, un jefe operativo de los efectivos de extinción sobre el terreno denominado en clave «Delta Cero». Se trataba de Carles, un tipo enjuto, de mediana estatura, barba grisácea y una mirada algo infantil, de indefinible desolación. Sobre él empezaban a correr todo tipo de rumores: que no había estado presente en el incendio, que no dio instrucciones a sus hombres, que se había ido a Vinaroz a comerse unas gambas mientras sus compañeros morían, que le vieron riendo después de descubrirse los cadáveres de los fallecidos. No parecía que hubiera barbaridad lo suficientemente excesiva como para no colocársela a Carles.

Llegó al despacho con un traje de faena azul con las insignias propias de su rango en la manga, el cabello desordenado y un buen fajo de papeles con membrete oficial.

—Aquí está el cronograma de todo lo que hice durante la guardia de aquel día: más de veinticuatro horas sin abandonar el perímetro del fuego, sin comer, sin dormir, y recorriendo centenares de kilómetros en coche, más los que hice en helicóptero sobrevolando el fuego. Está extraído de las grabaciones de la sala de control y de los dispositivos GPS. Puedo probar cada segundo de trabajo hasta que llegó el relevo de la guardia. En cuanto me citen a declarar, puedo explicar hasta el menor movimiento —soltó de carrerilla, casi sin respirar.

Dejó caer una mano sobre la mesa y apoyó la espalda con todo su peso en el respaldo de la silla. No parecía un hombre que dejara traslucir sus sentimientos al instante, pero se le veía profundamente afectado.

—Éste es un tema muy complicado para alguien que no conozca vuestra forma de trabajar —dije—. Antes de entrar en detalles técnicos, creo que lo mejor será que empecemos por cosas más sencillas. Para que yo me entienda, ¿por qué quedaron atrapados tus compañeros?

—Subieron a una zona muy comprometida. Se trata de los miembros de una unidad de élite, los GRAF. Son los que hacen el trabajo más peligroso, siguen la línea del fuego, marcan perímetros para que luego vayan los de las mangueras… Cambió el viento y el fuego les pasó por encima. Tienes que venir a ver el sitio. Se cubrieron con las mantas ignífugas, pero aquello no les sirvió para nada… —respondió.

—¿Fuiste tú quien los hizo ir hasta allí?

—No. Ellos iban donde creían que tenían que ir. Se trata de gente especializada.

—¿Sabías que iba a cambiar el viento?

—Sabía del viento lo que sabíamos todos. Lo que comunican los servicios meteorológicos.

—¿Y…? —seguí preguntando.

—Pues que, hacia la hora del accidente, en aquel punto, el viento aumentó, generó un efecto rotatorio y los helicópteros no pudieron ni acercarse.

—¿Se intentó el rescate por los helicópteros?

—¡Claro que sí! Intentaron volar varias veces, pero era imposible. Se hubieran estrellado contra la pared y aún habría muerto más gente.

Para entonces, Carles retorcía su cuerpo, flaco como el alambre, en un asiento que, evidentemente, le resultaba cada vez más incómodo.

—Escucharé las grabaciones e iremos a inspeccionar el lugar, pero, para cuando vayas al juzgado, piensa que has respondido mal a la pregunta que te he hecho.

—¿Cuál era la pregunta?

—«¿Por qué quedaron atrapados tus compañeros?» O, si quieres, «¿Por qué murieron tus compañeros?» —le dije con todo el énfasis, mirándole fijamente a los ojos.

—No te entiendo. Ya te lo he explicado. ¿Cuál es la respuesta?

—La respuesta es: «Porque dos hijos de puta prendieron fuego al bosque». Que no se te olvide. Tú hiciste lo que tenías que hacer, ni cronogramas ni hostias. Ni GPS ni cadena de mando, ni políticos del departamento. Dos hijos de puta y el viento. ¿Está claro?

—No —respondió Carles, frunciendo los labios—, pero haré lo que me digas.

Cuando llegamos a Gandesa el día señalado para la declaración,

nos esperaban más de cien bomberos de uniforme congregados a la puerta de su cuartel, justo enfrente del edificio de los juzgados, una casita de dos plantas con ínfulas de templo dórico. Nos rodearon y nos acompañaron hasta la puerta en un silencio que podía masticarse. Sólo se escuchaban los pasos de las botas sobre el suelo de cemento, mientras las hojas volaban rozando el pavimento con un crujir rasposo y triste. Parecía el inicio del *Novecento* de Bertolucci, cuando toma vida el cuadro *El cuarto estado* de Giuseppe Pellizza da Volpedo y el proletariado avanza, solemne y circunspecto, en busca de algo parecido a la justicia. Aún hoy, cuando veo las imágenes de ese momento y me veo incongruentemente encorbatado entre aquel cortejo de hombres de acción, me sobrecoge la emoción.

Cruzamos el control de la entrada y avanzamos hacia la sala de vistas por una escalera que olía ligeramente a desinfectante y a exceso de calefacción, como todos los pasillos de juzgado, a no ser que estén helados. Sabía que con aquella jueza no teníamos nada que hacer. Había llevado demasiado lejos sus conjeturas sobre la culpabilidad de Carles mucho antes de citarlo a declarar. No tenía ningún sentido darle gusto y regalarle un interrogatorio de varias horas sobre aspectos técnicos de los trabajos de los bomberos. Carles se acogió a su derecho a no responder a más preguntas que las mías, y yo me limité a hacerle dos:

—¿Estuvo usted trabajando todas las horas de la guardia en el perímetro del incendio?

—Sí.

—¿Se rio usted mucho cuando le dijeron que sus compañeros habían muerto?

—No.

Ese «no» apenas pudo escucharse en la sala. Carles se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar. La jueza apenas levantó la vista de sus papeles para mirarle, como si no tuviera delante un asunto suficientemente importante para dedicarle toda su atención. El trámite había concluido en diez minutos. Luego declaró uno de los superiores de Carles. La jueza y las acusaciones le machacaron con infinidad de preguntas sobre el funcionamiento de los bomberos y la cadena de responsabilidades. El tipo, un hombre duro con más estrellas en las mangas y las hombreras que un general de división, fue contestando con contundencia, aunque nadie parecía entender muy

bien a qué conducía todo aquello.

—A las 12:46, ¿despegó el helicóptero?

—Sí. Despegó.

—Y a las 13:11, ¿volvió a despegar?

—Sí. Volvió a despegar —respondió el oficial.

—Y aterrizó...

—Sí, aterrizó antes de estrellarse en la pared.

Cuando llegó mi turno, le hice una sola pregunta:

—¿Qué hizo mal el Delta Cero?

El testigo frunció los labios, como si estuviera pronunciando algo muy difícil en francés.

—¿Mal? El Delta Cero no hizo nada mal. Hizo lo que tenía que hacer.

—No hay más preguntas.

Y me marché del juzgado más tieso que don Rodrigo en la horca.

La jueza dictó una resolución en la que decía que la investigación había terminado y se abría el juicio oral contra Carles. La recurrí directamente ante la Audiencia de Tarragona, donde celebramos una sesión tensa como un cable de acero ante su presidente, Xavier Hernández, uno de los mejores juristas de España, conocido en la plaza como «Savigny», y el hombre apropiado para no perderse en detalles y atacar la raíz jurídica del asunto: si el conductor de la ambulancia tiene la culpa de que muera el tipo que transporta al hospital como consecuencia de la puñalada que le ha propinado otro sujeto. Ni más ni menos.

Aquélla era la sentencia que me acababa de comunicar el procurador mientras le comentaba a Jordi mis andanzas por Madrid, la que decretaba definitivamente que Carles había trabajado correcta y abnegadamente, que la acusación había sido un despropósito del que la sala estaba tan harta como yo mismo, y que el Parlament de Catalunya había tenido días mejores que los que invirtió en aquella siniestra comisión de investigación; los que cerraba por Navidades, por ejemplo. Poco después pasé por el juzgado y volví a ver a la jueza. Me sorprendió mirándola y se dio la vuelta en su silla. Habíamos ganado teniéndolo todo en contra y había conseguido que prosperara una estrategia muy agresiva, con la que ni siquiera Judit había estado de acuerdo. Algunas veces ocurre, aunque nunca las suficientes. Carles se quitó un peso de encima y volvió a lo suyo sin dudar un segundo.

Ni siquiera se había planteado dejarlo. Estaba contento, aunque algo oscurecía más de la cuenta el fondo de sus ojos. Ni le pregunté qué le pasaba, si alguna música triste le rondaba por la cabeza. No creo que exista un trabajo más vocacional que el de bombero. Además, posan en calendarios sexis y todo el mundo los quiere, algo que siempre han intentado los policías, aunque con mucho menos éxito.

Judit estaba del mejor de los humores posibles. Había oído la grabación de mi interrogatorio a Victoria y reía con ganas cuando escuchaba sus titubeos y sus salidas del tiesto, y el sobreseimiento de Carles le iluminaba la expresión.

—Estás en racha —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Va por las veces que meto la pata —repuse.

—En lo de Carles era muy fácil meterla y te arriesgaste mucho. Yo lo hubiera hecho diferente.

—¿Cómo lo hubieras hecho tú? —pregunté.

—Como quería la jueza: minuto a minuto, grabación por grabación, palabra por palabra, peritos meteorológicos para los informes sobre la intensidad del viento... Lo clásico...

—Era otra defensa —dije dudoso.

—Era una defensa equivocada. Está claro. Había que ir a lo único que importaba, a la causalidad entre los autores del fuego y las muertes. Y la Audiencia te lo ha comprado; si no, ahora estaríamos preparando un macrojuicio muy difícil.

—Que también se podía ganar.

—Ganar antes es ganar dos veces —dijo con convicción.

—Cada vez te pareces más a Paco, el primer abogado con quien trabajé.

—Señal de que era un tío listo.

15

Cambalache

Mientras seguían las vicisitudes judiciales de Jordi, ahora en un franco ralentí, el independentismo calentaba motores y prodigaba declaraciones a cuál más grandilocuente, de jornada histórica en jornada histórica, sin apenas días anodinos de por medio, ni que fuera para llenar la nevera. El once de septiembre se optó, en esta ocasión, por formar una cadena humana de punta a punta de Cataluña, al estilo de la que habían llevado a cabo las repúblicas bálticas en el proceso de independencia de la extinta Unión Soviética, y que fue llamada la «Vía catalana hacia la independencia». Apenas tres meses después, los partidos partidarios de celebrar una consulta la acordaron para el nueve de noviembre del año siguiente y redactaron el texto de las preguntas. Básicamente, si el electorado quería que Cataluña se constituyera como un Estado y, de ser así, si quería que ese Estado fuera independiente. Había gente de buena fe francamente entusiasmada con estas cosas, y gente en absoluto peor más que preocupada; el problema es que eran más o menos la misma cantidad.

En una de nuestras cenas, Corominas lo tenía más que claro. También es verdad que estábamos en el Ósmosis de la calle Aribau dando cuenta de su ravioli de gamba con jamón, y para entonces ya habíamos liquidado una botella de Marceau Le Blanc. Lo propio de gente angustiada cuando corren malos tiempos.

—Tenemos que irnos de aquí como sea —dijo flamígero.

—¿Antes del postre? —respondí.

—Quiero decir, de este Estado opresor, de la guerra sucia y la monarquía corrupta…

Cuando se ponía así, sólo le faltaba una de aquellas bombas con forma de sandía y la mecha colgando.

—Irnos ¿adónde?

—A la república catalana, ¿adónde va a ser?

—¿Gobernada por vosotros? —pregunté.

—¡Pues claro! Bueno..., por quien decida el pueblo.

—Virgencita, virgencita, que me quede como estoy...

—No se puede hablar en serio contigo.

—Yo nunca hablo en serio de política. Ésa es la ventaja de no haber prosperado demasiado en la vida, y de ser excesivamente crítico con mis propias ideas y las de los demás.

—Yo también soy crítico. Al menos, reconóceme que esto es un desastre.

—Lo hago con mucho gusto: esto es un desastre, pero nosotros somos parte de ese desastre colectivo, al menos desde la guerra de Cuba.

—Brrrrr.

Para acabarlo de animar, justo entonces se produjo la imputación de la hija del rey, la infanta Cristina, ante un juzgado de Mallorca, en el denominado caso Nóos. Se trataba de la habitual mescolanza de delitos fiscales, apropiaciones de fondos públicos y falsedades documentales que se dan con alguna frecuencia en los aledaños del poder, demostrando que cierta clase de sólida decencia de alguna gente de bien resulta mucho más inquietante que la guarida de un okupa. Todo muy edificante y cohesionador, pues ya sólo faltaba que empezaran a aparecer acuarelas pornográficas como las de los hermanos Bécquer durante el reinado de Isabel II. Puro humorismo gráfico, como *El Jueves*, *avant la lettre*.

En definitiva, se trataba de averiguar si el yerno del rey (un tal Iñaki, un apuesto deportista al estilo de lord Townsend, aquel tipo que casi se casó con la princesa Margarita de Inglaterra) se había aprovechado de su posición para obtener jugosos contratos del sector público. Aquí, el hombre y sus asociados respondían fielmente al paradigma nacional, el de que no hay dinero como el dinero público. Ya lo había dicho no hacía tanto una ilustre política socialista, que ese dinero no es de nadie, y cada vez aparecía más gente dispuesta a darle la razón. La investigación de la infanta recalentó el escándalo, y el defensor del socio de Iñaki, un tal Diego, subió varios grados la temperatura divulgando unos correos electrónicos que parecían evidenciar un perfecto conocimiento de las actividades del yerno

modelo por parte de la Casa Real, amén de revelar ese tipo de comentarios rijosos e inoportunos que la gente con dos dedos de frente no pone por escrito, aunque se esté carteando con su abuela.

El abogado de ese Diego era mi buen amigo Manolo, un tipo que no sólo era un luchador, sino que lo parecía. Era correoso y vitriólico y tenía la extraña cualidad de aparecer indiferente, incluso algo divertido, cuando recibía los más irritados rapapolvos de jueces y fiscales: los dejaba acabar, mascullaba un «Bueno, bien...» y seguía exactamente en el punto en que lo había dejado y con el mismo tono. La cosa estaba en ver quién se cansaría antes, si el tribunal o él; y la respuesta era que él no solía cansarse. Cuando vio que no había ninguna posibilidad de armonizar la defensa de su cliente con la de Iñaki tiró por el camino de en medio, aportó al juzgado aquellos correos y dejó que cada palo aguantara su vela sin la menor reverencia cortesana. Defendió a Diego con uñas y dientes, lo que era su obligación, pero la monarquía no salió demasiado bien parada del envite, lo que a él no parecía importarle demasiado y a mí, desde los tiempos de Javier y Manuel Prado, menos todavía.

El rey siempre había estado allí —como el dinosaurio— durante toda mi vida adulta. Durante una juventud a la que repugnaba aquella monarquía traída de la mano de Franco, con sus uniformes militares y sus bandas carmesíes cruzando el pecho por debajo de infinidad de medallas que premiaban misteriosos méritos. Luego se fue convirtiendo en una presencia tolerable, que sobrellevaba con la resignación del mal menor, pensando en los lamentables presidentes de la república que hubiera padecido este desdichado país. Algo que parecía bien a los comunistas de Carrillo y al PSOE de Felipe González, no por fervor por la realeza, sino por la necesidad de instituciones vertebradoras y una ensoñación un tanto paleta ante las casas reales escandinavas: aquellos príncipes trigueños de esos países que nos enviaban con prodigalidad a sus ciudadanas en bikini cada verano y que eran el paradigma de la modernidad y el glamur.

El rey hacía bien esas cosas. Hablar en inglés con lady Di mientras lanzaba alguna mirada aviesa a su insípido escote, esquiar en Vaqueira, leer discursos soporíferos el día de Navidad y dar pábulo a persistentes rumores sobre la voracidad de su entrepierna. Parecía simpático —cualidad que comparte con muchos bármanes que conozco— y se le aplaudía en los estadios, en las finales de Copa.

Navegaba en el *Fortuna*, tenía unos hijos perfectamente rubios y anglófonos y una esposa de esas que compadece todo el vecindario: discreta, melancólica y vegetariana. Pero algo estaba fallando ya en esos días del caso Nóos. Los réditos del 23-F parecían agotados y los políticos de la Transición que habían sido sus mejores valedores habían muerto o se habían retirado. Aznar nunca pareció excesivamente monárquico, más bien un republicano a la americana, del estilo de Reagan, aunque con menos vis cómica; Zapatero estaba demasiado contento siendo presidente como para amargarle la fiesta a nadie, y a Rajoy tampoco este tema parecía interesarle demasiado, pues el hombre tenía sin duda cosas mejores en las que pensar. Los monárquicos debían de estar desolados con lo que se iba sabiendo, pero siempre les quedaba el consuelo de las trapisondas de los reyes belgas, los fiascos amorosos de Alexandra de Dinamarca o los infortunios familiares de la Casa de Windsor. Y a la gente como yo nos quedaba ver cómo acababa todo aquello, sin ningún entusiasmo por el pasado ni, aún menos, por el futuro que parecía anunciarse.

Pablo y Jesús, ahora asociados con Miquel Roca, iban a formar la terna de abogados a cargo de la defensa de la infanta. Se decía que el propio rey le había pedido a Roca que se ocupara, y éste lo hizo contando con el concurso de mis antiguos socios. Obviamente, estaban encantados y yo pensé que tal vez hubiera debido quedarme con ellos, porque eran tan listos como parecía y, además, poseían toneladas de contactos valiosos. Lo hicieron bien, ganaron y la infanta fue exculpada después de pasar durante meses por esa máquina de picar carne judicial que tanto gusta a algunos cuando se ceba con los poderosos. Pese a todo, el prestigio de la monarquía se siguió averiando. La Casa Real se esforzó por distanciarse públicamente de los negocios de Iñaki, pero cada vez más gente se preguntaba si aquellos atajos hacia la riqueza no los había aprendido navegando con el suegro. O tomando una copa, o jugando al polo, o lo que sea que haga uno con el padre de su mujer cuando éste es rey. Yo ni siquiera me le preguntaba.

Jesús, un día que lo pillaron con la guardia baja, hizo unas sentidas declaraciones a los medios diciendo que el amor conyugal era una perfecta causa de justificación en casos como el de la infanta; que el amor puede hacer que uno firme los documentos que haga falta sin preguntar nada, por pura confianza. El comentario fue objeto de una

cierta rechifla, pero Jesús tenía toda la razón. Por amor la gente muere, mata y aguanta a la familia política. ¿Cómo no va a firmar unos formularios? Le vi en las imágenes que dieron por televisión entrando por una puerta lateral en el hermoso edificio de la Audiencia Provincial de Palma, enjuto, con el pelo ya gris en las sienes y aquel abrigo oscuro que asociaba desde su juventud a la condición de catedrático. Recibía a la infanta y la saludaba con una sonrisa afectuosa, pero no parecía un cortesano sino un hombre amable a punto de entrar en materia. Ella, más alta que él, le miraba con ojos expectantes, manteniendo el tipo, pero rígida y sombría. Se notaba que era una mujer acostumbrada desde la infancia a aguantar la presión de las cámaras y a ser objeto de la atención de la gente por la calle, pero eso no la hacía parecer más feliz.

Poco después, a raíz de algún incidente con una señora y un elefante, el rey abdicó, inició una entretenida ruta por todos los restaurantes tres estrellas Michelin del mundo y su hijo accedió al trono. Felipe VI parecía un tipo agradable y con sentido del humor, aunque poco dado a los jolgorios que tan ameno habían hecho el reinado de su padre. Era esa clase de hombre que va aguantando estoicamente que la familia le ponga pegas a todas sus novias hasta que un día se harta y se casa con la que menos les pueda gustar, algo perfectamente comprensible, aunque un tanto arriesgado. Podría haber sido un rey ideal en tiempos menos alterados, inaugurando el concurso nacional de cortadores de jamón o recibiendo en palacio a la asociación de fabricantes de azulejos, pero el destino le tenía reservados unos cuantos sapos que tragar, y no todos serían por culpa de su antecesor.

A Pujol, los problemas del yerno del rey no le ocasionaban la menor satisfacción. Sentía por Juan Carlos algo parecido al afecto y le reconocía ciertos méritos. La proximidad, el trato afable, el formar parte de aquellos años de la Transición que representaron lo mejor de sus vidas. Cuando uno era el icono de la defensa de la democracia y de la nueva España del AVE, Almodóvar y las Olimpiadas, y el otro alguien celebrado como estadista hasta por sus más acérrimos opositores. No sé si pensaba en su propia familia, pero se interesaba por el caso como si estuviera afectando a alguien muy próximo.

—Y eso de Manos Limpias, esa agrupación, o sindicato, o lo que sea, que acusa a la infanta, ¿de qué se trata? —preguntó.

—Es la acusación popular. Una gente que se dedica a personarse en todos estos procedimientos sonados aprovechando la grieta legal y los utiliza para sus fines. Sobre todo, fines lucrativos —respondí.

—¿Para obtener un beneficio? ¿Cómo?

—Hay dos maneras. La primera es filtrando información secreta a determinados periodistas. La segunda es, directamente, el chantaje. Pedir dinero a cambio de retirar la acusación. Sobre todo, si tienen la suerte de ser los únicos que acusan y la celebración del juicio está exclusivamente en sus manos. Un banquero, un empresario conocido, alguna alta autoridad podría ser que pagara muy a gusto para librarse de un juicio mediático y de pasar la pena de banquillo.

—¿Usted cree que es eso lo que quieren hacer con la infanta?

—Estoy completamente seguro —dije—, lo que pasa es que esta vez la cosa no les saldrá. Roca no les pagará ni un euro. Preferirá que la infanta aguante el juicio.

—No hace mucho tiempo hubiera costado imaginar que alguien pudiera hacer esto con un miembro de la familia real, cuando nadie se atrevía a decir nada que pudiera afectar al rey.

—La fiscalía está haciendo todo lo posible para dejar a la infanta fuera del juicio, pero ya parece claro que no lo conseguirá. Además, el juez instructor de Palma se lo ha puesto fácil a la acusación.

—Bueno, ésas son cosas de las que yo no entiendo, pero parece claro que cuando los tribunales te atrapan, seas quien seas, es muy difícil salir bien parado.

—Salir bien parado es posible, basta con que te absuelvan. Lo que no es tan fácil es librarse del proceso.

—Esta gente de Manos Limpias, ¿también acusan a Oriol?

—Sí. Allí los tenemos.

—¿Y le han pedido dinero?

—No. Aún no.

Decía Tolstói que todas las familias felices se parecen, pero que cada familia es infeliz a su manera, aunque a mí empezaba a parecerme que las cosas funcionan justo al revés, que es la desgracia la que nos iguala, la que va volviendo la piel cenicienta y hundiendo los ojos. La que aflora miedos ocultos, el olor apolillado de viejos pecados y te carga de ira, amargura y vejez, aunque seas el tipo de persona capaz de mantener esas debilidades bajo control y no ponerte a golpear el capó del coche con los puños gritando «¿Por qué?». Sobre

todo, cuando el dolor alcanza a tu familia. Todo el mundo tiene familia, y algunos, los mejores, sufren por ella. Es igual que sean defraudadores, delincuentes fiscales, atracadores... Lo que ocurre es que a la ley eso le importa bien poco. Laica y fría como un escalpelo, tiene poca cosa que decir sobre la angustia y el miedo, sobre la visita inoportuna de los errores del pasado. No sé si se parecían en algo más, pero tanto el rey como Pujol habían envejecido diez años en los últimos meses.

Estábamos en la mesa redonda de su despacho, ante el agua y el café que siempre me ofrecía en cuanto llegaba y pasando revista a los asuntos judiciales. Acabamos con eso y pasamos —más bien, pasó— a hablarme de Rusia. De cómo Rusia podía permitirse perder los Estados Bálticos y Georgia, incluso Armenia, pero nunca permitiría la secesión de Bielorrusia y Ucrania, de la pequeña Rusia y la Rusia blanca. Y de cómo, sin embargo, hubo un momento en que eso fue posible. Hubo, como le gustaba enfatizar a Pujol, una oportunidad. Y la oportunidad fue que Yeltsin les regaló una independencia en la que la mayoría de los ucranianos ni siquiera habían pensado. Y fueron independientes.

—Pero eso no nos ha beneficiado para nada a los catalanes —siguió, como si me revelara un secreto bien escondido.

—¿Cómo es posible? ¿No es lo que demuestra que Estados como la URSS se pueden romper y dar lugar a otros nuevos? ¿No es lo que decía hace un momento de la oportunidad? —dije, sorprendido por el rumbo de sus pensamientos.

—Es muy sencillo. Si esos países no se hubieran podido independizar, nadie en Europa hubiera podido esquivar el tema de las autonomías y de los Estados plurinacionales. Sin embargo, ahora lo esquivan. ¿Sabe por qué?

—Le aseguro que no —dije con toda sinceridad.

Pujol me impuso silencio agitando la mano. Al parecer, mi perplejidad le interesaba bien poco.

—Porque en Europa occidental estamos nosotros y los vascos, los gallegos, Escocia, Flandes y nada más. En el centro y el este de Europa todo son países independientes que no reconocerán ninguna autonomía a sus minorías. Porque el país que consigue la independencia se vuelve muy centralista y es muy celoso de su soberanía. Por tanto, en nuestras reivindicaciones en el terreno internacional estamos bastante solos. Todos esos países podrían haber

sido un estupendo aliado nuestro, si no hubieran conseguido la independencia. Ahora no les importamos lo más mínimo.

—O sea, ¿que una Cataluña independiente también se volvería centralista y celosa de su soberanía?

—Tenga usted la seguridad.

Era evidente que estaba fascinado con el proceso de desmembración de la URSS y con la propia Rusia, un país que consideraba muy parecido a España (en realidad, a la España castellana), impregnado de pasión religiosa, entendida ésta como lo hacían Dostoievski o Berdáiev. No pude dejar de recordar mis lecturas juveniles y darle un poco la razón. *Los hermanos Karamázov*, *Crimen y castigo* y la identificación que sentía con los humillados y los ofendidos que poblaban sus páginas. Aquel misticismo de la culpa y la expiación me parecía extrañamente próximo, familiar. Aunque hablar de misticismo español en oposición a un carácter nacional catalán diferenciado era una exageración. A fin de cuentas, fue Andreu Nin, impecablemente catalán, el traductor de *Crim i càstig*, y desde principios del siglo XX en Cataluña se había leído con entusiasmo a Dostoievski. Algo debía de haber en aquella visión trascendente, piadosa y estremecida de la condición humana que también atraía a los espíritus pretendidamente fenicios de la orilla del Mediterráneo. No creo que menos que en Palencia o León. Pero Pujol pasaba de Dostoievski a Feliu de la Penya, un historiador del siglo XVII del que nunca había oído hablar, para buscar precisamente los fundamentos intelectuales de esa profunda diferencia entre las dos culturas. Y a Cioran.

—Rusia y España son, como decía Cioran, dos naciones preñadas de Dios. Otros países se contentan con conocerle, sin llevarlo dentro de sí.

—¿Y san Vicente Ferrer y sus sermones apocalípticos? —repuse.

—Místicos los hay en muchos sitios; le estoy hablando de rasgos generales, del espíritu de los pueblos —dijo algo mosca.

La cita de Cioran, el filósofo de los silogismos de la amargura y el *Breviario de podredumbre*, uno de los intelectuales más extraños del siglo XX, cuya lectura aún podía escalofriar por su radicalidad, por su carencia de cualquier esperanza sobre la condición humana, daba cuenta de la sofisticación cultural de Pujol. A sus rivales les debía de resultar difícil vérselas con un tipo que disponía de tal fondo de

armario. No era raro que uno de sus atribulados *consellers* hubiera dicho que cuando no se veían las rayas de la carretera, Pujol las descubría en medio de la niebla y, si hacía falta, las pintaba él mismo sobre la marcha. Tal vez eso era parte del problema de los convergentes, que después de él sólo quedaban doctores Watson para descubrir el quid de las cosas, ni un solo Sherlock.

Cuando hablaba de Cataluña, no tenía rival. Y como le gustaba la polémica, yo procuraba que ésta fuera lo más subida de tono posible. Le mencioné lo que decía el humorista americano P. J. O'Rourke en su ensayo *Entre los eurochiquitos*, cuando se refería a la proliferación en Europa de «pequeños países bobos» en los que hasta los idiomas eran diminutos. «A veces necesitas dos o tres sólo para poder llegar a la hora de la comida», rezongaba. Pujol saltó como un muñeco con resorte del fondo de la caja:

—Europa sólo tiene sentido como mosaico multicolor en el que todas las culturas nacionales tienen sus propias particularidades y su belleza. Y cada idioma «pequeñito», como dice ese señor, revela un modo de vida y un pensamiento sutilmente diferentes que han madurado a lo largo de siglos. No se trata de la diversidad por la diversidad, de ningún capricho particularista; es una diversidad pacífica, ordenada y cultivada.

—¿Como en los genocidios de los años treinta?

—No, señor —respondió, elevando el tono de voz y mirándome a los ojos—. En aquellos años pasaron cosas horribles, monstruosidades, pero eso no quita ni un ápice de verdad a lo que le he dicho. ¿O cree usted que la barbarie es imposible si todo el mundo habla alemán o inglés? Todos los judíos alemanes estaban integrados en la gran cultura alemana, y eso no los salvó del exterminio.

Cuando se enardecía así, tenía la misma aura imperiosa de años antes, el aplomo que le daba su memoria prodigiosa.

—Ésa es la culpa profunda de la cultura alemana —siguió—. ¿Sabe usted que en alemán *culpa* y *deuda* tienen una raíz semántica común? *Schuld* las designa a ambas. Por eso Alemania tuvo que vivir largas décadas la cultura de la vergüenza, y aún permanece instalada en la cultura de la culpa.

Pujol paladeaba los términos *vergüenza* y *culpa* como si tuvieran un significado especial para él.

—No acabo de entenderlo: algo en el fondo me dice que no estoy

de acuerdo con usted, pero hoy me ha convencido —le dije, entre contrito y divertido.

—Usted es muy amable por perder el tiempo con mis divagaciones, y ahora vamos a dejarlo, que seguramente tiene usted una casa en la Cerdaña o en algún sitio de esos y tendrá que marcharse.

—No tengo casa en ningún sitio. Me gustan los fines de semana de la ciudad, y si alguna vez me da por ahí, prefiero un hotel.

—Tengo que darle la razón. Fuera se está bien, pero lo verdaderamente agradable es venir al despacho, escribir, recibir gente, ir a los restaurantes de por aquí… Llévese este libro que acaba de salir, una recopilación de mis artículos en los periódicos que se llama *Notícia del present*. Verá usted cómo yo siempre he sido un nacionalista catalán, pero no un independentista. Hasta que el Estado pretendió la recentralización, la sentencia del *estatut* y todo lo que ha pasado después…

Dejó la última frase en el aire. Él mismo no tenía un final para ella. Tampoco yo. Me indicó un grueso volumen en cuya portada aparecía escribiendo a mano, como siempre, con el nudo de la corbata aflojado como única concesión a la comodidad y los labios entreabiertos. Como aquellas fotografías que te hacían en el colegio junto al mapa de España y con un teléfono de juguete en la mesa. Me lo dedicó con su caligrafía complicada pero legible. En la dedicatoria decía que yo no tendría ni tiempo ni ganas de leer esos artículos, pero se equivocaba. Me acompañó a la puerta del despacho y me dio la mano. Estaba oscureciendo, pero las vallas de las obras y los socavones aún no se veían dignificadas por la belleza de la noche. A esa hora, con los últimos grupos de turistas saliendo de las tiendas y el tráfico de los carriles centrales colapsado, el paseo de Gracia tenía el encanto de una puta sin maquillaje. Para cuando volví a ver a Pujol, las cosas iban aún peor.

Mas me llamó y me invitó a desayunar en el Palacio de la Generalitat. Estábamos los dos frente a frente, en los extremos de una mesa larga cubierta por un blanco mantel de hilo. Toda la vajilla estaba marcada con el emblema oficial y las sillas eran tan pesadas e incómodas como corresponde a un lugar oficial y solemne. Ya nadie parecía recordar

que una vez Barcelona fue la capital europea del diseño. Mas me dijo que pidiera lo que quisiera al ceremonioso ujier que nos atendía y opté por lo mismo que él, manzana y café. Si era un concurso de austeros, no iba a ser yo quien perdiera. Mas era extremadamente amable con los miembros del personal, y los trataba con una modestia algo tímida, como si supiera que los camareros eran fijos en plantilla y él, un eventual.

Esperó a que estuviéramos solos y me preguntó por los casos que afectaban a Convergència. Le hice un resumen sintético de cómo evolucionaban y conseguí amargarle buena parte del día. Para compensar, él me habló de los preparativos para la votación que se iba a convocar para el próximo nueve de noviembre, pues no parecía estar entre sus planes ser el único que se deprimiera en aquel encuentro. Pedimos un segundo café y vi que no hacía la menor sugerencia de que fumáramos un cigarrillo. Aquello que se había divulgado de sus encuentros con Zapatero compartiendo un paquete de Marlboro debía de ser una más de las mentiras que asolaban nuestra vida pública. Las informaciones periodísticas sobre sus supuestas cuentas en Suiza habían cesado por completo. También para él habíamos obtenido una certificación negativa de los bancos y nadie había vuelto a sacar su nombre en noticias relacionadas con la comisión de cualquier ilegalidad. Sin embargo, se sentía tan profundamente ofendido por lo que habían dicho de él que no quería dejarlo pasar a ningún precio.

—¿Podemos ir a Estrasburgo por el archivo de la querella? —preguntó.

—Podemos. Otra cosa es que nos hagan caso.

—Pues prepara el recurso. Tenemos que llegar hasta el final, porque no pienso permitir que digan que soy un corrupto y no paguen por ello. Sería tanto como conformarme. ¡Sólo me faltaba eso!

Sus ojos se fruncieron y quedó en silencio.

—Así que haréis el referéndum… —dije, buscando algo más alegre.

—Una consulta participativa, claro que sí. Preguntar la opinión a la gente aún no lo ha prohibido nadie en una democracia —respondió.

—Espero que no te traiga problemas.

—Si fuera así, que no me lo puedo ni imaginar, van con el cargo. Hablando de otra cosa, ya sé que no me puedes decir nada sobre los Pujol, sólo te pregunto si crees que el *president* tiene algún motivo

para preocuparse.

Mas, como todo el mundo, seguía llamando *president* a Pujol. Era como el sacerdocio o el bautismo: el cargo dejaba una marca indeleble.

—Por lo que yo sé, la investigación podría afectar a Jordi, no a su padre. Del padre no hay nada ni en las declaraciones de la novia. Todo lo más, algún chismorreo sobre la madre...

—Me dejas más tranquilo...

Desde luego, si le dejé más tranquilo le hice un flaco favor, pero se trataba de una de esas circunstancias, por lo demás nada extrañas en la vida, en la que creer poseer toda la información y haberla valorado prudentemente sólo puede conducirte al ridículo o a dejarte los dientes.

En las semanas posteriores a este encuentro, las informaciones relacionadas con la investigación sobre Jordi siguieron apareciendo en el mismo periódico. Eduardo y Esteban continuaron firmándolas sin temer que los denunciaran, aún más crecidos y animados, y ya nadie discutió gran cosa sobre el origen policial de las filtraciones. Un buen día, aparecieron publicados unos pantallazos de las supuestas cuentas andorranas de casi toda la familia, con excepción del propio Pujol y de Oriol. Tuve una serie de reuniones con ellos y, al poco, me encontré con la noticia de que una buena parte de la historia andorrana era cierta y de que el propio Pujol iba a emitir un comunicado reconociendo la ocultación de los depósitos durante más de tres décadas. Aquello iba en contra de las normas más elementales del oficio, de lo que había aprendido con Paco, de lo que yo mismo había explicado en mis clases a jóvenes abogados. Si hay que confesar, se confiesa ante un juez y a cambio de algo. No para las televisiones, ni para los políticos o para el público en general. Confiesan ante la prensa los *influencers* que se han puesto tetas de silicona o se han alargado el pene. Y lo hacen ante la del corazón.

Me opuse a esa declaración con un argumentario imbatible, pero nadie me hizo ni caso. Habían decidido que si alguien tenía que hacer estallar el tema, no sería un periódico de Madrid, ni el Estado; serían ellos en el momento que les pareciera más oportuno. El rey acababa de anunciar su abdicación, generando una nada desdeñable agitación mediática, y alguien consideró que aquello podía beneficiar a los Pujol. Ese mismo alguien también creyó que los servicios prestados

por Pujol eran de tal entidad, y la contrición que había manifestado tan efectiva, que la opinión pública nacionalista le perdonaría de inmediato. No me tengo por ningún genio a la hora de prever las reacciones humanas, pero debo reconocer que hay gente incluso peor dotada que un servidor. El mismo día de su lectura, me dejaron leer el comunicado de Pujol. Cuando lo hicieron, me advirtieron de que no podía cambiar ni una coma. Fue una lástima, porque había un par de errores de redacción un tanto vistosos. Apenas una hora antes de enviarlo a los medios, Pujol me llamó.

—¿Lo ha visto? ¿Qué le parece? —preguntó.

—Creo que no debería hacerlo, ya lo sabe. Si lo envía, ya no habrá vuelta atrás.

—Y entonces ¿qué?

—Esperar a ver qué descubren, impugnarlo, recurrir el acceso ilegal a documentación extranjera, denunciar a la policía, lo que sea antes que esto.

—Se lo agradezco, pero es demasiado tarde. La decisión ya es firme. Después de hacerlo público me iré unos días. Si le parece, hablaremos cuando vuelva y me hace usted su valoración.

—Mi valoración se la puedo avanzar. Usted se dice que el reconocimiento de la culpa, que la contrición, causa efecto en el ánimo de los demás y predispone al perdón y al olvido. No creo que sea así. En el fondo, toma usted la decisión más propia de un optimista.

—Y usted siempre habla como un pesimista que no cree en el buen sentido de la humanidad.

—De acuerdo, Pujol. Buena suerte.

Pujol había decidido que lo atrapara el destino al que, con el concurso de Piqué Vidal, había conseguido dar esquinazo en los ochenta, cuando el caso de Banca Catalana. Aquel banco en el que coincidimos cuando yo no podía ni imaginar que la historia nos había de proporcionar varios puntos de encuentro, que acabaría simpatizando con el viejo estandarte de la nueva patria y que, incluso, en más de alguna cuestión acabaría por darle la razón. Me sentí extrañamente desolado, como si parte de su vergüenza recayera sobre mí y sobre mi época. Como si también yo tuviera derecho a sentirme decepcionado, burlado por ese giro dramático en su biografía. En las noches remotas de mi juventud me había reído de la gente que le

defendía. Décadas después, de alguna manera, me había convertido en uno de ellos.

Iba a volver a casa, pero sabía que las paredes me asfixiarían y lo que quedaba de tarde se haría demasiado largo. Atravesé el paseo de Gracia lentamente, esquivando a los turistas, a los estudiantes que corrían para alcanzar el tren, a los oficinistas jóvenes de aspecto airado que eran engullidos por la boca del metro, a los repartidores con chalecos amarillos y a los albañiles del Magreb, o de aún más lejos, que empezaban a recoger sus herramientas y a colocar las vallas en las obras. Gente normal luchando por salir adelante, tan solos como Pujol o como yo en aquellas horas anodinas que dan comienzo al fin de semana. Llegué al Dry Martini, me senté en la barra y pedí una copa. La ginebra helada me templó el ánimo y pensé que nada había más apropiado, en un día como aquél, que pasar revista a la historia, pensar en que muchas cosas habían acabado para siempre, y beber solo.

Un correo electrónico entró en aquel momento en mi teléfono. Era de Peter, un anglo-griego al que había defendido por aquellos días. El correo adjuntaba una fotografía en la que se le veía junto a una belleza exótica con gafas de sol, el reflejo de un diamante en uno de sus dientes espectacularmente blancos y unas tetas, como mínimo, del cien. Peter la miraba con la expresión de quien se ha comprado un Ferrari y no sabe encontrar el cambio de marchas. El segundo documento adjunto era una invitación de boda redactada en inglés, con mi nombre escrito en ella y sorprendentemente parecida a la que recibí para asistir a la toma de posesión de Mas hacía un par de miles de años. El evento iba a celebrarse unos días después en el hotel La Mamounia de Marrakech y se me rogaba que asistiera, indicándome un teléfono para concretar mis reservas de avión.

Había defendido a Peter en un delito de estafa de inversiones en el que su culpabilidad no ofrecía la menor duda. Peter cazaba a los incautos en una lujosa oficina de la Diagonal por la que pululaban un montón de figurantes con corbata y tirantes al estilo de Wall Street y donde les ofrecía, a través de una compañía con sede en las islas Vírgenes Británicas, inversiones en los mercados de futuros y derivados de Chicago y Londres. En realidad, Peter se limitaba a quedarse el dinero (unos cuantos cientos de millones de euros, pues así de espléndidos son por regla general los incautos) y después

documentar que éste se iba consumiendo en operaciones siempre a pérdida.

Cuando las investigaciones del juzgado estaban avanzadas, me invitó a cenar una noche en Via Veneto. Debía de ser un cliente estimado allí, porque el personal, generalmente circunspecto, casi tocaba el suelo con la frente a su paso. Pidió el Dom Perignon más caro de la carta y me preguntó lo que quería saber:

—¿Cómo están avanzando las investigaciones?

Peter era un tipo moreno y atractivo, un latino vestido en las mejores sastrerías de Londres, que mantenía un seductor toque oriental en su suave acento inglés y en una manicura excesiva. También ayudaba el hecho de que su reloj de oro fuera algo más grande que la rueda de un camión.

—Muy bien. Es decir, muy mal para ti —respondí.

—Si vamos a juicio, ¿me condenarán?

—Tan seguro como que amanece. Puedes contar que te caerán unos seis años, si todo va bien.

—¿Queda algo pendiente de tus honorarios? —siguió, cada vez más seductor.

—Sí.

—Mañana por la mañana te lo traerán al despacho. ¿Más champán?

—Sí, gracias, Peter.

El dinero llegó al día siguiente y Peter desapareció sin dejar rastro. Alguien me dijo que se había instalado en Panamá, pero lo primero que supe de él, varios meses después de aquella cena, fue el correo que acababa de recibir.

Sonreí de oreja a oreja y pedí otra copa mientras buscaba en internet información sobre aquel lujosísimo hotel. Marqué el número que indicaba el mail, formalicé la reserva y tuve que reconocer que no había como un cambio de perspectiva para darse cuenta de que nada importa en exceso. Ni siquiera los crucigramas demasiado difíciles de resolver, como Pujol.

Cambalache. Un abogado en la España de Pujol
Javier Melero Merino

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Fernando Vicente

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2021

ISBN: 978-84-344-3348-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta